

E.L. DOCTOROW

CIUDAD DE DIOS

**TRADUCCIÓN
DE DAMIÁN ALOU**

narrativa

Lectulandia

En *La ciudad de Dios*, E. L. Doctorow entrelaza recuerdos, acontecimientos históricos y reflexiones, todo ello proyectado sobre una idea central: la realidad contemporánea de Dios. El eje del relato es la desaparición de la gigantesca cruz de latón que pendía sobre el altar de St. Timothy's, una iglesia episcopal de Manhattan, que reaparece a los pocos días en el tejado de una sinagoga en el otro extremo de la isla.

Lectulandia

E. L. Doctorow

La ciudad de Dios

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *City of God*
E. L. Doctorow, 2000
Traducción: Damián Alou Ramis

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Alison, Gabriel, Graylen, Annabel y TK

De modo que la teoría dice que el universo se expandió exponencialmente desde un punto, un punto singular espacio/tiempo, una cosa/momento, un suceso original y particular o azar cuántico fundamental, hasta el extremo de que la palabra *explosión* es inadecuada, aunque la teoría se conozca como Big Bang o Gran Explosión. Lo que se supone que hemos de tener presente, y no olvidar, es que el universo no estalló dentro de un espacio preexistente y disponible, fue el espacio lo que estalló, llevándose todo en un inmenso florecimiento expansivo, un silencioso destello que en un segundo o dos dio nacimiento a todo el impetuoso universo de gas y materia y luz-oscuridad, un *plof* cósmico de la nada que se convirtió en el volumen y la cronología del espacio-tiempo. ¿Entendido?

Y desde entonces la historia universal ha sido una especie de evolución desde la materia estelar, el polvo elemental, las nebulosas, ardientes, brillantes, pulsátiles, todo alejándose de todo lo demás durante los últimos quince mil millones de años.

¿Y qué significa que la singularidad original, o la originalidad singular, que incluía en su existencia submicroscópica todo el espacio, todo el tiempo, que de manera repentina y voluminosa y monumental iba a surgir en conceptos que podemos comprender, o aprender... qué significa decir que... el universo no nació en un estallido a través del espacio, sino que el espacio, que es en sí mismo una propiedad del universo, es lo que explotó con todo en su interior? ¿Qué significa decir que el espacio es lo que se expandió, se extendió, floreció? ¿Para formar qué? Incluso ahora, el universo que expande sus galaxias de soles ardientes, estrellas que mueren, monumentos metálicos de piedra, nubes de polvo cósmico, debe de estar llenando... algo. Si se expande, tiene perímetros que en la actualidad sobrepasan nuestra capacidad de medición. ¿Qué aspecto tienen las cosas en este instante en el confín del universo? ¿Qué hay justo al otro lado de ese confín paramétrico que todo lo anega antes de quedar anegado? ¿Qué es lo que va a ser invadido, llenado, iluminado, activado? ¿O acaso no hay confín, frontera, sino una serie infinita de universos que se expanden uno dentro del otro, todos al mismo tiempo? De modo que la materia en expansión se expande fútilmente dentro de sí misma, una materia oscura en infinita circunvolución de aterradora e insensata infinitud, sin propiedades, sin volumen, sin energías elementales transformadoras de luz o fuerza o cuantos pulsátiles, todo ello invenciones de nuestra propia conciencia; y nuestra conciencia, que carece de volumen y cualidad física, es un proyecto tan definitivamente absurdo, frío e inhumano como el universo de nuestra ilusión.

Me gustaría encontrar a un astrónomo con quien hablar. Pienso en cómo la gente se anesthesiaba para sobrevivir a los campos de concentración. ¿Se insensibilizan también los astrónomos ante el universo estrellado? Lo que quiero decir es: ¿ven el universo como un trabajo? (No lo digo para exonerar a los demás, a quienes se nos ofrecen esas angustiosas insinuaciones de la vastedad del universo y seguimos con nuestras vidas como si eso no fuera más que una exposición del Museo de Historia Natural.) ¿Entiende el astrónomo corriente y moliente que hace su trabajo que más

allá de los fenómenos celestiales que constituyen su estudio —los cálculos de su radiometría, por no hablar del obligado respeto reverencial de su vida profesional— reside una verdad inmensamente aterradora —el definitivo contexto de nuestra lucha, la conclusión de nuestros intelectos históricos tan desagradables de contemplar— que incluso aunque uno se vuelva hacia Dios no puede mitigar la desdicha de tan profunda, desastrosa, desesperanzada infinitud? Ésta es mi pregunta. De hecho, si Dios tiene algo que ver en este asunto, en estos hechos elementales, en estos aparentes conceptos, es tan temible que se halla más allá de cualquier súplica humana de solaz, o consuelo, o de la redención que nos procuraría compartir Su secreto.



Ayer por la noche, en la cena, nombre en clave Moira. Tras haberla estado viendo en el curso de un año y haber hablado con ella brevemente, siempre con el mismo signo en mi interior, he llegado a reconocer cuándo presta una atención especial, o cuándo se le tensa momentáneamente el pecho y manifiesta una especie de paradójica excitación no sexual que, por lo general, acaba provocándome, al cabo de un momento, una sensación de pérdida, un atisbo de mi propia vida probablemente desperdiciada, o, más probablemente, del carácter resistente de la vida en sí misma al negarse a desarrollarse como debería... Mientras me hallaba en la cena comprendí por qué, en definitiva, vale la pena soportar la vida social entre esta gente.

Ella no lleva maquillaje, no luce joyas, y llega habitualmente sin estar vestida para la ocasión, con un atavío de lo más sencillo, el pelo sujeto con horquillas o peinado casi de cualquier manera, como si se lo hubiera recogido en el último momento para alguna cena de gala a la que la ha arrastrado su marido.

Lo primero que me llamó la atención nada más verla por primera vez fue su semblante distraído y sereno, como si estuviera pensando en otra cosa o se hallara en otra parte, lejos de ese distinguido ambiente. Como no exigía atención y al parecer no ejercía ninguna profesión, podía llegar a parecer totalmente vulgar entre las mujeres de bandera que la rodeaban. Sin embargo, era siempre objeto de admiración —difícil de disimular— de todo el mundo.

Una figura esbelta, de talle largo. Pómulos delicados y ojos castaño oscuro. La boca generosa, su piel, de una uniforme palidez color crudo, inmaculada, parece que se extiende sobre su cara conformando un aura luminosa. Esta uniformidad eslava, sobre todo en la frente, bajo la línea del pelo que trazan las horquillas, quizás explique, al menos en parte, esa permanente serenidad que siempre me ha transmitido.

Asintió, sonrió, me miró clara y directamente a los ojos, y ocupó su lugar en la mesa con esa calma imperturbable que tanto me atrae.

Las cosas iban bien. «Permítame que le haga los honores...» Pronuncié lo que tenía preparado de manera automática. Ella se mostró receptiva y agradeció el detalle

con su forma de hacer sosegada. Tras mi tercera copa de burdeos, al amparo de las conversaciones que nos rodeaban, me dije que debía arriesgarme. Mi confesión le provocó una alegría agradecida y evasiva. Pero a continuación el color llenó sus mejillas, dejó de reír y miró a su marido por un instante, que estaba sentado en la mesa de al lado. Cogió el tenedor y con la vista baja se concentró en la cena. Como solía ocurrir, se había abierto fortuitamente el botón superior de su blusa, siempre flojo. Estaba claro que no llevaba nada debajo. Sin embargo, me resultó imposible imaginarla teniendo una aventura, y me entró cierta tristeza, incluso me avergoncé un poco de mí mismo. Me pregunté con amargura si ella elevaba la naturaleza moral de los hombres que la rodeaban.

Pero entonces, cuando estaban a punto de servir el postre, se les indicó a los hombres que consultaran el reverso de las tarjetas donde figuraba su nombre y se cambiaran de mesa. Me senté junto a una periodista de televisión que expresaba contundentes opiniones políticas en la cena, pero nunca en pantalla, y yo no la escuchaba, y me sentía borracho y desgraciado, entonces volví la vista y divisé... a Moira... que me miraba con una solemne intensidad que lindaba con la cólera.

Se reunirá conmigo para almorzar cerca del museo y luego miraremos los Monets.



Y todo se aleja de todo lo demás durante unos quince mil millones de años, se establecen afinidades, vínculos siderales, y las estrellas giran lentamente una alrededor de otra en grupos de estrellas o galaxias, y en grandes y monumentales movimientos las galaxias forman cúmulos de manera aún más lenta, y los cúmulos a su vez se distribuyen de manera lineal, una gran cadena o serie de supercúmulos en una distancia de miles de millones de años luz. Y en esta majestuosamente vasta e impetuosa cosmosidad, ocurre un pequeño y oscuro accidente: una formación azarosa de átomos de carbono y nitrógeno se fusiona y adquiere existencia molecular como célula única, una mota de corrupción orgánica, y, *sacre bleu*, tenemos la primera entidad del universo con voluntad propia.



Mensaje del padre

Everett@earthlink.net

Hola, las respuestas a tus preguntas, por orden: el devocionario anglicano; sobrepelliz; alzacuello con camisa roja; para dirigirte directamente, padre, indirectamente, reverendo Tal y cual (si fuera obispo sería

ilustrísima); mi nombre era Tillich, aunque algunos me siguen llamando Jim Pike. Y la cruz robada era de latón, de dos metros y medio. Me estás poniendo nervioso, Everett.

Diose bendiga,
Pem



Atraco

Esta tarde, en Battery Park. Hacía calor, había gente. Una suave brisa otoñal, como una mujer soplándome al oído.

Por todas partes bajan tórtolas en picado, llevan en las alas el polvo de la ciudad.

Detrás de mí, los rascacielos financieros de Manhattan sur quedan iluminados por el sol y parecen una catedral aislada: *religioplex*.

Y me tropiezo con este vendedor ambulante de relojes, el pelo a lo rastafari, una gran sonrisa. Está ahí de pie, con su túnica roja de cantante de coral. Su presencia sacra no queda menoscabada por sus Nike blancas y nuevas.

—No hay que darles cuerda, se puede duchar con ellos, a prueba de bomba, con diamante y toda la pesca, la hora en punto siempre.

Aparece un barco, espectral, entre el resplandor de la bahía aceitosa: el ferry de la isla de Ellis. Siempre observo los barcos. Da la vuelta, sus tres cubiertas abarrotadas hasta los topes. Su mole roza de refilón el desdeñoso embarcadero de Nueva York. Cruje la estructura de pilotes y restalla como una descarga de disparos.

Un hombre que está en el paseo cree que es a él a quien buscan y echa a correr.

Los turistas que están en la plancha de embarque hacen un ruido ensordecedor. De los hombros les cuelgan cámaras de fotos, de vídeo y niños atontados.

Dios santo, el muelle de Nueva York parece consumirse en la extenuación, como si el olor del mar fuera petróleo, como si los barcos fueran autobuses, como si todo el cielo fuera un inmenso garaje con las paredes cubiertas de calendarios de tías en pelotas, y los meses venideros estuviesen ya manoseados y manchados de grasa negra.

Pero volví junto al vendedor ambulante vestido de cantante de coral y le dije que me gustaba su túnica. Le dije que le daría un dólar si me dejaba ver la etiqueta e instantáneamente su sonrisa desapareció.

—¿Estás loco, tío?

Levanta su bandeja de relojes y la aparta de mí.

—Lárgate, aquí no tienes nada que hacer.

Cuando lo dice mira a derecha e izquierda.

Yo iba de paisano: tejanos, chaqueta de cuero, camisa a cuadros y camiseta. No llevaba identificación cruciforme.

Más tarde, tras haber caminado un rato, llegué a Astor Place, allí donde los vendedores ambulantes colocan sus productos sobre la acera: tres túnicas de cantante de coral color púrpura perfectamente dobladas y apiladas sobre una cortina de plástico para ducha. Cogí una y le di la vuelta al cuello y allí estaba la etiqueta, «Churchpew Crafts», y la señal de la lavandería del señor Chang.

El vendedor, un solemne joven mestizo de pelo negro cortado con ese estilo cuenco tan característico, quiso diez dólares por cada una. Me pareció razonable.

Vienen del Senegal, o del Caribe, de Lima, de El Salvador, o de Oaxaca, encuentran un trozo de acera y al trabajo. El mundo de los pobres lame nuestras orillas, como la subida de la marea de un mar global y calentado.

Recuerdo que, de camino al Machu Picchu, me detuve en Cuzco a escuchar las bandas callejeras. Cuando descubrí que me había desaparecido la cámara de fotos me dijeron que a la mañana siguiente podría comprarla en la calle del mercado, detrás de la catedral. Dios Todopoderoso, ya lo creo que me cabré. Pero quienes comerciaban con los objetos robados eran esas mujeres de Cuzco de sonrisa apocada, ataviadas con ponchos rojos y ocre. Se tocaban con bombines negros y llevaban a sus bebés a la espalda... y cuando vi a los anglosajones hurgando entre los tenderetes como si buscaran a sus difuntos extraviados, ¿cómo, mi buen Jesús, no iba aceptar la justicia de la situación?

Lo mismo me ocurrió en Astor Place, a la sombra del voluminoso edificio de piedra marrón y tejado abuhardillado del colegio de la gente de la Cooper Union, donde los pájaros remontaban el vuelo desde la plaza.

Una manzana más allá, hacia el este, en St. Marks, una tienda de artículos de segunda mano exhibía los candelabros del altar que fueron robados junto con las túnicas. A veinticinco dólares el par. Mientras estaba allí compré media docena de novelas detectivescas de bolsillo. Para aprender el negocio.

Estoy mintiendo, señor. Sólo leo esas malditas novelas cuando estoy deprimido. El detective de la novela me habla. Su pipa y sus agallas me confortan. Y su mundo es reducido y justo en sus castigos, que es más de lo que puedo decir del Tuyo.

Sé que Tú estás en esta pantalla conmigo. Si Thomas Pemberton, licenciado en Teología, está perdiendo la vida, la está perdiendo aquí, ante su Dios vigilante. No sólo presumo de que estás sobre mi hombro, o en el almidonado anglicano de mi alzacuello, o en las paredes de la rectoría, o en la frialdad de la piedra de la capilla que enmarca la puerta, sino en el cursor que parpadea...



Hicimos planes delante de uno de los grandes cuadros verdes azules de nenúfares. La cuestión es cuándo puede escaparse. Tiene dos hijos pequeños. Hay una niñera, pero lo tiene todo programado. No nos habíamos tocado, y tampoco lo hicimos al salir del museo; bajamos las escaleras y yo le paré un taxi. Al entrar me miró casi con tristeza,

momento de sincera confianza que sentí como un golpe en el corazón. Era lo que yo quería, y me había aplicado para conseguirlo, pero al instante esa mirada quedó transformada en dependencia por su parte, como si hubiera jurado en secreto casarme con alguien y no estuvieran definidos los términos y las responsabilidades del enlace. Mientras el taxi se alejaba, quise correr detrás de él y decirle que todo era un error, y que me había mal interpretado. Después, sólo pude pensar en lo hermosa que era, en la fuerte complicidad que se había establecido entre nosotros, en que no recordaba haber sentido nunca una atracción tan fuerte, tan limpia, y más que estar a punto de iniciar una aventura, me imaginaba que por fin podría encontrar la salvación en una vida auténtica con esa mujer. Vive en un genuino estado de integridad que resulta casi increíble, una mujer de una gracia espontánea, sin que se le haya adherido ninguna de las toscas ideologías del tiempo.



Soy director artístico de una película y vagabundeo por la ciudad buscando localizaciones. Ubico St. Timothy's en el East Village, cerca de la Segunda Avenida, al doblar la esquina viniendo del centro ucraniano, con su restaurante y todo. Seguramente hubo aquí antes alguna iglesia digna de los blancos anglosajones protestantes. Antes de que Manhattan se desplazara hacia el norte, hasta los espacios abiertos y más soleados que quedan por encima de la calle Catorce... St. Timothy's, episcopaliana, típica iglesia de piedra rojiza de Nueva York, hermana pequeña de la más imponente iglesia de la Ascensión de la parte sur de la Quinta Avenida. De modo que para complacer al Padre eterno he cambiado el nombre y la localización. (De hecho, hay una vieja iglesia ruinososa en la Sexta este, pero no es del color adecuado — un católico gris granito—, su torre parece más una cúpula, el rosetón está hecho añicos y la mierda de paloma forma regueros como de lluvia. Hay tres jóvenes en las escaleras: uno en medio que me observa mientras paso, los otros dos cubren los extremos de la manzana.)

Aquí, en el barrio de St. Timothy's, pasa mucha gente. En la esquina, una muchacha en camiseta, sin sujetador y con unos shorts apretados, corre sin moverse con su walkman. Un bohemio de pelo gris, ya no joven, borracho, lleva cola de caballo. Latina bajita y achaparrada, esteatópiga. Hombre encorvado en zapatillas, gorra de los Yankees, pantalones repugnantes sujetos por una cuerda. Joven negro que cruza entre el tráfico, mirada desafiante, imperioso, quiere que todos vean quién es.

El East Village aún sigue teniendo la altura de seis plantas del siglo XIX. Se supone que la ciudad se deconstruye y reconstruye cada pocos minutos. Puede que eso ocurra en la periferia, pero, exceptuando Verazzano Bridge, la infraestructura ya estaba tal cual a finales de los años treinta. La última de las principales líneas de metro se construyó en la década de los veinte. Todos los puentes, túneles y casi todas

las carreteras y paseos, mejorados o sin mejorar, se hicieron allá por la segunda guerra mundial. Allí donde mires puedes ver el siglo XIX: el Village, el East y West, el Lower East Side, el puente de Brooklyn, Central Park, las casas adosadas e idénticas de Harlem, las fachadas de hierro del Soho...

La cuadrícula de la ciudad se planificó en la década de 1840, así que, a pesar de todo, vivimos según las decisiones de los muertos. Recorremos las calles que generaciones anteriores han pisado y han pisado y han pisado.

Pero, Jesús, sales de la ciudad un par de días y cuando vuelves vaya conmoción. Sirenas de bomberos. Bocinas de coches de policía. Los taladros de rigor perforando las avenidas. Los que corren en pantalón corto, los que van en monopatín, los mensajeros. El gemido de las puertas de autobús. Colas en la acera para ver a las estrellas en la pantalla. Todos los restaurantes completos. Bebés viniendo a la vida en las maternidades. Fachadas de edificios que se caen. Tuberías que estallan. Delitos cometidos por policías. Cada día un policía mata a un negro y coge del cuello a algún sospechoso hasta casi asfixiarlo; un puñado de agentes irrumpe en el apartamento equivocado, destrozan el lugar, esposan a las mujeres y a los niños. El departamento echa tierra sobre el asunto, el alcalde se excusa.

Nueva York, Nueva York, capital de la literatura, de las artes, de las pretensiones sociales, apartamentos en los túneles del mello. Traficantes de propiedades napoleónicas, imponentes vendedores de alfombras. Periodistas deportivos que se creen muy importantes. Estadistas retirados en Sutton Place para reescribir sus lamentables hazañas... Nueva York, la capital de la gente que gana enormes cantidades de dinero sin trabajar. La capital de la gente que se pasa la vida trabajando y acaba sin blanca y en el anonimato. Nueva York es una ciudad compuesta de municipios de extensos vecindarios de casas sin nombre, grises, donde cada día nace algún genio.

Es la capital de la música. Es la capital de los árboles desnutridos.

Los emigrantes del mundo creen que aquí saldrán adelante, que aquí podrán llegar a ser algo. Tener un quiosco, una bodega, conducir un taxi, venta ambulante. Portero o guarda de seguridad, vendedor de lotería ilegal, traficante, lo que sea. Quieres decirles que éste no es lugar para los pobres. El racismo que afecta a la ciudad afecta a nuestros corazones. Vivimos marcados étnica y socialmente por el color, somos multiculturalmente suspicaces y verbalmente agresivos, como si la ciudad como idea fuera casi insoportable incluso para los que viven en ella.

Pero puedo detenerme en cualquier esquina, en la intersección de dos calles concurridas, y ante mí discurren miles de vidas en las cuatro direcciones, al norte, al sur, al este y al oeste, a pie, en bicicleta, en patines en línea, en autobuses, en cochecito, automóviles, camiones, con el temblor del metro bajo mis pies... ¿y cómo no voy a saber que por un momento formo parte del fenómeno más espectacular del mundo no natural? Hay una especie de verdad que nunca reconocemos. Hay una deidad primordial. Pues a pesar del hastío o la indiferencia con que nos sorteamos

unos a otros en los espacios públicos, dependemos de las masas que nos rodean para ser lo que somos. Puede que la ciudad se inicie en un mercado, en un establecimiento comercial en un barrio poco poblado, en la confluencia de las aguas, pero secretamente depende de la necesidad humana de caminar entre desconocidos.

Y así, todos los que pasan por esta esquina —desaliñados, gigantes, enanos, raros, gordos, o huesudos o cojos o farfullantes o de aspecto extranjero, punks que se pavonean con su pelo verde—, todas las personas amenazantes, locas, furiosas, inconsolables que veo... son neoyorquinas, es decir, tan nativas de esta diáspora como yo, y parte de nuestro gran experimento a veces fallido de una sociedad universalista que propone un mundo sin naciones donde cualquiera puede ser cualquier cosa y el carnet de identidad es planetario.

Eso tampoco significa que no deba vigilar su bolso, señora.



Miles de millones de años transcurren lentamente mientras este organismo unicelular, esta mota de corrupción, esta submicroscópica ruptura de la no-vida, evoluciona selectivamente a través del ámbito de limo y salvajismo blindado, pasa por reinos experimentales de caballos de medio metro de altura y lagartos que vuelan, entra en los triunfantes dominios de los bípedos peludos que progresan, los que tienen el índice y el pulgar frente a frente, los que saltan de la prehistoria a lo sublime bajo la forma de un insignificante adolescente en el Instituto de Ciencias del Bronx.

De los chavales brillantes que conocí en el Instituto de Ciencias cuyas mentes estaban hechas para solucionar problemas de matemáticas y deslizarse felizmente entre los abstrusos conceptos de la física, muchos eran unos gilipollas. Desde entonces me he encontrado a algunos, siendo ya adultos, y siguen siendo unos gilipollas. Es posible que las mentes científicas sean de naturaleza infantil, capaces de experimentar a lo largo de la vida el asombro y la excitación de un niño, pero carecen de verdadero discernimiento, de tristeza, se sienten demasiado satisfechas de su propio intelecto. Hay excepciones, naturalmente, como el físico Steve Weinberg, por ejemplo, de quien he leído que posee la gravedad moral que esperarías encontrar en un científico. Pero me pregunto por qué, por ejemplo, los cosmólogos y los astrónomos, por lo general, son tan propensos a buscar nombres bonitos para su universo. No es sólo que comenzara con el Big Bang. Caso de que no pueda superar su propia gravedad, se encogerá hacia sí mismo, y eso será el «Gran Aplastamiento», el Big Crunch. Caso de que le falte densidad, seguirá expandiéndose, y eso será la «Gran Congelación», o el Big Chill. La inexplicable materia oscura que debe necesariamente existir debido al comportamiento de los perímetros galácticos, está formada de neutrino o de partículas masivas débilmente interactivas, conocidas como WIMPS.^[1] Y los halos de materia oscura que se ven alrededor de las galaxias son halos

compactos y masivos, o MACHOS.

¿Se burlan de sí mismos estos tipos tan inteligentes? ¿Se trata de un humor que practican por modestia, igual que los ingleses se denigran a sí mismos cuando hablan por hablar? ¿O se trata de valor bajo el fuego, esa estudiada indiferencia de las trincheras mientras les llegan los disparos metafísicos?

Creo que simplemente no acaban de entender qué es lo sagrado. Creo que el sacerdote iletrado y loco de una religión prehistórica que arranca el corazón de una víctima viva y lo sostiene aún latiendo en sus dos manos ensangrentadas... tiene quizá más discernimiento.



Atraco

Martes por la noche

Subo a Lenox Hill a ver a mi enfermo terminal. Las ambulancias aparcen en la zona de emergencia con sus luces estroboscópicas que pitan y ciegan. Antes, en los hospitales había carteles de SILENCIO. Los coches de los médicos aparcados en doble fila, pacientes atados con correas en camillas aparcadas en doble fila sobre la acera, la joven y apuesta población activa del Upper East Side que sale del metro.

Las luces se encienden en los edificios de apartamentos. Ojalá estuviera subiendo en ascensor hasta uno de esos elegantes apartamentos de una habitación... donde una agradable joven que ha vuelto a casa después de su interesante trabajo espera a que yo llame al timbre... descorcha el vino, canturrea, no lleva sujetador.

En el vestíbulo iluminado de fluorescentes, una paciente multitud espera la hora de visita con bolsas y fardos y bebés que se retuercen en el regazo. Y esa profesión que es la plaga de nuestro tiempo, el guarda de seguridad, en sus diversas e indolentes versiones.

La habitación de mi enfermo terminal está cerrada con una advertencia de ZONA RESTRINGIDA. La empujo, todo sonrisas.

¿Tienes medicina, padre? ¿Vas a ponerme bien? Entonces vete a tomar por culo. Lárgate, no necesito tus chorradas.

Todo lo que queda de él son unos enormes ojos. Un húmero apunta el mando a distancia como si fuera una pistola, y en la tele suspendida en lo alto la chica sonriente hace girar la noria.

Mi visita pastoral curativa concluyó, recorrí el pasillo, donde varios negros muy bien vestidos esperan delante de una habitación privada. Llevan regalos. Me llega un olor que no es de hospital... aroma de pastel de fruta aún caliente del horno, sopas,

asado en su punto. Me pongo de puntillas. ¿Quién es esa? A través de las flores, como en un Gauguin, una hermosa negra de tez clara incorporada en la cama. Porte real, cabeza enturbantada. No distingo las palabras, pero su voz profunda y melodiosa al orar sabe de qué habla. Los hombres sostienen el sombrero en la mano y tienen la cabeza inclinada. Las mujeres llevan pañuelo blanco. Al salir, le pregunto a la enfermera de la planta. Dos veces al día se ponen a cantar, dice. Aquí arriba tenemos a todo Sión. Lo único bueno es que desde que entró la hermana no tengo que comprar nada para cenar. Ayer me llevé a casa unas chuletas de cerdo al horno. No se creería lo buenas que estaban.

Otra que tiene problemas con mis chorradas es la viuda Samantha. En su nuevo dúplex que mira al río hasta el anuncio de Pepsi-Cola, ha estado leyendo el libro de Pagels sobre los inicios del cristianismo.

Todo era política, ¿verdad?, me pregunta.

Sí, le digo.

De modo que ahora tenemos lo que tenemos por culpa de los que ganaron.

También hay que añadirle la Reforma, pero bueno, sí.

Se reclina. De modo que todo es una invención.

Sí, digo, tomándola entre mis brazos. ¿Y sabes que funcionó durante muchísimo tiempo?

Solía intentar hacerla reír en los bailes de Brearley. No lo conseguía entonces, tampoco ahora. Una melancólica nata, Sammy. El marido muerto, un accesorio.

Pero era casi la única de mis antiguos camaradas que no pensaba que yo estaba desperdiciando mi vida.

El pelo espeso y ondulado con la raya en medio. Unos ojos oscuros y centelleantes un poco demasiado separados. Una figura no corriente, falta de tono, gloria a Dios en las Alturas.

Desde la comisura de sus labios carnosos, la lengua asoma y lame una lágrima.

Y entonces, Jesús, la sorprendente condolencia de su beso húmedo y salado.

Para el sermón

Empezar con la escena del hospital, esas personas buenas y piadosas rezando junto a la cama de su ministro. La humildad de esas gentes, su fe resplandeciendo como luz a su alrededor, me provoca tal anhelo... de compartir su confianza.

Pero entonces me pregunto: ¿ha de ser ciega la fe? ¿Por qué ha de derivar de la «necesidad» de la gente de creer?

Todos nosotros somos tan dignos de lástima en nuestro deseo de librarnos de nuestras cargas que abrazaremos el cristianismo o cualquier otra afirmación de la autoridad de Dios. Mira a tu alrededor. La autoridad de Dios nos reduce a todos,

estemos donde estemos en el mundo, sea cual sea nuestra tradición, a una sumisión implorante.

¿Dónde hay que hallar la verdad, entonces? El ecumenismo es políticamente correcto, pero ¿cuál es el caso? Si la fe es válida en todas sus formas, ¿sólo hacemos una elección estética cuando elegimos a Jesús? Y si dices «No, claro que no», entonces hemos de preguntarnos: ¿quiénes son los benditos elegidos que recorren el auténtico camino hacia la salvación... y quiénes son los descarriados? ¿Podemos saberlo? ¿Lo sabemos? Pensamos que lo sabemos... claro que pensamos que lo sabemos. Pero ¿cómo distinguimos nuestra verdad de la falsedad de otro, nosotros los de la fe verdadera, excepto por la narración que más nos gusta? Nuestra narración de Dios. Pero amigos míos, yo os pregunto: ¿es Dios un relato? ¿Podemos, cada uno de nosotros, examinar nuestra fe —me refiero a su puro centro, no a sus consuelos, sus costumbres, sus sacramentos rituales—, y podemos seguir creyendo en el centro de nuestra fe que Dios es nuestra fábula de él? ¿Podemos seguir suponiendo que contenemos a Dios en nuestra narración cristiana, que Lo circunscribimos, que Lo retenemos, al autor de todo lo que podemos concebir y de todo lo que no podemos concebir... en «nuestra» narración de «Él»? ¿De «Ella»? ¿DE QUIÉN? ¿De qué, en el nombre de Cristo, creemos estar hablando!

Miércoles a la hora del almuerzo

Bueno, padre, creo que te has librado de otro zumbado.

¿Cómo consigues la información, Charley? Mi pequeño diácono, quizá, ¿o mi maestro de capilla?

Hablemos en serio.

No, de verdad, a no ser que hayas puesto micrófonos en St. Timothy. Porque, Dios lo sabe, aquí no hay nadie más que yo. Dame una parroquia en la zona residencial, venga, allí donde el metro no haga temblar las vigas del techo. Dame uno de esos lugares turísticos de la periferia del centro de Dios donde los devotos son ricos y famosos y sabrás quién es el zumbado.

Y ahora escucha, Pem. Esto es indecoroso. Haces y dices cosas que son... preocupantes.

Mira ceñudo su pescado a la plancha como si se preguntara qué está haciendo allí. Su bien elegido Pinto Grigio queda descaradamente postergado cuando da un sorbo de agua helada.

Dime de qué debería hablar, Charley, sino de poner a prueba nuestra fe. Mis cinco parroquianos son personas serias, pueden soportarlo.

Deja el cuchillo y el tenedor encima de la mesa, pone en orden sus pensamientos. Siempre has sido un hombre con ideas propias, Pem, y en el pasado te he admirado en secreto por la libertad que has sabido encontrar dentro de la disciplina de la Iglesia. Todos te hemos admirado. Y en cierto sentido has pagado por ello, los dos lo

sabemos. Con tu inteligencia y tu talento, teniendo en cuenta la conmoción que causaste en Yale, probablemente deberías haber sido mi obispo. Pero en otro sentido es difícil hacer lo que yo hago, ser la autoridad para personas como tú siempre es arduo.

¿Para gente como yo?

Por favor, piensa en ello. Poco a poco te has ido dando tono, has adquirido un orgullo intelectual, algo que no está bien.

Sus ojos azules miran los míos de manera desarmante. Un mechón de pelo juvenil, ahora gris, le cae sobre la frente. A continuación, su famosa sonrisa le aparece un momento en la cara y al momento se desvanece, tras haber desempeñado el papel de mueca de distracción de una mente administrativa.

Lo que sé de estas cosas, Pem, lo sé bien. La autodestrucción no es un acto, ni siquiera un tipo de acto. Puede comenzar como algo pequeño y parecer insignificante, pero a medida que gana impulso es el hombre completo el que se deshace en todas direcciones, en los trescientos sesenta grados.

Amén a eso, Charley. Supongo que no hay tiempo para un expreso doble, ¿verdad?

Oh, y esta otra frase: No tenemos ni idea de lo que pasa en tu interior, padre. Pero estoy casi del todo seguro de que no aprovechas la fuerza de que dispones.

Puede que eso sea cierto, obispo, debería haber dicho. Pero al menos no hago sesiones de espiritismo.



Esta tarde, dos golpes suaves en la puerta. Al principio me sentí incómodo. Ella miraba mis libros, los grabados de las paredes, mi habitación. Sólo bebió agua del grifo. Subyugado por su serenidad, yo no tenía gran cosa que decir. Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Todo era silencio. Finalmente entré yo. Estaba en la cama tapada hasta la barbilla. Se mostró veleidosa, reacia, me apartó la cara cuando quise besarla. Tuve que obligarla. Tuve que sujetarla para que hiciera lo que había venido a hacer.

Después fue como si me encontrara tendido en la calidez azul y verde del estanque de Monet, sintiendo los nenúfares húmedos pegados a mi piel.



Atraco

Viernes

Y ese perro viejo de Tillich, Paulus Tillich, ¿cómo elaboraba sus sermones? Elegía un texto y le sacaba todo el jugo. Husmeaba las palabras, las sobaba con sus patas: ¿Qué es un demonio, cuando piensas en ello en profundidad? ¿Dices que quieres salvarte? ¿Qué significa eso? Cuando rezas por la vida eterna, ¿qué crees que estás pidiendo? Paulus, el filólogo de Dios, ese Merriam-Webster de los doctores en Teología, ese pastor... alemán. El suspense en que nos mantenía, llevándonos al borde del secularismo, agitando los brazos. Por supuesto que cada vez nos salvaba. Nos apartaba del abismo y luego estábamos perfectamente, de vuelta con Jesús. Hasta el siguiente sermón, la próxima lección. Porque si Dios va a pervivir, han de pervivir las palabras de nuestra fe. Las palabras han de renacer.

Oh, cómo acudíamos en tropel a escucharle. Cada vez se matriculaba más gente.

Pero eso fue entonces y esto es ahora.

De vuelta al cristianismo, Paulus. La gente vuelve a nacer, no las palabras. Puedes verlo en televisión.

Sábado por la mañana

Siguiendo su intuición, el detective teólogo se acercó hasta el distrito donde venden material para restaurante, en el Bowery, debajo de Houston: mesas de vapor de segunda mano, congeladores despensa, parrillas, fregaderos, cazos, woks y cajones de cubertería. En la parte de atrás de la Taipei Trading Company estaba el antiguo frigorífico de gas con la marca de la suela de mi zapato en la puerta, de aquella vez en que le di una patada porque no cerraba. Hacía tan poco que lo habían adquirido que aún no llevaba la etiqueta de venta. Y en uno de los departamentos de platos usados, el juego de té de nuestra despensa, con ese ribete verde, regalo de las difuntas damas de la asociación.

Prácticamente dijo el precio que pensaba pagarle, Señor. Y entrega gratis. Un robo.

Noche

Voy hasta Tompkins Square, encuentro a mi amigo el traficante en su banco.

Esto se ha de acabar, le digo.

Hombre, no te enfades.

¿No lo estarías tú?

No me gustan los curas que conozco.

Pensaba que teníamos un acuerdo. Pensaba que había un respeto mutuo.

Y lo hay. Siéntate.

Los gorriones revolotean por los bancos en el crepúsculo.

Te dije que estabas perdiendo el tiempo, pero he preguntado por ahí como te dije

que haría. Nadie de por aquí ha entrado en St. Tim.

¿Nadie de por aquí?

Exacto.

¿Cómo puedes estar tan seguro?

Éste es territorio regulado.

¡Regulado! Eso sí que es gracioso.

¿Quién está faltando al respeto ahora? Estamos hablando de mi parroquia. La iglesia de la Dulce Visión. Confían en mí, ¿lo entiendes? Se me conoce por mi compasión. Nadie me miente. Ha sido gente de fuera del barrio, eso es lo que te digo.

Diablos. Supongo que tienes razón.

Ningún problema. Se abre el maletín: Aquí tienes mi combinado especial. Gratis. Relájate.

Gracias.

Prueba de mi afecto.

Lunes por la noche

Esperé en el balcón. Si algo se movía, simplemente apretaría el botón y mi Bearscaer Superbeam de seis voltios impactaría en el altar a trescientos mil kilómetros por segundo: la misma velocidad de crucero que el dedo de Dios.

Las farolas ámbar para la prevención del crimen de la manzana convierten mi iglesia en un perfecto lugar para delinquir en el interior. Insinuaciones de una especie de sustancia aérea alquitranada en los espacios abovedados. Las figuras del vitral amarillean en una chillona obsolescencia. ¿Durante cuántos años esta iglesia ha sido un hogar para mí? Pero todo lo que tenía que hacer era quedarme sentado en la parte de atrás durante horas para comprender la verdad de su imperturbable indiferencia. Cómo cruje un banco de roble. Cómo una sirena de policía al pasar en sus dos tonos Doppler es como una crisis labrándose en las paredes de piedra.

Y luego, Señor, lo confieso, eché una cabezada. El padre Brown jamás lo habría hecho. Pero entonces hubo ese estrépito, como si alguien hubiera dejado caer un montón de platos. De nuevo la despensa... me había imaginado que irían al altar. Bajé corriendo las escaleras, esgrimiendo mi Superbeam como si fuera un palo. Creo que estaba gritando. Como en «¡Adelante, por Tommy, Inglaterra y St. Tim!». ¿Cuánto rato había dormido? Me quedé en el umbral, encontré el interruptor, y entonces, cuando enciendes la luz, el único sentido que funciona es el del olfato: hachís en la despensa vacía. Olor corporal de hombre. Pero también el penetrante y sanguinario olor de la feromona femenina. Y algo más, algo más. Puede que carmín, o caramelo.

Las vitrinas de los platos: algunos cristales hechos añicos, tazas y platillos rotos en el suelo, una taza aún balanceándose.

La puerta del callejón estaba abierta. Tuve la sensación de que algo se movía ahí

fuera. Un ruido profundo y metálico me sube por los talones. Alguien maldice. Soy yo, enredando con el maldito reflector. Hago oscilar el haz de luz y veo una sombra que se alza con distinción, algo con ángulos agudos en el instante transcurrido al doblar la esquina.

Vuelvo corriendo a la iglesia y dejo que brille mi pequeña luz. Detrás del altar, donde debería estar la cruz de latón, estaba la sombra de Tu crucifijo, Señor, en la pintura aún no descolorida que delataba el mal gusto de mi predecesor.

Lo que dijo el detective de verdad: Hágame caso, padre. Llevo años en este distrito. Entrarán en una sinagoga a robar el *comosellame*, la Torá. ¿Porque está escrito a mano? ¿Porque no es un producto hecho en serie? Sacarán como mínimo cinco mil pavos. Mientras que el valor de su cruz es cero. Nada. No quiero faltarle al respeto, estamos emparentados, yo soy católico, voy a misa, pero en la calle eso no es más que un trozo de metal. ¡Jesús! Menuda panda de psicópatas.

Martes

Fue un error hablar con el *New York Times*. Un joven tan simpático. No entendía nada hasta que se llevaron la cruz, le dije. Pensaba que no eran más que unos drogadictos que querían unos pocos dólares. Quizá ni ellos mismos lo entendían. ¿Que si estoy enfadado? No, estoy acostumbrado a que me roben. Cuando mi diócesis canceló mi programa de dar de comer a los pobres y lo fusionó con uno que funciona en toda la ciudad, perdí casi toda mi parroquia. Eso sí fue un atraco a mano armada. Y ahora estas gentes, quienesquiera que sean, se han llevado nuestra cruz. Al principio me molestó. Pero ahora empiezo a verlo de otra manera. Quienquiera que se llevara la cruz tenía que hacerlo. ¿Y no es eso algo bienaventurado? ¿No va Cristo donde le necesitan?

Miércoles

Suena el teléfono. Un obispo moderadamente furioso. Pero también promesas de apoyo, cheques a raudales. Incluyendo algunos de los antiguos camaradas, amigos ahora de mi querida esposa, a quienes mi dicción les parecía curiosa, como oír a Mozart con instrumentos de época. Tommy tocará ahora unas devociones con su viola da gamba. Cuento hasta novecientos y cambio aquí. ¿He dado con un nuevo chanchullo? Te lo digo, Señor, estas gentes no se saldrán con la suya. ¿Qué se supone que he de hacer, poner una alambrada de espinos? ¿Envolver mi iglesia como si fuera el Reichstag?

También han venido los de las noticias de la tele. Llaman a mi puerta. ¡Socorro, socorro! Abriré la ventana que hay detrás de este escritorio, saltaré ágilmente al solar

lleno de escombros, pasaré bajo la ventana de la gimnasia extática, donde la señora de grandes corvejones camina sobre la cinta, y desapareceré. Muchísimas gracias, sección Metro.



Justamente... el esquivo e invisible —y hasta ahora sólo deducido— neutrino tiene una masa detectable. ¿Cómo se ha verificado? Existe este culto de los físicos del neutrino, y por todo el mundo están construyendo enormes tanques para meter agua pesada: en el interior de las montañas, bajo el mar Egeo, en el fondo del lago Baikal de Siberia, en túneles bajo los Alpes, debajo del casquete glaciar antártico... para poder ver volar los neutrinos, que se deslizan tan fácilmente, con tan poco esfuerzo a través del diámetro de la Tierra, como murciélagos en la noche aleteando detrás de tus orejas y levantándote mechones de pelo con el viento de sus alas... y para detectar con poderosos sensores de luz el minúsculo voltaje emitido por los neutrinos al sumergirse en los oscuros tanques gigantes de agua pesada pura... Hay quien dice que Enrico Fermi ya concibió que el neutrino tenía que existir. Podía haberle dado su nombre, pero, desconocido para todos menos para mí, el neutrino fue descubierto en el Instituto de Ciencias del Bronx, en la sala de estudios, una tarde de 1948, cuando ese chaval gordo y gilipollas, Seligman, me pidió prestados mis deberes de álgebra para copiarlos, y en pago me concedió el privilegio de informarme de que había demostrado la existencia de una partícula subatómica que no poseía ninguna propiedad física. Estaba tan excitado que me roció de saliva; fue algo muy desagradable. Por otro lado, a los dos nos pusieron un diez por nuestros deberes.

Bueno, pues si el neutrino es, después de todo, algo con masa e inmensamente presente en todo el universo, bueno... ¿no debería eso definir la materia oscura? ¿Y no sugiere eso que el espacio no está vacío, que no es sólo la distancia entre los objetos, sino él mismo una sustancia con atributos... y que mucho más allá de nuestras facultades sensoriales, al igual que nos ocurre con los silbatos para perros y los fantasmas, a pesar de nuestro cientifismo de pacotilla, comenzamos a comprender que estamos sólo al comienzo? Quiero decir que, si el universo posee tal masa, ¿dejará inevitablemente de hincharse? Habrá un momento de paz, un universo en marea muerta, todo quieto, y entonces, con un ligero gruñido y un leve crujido, comenzará su fase de encogimiento, lentamente y luego más rápido, y se succionará hacia sí mismo. ¿Y entonces qué? Tanto da el Gran Aplastamiento. ¿Qué habrá dejado? ¿Un vacío? ¿Nada? ¡Cómo es posible la nada! Eso era lo que Leibnitz quería saber: ¿Cómo, decía, puede existir la nada? ¿Y si los neutrinos, en su incontable multitudinaria materia oscura que gravitacionalmente dirige el universo... son las almas de los muertos? ¿Alguna vez se han parado a pensarlo las celebridades del Instituto de Ciencias del Bronx?

Dios, creo que me estoy volviendo loco.



El Midrash Jazz Quartet toca temas clásicos

^[2]ME AND MY SHADOW

*Me and My shadow,
Strolling down the avenue.
Me and my shadow
Not a soul to tell our troubles to...
And when it's twelve o'clock We climb the stair
We never knock
For nobody's there
Just me and my shadow
All alone and feeling blue.*

La canción habla de alguien ensombrecido por la soledad
Quizás el que la cantaba era una sombra de sí mismo
Igual podría cantar: «Yo y el yo que es una sombra
de mí,
Estamos en esta avenida sin nombre,
A la vista no hay nadie,
Deben de estar bajo el manzano
Nos han dejado la maldita ciudad a mi sombra
y a mí».
Está diciendo que la Caída del Hombre es amargura:
«No oigo más pisadas que las mías
Y la avenida baja en línea recta
entre altos edificios
Durante millas y millas, y los semáforos se ponen verdes
Y los semáforos se ponen rojos,
Como si eso importara, como si fueran taxis
y camiones y coches y autobuses
Parachoques con parachoques, un follón de mil demonios
De bocinas sonando, policías soplando sus silbatos,
Un caudal de gente, almas en torbellino
La avenida se extiende hasta donde tu vista alcanza
y hay en ella millones de personas y ninguna soy yo.
Pero eso no es lo que veo. Estoy solo
Proyecto mi sombra sobre la acera soleada

Me apresuro por la calle de mi esclavitud
encadenado a mi sombra, hueso con hueso».
Y entonces el cantante oye cómo el reloj da las doce:
¿es mediodía o medianoche?
¿Es el fin de los tiempos, el fin del tiempo
de Su paciencia?
El camino hacia el cielo del cantante es una puerta abierta
en el espacio.
Y piensa: Si no hay cielo
más allá de esta puerta...
Si no hay nada más para este pobre mortal,
¿para qué me han traído aquí?
¿Para qué sirve esta vida?

(Tímidos aplausos)

Pero pensad por un momento lo que presagia una sombra
El Sol está en su cielo,
eso es lo que significa,
Puede que éste no sea el mundo que te gustaría
Pero es el mundo de Dios, hay bondad hay pecado
Tenemos que aprender la diferencia
una y otra vez
Tu sombra es la luz del Buen Dios que no puede
atravesarte,
Eres denso, eres opaco
Algo deberías deducir
de ello, ¡por amor de Dios!
¿A las doce en punto acaba mi tiempo?
¡Sé que subiré la escalera que lleva
al cielo!
Los oiré decir: ¡No os molestéis en llamar,
la puerta está abierta!
Sentiré Su cálida luz celestial derramándose sobre mí
¡Y luego me volveré y mi sombra habrá desaparecido!
¡Enviada de nuevo a traer consigo otra alma!
Oh día feliz en que la campana empieza a repicar
por todas las pobres almas del mundo...
¡Te digo que no estarán tristes
Cuando averigüen que es Su gloria el lugar
al que se dirigían!

(Aplausos entusiastas)

El cantante está diciendo: «De todos los pesares que he visto
El peor y más terrible es el de no tener
a nadie a quien contarle mis pesares».
De hecho está diciendo: «Ningún pesar tendría
Si alguien que no fuera yo me escuchara».
Ésta es una triste canción de amor perdido
Que recuerda una época de antigua felicidad
Cuando él y su pareja eran guapos y elegantes
y disfrutaban de pasear en sus días de asueto
Mientras que ahora sólo tiene su pálida sombra por compañía.
Y no es que no sea una escena festiva
todo en color, vivo y canturreando
en compañía de otras parejas guapas y elegantes
en su paseo del sabbat bajo las banderas
al calor del sol de la mañana
Por lo que a lo mejor es una procesión de Pascua de la
población de la ciudad.
En absoluto. El resto de la ciudad ha salido con sus mejores
galas
Mientras que él, que entona un canto fúnebre por el amor perdido
de su alma
Solo, independiente, es atonal,
disonante.
Y cuando llega al destino
de todos los seres ensombrecidos,
El más silencioso y misterioso de
los edificios,
Antes de poder llamar la puerta se abre
Y él entra en la oscuridad
de la sombra proyectada por Dios.
Y el cantante tiene que reconocer,
mientras traspasa el umbral:
«A Su sombra no soy nada, ni siquiera tengo ya
sombra».

(Unos pocos aplauden)

[3] *Shadow me,*

*shadow you,
what's a shadow
gonna do...
Up at dawn,
hides at noon,
evening comes
does the moon
Go to ground,
make no sound,
mourners done,
shadow's gone.*

¿Y si no hay cielo, sino sólo una puerta?

Ya no tengo sombra...

No conocemos la gloria hacia la que nos encaminamos...

Se fue, la sombra se fue.

[4]*Me and My shadow,
Strolling down the avenue.
Me and my shadow
Not a soul to tell our troubles to...*

(Entusiasmo desatado)



Que el universo, incluyendo nuestra conciencia de él, naciera de pura chiripa, que este universo oscuro de incalculable magnitud haya sido accidentalmente generado por sí mismo... es incluso más absurdo que la idea de un Creador.

Einstein fue un físico al que no le molestaba en absoluto la idea de un Creador. Tenía la costumbre de llamarle Dios *el Viejo*. Así es como llamaba a Dios, *el Viejo*. Como escritor, Albert no era un estilista, pero escogía sus palabras por su precisión. De una manera u otra, Dios es muy viejo... porque los arqueólogos de los años cincuenta descubrieron un osario sagrado en una cueva de neanderthales en la costa tirrena de los Campos Pontinos, al oeste de Italia. Encontraron el cráneo de un varón enterrado dentro de un círculo de piedras. Habían cortado el cráneo desde la mandíbula y la frente y lo habían utilizado como cuenco para beber. Así de viejo es Dios. Por lo que Einstein tenía razón... Y es «Uno»... [5] porque Dios, por definición, todo lo abarca y es induplicable, y también porque no tiene género. De modo que la frase es muy exacta: el Viejo. Tampoco es que revele gran cosa, claro. Albert

consideraba que su tarea como físico era seguir la pista de Dios, como si Dios viviera en la gravedad, o viajara entre la fuerza nuclear débil y la fuerza nuclear fuerte, o se le pudiera ver de vez en cuando moviéndose indolente a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo... no exactamente el Dios ocupado en asuntos terrenos al que la gente reza o pide cosas, pero diablos, es un principio, es algo, si no todo lo que tenemos si queremos ser consecuentes.



Atraco

Miércoles

Trish daba una cena cuando he llegado. El encargado del catering que me ha dejado entrar pensaba que yo era un invitado que llegaba tarde. Ahora que lo pienso, yo miraba al frente cuando he entrado en el comedor, una milésima fracción de segundo, ¿de acuerdo? Sin embargo lo he visto todo: la plata, las flores del centro de mesa. Ternera marinada a las finas hierbas. Château Latour en las jarras de Steuben. Oh, menudo derroche. Dos de los candidatos presentes: el diplomático francés en las Naciones Unidas, y ese joven genio de la inversión inmobiliaria. Las apuestas se inclinan a favor del francés. Todos los demás son extras. Es asombroso el ruido que pueden hacer diez personas en torno a una mesa. Y en esa misma milésima de segundo a la luz de las velas, la mirada de Trish sobre el borde del vaso cerca de sus labios, esos pómulos, la mirada irónica de sus ojos azules, sus cabellos blancos con mechas. Esa fracción de instante que ha sido mi traspaso del umbral era todo lo que ella necesitaba desde el otro extremo de la mesa para ver lo que había que ver de mí, para comprender, para saber por qué había entrado en su casa sin estar invitado. Pero ¿no es terrible que, ahora que ha acabado todo entre nosotros, las sinapsis sigan activándose de manera coordinada? ¿Qué tienes que decir a eso, Señor? Todos los problemas que tenemos Contigo y ni siquiera somos capaces de enfrentarnos a tus pequeñas perversidades. Lo que quiero decir es: ¿cuándo un instante sigue siendo el amplio y saltarinamente vivo portador de toda nuestra inteligencia? Y es la misma estúpida biología cuando, aunque emocionado por otra mujer, las puntas de mis dedos se dan cuenta de que no es Trish.

Pero el comedor era lo de menos. Hay un largo paseo desde el vestíbulo hasta la habitación de invitados cuando las chicas vienen a casa el fin de semana.

Estoy funcionando con la batería, Señor, y me he olvidado el transformador. Y estoy agotado... perdóname.



En el correo electrónico

«Querido padre: si quiere saber dónde está su cruz vaya al 2.531 de la 168 oeste apt. 2.º, donde el padre santero lanza las conchas y corta cuellos de pollo.»

«Querido reverendo: somos dos misioneras de la Iglesia de Jesucristo de los Ultimos Días (mormonas) asignadas al Lower East Side de Nueva York...»

«Querido padre: formo parte de un grupo de vecinos de la cercana Nueva Jersey que hemos hecho el Sagrado Juramento de defender esta República y el nombre de Nuestro Señor Jesucristo de los intrusos infieles alienígenas allí donde puedan aparecer, aunque procedan del gobierno federal. Y me refiero a defender con habilidad, pericia organizativa y lo único que entienden estas personas, El Rifle que tenemos la prerrogativa de esgrimir como americanos blancos y libres...»



Esta tarde, mientras estábamos en la cama Moira y yo, me ha hablado de su vida: creció en una familia de clase trabajadora de Pensilvania. Fue a la Universidad Estatal de esa ciudad durante dos años antes de dejarlo y marcharse a Nueva York. Su idea era trabajar en el mundo editorial, pero tuvo que conformarse con un empleo temporal en las oficinas de una empresa. Fue allí donde su futuro marido, el director ejecutivo, se fijó en ella. Yo ya conocía el resto de la historia: la ascendió a secretaria, salió con ella un par de veces, le propuso que se casaran, y se separó de su mujer, con la que llevaba veinte años casado. Entre los directores ejecutivos te encuentras de manera invariable con que la vida son negocios. Existe una crueldad operativa que se considera como un derecho adquirido. En otra época, de polainas y sombreros de copa, habría ido al teatro y elegido a una chica del coro. Hoy en día somos más discretos, tenemos cultura, en las paredes de las oficinas cuelgan obras artísticas de verdad, en las cenas que ofrecemos siempre hay algún novelista o un cineasta. Sabemos quién era Wittgenstein.

Por su parte, Moira cortó el nimio lazo que la unía con su familia al no invitarlos a la boda.

Y ésta es la genealogía de su serena certeza, y de su encantadora actitud de no sentirse nada impresionada al estar entre ellos, que los hombres y mujeres de nuestro grupo, incluido yo mismo, encontramos tan fascinante.

Me siento decepcionado no por ella, sino por las apariencias: por lo reales que pueden ser en mi América. No siento animadversión hacia su marido, apenas lo conozco. Es una importante figura en el mundo de los negocios, y a menudo lo mencionan en los artículos de economía. Ella ha dicho que es un niño que precisa incesante admiración y elogio. Moira se preocupa constantemente por su posición en

el mundo de los negocios, tiene que escuchar sus angustiadas crónicas de asuntos que realmente no entiende y sufrir sus bruscos cambios de ánimo, que van desde la vanidad y el orgullo a una quejumbrosa inseguridad. Le asaltan miedos indescriptibles, tiene sudores nocturnos, y a menudo expresa su temor de que todo lo que ha construido, todo lo que posee, se lo arrebaten algún día. Incluyéndome a mí, ha dicho Moira a modo de conclusión.

Se ha vuelto hacia mí. Estaba sonriendo. Incluyéndome a mí, ha vuelto a decir, susurrando y metiéndome la lengua en la oreja.



Cuando una canción se convierte en un clásico, puede reproducirse a sí misma a partir de una de sus partes constituyentes. Si recitas las palabras oírás la melodía. Canturrea la melodía y las palabras se formarán en tu mente. Ello es indicativo de una capacidad autorreferencial fuera de lo común: el equivalente físico sería la regeneración de las extremidades, o la clonación de un ser vivo a partir de una célula. Las canciones clásicas de todos los períodos de nuestras vidas permanecen en nuestras mentes como un índice de referencias cruzadas, y pueden ser evocadas en parte o en su totalidad, y a veces acuden al pensamiento sin invitación. No existe otra cosa que evoque con tanta fuerza ni tan repentinamente el aspecto, el tacto, el olor de los tiempos pasados. Nos servimos de las canciones clásicas en la intimidad de nuestras mentes como significantes de nuestras acciones y relaciones. Pueden ser un medio barato de introspección terapéutica. Si, por ejemplo, estás profundamente enamorado de una mujer y piensas en ella y te mueres de ganas de volver a verla, presta atención a la tonada que estás canturreando. ¿Se trata de «Una de tantas»? Lo vuestro no durará mucho.



Atraco

Ayer, lunes

Buzón de voz de un tal rabino Joshua Gruen de la Sinagoga del Judaísmo Evolutivo de la calle Noventa y Ocho Oeste: Creo que le interesará que nos veamos lo antes posible. Está claro que no es un chiflado. Cuando le llamo se muestra cordial pero se niega a responder a las preguntas por teléfono. Pues muy bien, esto es lo que hacen los detectives, Señor, investigar. Parecía un joven serio. Para una conversación entre religiosos, ¿alzacuello o de paisano? Voy a buscar el alzacuello.

La sinagoga es un edificio de piedra rojiza entre la avenida West End y Riverside

Drive, unas empinadas escaleras de granito llevan hasta la puerta. Deduzco que el Judaísmo Evolutivo incluye aeróbic. Confirmado cuando me dejan entrar. Joshua (mi nuevo amigo) es un esbelto joven de uno setenta y cinco con sudadera, tejanos y deportivas. Me estrecha la mano con fuerza. Debe de tener treinta y dos, treinta y cuatro años, buena barbilla, una frente de curva perfecta. No lleva gorro sobre el pelo, negro y ondulado.

Un salón reformado y una salita con un arca en un extremo, una mesa tarima para leer la Torá, estanterías con libros de oraciones, unas pocas hileras de sillas plegables, y ya está, eso es la sinagoga.

Segunda planta: me presenta a su mujer, que está hablando por teléfono y deja el auricular sobre la mesa, se levanta del escritorio para estrecharme la mano —ella también es rabino—, Sarah Blumenthal, vestida con blusa y pantalones de sport, una hermosa sonrisa, pómulos salientes, nada de maquillaje, no lo necesita, pelo claro corto, gafas de abuela, Dios de mi corazón. Es una de los rabinos ayudantes en el templo Emanuel. ¿Y si Trish llevara el alzacuello y celebrara la eucaristía conmigo? Muy bien, reíd, pero no es divertido pensar en ello, no me hace ninguna gracia.

Tercera planta: me presentan a los niños, dos chicos de dos y cuatro años, en su hábitat nativo de paredes de colores primarios con animales disecados. Se agarran a la falda de su niñera guatemalteca, a la que me presentan como un miembro más de la familia...

En la pared del fondo del descansillo de la tercera planta hay una escalera de hierro. Joshua Gruen sube, abre una trampilla, trepa al exterior. Un momento después, su cabeza se recorta en el cielo azul. Me hace una seña para que suba, al pobre Pem sin resuello, agotado por el estrés y embelesado... tan decidido a que crea que subo sin esfuerzo, no pienso en otra cosa.

Por fin estaba de pie en la azotea, las viejas casas de apartamentos de la avenida West End y Riverside Drive se erguían sobre este edificio de tejados de piedra rojiza con chimeneas, e intenté contener el aliento mientras sonreía al mismo tiempo. El sol otoñal tras las casas de apartamentos y la brisa del atardecer procedente del río acariciaba mi cara. Sentía la euforia y el leve vértigo de estar en el tejado... y hasta que la mirada perpleja, francamente inquisitiva, del rabino no me preguntó por qué pensaba que me había llevado allí, no se me ocurrió pensar qué sentido tenía que hubiéramos subido. Con las manos en los bolsillos señalo con la barbilla en dirección a la fachada que daba a la calle Noventa y ocho, donde, tendida sobre el tejado negro e impermeabilizado con alquitrán, la cruz de dos metros y medio de latón hueco de St. Timothy's, iglesia episcopaliana, yacía sucia y reluciente al sol del otoño. Su brazo horizontal había sido colocado paralelo a la fachada del edificio y el vertical se apoyaba contra el frontón de granito.

Supongo que lo había sabido desde el momento en que oí la voz del rabino, pero también por el correo electrónico anónimo que había recibido. Me agaché para ver mejor. Sus viejas mellas y abolladuras. También algunas nuevas. No era toda de una

pieza, cosa que no sabía: los brazos estaban atornillados al eje vertical en una especie de ensambladura de mortaja y espiga. La levanté apoyándola en la parte del pie. No era tan pesada, pero desde luego sí era demasiada cruz para llevármela en metro.

¿Cómo sabía el rabino Joshua Gruen que estaba allí?

Una llamada telefónica anónima. Una voz de hombre. Hola, ¿rabino? Su tejado está ardiendo.

¿Que mi tejado está ardiendo?

Si los niños hubieran estado en casa los habría sacado y habría llamado a los bomberos. Lo que hice fue coger el extintor de la cocina y subir. No fue una idea muy inteligente. Naturalmente, el tejado no ardía. Pero por modesta que sea, esto es una sinagoga. Un lugar para la oración y el estudio. Y como puede ver, una familia judía ocupa los pisos superiores. ¿Se equivocaba, pues, quien había llamado?

Se muerde el labio, desvía los ojos, castaño oscuro, de la cruz. Para él es un símbolo execrable. Deja su marca a fuego en su sinagoga. Y esa marca a fuego baja de piso en piso, como la plantilla de una iglesia cristiana. Quiero decirle que formo parte del Comité para la Teología Ecuménica de la Sociedad Transreligiosa. Que soy miembro del Consejo Nacional de Cristianos y Judíos.

Esto es deplorable. De verdad que lo siento mucho.

No es culpa suya.

Lo sé, digo. Pero esta ciudad se vuelve más rara a cada momento.

Los rabinos me ofrecieron una taza de café. Nos sentamos en la cocina. Me sentí muy cercano a ellos, pues tanto su casa de devoción como la mía habían sido profanadas, y toda la herencia judeocristiana maltratada.

Esta banda lleva meses molestándome. Y para lo que les ha procurado su esfuerzo... quiero decir que de haber robado una tintorería habrían sacado lo mismo. Escuche, rabino...

... Joshua.

Joshua. ¿Lees historias de detectives?

Se aclaró la garganta, se sonrojó. Sólo continuamente, dijo Sara Blumenthal, sonriéndole.

Bueno, unamos nuestras fuerzas. Tenemos aquí dos misterios.

¿Por qué dos?

Esta banda. No me puedo creer que, en última instancia, su intención fuera cometer un acto antisemita. No tienen ninguna intención. No son de este mundo. ¿Y vinieron desde Lower East Side hasta el Upper East Side? No, esto es pedirles demasiado.

¿Se trata, entonces, de un tercer grupo?

Es posible. Alguien les quitó la cruz de las manos... si es que no la encontraron en un contenedor. Entonces, esta segunda persona o personas sí tenían una intención. Pero ¿cómo la subieron al tejado? ¿Cómo es posible que nadie los viera o los oyera?

Angelina, a la que creo que has conocido con los niños, oyó ruido en el tejado una mañana. Nosotros ya nos habíamos ido. Ocurrió el día en que fui a visitar a mi padre, dijo Sarah mirando a Joshua para que lo confirmara. Pero los ruidos no duraron mucho y Angelina no pensó más en ello, se dijo a sí misma que debía de tratarse de alguien que hacía una reparación. Suponemos que subieron por uno de los edificios del bloque. Los tejados son colindantes.

¿Ha investigado en el bloque? ¿Ha visitado a los vecinos?

Joshua negó con la cabeza.

¿Y la policía?

Intercambiaron una mirada. Por favor, dijo Joshua. La congregación es nueva, poco más que un grupo de estudio, sólo un principio. La cosa aún está verde. Lo último que necesitamos es este tipo de publicidad. Además, creo que eso es lo que pretende quienquiera que lo hiciera.

No aceptamos la etiqueta de víctimas, dijo Sarah Blumenthal mirándome a los ojos.

Y ahora te digo, Señor, mientras estoy aquí sentado, de nuevo en mi estudio, en esta buhardilla del coro austera y en ruinas, que esta noche siento una tremenda lástima de mí mismo al carecer de una compañera como Sarah Blumenthal. No es lujuria, y sabes que lo admitiría si lo fuera. No, pero pienso en lo rápidamente que congeniamos, en lo cómodo que me hizo sentir, de qué manera tan natural me acogió en esas extrañas circunstancias. Son personas sencillas y honestas, los dos, estaban muy pendientes de todo, se los veía muy serenos, una pareja maravillosamente joven con una vida dedicada discretamente a su fe, qué poderoso bastión familiar forman. Oh, Señor, es un rabino con suerte ese Joshua Gruen, al tener a esa hermosa devota a su lado.

Al parecer fue Sarah quien ató cabos. Él estaba sentado sin saber cómo manejar el asunto y ella regresó de una conferencia en alguna parte, y cuando él le contó lo que había en el tejado ella se preguntó si no sería el crucifijo del que hablaban los periódicos.

Yo no había leído el artículo y me mostré escéptico.

Te pareció demasiado raro tener ante las narices toda una noticia periodística, dijo Sarah.

Es cierto. Las noticias siempre son lo que ocurre en otra parte. Y darte cuenta de que tú sabes más que el reportero... Pero volvimos a localizar el artículo.

Nunca me deja tirar nada, dice Sarah.

Por suerte, en este caso, le dice el marido a la mujer.

Parece que vivimos en la Biblioteca del Congreso.

De modo que, gracias a Sarah, hemos encontrado al legítimo propietario.

Sarah me lanza una mirada, se ruboriza un poco. Se quita las gafas, la estudiosa, y se pellizca el puente de la nariz. Veo sus ojos justo antes de que se vuelva a poner las lentes. Miope, como una muchacha que amé en la escuela.

Les digo a mis nuevos amigos que les estoy enormemente agradecido. Por añadidura, esto que habéis hecho es un *mitzvah*.^[6] ¿Puedo llamar por teléfono? Voy a pedir una camioneta. Podemos desmontarla, envolverla, sacarla por la puerta principal y nadie se enterará de nada.

Estoy dispuesto a compartir los gastos.

Gracias, pero no será necesario. No hace falta que os diga que mi vida ha sido un infierno últimamente. Es bueno este café, pero ¿no tenéis nada para beber?

Sarah se dirige a una vitrina. ¿Te va bien un whisky?

Joshua, suspirando, se reclina en la silla. Yo también me tomaría un trago.

La situación en este momento: mi cruz desmontada y apilada detrás del altar como si fuera material de construcción. Para el servicio del domingo aún no estará montada ni colgada. No pasa nada, le dedicaré un sermón. La sombra está allí, la sombra de la cruz en el ábside. Le ofrecemos nuestras plegarias a Dios en nombre de Su indeleble Hijo, Jesucristo. No está mal, Pem; aún te puedes sacar todas estas cosas del sombrero cuando quieres.

Había llegado a estar realmente convencido de que se trataba de alguna nueva secta. Me dije: vigilaré desde el otro lado de la calle, veré cómo desmontan St. Tim's ladrillo a ladrillo. Puede que los ayude. La volverán a montar como una iglesia para el pueblo en otra parte. Una expresión de su fe sencilla. Quizá me deje caer por ahí y de vez en cuando vaya a escuchar el sermón. A aprender algo...

Y mi otra idea, hay que reconocer que paranoica: la cruz acabaría siendo una instalación en el Soho. Pasarían unos meses, un año, y miraría por el escaparate de una galería de arte y la vería allí, debidamente adornada, como una declaración. La gente está imito a la cruz bebiendo vino blanco. Así que ésa era la versión laica. Pensé que había cubierto todas las posibilidades. Estoy asustado. ¿Cómo voy a enfrentarme a esta extraña cultura nocturna de furtivos psicópatas...? Estos absurdos ladrones de lo que no tiene valor que se pasean por las calles con una risita tonta, llevando ¿qué? ¡Lo que sea! A través de los límites difusos del nihilismo urbano... su inteligencia, su brillante reconocimiento de algo que antaño tuvo un significado que ellos, entre carcajadas, no recuerdan. Jesús, esto ni siquiera es sacrilegio. Un perro que roba un hueso es más consciente de lo que está haciendo.



Moira está haciendo historia: una mujer que cruza la barrera de las clases sociales. Él es un poco esnob, ¿no es cierto? No estoy seguro de que me caiga bien si es capaz de pasar las tardes en el museo. Se quedó de una pieza cuando ella le metió la lengua en la oreja. No sólo por la vulgaridad del hecho en sí, sino porque jamás había imaginado que ella pudiera hacer algo así.

La única manera de entenderlo es darles un acelerón a sus naturalezas morales, poner motores en ellas, pero entonces todo lo que tienes es una película.

La película: un chico inicia una aventura con la esposa —una mujer realmente elegante y estupenda— de un líder en el mundo de los negocios: los tres se hallan en ese torbellino de límites imprecisos que forma la sociedad neoyorquina de gentes del mundo editorial, artístico, publicitario, periodístico y bursátil.

Tras estimularla un poco, ella resulta ser una amante ardiente sin sentimientos de culpa. A él no se le ocurre nada que ella no esté dispuesta a probar. Él es un hombre creativo. Ella satisface cada una de sus perversiones y jamás está enfurruñada ni furiosa.

En gran parte a causa de las condiciones que él ha impuesto, ella se habitúa a no pedirle nada más a esa relación de lo que él le da. Él asume un control al que ella no pone objeciones: cuándo se verán, cómo se comportarán, qué se le ocurrirá pedirle a su amante, sumida en un tórrido estado de autodegradación. A ella le basta con que se vean, se lo consiente todo, y se va a casa hasta la próxima vez.

Pero la total entrega de la voluntad de ella, y la constante estabilidad de la relación, comienza a aburrir al hombre. Él extiende su control a la vida de ella con su marido: cuándo debe abstenerse de practicar el sexo con él, cuándo no ha de abstenerse, qué ropa ha de llevar, qué perfume, lo que le ha de pedir para cenar al cocinero, los restaurantes a los que ha de insistir en ir, los destinos de sus viajes, incluso las sábanas sobre las que duerme el marido o el jabón de la jabonera. A él le estimula ejercer, a través de ella, un control remoto sobre las circunstancias íntimas de la vida de su marido.

Ahora me doy cuenta de que él es un verdadero capullo. ¿Por qué iba yo a tener que ver nada con él? En una ocasión, por indicación de él, el marido le encuentra con su esposa en Maui, y mientras él, el marido, se broncea en una playa privada, el amante, en su suite, le quita el bañador a la mujer, con el índice y el pulgar recoge los granos de arena que encuentra en la hendidura de la ingle y los rocía sobre la parte más sensible de ella. Él la deja sin aliento, ella es adicta al peligro que él constituye para ella, la amenaza para su bienestar, para su amor propio, para su vida.

Alguien tan malo como este tipo ha de ser una estrella. Me refiero a que si se tratara de un tipo calvo, gordo y baboso, el público sentiría repugnancia, se indignaría. Querría que le devolvieran el dinero. De modo que él es esbelto, está en forma, se cuida mucho a la manera de alguien profundamente amante de sí mismo. Va a correr, hace ejercicio casi religiosamente para el mantenimiento de su cuerpo, que es su deber. Bebe poco, no hace nada con exceso excepto intrigar. No hace

ningún esfuerzo para integrarse con los demás, nunca se rebaja a conversaciones triviales destinadas a demostrar la naturaleza inofensiva de uno. Jamás levanta la voz. Cuando es gracioso es desdeñoso, cuando está furioso es amenazante en silencio. Su egoísmo se distribuye tan uniformemente sobre todos los aspectos de su vida que los demás sólo lo ven como una pátina de esnobismo, un punto de arrogancia que, mejor iluminado, podría desenmascarar una visible crueldad. Esto es lo que atrae a las mujeres. Esto es lo que la atrae a ella.

Ahora me doy cuenta de que ese elegante desparpajo tan de clase alta —sabe de vinos, caballos, navegación, etcétera— es a causa de su antigua profesión: estratega de acciones encubiertas de la CIA que ha vivido mucho tiempo en el extranjero. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Trata a la gente normal con esa condescendencia típica de alguien que ha vivido desde dentro las aventuras geopolíticas de la guerra fría, mientras que los demás sólo se han enterado por los periódicos.

Él es de clase media, como ella, nacido en el norte del estado de Nueva York, quizá, aunque no es correcto ubicarlo con exactitud, pues toda su vida ha sido un alejarse de la identidad específica que lleva aparejada una región o una familia. Para ser más exactos, su capacidad para el nihilismo moral, o quizá sólo la necesidad de que la película dure menos de dos horas, ha borrado cualquier información secundaria del carácter que confiere una calificación religiosa o étnica.

Pero ahora le ha puesto un micrófono a su querida para poder oír las conversaciones privadas de su marido con ella, para aprender las debilidades, las inflexiones de voz que delatan miedo o culpa, lujuria o amor. El marido tiene la barbilla fofa, es como un niño que en sus momentos más íntimos desea el elogio y la admiración de su esposa. Viviendo con él, ella se ha sentido encerrada. El drama de su vida profesional es como una cachiporra. Ella se da cuenta de que las atenciones llenas de orgullo que le prodiga en público son una especie de condecoración que él mismo se coloca, del mismo modo que no va a ninguna parte ni acepta ninguna invitación que no augure algún honor o prestigio.

Qué la ha atraído de su amante de perverso corazón es algo que ella no tiene muy claro, pero de hecho es lo mismo que la atraía de su marido cuando la cortejaba: la idea, en ambos casos, de alzarse sobre una marea que la levantará con inmenso poder más allá de las posibilidades de libertad que podría haber conseguido por sí misma. Pero ella es tan esclava de su amante y de sus costumbres como lo había sido de su marido, y para ella la libertad se alcanza a través de una forma de servidumbre, como una idea que sólo se puede conseguir con su negación.

De modo que en estos tres papeles tenemos tres vidas más o menos despegadas de la realidad, y cuya existencia se debe a este hecho. El amante, por su parte, prevé un grandioso final para su peligrosa empresa, tan extremadamente peligrosa que decide que su vida, hasta entonces sin rumbo entre el aburrimiento, la alienación y la ausencia de profundas convicciones, puede reconcebirse ahora, de manera redentora, como una forma de arte.



Éste es mi laboratorio; aquí, está en mi cráneo. Puedo aseguraros que está muy poco amueblado. De hecho, por así decirlo, mi trabajo ha sido vaciar mi laboratorio de su mobiliario: los vasos de precipitados, las reglas, los armarios, viejos libros. Y aunque hasta cierto punto he tenido éxito, todavía hay algunas cosas de las que parece que no puedo desembarazarme: la idea de que el universo responde a un plan, de que hay pocas y simples reglas, o leyes, leyes físicas, de las que se derivan todos los múltiples procesos de vida y no vida. De modo que ya veis que no soy ese revolucionario subversivo que los nazis de Hitler querían presentar ante el mundo.

Naturalmente, el universo que todos hemos conocido y visto desde la infancia sólo queda en parte explicado por ese inmenso y apreciado personaje, sir Isaac Newton. Ese universo, con todas las estrellas en los cielos y los planetas girando en sus órbitas, en el que la noche sigue al día, y las acciones provocan reacciones y los objetos caen gracias a su gravedad... todo ello parece bastante sólido, excepto para una mente como la mía, aunque tampoco es la única. Porque mi venerado modelo mecánico del universo de sir Isaac se basa en un par de supuestos que no pueden probarse. La idea del movimiento absoluto y el reposo absoluto, por ejemplo, la idea de que algo puede moverse en un sentido absoluto sin referencia a nada más. Está claro que es imposible, se trata de un concepto que no puede probarse empíricamente, refiriéndonos a la experiencia. El barco que se mueve en el mar, se mueve con referencia a la tierra. O si lo prefieres, con referencia a otro barco, moviéndose a mayor o menor velocidad. O con referencia a un dirigible que pasa por el cielo. O a una ballena que surca las profundidades del mar. O a las propias corrientes del mar. Pero siempre con referencia a algo. Y lo mismo es cierto de un planeta. No se puede probar que haya nada en el universo que se mueva de manera absoluta sin referencia a otro elemento del universo o, si a eso vamos, sin referencia al universo en su totalidad.

Pues bien, todo mi pensamiento posterior no se basa sino en insistir de manera muy simple en este punto. El movimiento absoluto y el descanso absoluto son conceptos falsos que no pueden demostrarse. Pero ya veis las enormes implicaciones de esta terca y maniática insistencia mía: hemos de abordar estas ideas sólo en la medida en que puedan ser probadas. Os lo demostraré, es muy simple. Haremos un pequeño experimento mental...

Si yo soy un cohete espacial que recorre el espacio a millones de miles de kilómetros por hora... y tú me pillas con tu nave espacial y bajas la velocidad de tus motores de modo que volemos a la misma velocidad el uno junto al otro... y una persona dormida en cada uno de nuestros cohetes se despierta y mira por la ventana a la ventana del otro cohete... sin ver los meteoritos ni los fragmentos de materia estelar que pasan zumbando o a la deriva... sino viendo exclusivamente la otra

cabina... serán incapaces de decir si las naves se mueven de manera uniforme o no se mueven en absoluto. Porque en ambos casos lo que se experimenta es lo mismo.

¿Os dais cuenta de lo sencillo que es? Yo soy un hombre realmente sencillo, y empiezo con las preguntas que se haría un niño. Por ejemplo, era poco más que un chaval cuando me pregunté qué ocurriría si viajara a la velocidad de la luz. En el universo nada puede moverse a más velocidad que la de la luz. ¿Sabéis lo que eso significa? Significa que en nuestro universo no hay procesos instantáneos, porque nada puede moverse más deprisa que la luz, y la luz tarda un cierto tiempo en ir de un lugar a otro. Esto significa, por ejemplo, que una persona no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. También, por ejemplo, que no pueden existir los fantasmas, tan apreciados por muchas personas, porque ni los fantasmas ni nadie más pueden aparecer ni desaparecer como si viajaran de un lugar a otro de manera instantánea. De modo que lo que comprendí cuando era niño fue que si viajara a la velocidad de la luz y sostuviera un espejo delante de mí, no vería mi imagen en el espejo, porque a la misma velocidad que la imagen de mi cara iluminada se moviera hacia el espejo, bueno, pues igual de deprisa se alejaría el espejo. Y no vería nada en el espejo que sostendría delante de la cara. Y, sin embargo, parece que algo falla. No da la impresión de que ése fuera a ser el caso, ¿verdad? Es una idea bastante aterradora, de hecho, pensar que si me moviera a la velocidad de la luz no podría confirmar mi existencia a partir de una fuente objetiva de luz reflejada como es un espejo. Sería como un fantasma en el universo, materialmente inidentificable en la corriente del tiempo.

De modo que a partir de ese sencillo experimento mental deduje lo siguiente: ningún objeto, ni espejo ni persona, ni siquiera una persona más delgada que yo, alguien que no se permita comer pasteles de chocolate ni merendar mermelada de frambuesa ni bollos con mantequilla, no, ni siquiera la persona más delgada del mundo puede moverse por el universo a la velocidad de la luz. Puesto que siempre podemos vernos en los espejos, y el uno al otro, hemos de movernos a una velocidad menor, aunque la propia luz se mueva desde la superficie de nuestras queridas caras y desde nuestros espejos a la misma y constante velocidad máxima. Nosotros somos más lentos que ella. Incluso nuestras naves espaciales más veloces. ¿Sabes lo que ocurriría si nos moviéramos a una velocidad cercana a la de la luz, cada vez más deprisa, desde cero kilómetros por hora hasta trescientos mil kilómetros por segundo? ¿Sabes lo que nos ocurriría? Dios santo, que seríamos cada vez más pesados, más y más pesados a medida que aumentara nuestra velocidad, hasta que nuestro inmenso peso o densidad sería tan inmenso que el espacio que nos rodeara se curvaría hacia nosotros y succionaríamos el espacio que nos rodeara hasta darle tal densidad que... cuanto más deprisa nos moviéramos, menos opciones tendríamos de alcanzar la velocidad de la luz... porque cuanto más deprisa nos moviéramos, más masa tendríamos, y cuanta más masa, mayor sería la resistencia a nuestro avance... hasta que el cielo celestial que nos rodeara se ondularía, se doblaría y se deformaría, y

también nosotros hasta quedar irreconocibles.

Y de estos pocos y sencillos pensamientos, quizás incluso ingenuos, he descubierto leyes, leyes físicas, que alarman a la gente hasta un punto que han decidido que no hay que permitir que el hombre de la calle sepa de qué hablo, cuál es la revolución que supuestamente he hecho. Soy una especie de genio al que hay que respetar e incluso venerar mientras te rascas la cabeza y dices: Dios le bendiga. Qué tipo tan curioso, todos los cabellos le van en dirección distinta, quizá de tanto haber intentado volar hasta su espejo a la velocidad de la luz. Mirad su sudadera, sus pantalones sin planchar. Si se olvida incluso de llevar chaqueta y corbata, que tampoco es que sean muy prácticas para trabajar, ha de ser un genio. ¡La tiza con la que escribe sus fórmulas secretas en la pizarra, la tiza se le rompe en la mano! Ésta es la manera en que la prensa y la radio te han impedido pensar en lo que tengo que decir. Es un insulto, no sólo a mí sino a ti, porque, por supuesto, la mente humana siempre puede averiguar la verdad, porque, por muy oculta que esté, siempre acaba saliendo a la luz. Y nada de lo que yo he descubierto es revolucionario, porque tan sólo veo lo que siempre ha sido como es ahora, y, por lo que yo puedo deducir, será siempre. Es sólo que nuestra percepción se ha vuelto más... perceptiva.

En fin: después de todo, sólo podemos decir con total certeza acerca del universo del Viejo: que lo único constante es la velocidad de la luz.

Todo lo que podemos decir con certeza del espacio es que es algo que se mide con una regla.

Y del tiempo todo lo que podemos decir es que es algo que se mide con un reloj.

Pero en cuanto a las ideas teológicas y los chillidos y terrores que producen en nuestros cerebros, te ruego que no me hagas responsable.



No existen canciones científicas. Ninguna canción te cuenta que la fuerza de la gravedad es el producto de las masas de dos objetos dividido por el cuadrado de la distancia entre ellos. Sin embargo, la ciencia nos enseña algo acerca de la canción: las fórmulas científicas describen las leyes mediante las que actúa el universo, y sugieren en ecuaciones que es posible un equilibrio incluso cuando las cosas están en aparente desequilibrio. Lo mismo que las canciones. Las canciones son compensatorias. Cuando un cantante pregunta: Por qué me has hecho esto, por qué me has roto el corazón... la fórmula inherente es que el grado de traición es equivalente a la elocuencia del grito de dolor. Los sentimientos se transmutan tan rápida y perversamente como los sucesos subatómicos, y cuando hay una masa crítica surge una canción, un clásico, lo reconocemos como expresión de una verdad. Al igual que una fórmula, la podemos aplicar a todo el mundo, no sólo al cantante.



Una extraña visión en el muelle: un gran garza azul mira en una dirección, casi espalda con espalda con una garceta blanca como la nieve que escruta en dirección opuesta. Por eso todo el mundo debería salir de la ciudad alguna vez.

Me extraña que sobrevivan compartiendo los mismos recursos alimenticios, pero ahí están, sin hacerse caso la una a la otra. «No te miro, pero sé que estás ahí.» La garceta se lanza primero, el cuello extendido, el pico en bayoneta amarillo protuberante, un hermoso pájaro en vuelo, esbelto, como un hidroavión prerrafaelista, pero con mirada implacable... y la garza, que parece arrugada con su mancha negra en la espalda, el cuerpo plumoso más gris que azul, las patas y los pies largos, el pico negro. Es un pájaro no tan bonito, menos distinguido que la garceta, aunque cuando despliega su enorme envergadura para despegar, a poca altura del agua, alcanza la majestuosidad de un avión. Pero hay cierto pesar en su mirada, y está claro que es un tipo de pájaro solitario al que no le iría mal un poco de atención femenina que lo acicalara un poco, como a mí.



Atraco

Una llamada telefónica del rabino Joshua:

Si vamos a hacer de detectives en este caso... comencemos con lo que sabemos, ¿no es eso lo que has hecho tú? Lo que yo sé, con lo que puedo empezar, es que ningún judío robaría tu crucifijo. No se le ocurriría. Ni en la más profunda confusión provocada por las drogas.

Yo no pienso lo mismo, digo, y pienso: ¿por qué le parece a Joshua que ha de descartar esta posibilidad?

La policía te dijo que la cruz no tenía ningún valor en la calle. Pero si alguien la quiere, entonces tiene valor.

Para un antisemita furibundo que viva por aquí, por ejemplo.

Sí, eso es probable, añadió. Éste es un barrio mixto, multicultural. Puede que haya gente a la que no le guste tener una sinagoga en su finca. Nadie me lo ha dicho nunca, pero siempre es posible.

De acuerdo.

Pero también es posible... que el colocar esa cruz en mi tejado, bueno, podría haber sido obra de algún fanático ultraortodoxo. Eso también es posible.

¡Dios mío!

No digo que lo sea. Sólo procuro tener en cuenta todas las posibilidades. Hay personas que consideran que lo que Sarah y yo hacemos, nuestro esfuerzo por remodelar, revalidar nuestra tradición... bueno, a sus ojos equivale a la apostasía.

No lo creo, dije. Lo que quiero decir es que no me parece probable. ¿Por qué iban a hacerlo?

¿Qué me dices de la voz que me dijo que el tejado ardía? Es una frase muy judía. Naturalmente, no estoy seguro, podría equivocarme. Pero es algo en lo que hay que pensar, dime, padre...

Tom.

Tom. Tú eres un poco mayor, has visto más cosas, quizás has pensado más en estas cosas. Hoy en día, en cualquier lugar del mundo, Dios pertenece a los atávicos. Y son personas muy bestias, muy seguras de sí mismas, ¡como si todo el conocimiento humano desde las Sagradas Escrituras no fuera también la revelación de Dios! Lo que quiero decir es: ¿el tiempo es circular? ¿Tienes la misma sensación que yo... que todo parece ir hacia atrás? ¿Que la civilización está sufriendo un retroceso?

Oh, mi querido rabino. Joshua. ¿Qué puedo decirte? Si es cierto que Dios pertenece realmente a los atavistas, entonces eso es lo que la fe es y lo que la fe hace. Y nosotros no pintamos nada.

Las puertas delanteras están cerradas con candado. En la cocina de la rectoría, reclinado sobre las dos patas traseras de la silla y leyendo la revista *People*, está el recién contratado y clásicamente indolente guarda de seguridad de St. Timotyh's.

También me consuela la mujer de la gimnasia extática. Ella está allí, como siempre, caminando sin moverse, con los auriculares en la oreja, sus grandes corvejones enfundados en mallas negras subiendo y bajando como las rocas de Sísifo. A medida que oscurece, su figura se desmenuza y salpica la ventana en los verdes y pálidos lavandas de las refracciones de la luz.

De modo que todo está en orden, el mundo está en su lugar. Se oye el tictac del reloj de pared. De lo único que he de preocuparme es de qué voy a decirles a los examinadores del obispo que determinarán el curso del resto de mi vida.

Para empezar, esto es lo que les diré: «Queridos colegas, lo que hoy os disponéis a examinar no es una crisis espiritual. Esto quiero dejarlo claro. No estoy hecho trizas, ni quemado, ni desmoronado, ni he tenido un ataque de nervios. Cierto, mi vida personal es un caos, mi iglesia es como una ruina de guerra, y puesto que no soy una de esas personas que buscan ayuda ni se unen a grupos de apoyo, y como Dios, igual que siempre, ha ignorado mis comunicaciones (no te guardo rencor, Señor), me siento un tanto aislado. Incluso he de admitir que en los dos últimos años... no, hace ya varios, lo único que alivia mi desesperación crónica es caminar por las calles de Manhattan. Sin embargo, las ideas que voy a presentarles tienen auténtico fundamento, y aunque a lo mejor algunas les parezcan alarmantes, les suplicaría... o sugeriría o recomendaría o aconsejaría... aconsejaría que las reciban según su valor y no como prueba del declive psicológico de una inteligencia por la que antaño algún respeto sintieron... quiero decir, por la cual, antaño, sintieron algún respeto».

¿Te parece bien hasta aquí, Señor? ¿Para que se vayan haciendo a la idea? Quizá parezca un poco quisquilloso. Después de todo, ¿qué tendrán ellos en mente? Por orden de probabilidad: uno, una advertencia; dos, una reprimenda formal; tres, una censura; cuatro, un mes o dos de retiro terapéutico seguido de un destino en un lugar remoto para que nadie vuelva a oír hablar de mí; cinco, un retiro anticipado y forzoso con toda la paga; seis, expulsión del sacerdocio; siete, excomunión. ¡Qué diablos!

Por cierto, Señor, ¿cuáles son mis «ideas de auténtico fundamento»? La frase me ha salido automáticamente. De modo que en este punto necesito un poco de ayuda. Y con la escasa capacidad de atención de hoy, no necesito un noventa y cinco por ciento, me basta con un dos o un tres. El asunto es que, diga lo que diga, los alarmaré. En una Iglesia nada es más delicado que su doctrina. Por eso la protegen con sus vidas, ¿no es cierto? Quiero decir que basta con poner la palabra con hache sobre la mesa, herejía, se trata de un concepto legal, eso es todo. Quiero decir que eres Tú quien debería escandalizarse, pero un hereje Te interesa tan poco como alguien a quien han echado de una cooperativa de propietarios por tocar el piano después de las diez. De modo que, Señor, te lo ruego, no dejes que les diga algo que sólo merezca

una reprimenda. Deja que se lo suelte todo. Háblame. Mándame un correo electrónico.

Tú que una vez les hablaste,
Tú que eres en Ti mismo una palabra, aunque por algunos
considerada impronunciable.
Tú que eres considerado la Palabra, y no dudo
que eres la Última Palabra.
Tú que eres el Señor nuestro Narrador, que creaste un texto
de la nada, al menos ésta es nuestra narración
de Ti.

Aquí está tu servidor, el reverendo doctor Thomas Pemberton, el casi ya no rector de la iglesia de St. Timothy's episcopaliana, que se dirige a Ti en una de Tus propias invenciones, uno de Tus sistemas de entonación de chasquidos y gruñidos, oclusiones glóticas y vibraciones.

¿Es que no vas a tener compasión de él, de esta pobre alma atormentada en su nostalgia de Tu Único Hijo Engendrado? Ha fracasado en su empeño como detective, pues no ha solucionado nada.

¿Puede, sin embargo, seguir buscándote? ¿A Dios? ¿Al Misterio?



Para que te convenzas aún más de que no soy ningún genio cuyas ideas son demasiado abstrusas para la mayoría de los mortales, deja que te hable un poco de mí. Verás cuán vulgares fueron mis inicios y cómo me vi arrastrado, al igual que todo el mundo, por los terribles hechos históricos de mi época. Durante los tres o cuatro primeros años de mi vida no hablé, y, después de eso, fui muy tímido. Incluso cuando cumplí nueve años hablaba muy despacio, como si lo hiciera en una lengua extranjera, cosa que resultó ser cierta. Qué importa, si toda lengua es una traducción de otra cosa y he vivido en esa otra cosa durante setenta y tres años.

Mi primer recuerdo es el de las losas de Ulm, sobre las que di mis primeros pasos mientras colgaba y a veces me columpiaba frenéticamente del eje de mi muñeca, sujeto fuertemente por mi papá. Cada piedra redondeada que rozaba me devolvía su ineluctable masa. Y yo me preguntaba cómo era posible que las losas encajaran tan bien como las barras de pan en el molde del panadero. Entonces descubrí las marcas del cincel de los trabajadores, que hacían que cada piedra fuera distinta aunque igual a las demás. Cada piedra mostraba las huellas de cómo había cobrado forma, poseía la señal del trabajo humano en ella, y todas las piedras juntas representaban una infinidad de decisiones gobernadas por un plan, una intención de hacer que la calle fuera transitable. Y así era: una calle subía la colina y de pronto se bifurcaba en todas direcciones dentro del gran cuadrado de la catedral, que también era de piedra. Todo en el mundo era de piedra. Carros y carruajes tirados por caballos pasaban lentamente

ante mí con un ensordecedor traqueteo que, sin embargo, no me hacía ningún daño, y pasaban botas ante mis ojos, y los remolinos de las faldas de las mujeres, y el obstinado comercio de toda la ciudad tenía lugar entre esas piedras esculpidas una a una y colocadas la una imitando a la otra mucho tiempo atrás. Y a la sombra de la gran catedral de piedra negra experimentaba la revelación de un niño que camina sobre los pensamientos de los muertos. Y así, las losas de Ulm, mi ciudad natal, de origen medieval, conformaron mis primeros recuerdos... No el pecho de mi madre, no mi cama, no un juguete al que amara desesperadamente, sino una calle, un lugar de paso de aquí a allá.

Mi padre poseía una pequeña tienda de motores eléctricos situada en la plaza de la catedral, en la que, con mi tío Jakob, también los fabricaba. Se oía siempre un maravilloso runruneo, un tenue sonido con un tono concreto, un idioma de elisión total, con palabras inseparables, cuyo significado era instantáneo y al mismo tiempo completo.

Lo único parecido procedía del canal que había detrás de nuestra casa por el que discurría uno de los pequeños afluentes del río Blau. A mi madre la ponía muy nerviosa que los niños jugaran en lo alto de la escarpadura de piedra, lanzando ramillas y barquitos de papel al río y corriendo junto a ellos para ver cómo la corriente se los llevaba. Pero yo era un niño impasible y silencioso. Como si no me gustara moverme demasiado deprisa bajo el peso de mi gran cabeza. Me quedaba allí de pie y escuchaba fluir el agua a través del canal, lamiendo las piedras con sus aguas negras, susurrando y chapoteando a su paso como los ajetreados burgueses de otro universo en imperiosa conversación.

Podrías pensar de lo que os cuento que atribuyo un exceso de percepción a mi infancia. Por supuesto, como todo el mundo. Vamos siempre adelante y atrás, revisando nuestra mente sin cesar. La cuestión de la mente es de enorme interés, y sin embargo se necesita un valor sobrehumano para abordarla. La mente reflexionando sobre sí misma: me estremezco; es un espacio demasiado extenso, sin dimensión, lleno de sucesos cósmicos que son silenciosos e inmateriales. Para salvaguardar la cordura, es preferible rastrear a Dios en el mundo exterior.

Naturalmente, Ulm fue destruida durante la segunda guerra mundial. Mucho antes de esa guerra, mi padre y mi tío trasladaron su pequeño negocio a Munich, donde se proponían fabricar dinamos, lámparas de arco, transformadores y otros utensilios eléctricos para uso de los ayuntamientos. Y durante un tiempo todo les fue bien. Vivíamos en las afueras, en una gran casa protegida por una tapia, rodeada por un jardín con árboles. Las noches de primavera se llenaban con el perfume de las flores de manzano, aquí donde tendría su origen el nazismo. Y ahora tenía la compañía de mi hermanita María, dos años menor que yo; Maja, mi fiel compañera, cuyos enormes ojos castaños me hacían reír y para la que capturaba grillos a los que instalábamos dentro de un tarro y a la que hacía collares con dientes de león.

En esta casa, ante la insistencia de mi madre, comencé mis estudios de violín. Mi

madre era músico, una pianista de inflexible seriedad. Para ella, la música era clave en la educación de un ser humano. Yo me aplicaba con diligencia bajo la tutela de herr Schmied, un hombre taciturno que llevaba largos sus finos cabellos en homenaje a Paganini, y cuyos dedos tenían manchas amarillas de tabaco. ¿Cuántos años pasaron antes de que comprendiera que las notas eran intervalos, relaciones numéricas, y que el sonido era una propiedad de estas relaciones? Pero, cuando por fin comprendí el sistema de la música, y su belleza, en la que cada pieza era la propuesta de una construcción lógica y autosuficiente, me estremecí. Comencé a estudiar en serio. Quería darle precisión a mi arco; buscaba la más pura resonancia de cada nota como una necesidad intelectual, y la alegría de hacer música, sobre todo en compañía de los demás, me parecía una forma de viaje mental dentro de un cosmos totalmente fiable. Bach, Mozart, Schubert... ellos nunca te fallarán. Cuando haces bien tu trabajo adquiere el carácter de lo inevitable, como en las fabulosas matemáticas, que siempre parecen ser verdades preexistentes.

Os contaré, por contraste, el tipo de cosas que aprendí en la escuela. Tenía un profesor en el Luitpold Gymnasium. Cuando entraba en la clase, nos poníamos de pie, y cuando se sujetaba las solapas de su toga y asentía con la cabeza, nos sentábamos. Eso era bastante normal. Siempre consideré que la disciplina era su manera de imponer rigor intelectual y de que no decayera nuestra atención a la hora de recibir ideas. Y por ese motivo, en esa ridícula escuela no caminábamos, sino que marchábamos, y nos levantábamos y nos sentábamos al unísono y salmodiábamos las declinaciones en latín como si fueran juramentos tribales. En mi opinión era algo totalmente insultante, quizás incluso mortífero. Después de uno o dos trimestres, esos chicos perdían toda su chispa mental, les arrancaban la curiosidad a golpes, eliminaban su personalidad; en los recreos yo me sentaba con la espalda apoyada en el muro de la escuela y los observaba correr de un lado a otro o luchar o jugar al fútbol, pero fuera cual fuera el juego, lo que intentaban sin lugar a dudas era matarse los unos a los otros. En su temeridad, con las chaquetas de sus uniformes apiladas a un lado para que no sufrieran daño, asomaba la furia de su ser, que ardía lentamente, dispersa sin remedio entre sus camaradas. Yo veía todo eso y me mantenía apartado, hacía mis deberes, que me exigían muy poco, y no ponía a prueba las ambigüedades de una posible amistad con ninguno de ellos, pues en mi opinión todo era destrucción, y todo por culpa de ese principio germánico —claramente erróneo— de la educación por medio de la tiranía. Yo me sentaba en clase y dejaba divagar mi mente. El hermano de mi madre, Casar, me había regalado un libro sobre la geometría euclídea. Me lo leí como si fuera una novela. Para mí fue un libro excitante, de interés periodístico. Y una mañana, sin darme cuenta, estaba sonriendo al recordar el maravilloso teorema de Pitágoras, y al momento el profesor estaba delante de mí y golpeaba mi pupitre con su puntero para reclamar mi atención. Cuando acabó la clase, en el momento en que salía en compañía de los demás, me llamó para que me quedara. Me miró desde lo alto de su tarima. Tenía la cara

redonda, roja y lustrosa, y me recordaba una manzana acaramelada. Parecía que, si le mordieses la cara, aquella superficie dura y glaseada fuera a agrietarse hasta la pulpa. Eres una mala influencia en mi clase, Albert, dijo. Voy a hacer que te manden a otra. No lo entendí. Le pregunté qué había hecho de malo. Te estás sentado allí atrás sonriendo y soñando despierto, dijo. Si todos y cada uno de los alumnos no me prestasen atención, ¿cómo podría mantener mi amor propio? Con ese comentario aprendí en un instante el secreto de todo despotismo.

El mismo profesor —o quizá se trataba de otro, tanto da, pudo haber sido cualquiera— levantó un día en clase un clavo oxidado que sujetaba entre el índice y el pulgar: Una púa como ésta fue clavada en los pies y las manos de Cristo, dijo, mirándome a los ojos.

Y habló aquí del pobre Jesús, ese judío, y del sistema creado en su nombre: qué jugarreta tan monstruosa le jugó la historia.



Walt Whitman nos convence de la trascendencia del ajeteo y el barullo de Nueva York; de la sublimidad, la exuberante arrogancia, del momento presente. Pero ¿mienten las imágenes? Esos viejos grabados hechos con emulsión de gelatina... Los carros y los carruajes, los tranvías, los ferrocarriles elevados, los barcos que zarpan en los muelles... Una ciudad en ajeteo, grandes fosas para poner los cimientos de los edificios enmarcadas en madera, calles trazadas a cordel. Hombres arrodillados colocando las losas, enormes naves mal iluminadas en las que hileras de mujeres cosen a máquina, hombres en bombín y mangas de camisa posando ante el umbral de sus tiendas de confecciones, interminables ristras de oficinistas en sus altos escritorios, mujeres con falda larga y blusa enseñando en aulas repletas de niños, parejas saludando a otras parejas en la Quinta Avenida, patinadores bien abrigados en Central Park... Ésta es nuestra ciudad, que hemos encontrado construida sin que nadie le preguntara a la geografía de nuestras almas; pero esas personas no son nosotros, habitan nuestra ciudad como si les perteneciera, y su derecho a ello aparece en cada gesto, en cada mirada, pero ellos no son nosotros, son desconocidos que habitan nuestra ciudad, aunque vagamente familiares, como los desconocidos de nuestros sueños.

Siento tal quietud, la quietud de escuchar una historia cuyo final ya conozco. Contemplo una época en la que la gente tenía una historia que representar y las calles por las que circulaban eran párrafos narrativos. ¿Qué clase de palabra es *infraestructura*? Es una palabra que demuestra que hemos perdido nuestra ciudad. Nuestras calles están hechas para el tránsito. Nuestras historias están desmembradas, los rascacielos que nos rodean se burlan de la idea de una cultura creíble.

Dios, menudo error señalar el puente de Brooklyn o el Soho o las hileras idénticas de casas adosadas de Harlem como ejemplos de continuidad. Algo funesto ha

ocurrido. Como si esas fotografías no fuesen ejemplos silenciosos del pasado sino admoniciones, como fantasmas pertenecientes al pasado y al presente al mismo tiempo que parecen profetizar de manera inquietante nuestra pérdida de su mundo, y que nos hubieran otorgado ese tiempo sólo para que nuestras ilusiones florecieran antes de ser castigados a ocupar nuestros propios lugares en las fotografías, a estar con ellos, con esos desconocidos de nuestros sueños, pero más desdibujados, con caras y figuras difíciles de distinguir, si no del todo invisibles.



Me ha llamado Tom Pemberton y nos encontramos para tomar una copa en Knockerbocker's, entre la Novena y University Place.

En la actualidad no lleva alzacuello, no es que lo hayan apartado del sacerdocio, pero no tiene parroquia. Trabaja en un hospital de cancerosos desahuciados de Roosevelt Island. Se le ve más recio, su cara grande está más arrugada de lo que recordaba, pero sigue siendo franca, sincera, muy hermosa, y sus ojos claros y separados se desplazan inquietos por la sala, como si buscaran a alguien que le alegrara el corazón.

Escribes bastante bien, dice, pero ningún escritor puede reproducir la verdadera textura de la vida.

¿Ni siquiera Joyce?

Deberías volver a echarle un vistazo. Pero ahora que veo la disimilitud desde dentro, por así decir, creo que ya no me fiaré de la literatura.

Bien jugado.

Te he ofendido. Pero te estoy diciendo que eres ejemplar. Es un cumplido. Después de todo, podría haberte puesto también la etiqueta de escritor repugnante. Inquieta leer acerca de mí desde el interior de mi mente. Otra conmoción para otra fe.

Bueno, quizá podríamos olvidarlo.

No necesitas mi aprobación, por amor de Dios. Estuve de acuerdo con ello... sin condiciones. Ni siquiera se me ocurriría pedirte que no mencionaras lo de las chicas. Ahora son mayores, desde luego. Tienen su propio apartamento.

Eso está hecho.

Trish se volvió a casar... ¿Por qué no mencionaste quién era su padre?

Más adelante.

Aún me llama a veces. La típica sonrisa de superioridad desde las alturas, aunque he de decir que le gustaba tener un cura pacifista en la familia.

Era bueno para su imagen.

Supongo. Pero escucha, estás utilizando los nombres verdaderos. Me dijiste que...

Lo sé. Los cambiaré. Es sólo que ahora son todavía los mejores nombres. Por otro lado, antes eran los únicos nombres posibles. De modo que algo hemos avanzado.

Y no fue *The New York Times* quien se enteró de la historia de mi crucifijo robado. Fue uno de esos periódicos gratuitos.

Bueno, padre, cuando compones algo, eso es lo que haces, componer. Deformar el tiempo, cambiar cosas, añadir unas, quitar otras. Uno no promete incluirlo todo. Ni hacer que algo ocurriera tal como ocurrió. A veces los verdaderos hechos inhiben. La realidad está fuera de lugar. Es irrelevante.

¿La realidad es irrelevante?

Hay que seguir la propia lógica del relato.

Pues algunas cosas están equivocadas.

Vamos, muchacho. ¿Como qué, Pem?

No te estoy diciendo lo que tienes que escribir. En eso tienes carta blanca. Pero no fue por culpa de un sermón en St. Tim's que tuve al obispo encima. Y lo que me haces decir no fue realmente la causa. La verdad es que fueron muchas cosas.

Me hablaste de un sermón en concreto...

Bueno, sí y no... He pensado en ello... y creo que lo que le pareció la gota que hizo desbordar el vaso fue la época en que estuve destinado en Newark. Pero no estoy seguro. Por cierto, en esa diócesis las cosas son distintas, tienen una amplia congregación. Aceptan a las mujeres, a los homosexuales... son la sección liberal. De los míos. No simplifiques demasiado las cosas. Los anglicanos le tienen mucho aprecio a ese grupo. De hecho, las personas como yo tienen mucha más libertad de acción de lo que te imaginas.

¿Qué has dicho?

¿Qué?

Lo de la gota que hizo desbordar el vaso.

Oh... muy sencillo. Simplemente le pregunté a la congregación cómo pensaban que la matanza de judíos en Europa había afectado al cristianismo. A nuestra narración de Cristo Jesús. Me refiero a que, dada la escasa respuesta de los nuestros, ¿es el Holocausto un problema sólo para los teólogos judíos? Pero además de eso les pedí —y había mucha gente aquella mañana, y estaban conmigo, podía sentirlo; después de los bancos vacíos de St. Tim's aquello parecía Radio City—, les pedí que imaginaran... qué mortificación, qué ritual, qué práctica podría haber sido una reacción cristiana proporcionada a ese desastre. Algo que nos asegurara que nuestra fe no caía en la complacencia ni en el autoengaño. Algo que nos asegurara la santa verdad de nuestro relato de Jesús. Algo que, a su manera, fuera tan tremendo como Auschwitz o Dachau. ¿Qué podría ser? Apunté algunas posibilidades. ¿Un exilio en masa? ¿Un compromiso de millones de cristianos a vagar de por vida, marginados, por el mundo? ¿Abandonar los campos y ciudades en un radio de mil millas desde todos y cada uno de los campos de exterminio? Les dije que no sabía cuál sería la reacción adecuada... pero que estaba seguro de que la reconocería en cuanto la viera.

¿Eso es lo que dijiste?

Para empezar.

Ya veo.

Sí. Eso fue lo que no les gustó.



Las más sencillas técnicas invasivas digitales nos permiten acceder al corretaje y a las cuentas bancarias del marido, a las pólizas de seguro y a los historiales médicos; los pagos de la hipoteca, el historial escolar y militar, solvencia, contribuciones políticas. Todos los datos necesarios para el estudio y una posible confiscación. Sus servicios de apoyo, legales, contables, asesoramiento de inversiones. Quiénes son y dónde están. Cómo se comunica con ellos. Análisis grafológico. Análisis de voz... un acento de Filadelfia fácilmente reproducible. Análisis del recibo habitual de una tarjeta de crédito y de las facturas telefónicas para conocer los secretos de su vida, una novia, una madre dependiente. Nada. Ningún tráfico indebido de joyas, floristas; el marido es un irreprochable narcisista, su única aventura, aunque apasionada, la tiene consigo mismo.

Unos diez o quince años mayor que cualquiera de ellos, el marido es una especie de empresario prodigio, el jefe ejecutivo de una empresa de fabricación de ordenadores, y lo corteja un consorcio de empresas japonés con intereses internacionales en las comunicaciones por satélite, la electrónica y la industria de refrescos. El amante comprende que, a este nivel, una eficaz gestión no requiere ningún conocimiento especial de la naturaleza del negocio. Le ordena a su amante que convenza al marido de que acepte el reto: la vida en otra ciudad, viajes regulares a Japón, nuevos campos que conquistar... Está hecho. Luego, mientras el marido ata los últimos cabos en su antiguo trabajo, procurando mantener unas relaciones cordiales, aconsejando incluso a la junta con relación a su sucesor, pues la esencia de la vida empresarial es volátil y jamás hay que quemar las naves, la esposa/amante viaja a la costa del Pacífico a fin de familiarizarse con el terreno, encontrar una nueva casa en el barrio adecuado, etcétera.

El amante va con ella a la nueva ciudad, elige la casa, los muebles, hasta el menor detalle. Llegados a este punto, la mente de ella está tan sometida a él que todo lo que hacen parece perfectamente natural y normal.

Ella ha traído varias fotografías del marido, de instantáneas para los retratos oficiales de la empresa. El amante vuela a Budapest con las fotos digitalizadas y pasadas a representación holográfica y se las lleva a un médico que cooperaba con él en los viejos tiempos, y, sin fingir que aún está en el servicio de inteligencia, deja que el médico crea que lo está, para que siga vigente el código de absoluta discreción. No eres muy distinto, dice el médico estudiando la holografía. Y es cierto, piensa el amante: después de todo, si se ha sentido atraída por mí ha sido, en cierto modo, porque pertenecemos más o menos al mismo tipo morfológico, y los dos le hemos recordado a alguien a quien amó de pequeña. No me refiero necesariamente a algo

edípico, sino a que todos nosotros buscamos repeticiones de afectos puros instalados en nuestro inconsciente juvenil. Hay transferencias incluso en esos tiernos años, cuando la gente se imprime en la mente el modelo de amor para toda la vida de una manera tan profundamente indeleble que cuando lo tienes delante eres heliotrópico.

Me romperé la nariz y me la agrandaré, me llevaré la línea del pelo más hacia la frente mediante trasplantes hasta dejármelo en V, llevaré el pelo muy corto y me teñiré las sienes de gris para añadirme diez años. Con implantes me ensancharé un poco la mandíbula. Ganaré unos seis o siete kilos, llevaré alzas en los pies...

Pero ésta no puede ser una historia centrada en los detalles. No puede basarse en una presentación realista de detalles meticulosamente pensados para darle credibilidad. Todo esto, en el montaje, se puede mostrar un poco por encima. La película debe actuar en el ámbito abstracto, donde los asuntos prácticos dejan paso a extrañas resonancias de las verdades cotidianas. Del mismo modo que el mal que más a menudo se comete procede de la vida que nos viene dada, toma sus razones y su forma de la estructura de las circunstancias existentes, no es una anomalía que haya que tener en gran concepto ni algo que precise una extensiva planificación para llevarse a cabo.

De hecho, podría decirse que la película sólo empieza con lo que en la mente del amante es la escena culminante, una *performance* artística, en la que un triunfador americano en el mundo de los negocios, un hombre hacia el que no alberga ningún sentimiento, y mucho menos aversión, se verá sumido de manera precipitada en el abandono material y psíquico. Llegará ante una puerta que él cree que es la suya y su mujer no lo reconocerá. Negará saber quién es. Un duplicado de sí mismo le pedirá a la policía que se lo lleve y lo acuse de hostigamiento. Los guardas de seguridad le impedirán entrar en su oficina. Los hoteles no aceptarán sus tarjetas de crédito. Los viejos amigos le darán la espalda, temerosos. Los abogados no le cogerán el teléfono. Su pasaporte será confiscado como falso. Desorientado, y sólo comprendiendo de manera imperfecta que algo le han hecho, lo dejarán clamando y perorando en un estado de locura, fuera de sí, deportado de sí mismo.

Quizá, piensa el amante, se volverá loco. Quizá intente matarme y acabe en algún hospital para dementes criminales. Otra deliciosa muestra de suspense es saber hasta qué punto ejerzo control sobre ella, calculable en la medida en que sea digna de confianza. Si un sentimiento residual de afecto, en forma de compasión o terror, llega a afectarla, quizás hasta el punto de revelarles la verdad a su marido, incluso a riesgo de que puedan acusarla ante un tribunal, toda esta hermosa obra de arte tendrá una conclusión catastrófica.

Lo más probable, por supuesto —y no puedo alegar que es algo que no sospechaba desde el principio—, es que, habiendo llevado a cabo este delito de usurpación, descubra que ni siquiera esto puede sacarme de mi profunda y crónica lasitud, que ahora sólo puedo aliviar, ni que sea por un momento, abandonando a la mujer que se me ha entregado de manera tan obsesiva, con veneración, de modo que

todo lo que le quede ahora es un marido destrozado al que ha abandonado.

De modo que tenemos una versión laica e ilustrada de Anfitrión. Y todo ello gracias a una joven encantadora y segura de sí misma junto a la que me senté en una cena. Éste es mi laboratorio, aquí, en mi cráneo...



¿Cuervos en el muelle? Así que también están aquí. Jamás había oído decir que los cuervos se acercaran al agua salada. Esto es muy malo. Míralos, tres o cuatro, bajando a saltitos de las pilastras al muelle, picoteando las patas de los cangrejos y las conchas de almejas que han dejado las gaviotas. Una avanzada, una patrulla. Si les gusta lo que encuentran, las bandadas los seguirán, chillando y graznando, hasta los árboles que hay en la ribera, armando más alboroto que un maldito grupo de motoristas. Jesús. Aquí hay oropéndolas que centellean entre los arándanos, pinzones a los que les gusta hacer equilibrios sobre las puntas de los juncos cuando se levanta viento, y tengo mirlos, ruiseñores, boyeros, cardenales, carrizos, carpinteros, vencejos, tengo picotijeras, lavanderas y garzas que han pasado la noche en mala postura y parecen ancianas jorobadas... Los cuervos son más inteligentes, mas grandes, más ruidosos y van en grupo. Se apoderarán del lugar y echarán a los demás. Esto es serio, tendré que vigilarlos de cerca. Debéis volver a los bosques suburbanos de Westchester, cuervos. Sois pájaros de interior, voláis en bandadas sobre los grandes arces y bajáis a la calle a comer ardillas muertas. Estar aquí, recortados contra el cielo, no os favorece. Los cuervos en el muelle son una metáfora confusa.

Consideremos por un momento esos comentarios de mi profesor en el Luitpold Gymnasium: que a fin de conservar su amor propio necesitaba mi atención, y que Jesús había sido crucificado por gentes de mi raza. Eran dos elementos fusionados en aquel momento: el autoritario y el militante cristiano. Y ahora os pido que consideréis la posibilidad de que la devota actividad mental de los sacerdotes y reyes cristianos que a lo largo de los siglos habían demonizado y segregado a los judíos en Europa con autos de fe, pogromos, proscripciones económicas, obstáculos legales, deportaciones, y una cultura de antisemitismo socialmente respetable... hubiera, en aquel momento, en mi escuela, alcanzado una masa crítica. Imaginemos esos pequeños y callados resentimientos implosionando en los oídos de mil, de un millón de niños de mi generación. Y un momento después: el Holocausto. Pues ya ves que lo que se mueve no tan rápido como la luz pero sí lo suficiente, y con una masa acumulada de tal densidad que no se puede soportar, es el acelerado desastre de la historia humana.

Entonces, para ser lógicos, ¿qué debemos concluir? Debemos concluir que, dados los acontecimientos ocurridos durante el siglo xx en la civilización europea, el

concepto religioso tradicional de Dios ya no puede mantenerse seriamente. Pues bien, si soy una persona seria, y creo serlo, debo buscar a Dios fuera de las escrituras religiosas. Debo intentar comprender ciertas leyes irreductibles del universo como comportamiento trascendente. En estas leyes, Dios, *el Viejo*, se manifestará.

Y ahora, por extraño que parezca —aunque éstas son verdades frías, eternas, sin imágenes—, en la medida en que empezamos a comprender estas grandes y extendidas costumbres de dimensión universal podríamos consolarnos con su belleza. ¡Podríamos gozar de ellas en nuestras conciencias, de que sean... incomprensiblemente... comprensibles!

Pues recordad que, en teoría, podría haber alternativas a lo que hay. Por ejemplo, si la gravedad dejara de ser un mecanismo fundamental del universo —hagamos un experimento mental—, ¿qué ocurriría? Nuestro sistema solar se desmoronaría, todas las aguas de la Tierra se desbordarían de los océanos y se derramarían en cristales a través del espacio negro como pedazos de carbón por una rampa, todo el sistema del espacio de materia oscura y estrellas, la luz del sol, la vida orgánica, la mitosis, estas cosas que van encadenadas cuando se dan las condiciones necesarias y suficientes... no tendrían lugar. Bueno, y entonces ¿qué? Quizá después de varios trillones de años algo orgánico ocurriría en esa masa informe y vasta, eterna y negra, que no dependiera de la luz ni de la humedad para propagarse —algo efímero y sin forma alimentado de la nada—, y la vida, si eso era vida, se definiría de una manera totalmente distinta a lo que es ahora. Seguramente todo esto tiene menos aliciente para la conciencia que lo que tenemos ahora, lo que vemos ahora, lo que intentamos comprender ahora.

Para calmar nuestros nervios, celebremos la constancia de la velocidad de la luz, alabemos la gravedad, que es la curvatura del espacio en acción, y gocemos de que incluso la luz se combe con su fuerza, haciendo que el espacio se curve hacia los objetos celestiales como si los cubriera una sutil y reluciente red amarilla rojiza. El hecho de que la luz está sometida a la ley de la gravedad lo probó mi colega Millikan unos años antes de que se me ocurriera mi teoría, cuando la luz que pasaba cerca de la estrella X se desplazaba hacia el rojo según sus mediciones, indicando que se había curvado. Y eso, mis queridos amigos, es un sacramento para todos nosotros, ¿verdad? Un primer sacramento, la curvatura de la luz de las estrellas. Sí. La curvatura de la luz de las estrellas.



Conversación de Sarah Blumenthal con su padre

Yo era mensajero. Mi trabajo consistía en llevar las noticias o instrucciones de la asamblea a las familias que estaban en sus casas. O mensajes de un miembro de la

asamblea a otro. O montar guardia junto a la plaza, a la entrada del puente, para hacerles saber si detrás del coche descapotado venía una semioruga llena de soldados, lo que significaba que estaba a punto de ocurrir algo malo. Yo corría como el viento a través de las callejas y calles laterales para dar el aviso. Eran responsabilidades propias de alguien mucho mayor. Éramos siete, siete chicos, todos mensajeros. Llevábamos gorras especiales, parecidas a las de la policía, sin visera. Y llevábamos estrellas cosidas en nuestras chaquetas, por supuesto, por lo que la imagen militar que tenía de mí mismo era muy pervertida. Me sentía privilegiado porque la estrella no era como las demás, sino indicativa de rango, ni tampoco la gorra estilo militar, y por saber lo que iba a ocurrir antes que casi todo el mundo: todo eso me hacía sentir especial. El señor Barbanel, el ayudante del líder de la comunidad, que era el doctor Koenig, dijo que yo era su mejor mensajero. Me elegía para los asuntos más importantes. De modo que ahí me tenías, con una estrella en la túnica y una gorra militar sin visera, y yo era el mensajero estrella, así es como yo me veía.

Le pido que lo recuerdes. Yo sólo tenía diez años. Al tiempo que vivía de ilusiones, e incluso a veces en secreto admiraba los uniformes de nuestros enemigos, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo no iba a saberlo?

El deber de la asamblea era proporcionar diariamente brigadas de trabajadores a las fábricas militares de la ciudad. Si esto no se hacía, si los alemanes pensaban que no éramos lo bastante productivos, podía suponer el fin de todos nosotros. Mientras que los hombres y mujeres más jóvenes eran reclutados para trabajar, el resto tenía que encargarse del mantenimiento del gueto: hacer que funcionara la panadería, la lavandería, etcétera. De modo que también las mujeres tenían que estar en forma. Si encontraban a una mujer embarazada, se la llevaban y la asesinaban. Y si el niño llegaba a nacer, los dos, madre e hijo, eran asesinados. De modo que las mujeres embarazadas —al igual que los ancianos, los niños sin hogar y los físicamente incapacitados— estaban escondidas ilegalmente en casas por todo el gueto. Cuando sabíamos que iban a hacer un registro, todos los mensajeros tenían un número de casas que cubrir. Yo iba como una flecha hacia las casas que tenía asignadas y llamaba a la puerta de una manera convenida. Era la señal de que la gente tenía que esconderse. Todo se hacía de manera silenciosa, eficiente, sin gritos ni alboroto. Luego, una vez finalizada mi ruta, o bien tenía tiempo de regresar a la seguridad de las oficinas de la asamblea o me escondía en alguna parte, generalmente en el tejado de alguna casa vacía, acurrucado contra la chimenea. Eran momentos del más puro terror, cuando los ilegales se dispersaban y tenían que buscar todo tipo de escondites, aparadores, sacos de patatas vacíos, sótanos abandonados, armarios en desvanes, pozos, criptas subterráneas. Mientras tanto, yo escuchaba cómo inevitablemente algunos de estos escondites eran descubiertos. Desde diferentes barrios oía el correr de los pies de un escuadrón de soldados, o gritos guturales, luego los chillidos de alguien, a veces un disparo de pistola. En estos registros, los alemanes se hacían acompañar por la policía judía del gueto, y los torturaban allí mismo para averiguar lo

que sabían. A la gente que encontraban la sacaban a rastras, oías terribles sonidos procedentes de distintas calles. Allí donde estuviera, por muy seguro que me encontrara, sentía una rabia enorme, hasta el punto de que me acometía el impulso suicida de salir corriendo y atacar a los soldados, saltarles a la espalda, clavarles las uñas, golpearles. Sentía el deseo en la mandíbula, en los dientes.

Cuando me asignaron a la plaza en la que los guardias de servicio detenían y registraban a la cuadrilla de trabajadores que cruzaba el puente, mi misión era avisar a la asamblea si ocurría algo anómalo. Los guardas eran ceporros, estúpidos en su mayor parte, la escoria del ejército alemán, algunos ya en la mediana edad. Con mi gorra militar sin visera de mensajero, yo era prácticamente invisible para ellos. Podía ir de un lado a otro de la plaza sin parar, incluso de vez en cuando acuclillarme detrás de algún montón de escombros para observar cuanto ocurría. Si, por ejemplo, pillaban a uno de los trabajadores intentando hacer contrabando con una barra de pan o unos cuantos cigarrillos, se armaba un tremendo alboroto y la asamblea tenía que intervenir a toda prisa para intentar negociar un castigo lo más suave posible. A veces, los soldados abordaban a alguna trabajadora e intentaban retenerla en su cuartel con uno u otro pretexto, y eso también había que solucionarlo. En mitad del día, cuando no pasaba casi nada, yo solía quedarme en las calles laterales, aunque ponía todos mis sentidos a cuanto ocurriera en la plaza. Yo era un niño responsable, pero cuando las cosas estaban muy tranquilas no podía resistir el impulso de adentrarme en alguna de las casas vacías y subir al tejado y vigilar desde allí. La mayoría de casas del gueto no eran más que cabañas, pero algunas tenían dos plantas, otras estaban hechas de piedra, había graneros con pajar, establos, tiendas con azoteas, un par de edificios comerciales. El peligro de vigilar desde un tejado, acurrucado en la grieta que forma la chimenea y calentado por el sol, era que podía quedarme dormido y no enterarme de que uno de los coches descapotados cruzaba el puente y pasaba por debajo de donde yo me encontraba. Normalmente tenía demasiada hambre para quedarme dormido, aunque sí soñaba despierto. Podía ver toda la extensión del puente y las fachadas que daban al río de la ciudad que antaño había sido mi hogar. Las arterias de la ciudad se extendían hacia los campos de la periferia, yo era capaz de identificar los bloques de apartamentos y de oficinas, y, según donde me encontrara, incluso podía distinguir las fábricas militares recortándose contra las colinas allí donde, en los días sin viento, el humo de las altas chimeneas salía en línea recta hacia el cielo.

Si volvía la cabeza hacia el este, podía ver cómo el terreno daba paso a estribaciones y luego a montañas con cañones, cubierto todo ello de densos bosques de pinos y abedules. Aquel territorio era mágico para mí, pues allí era donde tenían su base los partisanos judíos, que disponían de armas y atacaban a los alemanes en incursiones militares. Yo creía, de manera muy poco razonable, que mis padres estaban con los partisanos, que ellos mismos eran héroes de la resistencia judía. Creía eso y también que estaban muertos. Creía las dos cosas al mismo tiempo. Te lo

explicaré, pues así verás también cómo me hice mensajero.

Antes de la invasión alemana, antes de la expulsión de los judíos, mi padre, tu abuelo, había sido profesor de economía agraria en la universidad. Es decir, que sabía de cosechas, producción agrícola, etcétera. Por eso era asesor secreto de la asamblea. Tenía que calcular la distribución de los alimentos que nos asignaban los alemanes. Por supuesto, nunca bastaban. Fue mi padre quien propuso crear un huerto comunitario en dos solares vacíos, y la asamblea presentó el plan a los alemanes para que lo aprobaran.

Mi madre había sido doctoranda en lengua y literatura inglesa en la misma universidad. Cuando nos trasladamos al gueto todo eso se acabó. Al principio, mi padre salía cada día al amanecer con la cuadrilla de trabajadores que cruzaba el puente para trabajar en la línea de montaje de la fábrica de aviones, y a mi madre la enviaron a dar clases a la escuela del gueto. Pero nada siguió siendo igual: cada vez había más restricciones, y poco a poco nos iban quitando las cosas normales de la vida. Hasta que un día los alemanes cerraron nuestras escuelas, y después de eso a mi madre la mandaron a la ciudad con las brigadas de trabajo, igual que a mi padre.

Me advirtieron que no me dejara ver. Yo pasaba casi todo el tiempo en casa. Mi madre había escondido algunos libros para que no los confiscaran y los trajo a casa para mí. Los guardábamos detrás de un tablón suelto de la pared, en mi dormitorio. Era un desván con un ventanuco desde el que alcanzaba a ver la calle sólo si me ponía de rodillas. Estudiaba esos libros con avidez: libros de lectura de inglés y francés, libros de texto de matemáticas, e historias de la civilización europea. Disfrutaba con los libros de los cursos superiores y me gustaba aprendérmelos. Mi madre me ponía deberes de esos libros e incluso me hacía algún examen. Me encantaban los exámenes. Me encantaba su voz cuando leía mi examen y le ponía nota, y me encantaba cuando por la noche, después de que ella preparara la cena, nos sentábamos juntos para repasar mi cuaderno de ejercicios.

Como es de suponer, tenía algunos amigos: Joseph Liebner, que iba un año por delante de mí en la escuela y cuyo padre era panadero en la tahona del gueto; un muchacho llamado Nicoli, que compartía conmigo sus novelas de vaqueros en alemán, y una chica rubia que se llamaba Sarah Levin, cuya hermosa madre, Miriam, daba clases de música, y le había dicho a mi madre que yo le gustaba a su hija, noticia que acogí con fingida indiferencia. De hecho, cada martes recorría las dos manzanas que me separaban de la casa de la señora Levin para asistir a clase de violín. Guardaba el instrumento en su casa, aunque era mío. Naturalmente, casi nunca podía practicar. Sólo podía hacerlo mientras los hombres de la carpintería de al lado estaban trabajando, a fin de que sus ruidos ahogaran el sonido del violín. Durante la lección, Sarah Levin permanecía sentada en la habitación. Era una muchacha delgada de pelo muy claro, con unos ojos grandes que no apartaba de mí, cosa que en mi fuero interno manifestaba detestar, aunque naturalmente me hacía tocar con mucho vigor.

Sin embargo, casi siempre estaba solo. Me quedaba esperando a mis padres, rezándole a Dios para que regresaran a casa después de su día de trabajo en la ciudad. Cuando entraban por la puerta, trayendo con ellos una ráfaga de aire frío, y quizás, a escondidas, un poco de comida que habían cambiado por algo a los lituanos, le daba gracias a Dios por Su beneficencia.

Fue un período de mi vida en el que aprendí lo que era el amor adulto observando a mi padre y mi madre. Que eso pudiera mantenerse —el dar por sentado que mi padre no había perdido sus facultades viriles, ni mi madre su belleza, el hecho de que ella lo esperara, la manera en que lo recibía en la cama— en un momento en que vivían despojados de sus vidas, esclavizados, en que se lo habían arrebatado todo, fue algo que no me pareció extraordinario hasta años después. En aquel momento yo sólo acumulaba pruebas. Lo mucho que se atraían mutuamente nada tema que ver conmigo. Mi madre no podía apartar los ojos de su marido. Cuando él estaba en el cuarto, ella estaba petrificada. Yo observaba su pecho agitado por la respiración. Observaba el groan de la curva del antebrazo de mi padre bajo la camisa arremangada. Le contemplaba cuando se quedaba de pie en el umbral de la puerta abierta y escrutaba la calle a derecha e izquierda cada vez que tenían que salir de casa. Cuando al alba se preparaban para ir a trabajar, él ayudaba a mi madre a ponerse el abrigo y ella se volvía hacia él y le levantaba el cuello de la americana. En cada prenda, delante y detrás, iba cosida una estrella de tela amarilla.

Una noche, un ruido me despertó. Pensé que se trataba del viento soplando a través de las rendijas de los tablones de mi desván. Pero no era el viento, eran chillidos. Y no procedían de ningún lugar cercano, ni de mi casa: oí a mis padres en la habitación de debajo de la mía, el tono imperioso de sus voces pensando que no los oía. Me arrodillé junto a la ventana: el cielo ardía. La calle estaba en calma, las casas a oscuras, pero más allá el cielo parecía volar hacia lo alto. Vi el color de las llamas reflejado en mi camisón y llamé a mis padres. ¡Fuego, fuego! Al cabo de un momento mi madre estaba a mi lado, conduciéndome de nuevo a la cama. Chsss, dijo mi madre, todo va bien, aquí no ha llegado el fuego, estás a salvo, vuélvete a dormir. Me envolví en la seguridad de mis mantas. Doblé el almohadón sobre mi oído y me puse a canturrear para no oír los chillidos. Era un sonido terrible, aunque lejano, de muchas voces que chillaban. Contemplé cómo la luz del fuego se iba apagando dentro de mis párpados. Me quedé dormido imaginando que el viento hacía dar media vuelta a los gritos, como si Dios los hubiese detenido y subido a los cielos.

Por la mañana llegaron noticias de que los alemanes habían quemado el hospital. Cuando hablo del hospital, no has de imaginarte un edificio de muchas plantas como los que hay aquí. Era un conglomerado de casas cuyas paredes habían sido derribadas para unir los edificios con maderos, a fin de disponer de tres pabellones de literas, uno para hombres, otro para mujeres y otro para niños, así como unas cuantas salas de reconocimiento, un pequeño quirófano mal equipado y un dispensario. Los alemanes habían rodeado el hospital, habían entablado las puertas y ventanas y, con

sesenta y cinco personas en su interior, entre ellos veintitrés niños, le pegaron fuego al lugar. Estas cifras me han quedado grabadas en la mente. Sesenta y cinco. Veintitrés. Algunos pacientes padecían tifus y los alemanes temían el contagio, que se diezmará su fuerza de trabajo. Así que lo solucionaron de ese modo, quemarlos a todos vivos, incluyendo al personal. A lo largo de todo el día siguiente el humo cubrió la ciudad. El cielo estaba cubierto, hacía un calor antinatural. El humo se cernía sobre nosotros como niebla. Me picaban los ojos, tosía para expulsar el humo. Me imaginaba que había inhalado el humo de los muertos, y quizás era cierto. Al alba, todo el mundo tuvo que ir a trabajar como siempre. Por la noche, tras el regreso de los trabajadores, aunque las reuniones eran ilegales, varios hombres entraron en la casa del rabino, vecina a la nuestra, para rezar el *kaddish* por las almas de los muertos.

No era la primera vez que los alemanes, en sus palabras, «tomaban medidas». Había habido y habría otras. Peinaban las casas de manera repentina, sin avisar, llenaban camiones de gente y los trasladaban al viejo fuerte que había junto al río, al oeste de la ciudad, para asesinarlos. Tenían estos arrebatos de eficacia. Pero tras el horror de aquel día, mi padre dimitió de su puesto en la asamblea. Ya no soportaba seguir siendo cómplice en aquella vida de subyugación sin esperanza. La noche siguiente al incendio hubo una reunión secreta de la asamblea, y cuando él regresó yo estaba arriba, en teoría durmiendo, pero todo lo despierto y liento que podía estar. Hubo un silencio mientras mi madre le ponía delante el pan y la sopa. Mi padre apartó el plato.

—Mañana es la reunión mensual con los alemanes —le dijo a mi madre—. La asamblea presentará una queja formal. Apelaré a la razón moral ante estas ingobernables fuerzas del terror. —Su voz era inusualmente triste, monótona.

—¿Qué harías tú? —preguntó mi madre. Hablaba en voz baja. Apenas la oía.

—Dejando aparte el hecho de que nos esclavizan sistemáticamente, les gusta sorprendernos —dijo mi padre. Su voz subió de tono, se tornó colérica—. Les gusta divertirse. Schmitz, ese chacal que dirige el cotarro —era el oficial jefe de las SS—, ¿cómo soporta la asamblea mirarle a la cara, hablar con él, como si fuera humano? ¡Este ritual de simular que son personas, que hemos de aceptar si queremos sobrevivirles! Como si cuidáramos a unos locos a los que jamás hay que decir que están locos. Schmitz y los demás se tronchan en su fuero interno mientras fingen conversar civilizadamente. Dirán que estamos en guerra y que algunas cosas, aunque lamentables, no pueden evitarse. Y luego se pondrán a discutir la asignación de harina y patatas como siguiente punto en el orden del día.

—Ari, silencio —dijo mi madre—. Despertarás al niño.

—¡Ya no puedo soportarlo más!

Jamás olvidaré su grito de desesperación, no sólo porque se me encogiera el corazón ante la idea de que mi padre, de hecho y verdaderamente, era incapaz de protegernos, sino porque estaba descubriendo con toda su crudeza que mi yo físico

era presa de unos depredadores. Siguió hablando de nuestra historia: de cómo habíamos vivido entre ellos, los cristianos, una generación tras otra, sólo para ver cómo nos subyugaban y moldeaban hasta adquirir la forma de su odio. Nos habían convertido en judíos para que ellos pudieran ser cristianos.

Lo que ocurrió exactamente después de eso no puedo decírtelo. Quizás habían pasado dos o tres meses desde el incendio, las emociones ya no estaban tan a flor de piel. La conmoción se había apagado con la rutina del trabajo, las reuniones secretas, las oraciones secretas por parte de los religiosos... Habíamos regresado de nuevo a la esperanza de sobrevivirles, de aguantar hasta que llegara la liberación. Corrían rumores de la derrota del ejército nazi en África. Fue en esta época cuando, un día, mis padres no regresaron del trabajo. Incluso ahora desconozco las circunstancias. Una mañana, al amanecer, como siempre, mi padre ayudó a mi madre a ponerse el abrigo, ella le levantó el cuello de la chaqueta para protegerle del frío, y los dos besaron a su hijo. Abrieron la puerta, salieron a la oscuridad de la mañana, cerraron otra vez y jamás volví a verles.

Sé que por esa época habían colgado un cartel en el gueto. Los alemanes querían a cien intelectuales para que conservaran y catalogaran los archivos de la ciudad. Mi madre y mi padre hablaron de ello. Ella estaba en contra de presentarse como voluntarios, aduciendo que no había que fiarse de los alemanes. La opinión de mi padre era que valía la pena arriesgarse y que él se apuntaría. Creía que con ese trabajo podría ver a algunas personas que conocía y ponerse en contacto con la Resistencia. Mi madre dijo que ella quería sobrevivir. Mi padre dijo que, aunque cualquier decisión que tomaran podía ser la última, de una cosa estaba convencido: de que a todos los que se quedaran en el gueto les esperaba una muerte segura.

Por supuesto, mi madre tenía razón, y fue otro de los engaños criminales de los nazis: los intelectuales que habían presentado sus credenciales para trabajar en los archivos fueron llevados en camiones al viejo fuerte que estaba junto al río y fusilados. Pero si mi padre estaba entre ellos, ¿qué fue de mi madre, que no se había presentado voluntaria? ¿O es que al final cambió de opinión? Pero habría sido muy imprudente que los dos arriesgaran sus vidas y dejaran abandonado a un niño. Es posible que él se presentara voluntario y que ella de algún modo se viera implicada y se la llevaran antes de que pudiera huir. Puede que los mataran por otras razones que nada tenían que ver con esto. No lo sé.

Pero había otra posibilidad: que estuvieran vivos, que hubieran conseguido escapar y unirse a los partisanos. Fue el rabino Grynspan, nuestro vecino, quien me lo dijo la misma noche en que mis padres no regresaron.

—Ven enseguida, no debes quedarte aquí —me dijo—. Ahora eres técnicamente huérfano, aunque tus padres están en el bosque y naturalmente volverán a por ti, si el Señor, Bendito sea, les muestra el camino.

—Entonces, ¿se han ido con la Resistencia?

—Sí. —Lo dijo tras un momento de vacilación.

—¿Por qué no han podido llevarme con ellos?

—Pensaron que aquí estarías más seguro. Rápido, basta de hablar. Los nazis no toleran a los niños sin padres. No te faltará de nada, deja los libros, coge tu suéter, estas camisetas, haz un hatillo con tu abrigo y ven conmigo.

A partir de entonces viví sabiendo que mi padre y mi madre habían muerto, y al mismo tiempo esperando a que vinieran a rescatarme. Sabía que estaban muertos porque a ellos jamás se les habría ocurrido que yo pudiera estar más seguro solo en el gueto que con ellos. Pero pensaba que estaban vivos porque el rabino había confirmado lo que mi padre había dicho, que quería ponerse en contacto con la Resistencia. Viví en este estado de indecisión durante bastante tiempo: mi corazón me decía que habían muerto, pero siempre, allí donde estuviera, levantaba la vista por si venían a por mí. Pasó mucho tiempo hasta que dejé de pensar totalmente en ellos.



Si Albert tiene razón, los planetas nos proporcionan cierto consuelo. Por ejemplo, si pensamos que todos son esferoides, que ninguno tiene ni forma de dado ni de los cartones con los que doblan las camisetas en la lavandería. Y si pensamos en cómo se formaron, en cómo, a partir de remolinos amorfos de polvo y gas cósmicos, todo da vueltas y se enfría y se organiza en un sistema solar que opera mediante la fuerza de la gravedad... Y en que esto, al parecer, ha ocurrido en todas partes, en que hay miles de millones de galaxias con estrellas sin número, de modo que aunque sólo una fracción de estrellas posea planetas con lunas en órbita a su alrededor... unos pocos planetas, al menos, puede que posean el agua necesaria para dar lugar a una vida inteligente que podría sufrir las mismas crisis metafísicas que nos perturban. De modo que hemos de estar contentos.



Conversación de Sarah Blumenthal con su padre

El rabino me llevó a las oficinas de la asamblea. Había varios niños más. Algunos lloraban. Me senté entre ellos en el suelo, me apoyé en la pared y observé y escuché. Los miembros de la asamblea le suplicaban a todo el mundo que guardara silencio. Había un hombre sentado ante una mesa escribiendo a máquina. Tenía máquina de escribir porque se celebraba asamblea. Me gustaba el golpeteo claro y preciso de las teclas. Me quedé dormido un rato. Cuando desperté, los demás niños se habían ido, la habitación estaba en silencio, y una mujer estaba arrodillada a mi lado.

—Ahora tienes un nuevo nombre —me dijo sonriendo—. Un nombre bonito:

«Yehoshua». Adelante, pronúncialo.

—Yehoshua.

—Muy bien. Yehoshua Mendelssohn. Así te llamas a partir de ahora. Es el nombre al que debes responder, y ésta es la cédula que dice que ahora eres esa persona y que siempre has de llevar en el bolsillo, ¿entendido? Por si alguien te lo pide. Ahora vives en la calle Demokratu. Yo te llevaré. Es bonito, da a un huerto.

La mujer cogió mi hatillo y me dio la mano como si fuera un niño pequeño, y me llevó a través del gueto. Tenía la palma húmeda, del miedo, pero no me soltaba. Se detuvo frente a la puerta de una pequeña casa.

—Tienes un abuelo —me dijo, y a continuación llamó a la puerta.

Mi supuesto abuelo era un sastre llamado Srebnitsky, un hombre enjuto y hosco, un tanto encorvado, cuyos rizos de pelo gris le sobresalían por debajo del gorro; sobre sus hombros estrechos colgaban holgados una camisa y un chaleco. Desprendía un olor rancio que yo consideraba olor a abuelo. Tenía los ojos azul claro, acuosos y centelleantes. Pero lo que más me impresionó de él fue que se tratara de un desconocido.

Su casa constaba de dos habitaciones, una delante y otra atrás, y una pequeña alcoba que le servía de cocina. Yo dormiría en un catre que había en la habitación delantera, que el sastre utilizaba para trabajar.

—De modo que tengo un nieto —dijo sin sonreír—. Así es como Dios provee en Su sabiduría. ¿Tengo alguna esperanza de que pronto me dé también una hija y un yerno? ¿Y por qué no una esposa, ya puestos? —No me hablaba a mí, sino al parecer a lo que tenía entre manos, quizás a las propias manos, que eran largas, tersas y diestras y por tanto fascinantes, porque parecían mucho más jóvenes que el resto de su cuerpo. La aguja entraba y salía velozmente de la tela, y con asombrosa velocidad nacían líneas de puntadas perfectamente rectas.

A medida que pasaban las semanas asumí la tarea de barrer el suelo, donde siempre se acumulaban trocitos de hilo y pedazos de tela. Pero no había que tirar nada, todo había que devolverlo al cesto de las telas. Las prendas que le traían al sastre eran abrigos, vestidos, pantalones, todos ellos raídos, que tenía que zurcir o desmontar y reconstruir como podía con la ayuda de los hilos y trozos de tela que guardaba en su cesto, a fin de que esas prendas pudieran volver a llevarse, aunque no fuera por mucho tiempo. No le pagaban con dinero, sino con pagarés. Pero lo más corriente era el trueque, algo que los alemanes no podían controlar del todo. Le arreglaba la chaqueta a un carpintero y éste le arreglaba una contraventana que no cerraba bien. Le forraba el abrigo a una mujer y ésta le preparaba una sopa.

El único libro que había en la casa era la Biblia, de modo que comencé a leerla con atención. Pero algunos fragmentos me desconcertaban. Como suponía que el hombre era devoto, comencé a hacerle preguntas. Un brillo de triunfo asomó a los ojos acuosos de Srebnitsky. Con fruición me señaló las contradicciones y absurdos del texto bíblico.

—Fíjate bien en lo que estás leyendo —dijo—. No hay más que ver las fechas. Tan imposible es que Samuel escribiera el libro de Samuel como que Moisés escribiera el suyo. ¿Cómo podían saber cuándo habían muerto? Cuentos, sandeces de principio a fin. Un fraude para beatos. ¿Y en un principio? En un principio, ¿qué? ¿Quién está hablando? ¿A quién se dirige? ¿Quién estaba allí? ¿Dónde está el justificante? La gente que se inventó estas historias sabían menos aún que nosotros. ¿Quieres encontrar a Dios? Pues no busques en las Escrituras, mira en cualquier otra parte, en los planetas, las constelaciones, el universo. Mira una chinche, una pulga. Fíjate en las múltiples maravillas de la creación, los nazis incluidos. Ése es el Dios con el que estás tratando.

Esas palabras me provocaron un extraño consuelo. Siempre había tenido dudas acerca del Dios bíblico, al igual que hoy en día, como tú bien debes saber, y, espero, perdonarme. Además, la actitud de aquel hombre me recordaba a la de mi padre, que era sionista y hombre de ciencia, aunque observara el sabbat y las fiestas más importantes. Pero además había un halago latente en la consideración que el hombre me había demostrado al tratarme como una persona capaz de pensar por su cuenta y que, aun siendo un crío, no se creía a pies juntillas todo lo que le habían enseñado.

Pero la mayor parte del tiempo, Srebnitsky permanecía en silencio. Hora tras hora se sentaba encorvado a su mesa de trabajo junto a la ventana, y los diestros movimientos de sus hermosas manos le hablaban a mi mente como si conociera el alfabeto de los sordos. La concentración de su mirada sobre el pequeño campo de tela, en el que sus manos se expresaban, lo consideraba yo como su peculiar desafío a todas las mentiras de Dios y su obstinado rechazo a sucumbir a la desesperación que barría el gueto en oleadas, como la fiebre.

Le habían quitado la máquina de coser, cuya pérdida maldecía cada día. En honor a su profesión le dejaron tener tijeras, agujas, cajas de artículos de mercería y ovillos de hilo. Y también sus dos figuras humanas sobre una base con ruedas, una masculina y la otra femenina, construidas con alambre de cintura para arriba. A menudo me quedaba mirando esos maniqués. Aunque se podía ver a través de ellos, los sentía como presencias reales. Comprendía con qué facilidad cualquier cosa podía parecer humana. A veces cambiaba de sitio los maniqués y yo me sobresaltaba al tropezar con ellos inesperadamente, confundiéndolos con personas reales. Fantaseaba con su indiferencia, con el hecho de que nada pudiera dañarlos. Podías ahorcarlos, fusilarlos, martillarlos hasta convertirlos en una masa informe, estirarlos y retorcerlos basta formar una sola hebra de alambre, y no sentirían nada ni les importaría. Ser algo inanimado era, según mi pensamiento, un estado envidiable, incluso trascendente. Y sin embargo, al mismo tiempo, me imaginaba sin dificultad que los maniqués hablaban entre sí. Una vez el sastre se había retirado a su cuarto y justo antes de acostarme, me gustaba colocarlos en una posición en la que parecieran conversar: Bueno, ya se ha hecho de noche, es hora de descansar, le decía el hombre a la mujer. Sí, respondía ella, y mañana el sol seguramente saldrá y nos dispensará su calor.

Observaciones de Pem a los examinadores del obispo

La sensación de Dios que hay en nosotros es una sensación total que posee el ser completo, una revelación, una inspiración. Ésta es la respuesta habitual a los interrogantes del intelecto, que por sí mismo no puede comprender la verdad sacra. Pero ¿es que el intelecto no está subsumido? ¿Acaso el ser completo no incluye el intelecto? ¿Por qué no iba a resplandecer la gloria de Dios a través de la mente humana?

Mi postura es que la verdadera fe no es un conocimiento sustitutorio. No se puede descartar el intelecto. No se puede responder al intelecto con una sonrisa condescendiente. Lo que busco es la paridad. No diré que su acceso a lo numinoso sea una ilusión si ustedes no me dicen que el intelecto es irrelevante...

Las narraciones bíblicas, los relatos del Evangelio, fue la primera manera de comprender las cosas, eran ciencia y religión, lo eran todo, eran todo lo que uno tenía. Pero no se escribieron solos. Hay que reconocer el trabajo de los narradores.

Si no en todos los relatos, desde luego sí en los de misterio, el escritor empieza por el final. Sabe cómo termina, y toda la historia se planifica para llegar a ese final. Si sabes que la gente del mundo habla muchas lenguas, ése es el final: el relato de la torre de Babel te lleva ahí. Se sabe que el final de la vida es la muerte: la historia de Adán y Eva nos conduce a ese final. ¿Por qué sufrimos, por qué hemos de morir? Bueno, veréis, hubo una vez un paraíso terrenal...

El final del relato implica que podría haber otro final. Es el pequeño truco del diez por ciento. Reconoces que ya que las cosas han ocurrido de esta manera, podrían haber sucedido de otra. Creas conflicto y suspense cuando no hubo ni una cosa ni otra. Conviertes la condición humana en una secuencia narrativa de cómo llegó a existir.

Bueno, tal como yo lo leo, Dios jugaba con las cartas marcadas. Adán y Eva jamás tuvieron la menor oportunidad. La historia de la Caída es una parábola de la gloria y el tormento de la conciencia humana. Pero ahí acaba todo...

Dios mío, no hay nada más peligroso que el narrador. No, rectifico: que el editor del narrador. Agustín, que editó el Génesis 2-4 introduciendo el pecado original. Qué ingenioso acto de deconstrucción: que se transmitiera de padres a hijos, como el VIH. En cuanto que doctrina de la condenación universal, la Caída se convierte en un instrumento de control social. Dios nombra a sus agentes plenipotenciarios para que dispensen la salvación o la nieguen. No sé qué piensan ustedes, queridos colegas, pero los hechos históricos arrojan una luz muy desfavorable sobre mi fe. Estamos atados a una teología que se ve en apuros para aguantar los envites del incrédulo

sentido común. De modo que, por ejemplo, los bebés que mueren sin haber sido bautizados como católicos son condenados al limbo, esa zona norte del infierno. Lo que quiero decir es que, en todas sus denominaciones, las fantasías punitivas del pecado original han engendrado y siguen engendrando generaciones de niños aterrorizados y de adultos angustiados, y hacen que los cementerios calvinistas de Nueva Inglaterra sean tan impresionantes al recordarnos la quema de brujas, los azotes, el sacrificio de las alegrías cotidianas y las maravillas de la vida en la Tierra de las que la mente que no ha sido adoctrinada es su heredera natural...

¿Cómo, dada la lastimosa historia de este absurdo, podemos presumir de exaltar nuestra visión religiosa por encima de la actividad habitual de nuestras mentes racionales?



El viejo sastre solía tratarme como a un huésped adulto que supiera cuidar de sí mismo. Sin embargo, a medida que la ropa me iba quedando pequeña, me la ensanchaba o me encontraba otra. Cuando comencé a cojear porque los zapatos me apretaban demasiado, obtuvo a base de un trueque un par de zapatos. Cocinaba sopa de patata o cortaba el pan y señalaba la mesa y nos sentábamos a comer en silencio. Yo todo esto lo aceptaba como la mejor alternativa. En verdad era un huésped. Al anciano y a mí no nos unía ningún parentesco, y jamás me pareció que eso fuera otra cosa que un arreglo provisional.

Como vivía escondido, no podía ver a mis amigos de antes ni asistir a las clases de música en casa de la señora Levin ni ver a la pequeña Sarah, que tan loca estaba por mí. De vez en cuando venía a visitarnos la mujer de la asamblea que me había puesto mi nuevo nombre, echaba un vistazo, comprobaba que todo iba bien. Le traía unos cuantos cigarrillos a Srebnitsky, o aguardiente en una pequeña jarra. Él aceptaba todo esto como un deber. Siempre tenía para Yehoshua Mendelssohn un peine de bolsillo o un lápiz y un cuaderno. Pero lo que más me gustaba, mi tesoro máspreciado, era un divertido periódico americano, una hoja de tebeos en color de un periódico americano utilizado como envoltorio en un paquete que había encontrado por casualidad mientras se dirigía al gueto. Yo alisaba la página arrugada y lo leía una y una vez, intentando adivinar qué significaban las palabras en inglés que había sobre la cabeza de los personajes. Una de las historias trataba de un caballero medieval cubierto de armadura que galopaba por la campiña en un caballo blanco. Otro mostraba a un detective de la policía, enfundado en un abrigo amarillo, que corría sobre el techo de un vagón de tren empuñando una pistola. No me molestaba que la historia se acabara después de las seis u ocho viñetas del periódico, para mí era suficiente para saber que esos héroes existían e imaginarme el tipo de aventuras que debían de correr. Aparecían diversos períodos de la historia, la gente nacía en épocas diferentes, y cada una tenía sus propios peligros. Era más o menos el mismo

pensamiento que había expresado un rabino en una reunión secreta para que los niños celebraran el *chanukah*. «El Bienaventurado, bendito sea Su nombre, nos dio la Torá, nos dio la compasión, la humildad y la fuerza para hacer frente a todos los que nos negarían nuestra fe. Y se nos pone a prueba igual que a los macabeos, quienes recuperaron el Templo en manos de los perversos y encendieron la lámpara que apenas tenía aceite para arder un día pero que, gracias al Bienaventurado, bendito sea, duró ocho días. Y romperemos nuestras cadenas y derrotaremos a los opresores tal como hicieron los macabeos.»

Cada mañana, al levantarme, contemplaba el huerto que había al otro lado de la calle, que mi padre había proyectado para la comunidad. Incluso en los meses más fríos y desabridos, cuando sólo cubrían el suelo tallos resacos de rastrojo, se veían los surcos que delimitaban las diferentes secciones e imaginaba lo que debía de haber pensado mientras decidía qué había que plantar y dónde. Por las tardes, cuando estaba oscuro, me gustaba ir andando hasta el huerto. Nadie me molestaba. Los soldados apostados para vigilar solían estar menos atentos, y les preocupaba más estar calentitos que cualquier otra cosa. Pero luego llegó la nieve, que se extendió como un sudario sobre el terreno. Desaparecieron todas las configuraciones del terreno, y no quedó más que ese montículo de blancura fría y deslumbrante. Era algo cegador, no me permitía mirar, y por primera vez desde que perdiera a mis padres, lloré. Esa blancura me hizo comprender de manera terrible que el recuerdo que tenía de mis padres comenzaba a diluirse... su aspecto físico, sus voces.

Con el tiempo, por mucho que lo intentara, todo lo que podía recordar de ellos eran destellos de su carácter moral en mi propia manera de pensar.

Un día regresé de mi vagabundeo y me encontré a Srebnitsky cortando un patrón sobre una gruesa pieza de tela de magnífica calidad, de un vivo color carbón y extraordinaria flexibilidad. ¿De dónde lo había sacado? Se lo habría preguntado de no haber leído en la actitud concentrada del sastre una exigencia de silencio. Movía los labios como si hablara solo. Parecía enfadado. Y sin embargo seguía trabajando con velocidad y precisión. Me senté a su lado y le miré las manos. Finalmente levantaron las secciones de la tela que habían cortado, las hilvanaron y las colocaron sobre el maniquí macho, que en un instante se convirtió en un proyecto de oficial de las SS.

Dio un paso atrás para contemplar su obra.

—Ya ves lo famoso que se ha vuelto tu abuelo. Las noticias de su pericia han llegado a su eminencia el comandante Schmitz de las SS. ¿Hago mal en aceptar este honor? —dijo, señalando el maniquí.

—Tienes que hacerlo —dije con la franqueza de un niño.

—Sí, eso supongo. No dejo de repetirme que el que uno de estos tarugos sea capaz de llevar a cabo una transacción comercial corriente y moliente es una señal de esperanza, el primer paso en su evolución.

En ese momento destapó una máquina de coser de pedal.

—Aquí está de nuevo. ¿Y? ¿Te he oído decir algo? —Negué con la cabeza, pero

él siguió discutiendo consigo mismo como si fuera yo su contendiente—. Si no fuera por su destreza, Srebnitsky no estaría aquí. Que no se te olvide. Estas manos que siempre observas con admiración, pues me doy cuenta, aunque tú eres demasiado arrogante para ser sastre, son las que le han mantenido con vida. ¡Y si eso te parece poco, piensa que también te han mantenido a ti con vida, Yehoshua Mendelssohn! Yehoshua Mendelssohn —repitió farfullando mientras volvía a su trabajo.

Pues naturalmente, como comprendí en ese momento, al igual que él era para mí un desconocido, yo no era su nieto. ¿Lo has entendido, verdad, que me habían puesto el nombre del nieto muerto del sastre? Jamás me contó lo ocurrido, me enteré de ello más tarde, en la asamblea. Antes de que hubiera un gueto, cuando la guerra llegó a nuestra ciudad, los rusos se retiraron hacia el este. Nuestros vecinos lituanos aprovecharon la circunstancia para hacer un pequeño pogromo. Srebnitsky vivía con su hija, su yerno y su nieto Yehoshua en un apartamento de la calle Vytauto. Mientras trabajaba en su tienda, situada en otro lugar de la ciudad, la turba derribó la puerta de su apartamento, hizo salir a su familia a la calle y los apalearon hasta matarlos. Por todas partes hacían lo mismo: mataban judíos y saqueaban sus casas llevándose los muebles, las alfombras, los platos, las radios, todo. Srebnitsky volvió corriendo a su casa y se encontró los cadáveres de su hija, su yerno y su nieto en la acera. Cuando los alemanes ocuparon la ciudad, restauraron el orden expulsando a todos los judíos y realojándolos en ese suburbio de casas destartadas situado al otro lado del río que acabó siendo nuestro gueto. No lo hicieron para protegernos, desde luego, sino para ponernos a trabajar en sus fábricas de armamento. Me acuerdo del día de la matanza, mis padres y yo escondidos en nuestro apartamento, en un piso alto, por suerte, con el escritorio apuntalando la puerta de entrada. Y recuerdo nuestro traslado, a mis padres empujando una carreta con las pertenencias y muebles que nos permitieron llevarnos, cruzando el puente. Srebnitsky, privado de todos sus parientes, fue solo.

Naturalmente, la experiencia del sastre no era en absoluto única, pero años después, cuando consideraba el hecho que provocó su muerte, concluí que, aunque a cualquiera se le puede llevar al extremo de renunciar a su vida, en casos como el de Srebnitsky no era el simple deseo de morir sino el deseo de trascender el que, una vez hecho realidad, le llevó a uno a concluir su vida. Es algo distinto, totalmente. Y, del mismo modo, los insoportables tormentos cotidianos que todos padecemos son a su vez excepcionales en la manera que tiene de asimilarlos cada corazón.



Observaciones de Pem a los examinadores del obispo

Burkert, quizá nuestro más eminente estudioso de las religiones antiguas... ¿conocen su obra? Investiga los orígenes de lo sagrado, lo que es ya por sí misma una tarea

herética. Nos presenta la imagen de la lagartija que abandona su cola en la boca del depredador. El zorro que mastica su propio pie para salir del cepo. Me preguntan qué tiene que ver todo esto con Dios. En esa reacción biológica programada se halla la idea del sacrificio. Se entrega una parte para salvar el todo. Entre los mitos antiguos hay muchos en los que seres humanos huyen de algún monstruo sólo después de sacrificar trozos de sí mismos a fin de desviar al perseguidor o hacer que disminuya el paso. Orestes entrega un dedo, y también Ulises. El sacrificio del dedo era algo muy serio en la antigua Grecia. Pero, en su mayor parte, a lo largo del tiempo los sacrificios se han ritualizado, simbolizado. Uno ya no se mutila, sino que deja un anillo en el altar en lugar de un dedo. Sacrificas un cordero. Dejas un chivo expiatorio en el desierto. Pero cuando está en juego el destino de una comunidad, se elige a un hombre para que salte al abismo a fin de que éste no engulla a toda la comunidad. Hay que entregar una virgen al lago insondable. Una persona que va en trineo es arrojada a los lobos que lo persiguen. Jonás es arrojado al mar para salvar el barco y a su tripulación. Y al igual que el rebaño pasta seguro durante un tiempo después de que el león haya devorado a uno de sus miembros, la humanidad se siente más segura de los terrores sin nombre ni forma si uno de los suyos es sacrificado, si uno paga por todos, como la pata que el zorro se deja en el cepo.

Piensen en ello. Estamos hablando desde el punto de vista intelectual. Estamos indagando cuál es el posible origen de lo sagrado, qué es lo más santo para nosotros, nuestra figura más imponente del Dios encarnado que muere una y otra vez, de un domingo a otro, para que los demás podamos salvarnos.

¿Acaso todo esto es irrelevante?

Pagels, que trabajó con los rollos descubiertos en Nag Hammadi, Egipto, en 1945, descubre que los primeros cristianos estaban profundamente divididos entre los que proponían una Iglesia conforme a la sucesión apostólica, basada en una interpretación literal de la resurrección de Jesús, y los que sólo aceptaban la resurrección de Jesús como una metáfora espiritual de la gnosis alcanzada emocional y místicamente, como un conocimiento que estaba más allá del conocimiento vulgar, una percepción por encima o por debajo de la verdad cotidiana... Ello provocó una lucha por el poder. Gnósticos y sinópticos se enfrentaron con evangelios encontrados. Los gnósticos, que decían que no se necesitaba Iglesia, ni sacerdote, ni episcopado, sufrieron una apabullante e inevitable derrota, pues, dadas sus opiniones, carecían de organización. Mientras que los institucionalistas se daban perfecta cuenta de que su secta, perseguida, necesitaba una red para sobrevivir, con reglas de funcionamiento y estrategias comunes para la supervivencia, como el concepto de martirio, por ejemplo, creado para transformar en algo positivo su terrible persecución; también es cierto que la lucha por Jesús fue una lucha por el poder, que la idea de una resurrección real, que los institucionalistas defendían y los gnósticos ridiculizaban, le daba autoridad al cargo religioso, y que la lucha para definir a Jesús y canonizar sus palabras, o las interpretaciones de sus palabras a cargo de otros, era pura política, tan

apasionada y venerable como se quiera; y que el deseo de perpetuar la autoridad de Jesús, que prosiguió en la Reforma y la creación de las sectas protestantes, en las que se proponía una suerte de gnosis residual en protesta por las acumulaciones sacramentales de la burocracia eclesiástica, lo que es ahora el cristianismo, con todas las resonancias que ello tiene en cuanto que creencia y cultura rica y compleja, se reduce a una creación política con una historia política. De los conflictos de los primeros cristianos surgió un Jesús políticamente triunfante, y desde entonces ha sido un Jesús político, desde la conversión del emperador Constantino en el siglo IV a través de la larga historia de la cristiandad europea, si consideramos la historia de la Iglesia católica, sus Cruzadas, su Inquisición, sus contiendas y/o alianzas con reyes y emperadores, y con el auge de la Reforma, la historia de la activa participación del cristianismo, en todas sus formas, en las guerras entre los estados y el gobierno de las poblaciones... es la historia del poder...

Lo siento. Tienes ustedes preguntas que hacerme y aquí estoy yo, perorándoles sobre estas cosas tan elementales que tan bien conocen. Pero empiezo a sentir su peso. La crítica histórica tiene ya ciento cincuenta años. Ahora debemos mirar lo que tenemos delante. La diferencia es cómo valoramos ahora estas... distracciones del intelecto. Ustedes las consideran irrelevantes. A mí me gustaría que las consideraran un reto. Nuestra tradición es muy diversa. Lo que nos unifica son los sacramentos, pero estamos divididos a la hora de abordar los temas doctrinales, y creo que debemos reconocerlo. Todos esos milagros que proclamamos me suponen una carga. Sin embargo, me considero un buen cristiano. Ésta es una profesión de fe. Espero que no la utilicen para expulsar de sus filas a alguien de mi generación que, según ustedes, vive aún en los años sesenta. Gracias.



El Midrash Jazz Quartet toca temas clásicos

[7]STAR DUST

*Sometimes I wonder why
I spend the lonely night
dreaming of a song?
The melody haunts my reverie,
And I am once again with you
When our love was new,
and each kiss an inspiration,
But that was long ago: now my consolation is in the stardust of a song.
Beside a garden wall, when stars are bright,
you are in my arms
The nightingale tells his fairy tale
of paradise, where roses grew.
Tho' I dream in vain
In my heart it will remain:
My stardust melody,
The memory of love's refrain.*

El cantante se pregunta por qué malgasta las noches
suspirando por un amor que perdió
Al que sueña en forma de canción. Naturalmente sabe por qué:
Está obsesionado, no puede evitarlo
está sensiblero, se compadece.
Ella debió de brillar para él como una estrella
si la canción que oye no es más que su polvo.
Qué raro invocar en el nombre de su amor perdido
los residuos de una conflagración nuclear.
Éste es su problema, su desesperación metafórica.
Uno se queda asombrado de su sentimentalismo
... haber fingido que estaba en el paraíso,
el Jardín del Edén
donde todo duraba eternamente y las rosas nunca
dejaban de florecer
y su amada cantaba dúos en la noche
con un pájaro apreciado por la realeza china...
Como si ninguno de sus ancestros hubiera probado el fruto
del famoso árbol,
Como si el amor fuera eterno, y en la vida no hubiera muerte.

(Débiles aplausos)

Si lo que cantas para ti
no es una canción
sino el sueño de lo que debería ser una canción,
Sin duda las cosas van mal,
La canción se viene abajo, igual que los sueños
Y todo lo que creías saber
desaparece
Cada nota un lamento.
Éste es el verdadero pesar del corazón:
La mente está confusa
y ya no distingue
la noche del día.
Como si Dios en su consternación
hubiera devuelto el mundo a su origen.
Y cuando el amante se halla en medio de todo esto
en forma de sueño, de canción, no existe el Jardín.
Hay relámpagos, hay lluvia,
fuegos celestiales, mundos en colisión
Y la canción de la rescisión del amor
es la música de las esferas.

(Aplausos de indiferencia)

Y lo peor de todo es cuando él está solo en la noche
pero ella está allí, no se ha ido.
Él recuerda la vez en que fueron uno
Que es el único paraíso que nos atrevemos
a intentar conseguir
Por breve que sea
Más breve que una rosa en flor.
De modo que ahora ya no están en el Jardín
Como él era el único mozo en el mundo
y ella la única moza
están sentados en la sala, uno frente al otro,
Y quizás él lee el periódico o lo finge
y ella lee un libro o la Biblia
y no tienen nada que decirse
sólo se hablan para coordinar sus horas
con el médico.

Si ahora él intentara cogerla en brazos
Ella se resistiría y se apartaría
Totalmente perpleja ante tan estafalaria actitud
Y quizás él en su ensueño mira por la ventana
Y ve a algunas de esas jóvenes hermosas y esbeltas pasar por la calle
y se acuerda de las palabras del poeta:
«Conocí una vez a una mujer que os superaba en belleza».
Pero eso no es gran consuelo.
Tan poco consuelo como ver
las estrellas nocturnas
que brillan grandes y con gran resplandor
pero que no son sino rescoldos
en las cenizas de la letargia del joven.

(Aplausos muy aislados)

[8] *We sing the blues,
Make up words
To imitate
The singing birds
In the garden of Adding,
Live Even and Odd
She's not in his arms,
They're looking for God
A nightful of stars,
Is turned to dust
And here I am,
In Paradise lost.*

El cantante sueña una canción
cada nota un lamento
mientras estamos sentados en nuestra sala de estar
aquí en el Paraíso perdido.

[9] *Sometimes I wonder why
I spend the lonely night
dreaming of a song?
The melody haunts my reverie,
And I am once again with you
When our love was new,
and each kiss an inspiration...*



Una mañana de invierno, pocos minutos después de que Srebnitsky hubiera cosido la insignia militar en los hombros y los ribetes en las solapas, un coche se detuvo delante de la puerta principal y llegó el oficial de las SS que le había encargado el trabajo. Era el comandante Schmitz, la persona responsable de todo el terror. Me fui corriendo a la habitación de atrás y salí en silencio por la puerta. Aquel encargo del sastre me había preocupado desde el principio, porque violaba la regla de permanecer lo más posible en el anonimato, de procurar no llamar la atención. Si la habilidad del sastre con la aguja le había convertido en una persona útil y le había mantenido con vida, y también a mí, también había aumentado nuestras probabilidades de morir. La lógica de nuestras maltrechas circunstancias aseguraba que no había ninguna proposición simple que no contuviera su opuesto.

Me coloqué junto a la cerca del huerto, a cierta distancia de nuestro edificio. Era una mañana fría, con nubes. En medio de la desolación del invierno, de las destartaladas casas de aquella calle, con columnas de humo asomando de las chimeneas, destacaba el coche del comandante en jefe, como un imponente lujo de otro mundo. Era un Mercedes negro de cabina más o menos cuadrada, y un capó largo y bajo en cuya proa asomaba una parrilla de radiador cromada. Los faros eran enormes y plateados. Tenía un brillo cegador, como si fuera inmune al barro, la nieve y el hollín. El chófer recorría las afueras del coche y con un trapo borraba las afrentas más recientes. Por la manera en que me miraba comprendí que podía acercarme todo lo que quisiera, a fin de que yo, un muchacho judío, pudiera ver lo que la civilización alemana era capaz de fabricar, la gloria de su maquinaria, y la despreocupada magnificencia de su chófer. Llevaba el uniforme de soldado raso de las SS con una pistola en la cartuchera.

Por supuesto, lo que me atraía del coche no era su lustre, sino el calor que desprendía el motor. De modo que me disponía a ver con todo detalle lo que ocurriría a continuación. Cuando el comandante Schmitz salió de nuestra casa llevaba puesto su nuevo uniforme hecho a mano, y también una gorra sin visera que lucía con porte chulesco. Era un hombre corpulento de caderas anchas. Detrás de él estaba Srebnitsky, que llevaba sobre el brazo el uniforme viejo. El chófer dio un salto hacia delante para cogerlo. Abrió la portezuela trasera del coche para que entrara su comandante, y luego la de delante, y por unos momentos estuvo muy concentrado depositando el uniforme con mucho cuidado sobre el asiento delantero. Schmitz estaba inmóvil, como si posara con su elegante uniforme, sus botas negras, las manos en las caderas y una sonrisa de desdén en la cara.

—¿No va a pagarme nada? —preguntó Srebnitsky con un hilo de voz. El oficial

soltó una carcajada—. ¿Ni un pfennig por el hermoso trabajo de Srebnitsky, en el que incluso las mangas están forradas y todo está cosido con costuras dobles? —Y Srebnitsky se puso a reír otra vez—. ¿Ni siquiera un cigarrillo para el viejo sastre que ha trabajado tan duro, el artista que ha hecho esta prenda para el apuesto comandante del Tercer Reich?

Los dos rieron con ganas de su ocurrencia, de que un judío esperara que le pagaran. Srebnitsky de pronto frunció el ceño, irguió los hombros mientras miraba fijamente un punto del nuevo uniforme. Llevaba las tijeras en las manos.

—Perdone, excelencia, por aquí sobresale un hilillo, un momento.

Y llevando la mano al pecho del comandante, que miraba hacia el cielo para soportar el último tijeretazo hacia la perfección, el sastre tiró de la solapa, clavó la punta de las tijeras y pegó un corte en toda la pechera, un gesto tan repentino que al cabo de un instante un enorme faldón de la destrozada guerrera colgaba sobre la rodilla del oficial.

—¡Pues cósetelo tú mismo, ladrón! —aulló el sastre—. Un ladrón, eso es lo que eres, eso es lo que sois todos. ¡Todos vosotros, ladrones, nos robáis nuestro trabajo, nos robáis la vida!

El comandante se quedó de una pieza. Creo que incluso soltó un grito de temor. Pero el chófer saltó enseguida sobre el anciano y le derribó golpeándole con la culata de la pistola. Luego empezó a darle patadas.

—¿Cómo te atreves a atacar a un oficial alemán? —le gritó—. ¡Te atreves a levantarle la mano!

A continuación apuntó con su pistola al sastre, que seguía en el suelo, y le habría disparado en ese mismo momento de no habérselo impedido el comandante. Apretando la guerrera desgarrada contra el pecho, Schmitz parecía una mujer cubriéndose los pechos. Miró a su alrededor para comprobar quién había presenciado su humillación, y gracias a Dios que no vio mi cara, pues yo había dado media vuelta y desaparecido en el callejón que había entre dos casas. Desde ese lugar privilegiado en las sombras vi, momentos después, cómo el coche pasaba a toda prisa por la calle. Escuché cómo se iba apagando el sonido del motor, y a continuación corrí hasta llegar junto a Srebnitsky, que seguía tendido en la nieve. Le sangraba la cabeza, tosía y se llevaba la mano a la garganta, intentaba hablar. Me arrodillé a su lado. Comenzó a menear la cabeza e intentó sonreír, y luego se puso a toser otra vez, soltó una risita, tosió un poco más, y por un momento puso los ojos en blanco. Entonces, de pronto, uno de los vecinos me puso en pie de un tirón.

—¿No se te ocurre nada mejor que quedarte aquí parado? Tu viejo está acabado. ¡Muévete, corre, vete de aquí!

Y él mismo echó a correr hacia su casa y cerró la puerta de un golpe.

Lo que aquel vecino quería decirme era que cuando el cabeza de familia cometía un delito o se le designaba para ser ejecutado, la política de los alemanes era matar también a quienes dependían de él. Por eso el día que mis padres no volvieron a casa

me llevaron rápidamente a las oficinas de la asamblea y me dieron otro nombre. Hacia allí eché a correr en aquel momento, esta vez solo.

Nada más verme, todos se quedaron callados, pues la cara pálida y aterrada de un niño era una señal de aviso que todos conocían perfectamente. Lo que les dije los puso en guardia. Convocaron a varios chavales y los enviaron para que propagaran por las casas y las tiendas el aviso de que todos los que vivían de manera clandestina se escondieran. Yo me quedé allí sentado, mudo, mientras aquellos chicos, a cuyas filas yo iba a sumarme, echaban a correr en todas direcciones. En cuestión de minutos, todos los habitantes del gueto sabían lo que había hecho el sastre. Y al cabo de un rato nos llegó la noticia de que el sastre había sido apresado y llevado a los cuarteles de la Gestapo. La cuestión era ahora como juzgarían los alemanes su delito. La gente comenzó a reunirse en la calle delante de las oficinas de la asamblea. Se extendieron los rumores: lo que había hecho Srebnitsky costaría la vida a treinta, cincuenta, cien judíos. Varias veces, el señor Barbanel, el vicepresidente de la asamblea, tuvo que salir a la calle y decirle a la multitud que se dispersara.

En claro contraste con el público, que cada vez estaba más agitado, los miembros de la asamblea permanecían serenos. El más sereno de todos, quizás el origen de esa calma, era el presidente de la asamblea, el doctor Sigmund Koenig, un hombre apuesto que ya había cumplido los sesenta, un personaje de gran dignidad, que medía su buen metro ochenta. Al poco salió él a la calle, y su sola presencia hizo callar al gentío que se había congregado. Les dijo que estaba esperando una llamada del comandante en jefe del gueto comunicándole qué pensaba hacer, pero que dudaba que existiera peligro de una medida a gran escala. Habló casi en un susurro. Yo estaba detrás de él, en la puerta, y apenas oía lo que decía. No llevaba ni abrigo ni sombrero. Parecía inmune al frío. Iba bien vestido, con un traje cruzado color gris, camisa limpia y corbata. Con el tiempo comprendí que era su único traje. Estaba raído, pues yo ahora tenía un ojo de sastre para estas cosas, y le sentaba de un modo que delataba el propio deterioro físico del doctor Koenig. El cuello de la camisa le estaba muy ancho. Los zapatos negros se veían muy gastados, y observé que el cristal derecho de sus gafas estaba agrietado, y daba la impresión de que también tuviera el ojo herido. Sin embargo, en él todo era meticuloso. Iba perfectamente afeitado, y sus cabellos, finos y plateados, estaban peinados hacia atrás en una larga onda que me resultaba poética, el estandarte de un caballero medieval ondeando encima de él mientras galopa hacia la batalla. Regresó al interior de la oficina sin fijarse en mí. Yo no esperaba otra cosa de un hombre de su eminencia.

Esa misma tarde llegó un soldado alemán, en moto, y entregó una orden escrita para que la asamblea suministrara carpinteros para levantar una horca en la plaza de la ciudad que daba al puente. Poco después, el doctor Koenig hablaba por teléfono con el comandante, quien le dijo que al alba del día siguiente todos los judíos debían estar en la plaza para presenciar cómo colgaban al sastre Srebnitsky. Pareció que eso era un gran alivio para todo el mundo, menos para mí. Ahora que mi falso abuelo

estaba listo, los miembros de la asamblea consideraron con calma qué hacer conmigo. Después de buscar en los archivos decidieron que no había ninguna familia que tuviera un hijo muerto cuya identidad yo pudiera asumir.

El señor Barbanel, el segundo al frente de la asamblea, un hombre al que yo llegaría a venerar, se acercó hacia el banco en el que yo estaba sentado y se acuclilló delante de mí. Debía de tener unos treinta y cinco años, lo que le convertía, con mucho, en el miembro más joven de la asamblea. Era un hombre fornido con cara de hombre honesto, pelo negro y ojos oscuros protegidos por unas cejas espesas y negras, boca ancha y una nariz esclava y empinada a la que parecían haberle dado forma a puñetazos. Barbanel sabía bromear. Sabía cómo hablarle a un niño.

—Bien, Yehoshua X, hombre de misterios, agente secreto, ¿estás listo para tu próxima misión? —Llevaba en la mano una gorra sin visera exactamente igual a las que les había visto llevar a los otros chicos. Y sin más ceremonia, me encasquetó el gorro en la cabeza y a partir de ese momento pasé a estar bajo protección de la asamblea con el cargo de mensajero, conocido por todos como Yehoshua, aunque sin apellido, ni Mendelssohn ni el de mi propia familia, y sin tarjeta de identidad para mi protección. En lugar de todo eso, ahora tenía la gorra sin visera de mensajero, cuya franja amarilla hacía juego con la estrella amarilla de mi chaqueta.

Supongo que era para que no me pusiera a pensar que pronto comenzaría mi labor de mensajero acompañando a Micah, un chico mayor y larguirucho, en su ronda nocturna para informar a sus «clientes» —como los llamaba— de que debían estar en la plaza al amanecer. Al cabo de un rato Micah me animaba a que transmitiera yo el mensaje. Lo hice sin problemas. Iban a colgar al anciano y ahora yo iba de casa en casa diciéndole a todo el mundo que debía asistir a la ejecución. Me sentía raro, mareado, como si hubiera estado dando vueltas en círculo. Ya no era el falso nieto del sastre, sino un falso otra cosa —¿un cargo público sin nombre?, ¿un mensajero de la asamblea? No lo sabía—, pero en cualquier caso, un muchacho que sabía cómo esconderse cuando una persona estaba en dificultades, y que sabía decirle a todo el mundo que fuera a ver en qué dificultades andaba metida esa persona.

Pasé mi primera noche en el dormitorio comunitario de los mensajeros, en el piso de arriba, encima de las oficinas de la asamblea, sumido en un frío terror. Daba mucha rabia ver cómo derribaban a un anciano y luego le pateaban. Y luego él se había quedado tendido en el suelo con los ojos en blanco. En ese momento debería haberle ayudado en lugar de echar a correr. Debería haberme quedado aunque fuera un momento más, sólo para ayudarle a entrar en casa.

Por la noche, en la oscuridad, es cuando ves las verdades. Y no me exime de culpa el que entonces no fuera más que un niño.

Otra cosa que nunca había visto tan de cerca era la manera en que se gobernaba el gueto, aunque había oído a mi padre hablar críticamente de la asamblea. Y mientras estaba echado y despierto en medio de aquella espantosa noche, pensaba en lo que había visto en las oficinas y me producía sentimientos encontrados. Me habían

tratado muy bien, no era eso lo que me molestaba. Era el hecho de que todos estuvieran tan serenos, sin que ni uno se inmutara, esa serenidad de poseer información privilegiada, de ver las cosas en su globalidad. Y sin duda ello era necesario para que las cosas funcionaran. Pero en cierto sentido, a mis jóvenes ojos, su serenidad, el efecto que producía sobre mí, era que todo aquello era pura rutina, como si el terrible poder que los alemanes ejercían sobre nosotros fuera algo ya asumido.

Ese doctor Koenig, tan cargado de responsabilidades... es posible que me pareciera que actuaba al mismo nivel que los alemanes y que era su igual. Dada su incuestionable dignidad, puede que los alemanes tuvieran la misma impresión, y quizá para no reconocer ese hecho le habían dado, como me enteré luego, el despectivo título de «jefe judío», un mote ridículo para ponerlo en su sitio. Por supuesto, él no era tonto, no hacía falta decirle cuál era la situación. Se daba cuenta de todo. Y también reconocía ante sí mismo y ante los demás miembros de la asamblea lo que éstos podían sentir la tentación de pensar: que el papel de todos ellos era moralmente ambiguo. Pues por cada ración extra que conseguían, por cada norma que se relajaba, tenían que hacer una concesión. Era un brutal cálculo de cadáveres y trabajo y comida y combustible y salud y enfermedad. No es mi intención poner en duda la fortaleza, el honor, la nobleza del doctor Koenig. Le habían obligado a asumir aquel liderazgo en virtud de la alta estima que le profesaba la comunidad. Se comportó con valor en las circunstancias más peligrosas, cosa que sólo más tarde alcancé a comprender con cierto detalle. Pero en aquel momento no hizo nada por el sastre, que era el origen de aquella crisis. Tampoco es que pudiera cambiar nada, claro. Aunque en mi corazón de diez años, retorcido por la culpa, me parecía que él y todos los demás estaban más que dispuestos a aceptar el desastre que afectaba al señor Srebnitsky y a dejar que las cosas siguieran su curso. Yo le había dado muchas vueltas a todo eso. Esa serenidad que tanto me desconcertaba de niño era, en primer lugar, una característica de los médicos, que están familiarizados con la muerte y no se descomponen ante ella. Después de todo, Sigmund Koenig era médico. Pero aparte de ello estaba su capacidad de reaccionar con pragmático realismo a experiencias que eran surrealistas, una capacidad que poseen los adultos, aunque generalmente no los niños. Y aquí es donde se daba la ambigüedad.

Por supuesto, todas estas sutilezas mentales desaparecerían posteriormente, cuando me relacionara con la administración en mi calidad de mensajero y me entregara en cuerpo y alma al drama de sus deberes.

Al alba, los alemanes iluminaron la plaza con los reflectores del cuartel y con los focos de sus camiones. Se habían reunido bastantes ciudadanos, puede que mil, o mil quinientos, para llenar la plaza y dejar a las autoridades satisfechas. Sólo se oían los motores al ralentí de los camiones. Ocupaban un lugar destacado Schmitz y sus oficiales, agentes de la policía lituana, el alcalde de la ciudad, algunos soldados, etcétera. El señor Barbanel había sugerido que quizá sería mejor que me quedara en

el dormitorio hasta que todo hubiera acabado, pero decidí que no. De hecho, me abrí paso entre la multitud hasta quedar bastante cerca del cadalso, a mi lado.

Cuando sacaron al sastre, se apoyaba en los hombros de dos policías judíos del gueto y ya estaba medio muerto. Arrastraba los pies. No podía andar, y me pareció que tenía las piernas rotas. Le hicieron subir los peldaños del cadalso y le mantuvieron en pie sujetándolo por los brazos mientras otro policía le ataba las manos a la espalda y le colocaba la soga alrededor del cuello. Sus manos, aquellos instrumentos finos y diestros que yo había admirado, eran ahora unas protuberancias aplastadas y cubiertas de sangre seca. En el último momento, antes de que apartaran de una patada el taburete que tenía bajo sus pies, el señor Srebnitsky pareció salir de su agónico estupor. Levantó la cabeza y, de eso estoy seguro, vio claramente la escena que tenía delante y, apreciando su magnitud, comprendió que era su momento de gloria. Te preguntarás que cómo podía saberlo: lo había visto, todos lo habíamos visto, los restos calcinados de las víctimas del hospital, conocíamos el anonimato destinado a los cadáveres ametrallados en masa en el fuerte. Ahora pienso que una luz descabellada y triunfante centelleó en los ojos del sastre antes de que le quitaran el taburete de debajo de los pies y su frágil cuerpo colgara del cuello. No hizo ningún movimiento, no luchó, la vida se le fue casi al instante. Las autoridades que habían venido de la ciudad se metieron en sus coches y desaparecieron, los soldados se dispersaron, las cuadrillas de trabajadores se agruparon en filas, cruzaron la puerta de la ciudad y comenzaron su viaje hacia el lugar de trabajo. Un miembro de las SS colgó un cartel toscamente escrito alrededor del cuello del cadáver: «Este judío se atrevió a levantar una mano contra un oficial alemán».

Por fin comenzó a asomar la luz en el cielo. Yo me quedé un rato en la plaza. Me habría gustado que el señor Srebnitsky me viera, que se diera cuenta de que no me había olvidado de él. Me senté un rato con la espalda apoyada contra el cadalso.

Habría podido apuñalar al comandante con sus tijeras. Por un momento pensé que era lo que había hecho, ¡tan grande era su rabia! Yo había llegado a la conclusión de que debió de comprender la catástrofe que se abatiría sobre el gueto si mataba a ese hombre. Así que lo que llevó a cabo fue un acto de sacrificio, un acto controlado de desafío tan diestro y preciso como sus trajes.

Pero después de todos estos años, lo que permanece en mi mente de ese cascarrabias, de ese iconoclasta, de esa alma amargada, es que me agrandaba la ropa cuando ya me iba pequeña, y que siempre procuró que tuviera un par de zapatos nuevos cuando los viejos ya no me servían.

Hay una cosa más: los alemanes ordenaron que se dejara el cadáver a la vista durante veinticuatro horas. Un rabino ortodoxo encontró la medida de una intolerable impiedad. Vino a las oficinas de la asamblea y exigió que hicieran algo al respecto. El señor Barnabel perdió el control.

—¡Una impiedad! —gritó—. ¡Y dígame, qué no es una impiedad! Asesinarlo... ¿qué ha sido eso? ¿Se le ocurre alguna otra palabra para ello?

El rabino dio media vuelta y se alejó corriendo. Se fue hasta la plaza con otro hombre, un ayudante que portaba un sudario blanco. Subieron al cadalso y estaban intentando cortar la soga de la que colgaba el sastre cuando un guardia alemán levantó su carabina y los mató.



El planeta Tierra ha sido bendecido con agua, en grandes cantidades, toneladas ondulantes de océano y mar salinos, límpidos lagos azules y ríos temblorosos de peces; arroyos, riachuelos, esteros, palpitantes fuentes, residuos líquidos montañosos, lluvias, nieblas, neblinas y huracanes. En el momento de nuestro nacimiento, hace miles de millones de años, un amorfo montón de residuos estelares zumbantes y radiantes, nos derretimos hacia dentro hasta formar un núcleo de hierro y níquel, líquidos en la periferia, y encima de todo esto había un manto de roca caliente, una corteza mineral. De inmediato comenzamos a enfriarnos, creándose así enormes nubes de vapor, que cayeron en forma de lluvia dentro de los grandes cráteres y cuencas de roca hasta que se llenaron los mares. La roca se disolvió dando origen a la tierra, se granuló y formó el lecho marino, y los gránulos de lecho marino se salinizaron y produjeron las primeras borboteantes y nitrogenadas y oxigenadas posibilidades de vida ciega y muda. La materia celular muerta arrojada por los mares fertilizó el suelo rocoso. Somos un oasis azul en el espacio negro, arropados por nuestra atmósfera de gases nutrientes. Tenemos un aspecto pacífico, pero no lo somos. Somos un planeta de agua y roca, arena, cieno y tierra. Las placas tectónicas que hay bajo la corteza terrestre se mueven y se desplazan, partiendo la masa terrestre en continentes que flotan y cambian de forma cada millones de años. Las placas colisionan, montan una sobre otra, se agrietan y el fondo del mar se alza jadeante a gran altura y forma las cordilleras; enormes volcanes existentes en el fondo del mar crean las islas que cabecean en el océano, la corteza terrestre tiembla, se estremece y origina formas diversas, nos doblamos y nos resquebrajamos; las tormentas asaltan nuestros cielos, nuestras montañas provocan atronadoras avalanchas de nieve que caen sobre nuestros valles, nuestros témpanos de hielo ártico y antártico crujen como los huesos de Dios, nuestras dunas del desierto erosionadas por el viento se amontonan para enterrarnos, maníacos tornados nos atacan y nos lanzan contra el suelo como muñecas de trapo, grandes riadas de lava ardiente sepultan nuestros pueblos, y durante toda esta furia en la que el planeta se hace a sí mismo, rotamos alrededor de un eje y giramos en torno al sol, y nuestros océanos suben y bajan a causa de las mareas lunares, nuestros océanos avanzan en olas que existen separadamente del agua que recorren, nuestras atmósferas se ven acribilladas de frecuencias electromagnéticas, y circulamos por nuestros territorios totalmente

magnetizados por el núcleo de hierro que hay en el centro; y por las noches, en nuestros cielos retozan los asteroides y se iluminan con las inflamadas partículas boreales de los vientos solares que brillan como ojos luminosos de tigres de dientes de sable que rodearan la oscuridad más allá de nuestro fuego.

¡Qué planeta tan alegre, ahora que ya está todo hecho! ¿O acaso, después de todo, no se puede vivir en él?



Martín pescador, un pequeño pájaro que se zambulle en el agua, tiene la cabeza demasiado grande, probablemente hinchada, y un absurdo porte regio otorgado por la franja negra que luce en torno al cuello: tiene en el pico una cría de anjora y ahora la golpea varias veces contra los pilares de madera. *Paf, paf*. La golpea hasta matarla. La lanza al aire y la atrapa vertical, engulléndola con facilidad. Dada su habilidad, este pequeño martín pescador tiene derecho a sentirse importante. Desde luego no está dispuesto a permitir odiosas comparaciones con otras aves capaces de zambullirse que le quintuplican en tamaño, el águila pescadora, por ejemplo, que puede mantenerse a gran altura, inmóvil en el aire, y, al ver una sombra en el agua, dejarse caer del cielo como una piedra.



Naturalmente que no puede haber un Anfitrión laico. La suplantación de la personalidad del marido, para ser creíble, sólo puede ocurrir gracias a un tipo de magia otorgada a un dios calentorro y pérfido como Zeus. Atribuir tal ambición a un hombre, incluso a uno tan maligno y con tanto talento como este individuo, es abrirse paso en un relato de tanques aplastándolo todo, con andar patoso, llevando el armamento mal repartido, y avanzando con un ruido metálico sobre los pasos de la trama. Por eso es una película. Así es como acaba: nuestro seductor-usurpador, durante su vida de espía, había pasado un tiempo con los cazadores de cabezas jíbaros del norte del Amazonas, cerca de la frontera entre Perú y Ecuador. Uno de los ancianos le había enseñado sus ritos. Ahora que el marido derrocado es un constante enojo, un luchador vengativo que no piensa aceptar la derrota, y que entre otras cosas ha encontrado el dinero para comprar una furgoneta de segunda mano en la que vivir, que aparca en la calle, delante de la finca de la pareja de perverso corazón, y que se presenta una y otra vez —y con éxito— en los tribunales afirmando poseer el derecho en cuanto que ciudadano a aparcar en la calle durante las horas del día. Ahora que ve reconocido su derecho a acechar la casa con carteles y folletos en los que explica su injusto destino, y logra promover una continuación de la historia, hasta el punto de conseguir un artículo de fondo en el periódico local en el que se habla de él como un

interesante excéntrico... provoca en el marido impostor una venganza inconcebible en alguien que jamás había vivido en los linderos de la civilización.

El generoso usurpador invita al ofendido y empobrecido ejecutivo jefe a la espléndida casa y le mata sin más ceremonia. Le decapita y desecha el cuerpo. Pasemos por alto los detalles. Los detalles de lo que hace con la cabeza son más interesantes.

No se necesita el cráneo, por supuesto. Haces una fisura con el cuchillo desde la nuca hasta la coronilla, y a continuación quitas la piel de la cara y el cuero cabelludo, un proceso que exige tiempo si se hace bien, porque no quieres deformar los rasgos del rostro. El cráneo, incluyendo los ojos y los dientes, se desechan, y te quedas con el material básico.

Vuelves la piel de la cara del revés y coses los párpados. A continuación haces lo mismo con los labios y, finalmente, tras volver la cara al derecho, zurces la incisión que le has hecho en la nuca hasta que tienes una bolsa del mismo tamaño que la cabeza original. Lo colocas en agua hirviendo, y añades unas hierbas que no voy a mencionar para no convertir esto en un manual de instrucciones para algún idiota. Estas hierbas sirven para que no se caiga el pelo. Al cabo de varias horas, el tamaño de la cabeza se ha reducido en un tercio.

Y de esta guisa, el empobrecido jefe es presentado como trofeo sobre la palma de la mano a su esposa robada y esclavizada, la cual, justo antes de suicidarse, llama a la policía para contarles que su marido ha asesinado al vagabundo que estaba acampado delante de su casa, y que encontrarán todas las pruebas que necesitan colgadas de un collar de abalorios que ella lleva en torno al cuello. Y lo más irónico es que la cabeza reducida se parece ahora al impostor de perverso corazón tal como era antes de hacerse la cirugía, más que al marido antes de la reducción, de modo que es como si Dios fuera un espadachín de ironías, cuyos golpes más certeros darán póstumamente en el impostor, quien, habiendo sido declarado desaparecido al cambiar de personalidad mediante la cirugía, es ahora juzgado como asesino de sí mismo.

Y lo que iba a ser una historia de sutiles horrores existenciales resulta ser, después de todo, un simple melodrama de figuras de cera, en el que el autor, al igual que su villano, obtiene su merecido. Y si es cierto que un psicópata jamás puede reprimirse, sino que debe seguir adelante, amplificando su mal hasta que es destruido, del mismo modo el autor debe respetar al personaje que ha ideado y permitirle expresarse en toda su miserable insuficiencia hasta que llega a su triste

final.



1. Numero mis pensamientos para que resulten más claros y para que cada uno resuene claramente con su timbre característico, como una campana.

1.01 En otras palabras, me propongo pensar sólo en hechos. (Lo que, en sí

mismo, no es un hecho.)

2. Me llamo Ludwig Wittgenstein.

3. Ludwig es un nombre alemán corriente.

4. Creo, sin embargo, que me lo pusieron por Ludwig van Beethoven.

5. Mientras que la verdad de (4) no puede verificarse, mi creencia de que es cierto es un hecho.

5.01. Mi creencia es una inferencia razonable del hecho de que mi madre era pianista y consideraba un hecho que la música era esencial para la vida...

5.11. ... y de que mi hermano mayor Paul se hizo concertista de piano...

5.21. ... y de que mi hermano mayor Hans, que se suicidó, era un prodigio musical...

5.31. ... y de que mis hermanas Hermine, Helene y Margarete poseían todas ellas dotes musicales o sabían de música...

5.41. ... y de que Brahms y Mahler fueron amigos de mis padres y venían a tocar a nuestra casa.

5.51. Brahms, Mahler, mis padres, y todas las personas que yo conocía consideraban como un hecho que Beethoven era el mayor de todos los genios musicales.

5.61. Yo creía que, como me habían puesto el nombre de un genio, yo mismo iba a ser un genio.

6. Es un hecho que mis padres y hermanos no compartían mi creencia.

6.01. Los llevó a esta conclusión el hecho de que yo no hablara hasta los cuatro años.

7. Podía hablar mucho antes de los cuatro años, pero me horrorizaba tanto el mundo en que me encontré que escogí el silencio.

7.01. Desde entonces, en toda la filosofía que he hecho, he distinguido entre las verdades que pueden decirse y las que sólo existen en el silencio.

7.02. Desde entonces, en toda la filosofía que he hecho, he argumentado que las verdades del silencio, cuando se dicen, ya no son ciertas.

8. Mi primer recuerdo es el de la gran escalinata de mi casa en la Alleegasse, Viena.

8.01. Tenía treinta y cuatro peldaños de mármol de tres metros de ancho.

8.02. La cubría una lujosa alfombra con pelusa de color rojo, verde y blanco: los colores del imperio austro-húngaro.

8.03. La alfombra se ceñía a cada escalón mediante una reluciente varilla de latón situada en la parte inferior de cada uno.

8.1. Barandillas con balaustres de alabastro en forma de esbelta vasija recorrían cada tramo.

8.12 Las paredes laterales, de mármol de Carrara color rosa, reflejaban hasta el infinito a todo aquel que subiera hasta el imponente vestíbulo.

8.2 Los techos estaban enmarcados con molduras labradas y doradas.

8.21. Estaban pintados al fresco con dibujos de detalles persas.

8.3. En lo alto de la escalera colgaba un inmenso tapiz en el que se veían caballeros con calzas de seda y señoras con sombreros de ala ancha, miriñaques y parasoles posando delante de un bosque, bajo unas espesas nubes rosa y un cielo azul pálido.

8.4. Delante del tapiz, sobre un pedestal, había una enorme urna de Dresde que contenía flores que cambiaban cada mañana.

8.5. Encogidos en el suelo, a ambos lados de la urna, había sendos perros chinos de latón.

9. El esplendor barroco de esa casa palaciega en la Alleegasse me provocaba entonces náuseas, y ahora me da náuseas pensar en ella.

9.01. La náusea cataloga los indigeribles contenidos del esto mago que va a vomitar.

9.02. El recuerdo que es nauseabundo cataloga el contenido de la mente, que nunca puede vomitarse.

9.03. Tras la crisis peristáltica, la sensación de la enfermedad o debilidad se generaliza por todo el sistema.

9.04. El recuerdo de la imponente escalera de la casa palaciega de la Alleegasse me produce la misma generalizada desesperanza que la cultura *fin de siècle* de mi juventud.

10. Mis padres dedicaron sus vidas a subir escaleras como ésas.

10.01. Mis padres eran judíos que se habían convertido al catolicismo.

10.02. En la escuela técnica a la que me enviaron, tenían como alumno a Adolf Hitler, que iba dos cursos por debajo de mí.

11. Cuando estalló la Gran Guerra, de inmediato firmé un documento mediante el cual entregaba toda mi fabulosa herencia a mis hermanos.

12. Basándome en el principio del cubo, diseñé para mi hermana una casa en la Kundmannngasse, muy severa y simple, sin adornos ni ornamentación, pues temía por su alma.

13. Me fui al campo a vivir pobremente y a trabajar con las manos.

13.01. Enseñé aritmética a los hijos de los campesinos en la escuela elemental.

14. Me sentí atraído por la filosofía.

15. Me di cuenta de que al lenguaje del pensamiento filosófico occidental lo asfixiaban pretenciosas y barrocas baratijas, parecidas a mi casa familiar en la Alleegasse.

16. Me compré un cuaderno con renglones horizontales.

17. Lloré a fin de oír un sonido humano.

18. Escruté la interminable noche noruega y consideré la nueva física de Einstein.

19. Escribí en mi cuaderno que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, «nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo».



En el Knockerbocker con Pem:

Tengo la grabadora en marcha, ¿te parece bien?

Por qué no.

¿Ha ocurrido algo más?

¿Quieres decir si me han echado? Por los pelos. Por lo que a ellos se refiere, ¿cómo no van a mostrar compasión hacia uno de los suyos, o que fue de los suyos? Y yo no dimitiré, me da miedo dimitir. Mi cargo, por absurdo que sea, me impide convertirme en un marginado. Este crucifijo que me cuelga del cuello me protege de mí mismo.

Vamos...

No te rías. Incluso cuando tenía familia y vivía en Park Avenue estuve cerca de convertirme en un paria. Mi naturaleza vagabunda me persigue. Siempre ha sido así. Mi verdadero hogar son las calles de la ciudad. Paseo por ellas. En las calles hay algo para mí, un secreto, no necesariamente en interés de mi bienestar... Otra razón por la que no dimito es que aún rezo. A veces me descubro rezando. ¿Tú rezas?

No.

Deberías intentarlo. Como acto de dramatización del yo no tiene igual. Se consigue un murmullo, un murmullo en el que resuena la posibilidad de tu voz trascendente. Como cantar en la ducha [risas]... No debería hablar así. ¿Por qué no puedo tener un sentimiento sin burlarme de él? La verdad es que todavía no soy un caso perdido... hay una remota posibilidad de que me convierta a alguna fe emparentada. Al catolicismo, pongamos, o al luteranismo. Como el gran obispo Pike, que iba cambiando, ahora era católico, luego protestante, un diletante de la espiritualidad... Ah, bueno, quizá no sea el mejor ejemplo, pues fue otra mente inteligente echada a perder.

¿Qué pasó con la gran cruz, Pem, la de St. Tim's?

¿Qué pasa con ella?

La última vez apuntaste otra explicación. Algo que eché en falta en el capítulo del Atraco.

¿De verdad?

De verdad.

Bueno, puede que lo tengas apuntado en otra parte, y quizá no lo sepas.

Vamos, Pem, esto es importante.

[inaudible]... Deja que esta vez pague la cena.

¿Por qué?

No estoy en la indigencia. Además, no se me puede comprar por tan poco. Valgo más.

¿Crees que me estoy aprovechando?

No, no, ya sabes que no es eso. Eso lo hemos descartado. He dicho que no quiero derechos de autor ni nada de eso. Todo eso sigue en pie. Pero me pongo nervioso. Se trata de asuntos esenciales de mi vida.

¿Caballeros?

¿Qué vamos a tomar?

Absolut con hielo.

Un Stoli Cristall para mí...

¿Y?

Puede que quiera escribir mi propio libro. [risas] Mira, se está poniendo pálido.

No, ¿por qué no?, deberías hacerlo.

No lo que tú haces. No será un libro de ficción. Será un ensayo sobre la ficción. Lo contrario de lo que tú haces,

¿Eso crees? Te daré lo que he investigado.

[carcajadas]

Me gusta que me presten atención, lo admito. Si haces tu trabajo, espero que me persigan para que escriba mi propia historia. Que me vayan detrás. Que me den un enorme anticipo. Chico.

Entonces volvamos al trabajo, ¿te parece bien?

Stoli para usted, Absolut...

L'chaim...^[10] La cuestión es que los que se llevaron la cruz quizá no eran los zoquetes que yo pensaba. Y puede que no fueran antisemitas, ni judíos ultraortodoxos, quienes la subieron hasta el tejado de la sinagoga. El pobre Joshua estaba empezando a pensar lo mismo.

Entonces ¿quién fue? No lo entiendo. En cualquier caso fue una ofensa.

Puede que sí y puede que no.

¿De qué otra cosa podría tratarse?

Ésa es la opinión de Sarah. Ella sigue siendo una magnífica racionalista.

Bueno, pues yo estoy de su parte. ¿Acaso no enseñáis que el cristianismo es la religión sucesora? ¿Hacia dónde tendría que evolucionar el judaísmo evolutivo, según la fe de un cristiano militante, sino hacia la cruz? ¿Y hacia dónde se dirigía esa pequeña sinagoga descarriada, según la opinión de un judío ultraortodoxo, sino hacia la apostasía? En los dos casos se trata de un círculo vicioso.

Te recuerdo que el último Wittgenstein decía que, después de todo, las proposiciones que no pueden verificarse no carecen de sentido.

¿Wittgenstein? ¿Cómo encaja en todo esto?

Naturalmente, sabes que el cristianismo era en su origen una secta judía. Todo el mundo lo sabe.

Bueno. ¿Y eso qué tiene que ver...?

Por favor. ¿Soy o no tu detective teólogo?

Muy bien, muy bien.

Ten un poco de paciencia conmigo. Pablo... ya sabes quién es Pablo. El tipo que

tuvo una apoplejía en el camino a Damasco.

¿Una apoplejía? [risas]

¿Por qué no? Quiero decir que le derribó del caballo y le dejó débil, casi no podía andar. Una apoplejía visionaria. Hoy en día es algo que ya no se da. Si hoy en día tienes una apoplejía, simplemente quedas discapacitado. La suya le convirtió. Antes de eso había mostrado bastante desprecio hacia Jesús. ¿Me sigues?

Lo intento.

Pablo mostró un gran fervor, había encontrado al mesías de su pueblo. Eso era lo que él predicaba. Casi nadie se lo creía. Y al mismo tiempo había esos gentiles que escuchaban en la parte de atrás. Éstos le hacían más caso. Pero a los gentiles les daba miedo la circuncisión, ¿y quién puede culparles, pues eran adultos? De modo que Pablo les dijo que podían hacerse judíos sin circuncidarse. ¿Lo sabías? Y así fue.

¿Así fue, el qué?

... [inaudible]... y así fue como lió el hatillo y se puso en marcha. Y los gentiles con él. Lo que quiero decir es que ésas fueron las circunstancias con que se encontró, sus circunstancias históricas. Tienes una revelación, de acuerdo, y luego ¿qué? En este caso, una nueva religión. En todos los casos. Las nuevas visional surgen de las antiguas, las sectas se separan de las iglesias y se convierten en iglesias, las ideas que la gente se hace de Dios florecen como virus. Una y otra vez... [inaudible]... reaccionan a la historización de Dios, diciendo: No es eso, no es eso. Porque Dios no es histórico. Dios es ahistórico. De hecho, probablemente Dios y la religión son proposiciones incompatibles.

El Dios de la Biblia actúa dentro de la historia.

Sin duda.

¿Niegas la validez de toda revelación?

Toda revelación es revocada. Deja que te pregunte una cosa: ¿crees que Dios le entregó a Moisés el Decálogo, los Diez Mandamientos, en el monte Sinaí?

Bueno, ésa es una narración estupenda. Considero que sé juzgar una narración, y ésa es estupenda.

Todas son narraciones estupendas. El Decálogo, desde el punto de vista estructural y genérico, se inspira en antiguos acuerdos mesopotámicos de vasallaje. ¿Lo sabías?

No.

¿Crees que Jesús fue el hijo de Dios resucitado? ¿Sabes que la cultura predominante durante su época era la griega? ¿Que la lengua predominante en todo el imperio romano era la griega? ¿Cuántos cultos místicos griegos mencionaban la resurrección?

No recuerdo muy bien los mitos griegos.

Docenas. Los evangelistas eran escritores. ¿Qué dijiste antes que hacían los escritores? ¿Componer? Poner cosas, quitar cosas. Para un individuo laico como tú puede que esto no sea una noticia, o a lo mejor incluso es una mala noticia. Pero si

eres una persona religiosa como yo, y no eres un fundamentalista, te crea problemas. ¿Has de convertir las verdades de tu fe en una especie de poesía edificante? Entonces te conviertes en un esquizoide religioso, la parte derecha de tu cerebro cree, y la izquierda sólo puede disfrutar del sentimiento de creer. Y Jesús me vale tan poco como hijo elegido como los judíos como pueblo elegido. ¿Y qué le ha pasado a Dios en todo esto?

¿Crees que entonces el pensamiento humano era distinto?

Era brillante entonces, como lo es ahora entre los cosmólogos. Era sofisticado, era políticamente astuto, trajo orden. Supo mantener a raya el terror. ¿Distinto? No lo sé. Se servían de lo que tenían. Visiones. Alucinaciones. Igual que la ciencia se sirve de lo que tiene. Aquí lo tienes. Ya te lo he contado todo. Tomemos otra copa. ¿Señorita? ¿Podemos tomar otra ronda?

Espera un momento, Pem.

Bueno, todo lo que puedes creerte.

¿Es que antes no sabías nada de todo esto?

Siempre lo he sabido. Todos lo sabemos. Los estudiantes de Teología leen a Nietzsche para inmunizarse. El hecho es que casi todos nosotros tomamos una decisión y nos atenemos a ella... Pero si quieres hablar de estilos de pensamiento, te diré lo que me he callado. Lo que sé en el fondo de mi corazón y de mi mente es lo más parecido que haya experimentado nunca a una revelación. Felizmente, y por suerte, aún soy vulnerable al hecho de cómo percibían las cosas los antiguos. Reconozco una señal cuando la veo.

¿Y eso qué significa?

No una señal de stop, mi buen amigo laico.

¿Cómo? ¿Quieres decir que después de todo lo que me has dicho...?

Sé que es difícil.

... ¿como lo fueron los judíos para Jesús? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Everett, maldita sea, no me atosigues... ¡No se trata de lo que fueron los judíos para Jesús ni de cualquier otra jodida y desdichada cosa que se te ocurra! ¡Por qué habré sacado el tema! Hablar de ello es desastroso, lo convierte en una mierda, como todo lo demás.

Bueno, yo no puedo... [inaudible]

Escucha: tanto da qué maníaco la pusiera ahí ni por qué lo hizo, ¿lo entiendes? Una señal es una señal. Y cuando sabes que es una señal, tienes bastante. Así es como sabes que es una señal. No es algo cuyo significado se vea al instante. No es un anuncio luminoso que se enciende en Broadway. Y las señales no pueden buscarse, han de venir solas. Y existe ese momento en que sabes que algo... finalmente ha ocurrido. Es algo silencioso y atronador. He cometido un error al mencionártelo.

¿Me permiten que les enumere nuestras especialidades?

Ahora no, querida, queremos seguir bebiendo... No debería hablar de ello, y tú tampoco. Olvidémonos del asunto...

Vamos, padre.

Escucha, sólo te diré una cosa. Colocas una gran cruz de latón sobre el tejado de una sinagoga, ¿qué intenciones puedes tener? Bueno, quizá llevar a término, en un gesto único y brillante, todo lo que te he expresado en palabras.



Joel, él era el mensajero más pequeño... los otros, Isaiah, Dov, Micah, con el tiempo fueron a trabajar a la ciudad. Cuando un muchacho crecía demasiado, y le cambiaba la voz y estaba en condiciones de ir a trabajar a las fábricas, había que encontrarle otra identidad. Daniel, Solomon... Quizás en algunos casos eran sus nombres adoptivos, como lo fue Yehoshua para mí. No lo sé. Pero todos ellos eran la esperanza de los padres judíos que los habían dejado huérfanos, esa nidada de reyes y profetas esperando en la buhardilla a que les dieran una tarea.

Te diré que entre nosotros no reinaba un gran espíritu de camaradería. Todos habíamos sufrido grandes pérdidas, y nuestro espíritu estaba consumido. Y además, casi siempre teníamos hambre. Como estábamos en edad de crecer, nunca nos bastaba la comida, y eso nos tenía sin energía. Cuando no teníamos nada que hacer solíamos quedarnos dormidos. De modo que nunca había problemas de ruido; no era el nuestro el típico comportamiento vocinglero de los adolescentes. No hacíamos ruido y teníamos nuestra propia asamblea. Y se nos transmitían secretos que no debíamos contarle absolutamente a nadie, ni siquiera podíamos confiarles a los demás adonde íbamos ni lo que teníamos que hacer.

En estas circunstancias crecimos con estoicismo, con una paciencia que no era normal para nuestra edad. E incluso ahora, que aún sigo con vida y he amasado muchas bendiciones —y me refiero a tu difunta madre y a ti, mis mayores bendiciones y consuelo—, incluso ahora que gozo de la sagrada dicha de caminar como un hombre libre por las calles de los Estados Unidos, tengo un constante compañero, la sombra de mi pasado no vivido, el muchacho con otro nombre de mi historia perdida.

Cuando el huerto de mi padre volvió a ser un huerto, largas colas de refugiados comenzaron a aparecer, cruzaban el puente arrastrando los pies con sus bolsas y maletas mientras los alemanes procuraban que no menguara la tropa de esclavos que trabajaban en sus factorías de guerra. Los recién llegados acamparon en la plaza mientras las SS los examinaban y los dejaban en manos de la asamblea para que les asignara una vivienda. Los mensajeros los conducíamos primero al centro de despiojamiento. Los piojos eran un problema constante en el gueto; yo mismo había tenido. El peligro, por supuesto, era que trajeran enfermedades como el tifus.

De vez en cuando, los que eran rechazados por uno u otro motivo se subían a un camión abierto, y cuando el camión estaba lleno, daba media vuelta y volvía a cruzar el puente. Yo era incapaz de mirar a esas personas.

En verano, la población del gueto había alcanzado ya las seis o siete mil personas. Cada vez era más difícil racionar la comida. Las medidas sanitarias eran cada vez más precarias. Se reclutaba a más gente para trabajar para la asamblea, la burocracia administrativa alemana aumentaba. Con una frecuencia cada vez mayor tenía que correr como el viento desde mi puesto de observación en la plaza para informar de que un coche militar con la banderola nazi en el capó estaba cruzando el puente. Y había que registrar a todas las personas que llegaban, con su nombre o con otro, y el señor Barbanel anotaba en secreto muchos testimonios. Muchos de esos refugiados traían noticias del destino acaecido a otras comunidades. En las afueras de la ciudad de Kaunas habían llevado a la gente en medio de un prado donde habían cavado unas fosas. Los dejaron ahí en medio y los ametrallaron desde los taludes, y luego empujaron a otros encima de los primeros y también los ametrallaron, y de este modo, entre gritos de dolor, con hombres, mujeres y niños asesinados y desangrándose y enterrados vivos, diez mil personas perecieron en menos de un día. Diversas fuentes avalaron ese número.

Siempre que el señor Barbanel recibía un informe, o bien lo anotaba textualmente o le pedía a la persona en cuestión que escribiera una declaración. Llevaba un diario en el que escribía todo lo ocurrido, junto con documentos relevantes: los últimos reglamentos, las órdenes de ejecución, las muertes, detalles de las reuniones de la asamblea, órdenes firmadas por el infame comandante Schmitz, proscripciones, dictámenes, documentos de identidad para la cuadrilla de trabajadores: cualquier cosa imaginable formaba parte de la historia que estaba escribiendo. Utilizaba cualquier papel que tuviera a mano: cuadernos escolares sin usar, por ejemplo. Incluso ahora puedo cerrar los ojos y ver la letra de Barbanel, un pulcro yiddish, como puntadas cosidas a la página, los caracteres muy pequeños, las palabras saliendo de su pluma línea tras línea en su pasión por decir todo lo que ocurría cada día, a cada momento, de nuestra vida en cautividad, esa diestra y flexible determinación de anotar todo, para que constara de manera indeleble, como algo de inmensa importancia humana. Y lo era. Y siempre lo será. Naturalmente, lo que hacía era ilegal. Los alemanes eran conscientes de su propia culpabilidad, y prohibían que se escribiera o fotografiara nada sin autorización. Habían confiscado todas las cámaras. Pero como lugarteniente del doctor Koenig, Barbanel siempre tenía que estar escribiendo algo, y le resultaba muy fácil ocultar su actividad clandestina dentro de sus deberes habituales.

Gradualmente, con el tiempo, sentado en el banco de su despacho mientras entrevistaba a un recién llegado o viendo cómo metía dentro de su maletín las órdenes de la semana anterior del mando alemán, comprendí lo que estaba haciendo, y un día le pregunté si era historiador de profesión. Barbanel pareció sorprendido por un momento. A continuación sonrió y negó con la cabeza.

—Eres un chaval inteligente, Yehoshua —dijo—. Sí, soy historiador, por necesidad. Pero no has de contárselo a nadie, ¿entendido? —Fue una orden, no una pregunta. Juré que no se lo diría a nadie y sellamos el pacto con un apretón de manos.

Antes de la guerra, Barbanel comerciaba con madera. Supongo que, como era más joven, adoptaba posiciones más atrevidas que las del doctor Koenig en las discusiones de la asamblea. A los chavales nos levantaba la moral que se burlara del enemigo, que se riera de su manera de ser, como si lo que los caracterizara no fuera el poder que tenían sobre nosotros, sino su estupidez. En presencia de los alemanes no se mostraba deferente, sino que iba al grano. No se esforzaba en ocultar el desprecio que sentía hacia ellos, y sin embargo, por algún motivo, ellos le toleraban.

Ahora que sabía lo del archivo de Barbanel, éste pasó a hacerme más confidencias. Más o menos cada semana me entregaba un paquete envuelto en hule y atado con bramante.

—Para la señorita Margolin. Y vete con ojo.

Yo me ocultaba el paquete debajo de la camisa y se lo llevaba corriendo a esa enfermera del hospital, Greta Margolin, que era amiga de Barbanel y, aunque esto sólo lo comprendí al hacerme mayor, su amante.

La señorita Margolin era tan valiente como él. No sólo porque le guardaba el diario, sino porque estaba implicada en la peligrosísima misión de sacar a escondidas del gueto a las mujeres que se quedaban embarazadas, y se dio al menos un caso de una mujer que de algún modo consiguió pasar desapercibida, tuvo el bebé, y la señorita Margolin consiguió sacarlos a los dos del gueto, aunque no sé cómo ni adonde fueron. Ella era enfermera de verdad, la única de verdad que había. Supongo que debía de andar en la treintena. Por supuesto, yo estaba enamorado de ella. Me moría de ganas de ir corriendo a verla, aunque ésa fuera probablemente mi actividad más peligrosa. No es que Greta fuera muy guapa, aunque sí resultaba atractiva. Tenía los pómulos salidos, una barbilla bien definida, y el pelo color paja, lacio, con el que se hacía una coleta en la nuca... y cuando me veía sonreía de una manera especial y los ojos se le iluminaban. Tenía una sonrisa curativa, encantadora, que surgía de manera espontánea, rebotante de afecto, como si en ese momento ningún problema pudiera interferir en lo que había entre nosotros como seres humanos que se tenían aprecio, en esa inviolable condición de seres humanos que era lo natural, lo verdadero.

—Aquí está mi amigo Yehoshua. ¿Dónde te habías metido todo este tiempo?

Yo podía admirar y confiar y venerar al señor Barbanel, aunque sin saberlo, pero había en él una sensación de incesante urgencia, de cosas que había que hacer o deshacer. En el caso de Greta Margolin, en su bata blanca de enfermera, siempre reluciente de limpia, encontraba un porte digno, una compostura, que ahora recuerdo y que mi corazón juvenil traducía como atractivo físico. A mis ojos era la mujer más atractiva que yo había visto. Contemplaba sus manos cuando ella recibía de mí el manuscrito empaquetado, y a veces tocaban las mías. Eso me aturullaba, y, sin más ceremonia, me iba corriendo y oía su risita a mi espalda.

Greta Margolin guardaba el manuscrito de Barbanel en alguna parte, no sé dónde, pero entendía que su condición de enfermera era un factor que lo mantenía a salvo

hasta que pudiera sacarlo clandestinamente del gueto, a través del puente, hasta un escondrijo de la ciudad, quizás en el campo.

El diario de Barnabel, cuando descubrí su existencia, debía de tener miles de páginas, varios tomos, un baúl entero lleno de material. Y puesto que ni él ni Greta Margolin iban a sobrevivir a la destrucción del gueto, hasta el día de hoy estos documentos permanecen ocultos en algún lugar de Europa del Este, entre sus escombros, en medio del desastre y la ruina y el polvo de la tradición cristiana.

Yo no soy escritor, por lo que no puedo transmitirte la presencia de esta pareja, su presencia viva, la inmediatez del aliento de esos dos seres, la grandeza de su vida. Mi venerado recuerdo de ellos deforma la verdad: que eran dos personas corrientes que en una época normal habrían llevado existencias modestas. No eran nada especial ni destacable, Josef Barbanel y Greta Margolin, tan vulgares como mi padre y mi madre, como cualquiera de nosotros.

Ahora pienso que aunque el doctor Koenig conocía y aprobaba el archivo secreto de Barbanel, ignoraba, o fingía ignorar, la existencia de la radio de onda corta de Barbanel, que guardaba dentro de una pared de nuestro dormitorio del desván, encima de las oficinas de la asamblea. Dos o tres noches por semana, Barbanel subía la escalera que conducía a nuestras habitaciones, y nosotros le ayudábamos a quitar el tablón de la pared haciendo palanca y a sacar la radio, que después conectaba a un enchufe adosado a nuestra bombilla. Estábamos entrenados para volver a ocultar la radio a toda prisa. Siempre había algún chico vigilando en la ventana y otro apostado junto a la puerta para escuchar cualquier sonido procedente del piso de abajo.

El poseer aquella radio secreta resultaba enormemente beneficioso para nuestra moral, cosa que creo que Barbanel comprendía. Se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, se ponía los auriculares y escuchaba con los ojos cerrados el boletín inglés de noticias de última hora de la noche. Estudiábamos su cara con gran intensidad, intentando averiguar por su expresión si las noticias eran buenas o malas, le observábamos asentir o negar con la cabeza, levantar el puño en silencio, sentados durante los quince minutos que duraba su escucha, totalmente extasiado, sin miedo alguno y, sobre todo, conectados en espíritu con el resto del mundo.

La radio era muy vieja, de las de mesa, una Grundig de fabricación alemana, de bordes redondeados, un disco de tela sobre el altavoz y un dial que alzaba o bajaba una barra sobre una escala iluminada de frecuencias de onda corta. Yo tenía la impresión de poder ver en aquella radio iluminada lo mismo que veía en el cosmos. Me impulsaba a tener pensamientos filosóficos. ¿Por qué me resultaba reconocible a mí, un muchacho judío, la escala de números de la radio nazi? Porque los números eran inmutables. Su orden era fijo, universalmente cierto. Incluso los nazis tenían que plegarse a ellos. Bueno, pues si los números eran los mismos para todo el mundo en cualquier lugar del universo, ¿no significaba eso que tenían que haber sido colocados en nuestros cerebros por Dios? Y si era así, ¿por qué, sino para enseñarle a todo el mundo la naturaleza de la verdad? Era cierto, por ejemplo, que dos más dos de

cualquier cosa eran cuatro. Tanto daba lo que les aplicaras; los números, al ser de manera fija y eterna lo que eran y nada más, encarnaban la verdad.

No le habría mencionado mi idea a mi padre ni al sastre Srebnitsky. Pero, en la oscuridad de nuestra buhardilla, me quedaba contemplando ese cosmos iluminado de frecuencias de radio y alimentaba la idea de que los números eran la imperecedera verdad de la obra de Dios. (Tampoco es que los nazis llegaran a saberlo nunca.) Y que Él nos había otorgado el poder de percibir al Mesías en cuanto llegara, cuya identidad sería tan evidente como dos y dos son cuatro, y cuya venida traería la universalmente reconocida verdad de Dios, imperecedera y benéfica, a todo y a todos en el mundo para toda la eternidad. Ésos eran los pensamientos de un niño en la oscuridad iluminada por las frecuencias de la radio Grundig.



Quiero decir, Sarah cumple con sus deberes, educa a sus hijos, lleva la casa. Dimitió del templo Emanuel y sólo trabaja para lo que queda de su pequeña congregación. Pero se halla en un estado más solemne que el luto. Te diré algo —¡podríamos tomar otra ronda, por favor!—, te diré algo, esta mujer... no es que sea angelical e inhumanamente perfecta... pero su alma posee una gravedad, un, no sé, un decoro tan inmenso e inherente. No te hablo de la piedad ordinaria, y desde luego no de la santidad, una palabra que odio, es más como si estuviera dotada de una modesta gracia urbana... como si fuera una neoyorquina que vive aquí, pero también... en el país de los intereses trascendentes de Tillich. ¿Te parezco totalmente incoherente?

No, creo que lo entiendo.

Tienes razón al decir que ella me atrae. Lo has entendido. Aunque no recuerdo haberlo dicho tan claramente. Dios, estoy enamorado de ella, quiero estar con ella. Si hiciera falta, me convertiría. Pero no hago nada. Tengo la sensación de que si lo hiciera me vería como una persona trivial, que, de una manera que ella de inmediato perdonaría, le revelaría que no entiendo su seria, sonriente, inevitable... viudedad.

Y lo creas o no, yo también le lloro. Por enfrentarse con valor a este increíble ataque a Dios, por parte de la modernidad, del siglo, de la propia religión. La búsqueda de un Dios creíble, Cristo, cómo lo entiendo. Joshua era un tipo delgado, nervudo, no tenía ni un gramo de grasa, complexión de corredor, y era realmente inteligente, pero tan verdaderamente modesto, y fruncía el ceño de una manera característica —no sé, ¿como juzgándose a sí mismo?—, y era un alma seria y amable, limpia, meticulosa en su manera de pensar, con una precisión mental muy seria y natural, y esto es lo que ella amaba, lo que encontró en él como pareja para ella y padre para sus hijos. Lo que quiero decir es que los dos me deslumbraron. ¿No te parece raro? ¿Dónde encuentras algo así hoy en día, gente devota cerca de la cual quieres estar?

Por aquella época, un grupo de casas situadas al sur del gueto habían sido convertidas en un nuevo hospital, pequeño, de treinta o cuarenta literas. Los mismos alemanes que habían quemado el viejo hospital decidieron que había que seguir aislando e identificando todas esas enfermedades infecciosas, y quizá tratarlas de una manera más precisa y económica. Naturalmente, el doctor Koenig estaba resuelto a no volver a hospitalizar a ningún paciente con tifus ni con ninguna otra enfermedad infecciosa. Asumiendo un gran riesgo, trataba a esos pacientes en su casa y escribía falsos diagnósticos en su gráfico. Ya te he hablado de su valor, y esto era un ejemplo de ello. Pero eso no era todo. Con la complicidad de otro médico judío y de la señorita Margolin, Koenig a veces ingresaba en el hospital a alguien que no estaba enfermo, pero que corría el riesgo de que lo descubrieran y ejecutaran. Y luego estaba el asunto de los partos ilegales. Por todas estas razones, el hospital era una zona sumamente vulnerable, y su seguridad era constantemente controlada por la asamblea.

De manera que una mañana llegué al hospital con el paquete de los escritos del señor Barbanel bajo la camisa, y la señorita Margolin estaba en la oficina de admisiones con un hombre que parecía estar molestándola. Me miró por encima del hombro de aquel individuo y negó con la cabeza de manera tan imperceptible que supe que no era el momento de entregarle el paquete. Me quedé apoyado contra la pared, cerca de la puerta.

—No está enfermo —le decía la señorita Margolin al hombre—. No le pasa nada.

—¿Cómo puede estar tan segura? —El hombre volvió la cabeza y me miró con una gran sonrisa en la cara, pero sus ojos me recorrieron desde mi gorra de corredor hasta las puntas de los pies—. *¿Cómo puede enfermera saber que yo bien si no me examina?*

Era un hombre feo, con cara de caballo, y tenía los dientes rotos y descoloridos. Hablaba un yiddish raro, no demasiado correcto. Llevaba ropas de granjero y unas pesadas botas incrustadas de barro. Se tocaba la cabeza con una gorra, que no se había quitado a pesar de estar bajo techo y en presencia de una mujer.

—Si digo que estoy enfermo usted me examina —le dijo a la señorita Margolin.

—Su cabeza es lo que hay que examinar —dijo la señorita Margolin—. Vuelva al trabajo, y si aparece otra vez de este modo, daré parte de usted.

Abrió la puerta que tenía a la espalda, y mirándolo fríamente, se retiró. Se cerró la puerta y oí cómo corría el pestillo.

—¡Ya conoce mi enfermedad! —gritó el hombre—. ¡Un hombre enfermo de amor por usted!

Se volvió hacia mí, ahora no sonreía.

—¿Qué miras? —dijo. Con todo el descaro, el hombre se colocó detrás del mostrador y examinó los papeles que allí había, los avisos de la pared, y todo lo que

no era asunto suyo. Yo no me moví. Sentía el paquete de cuartillas contra la piel. El hombre me daba miedo, pero yo también estaba enfadado y sentía un instinto protector hacia Greta Margolin. Debería haberme ido de allí, pero pensaba que si alguien le observaba, aunque fuera un muchacho, se vería obligado a marcharse. Un momento después, soltó un silbido suave, de indiferencia, mientras pasaba a mi lado rumbo a la puerta, inclinándose además la gorra sobre los ojos.

En todas las novelas y películas, los espías son astutos y sutiles y se necesita toda la duración de la historia para descubrirlos. En el gueto no tenían nada de sutil. Se los olía de lejos aunque no fuesen alemanes.

Esa misma noche, o quizás al día siguiente, el señor Barbanel me llevó a una sala y mantuvo conmigo una conversación en privado. Me dijo que el material de archivo que con tantos esfuerzos había conseguido reunir y que Greta Margolin le escondía, ya no estaba seguro en el gueto.

—Hay que trasladarlo —dijo—. De ahora en adelante hay que hacer las cosas de otra manera. ¿Entiendes lo importante que es esto?

Asentí. Lo sabía. Y de inmediato, sin preguntar, supe por qué confiaba en mí. ¿Pues no era yo, después de todo, su corredor estrella?

Mi mente apagada cobró vida entusiasmada ante el peligro de lo que iba a hacer. Fue un sentimiento febril, poco saludable, fue como una droga, una anfetamina, aquel peligro para un muchacho que sabía que si lo atrapaban lo torturarían y lo matarían.

Sin embargo, y como puedes suponer conociendo a Barbanel, mis expediciones eran razonablemente seguras. El grueso del archivo, que ocupaba un pequeño cofre, había sido llevado a la ciudad a través del puente, aunque no me dijeron con qué subterfugio o soborno. Mi misión era sacar el material recién obtenido, envuelto en hule y sujeto con preciadas tiras de cinta adhesiva al pecho y a la espalda. Realicé quizá siete u ocho viajes a lo largo de unta otras semanas, desde final del verano al otoño. A medida que hacía más frío, me sentía más a salvo, porque además de la camisa para cubrir el contrabando, llevaba encima un jersey y una chaqueta.

Y puede que esto te haga sonreír, pero cuando era joven tu padre tenía una tupida mata de pelo. Debes creerme. Me lo cortaron muy corto y, además, me lo tiñeron de un color que no era exactamente rubio pero casi. Fue una de las molestias que se tomaron para que yo no llamara la atención y pareciera lo menos judío posible al circular por la ciudad. Me pusieron una ropa que era de mi talla y no me quedaba pequeña, como ocurría con la mía. Naturalmente, no llevaba estrella ni la gorra sin visera. Y me dieron un par de zapatos bastante decentes. Estos zapatos los llevaba colgando del cuello, unidos por los cordones, mientras me escabullía del gueto a través de un viaducto abandonado, tan anticuado que los alemanes ni siquiera lo conocían. Se accedía a este conducto, por cierto, a través de una cisterna que había dentro de un molino de piedra. Yo no me sentía del todo cómodo correteando en cuclillas como una de las ratas que vivían allí abajo, intentando sin éxito contener el aliento a causa del frío y del asqueroso olor de aquellas entrañas de hierro, de la tierra

y de las heces animales. El viaducto acababa en un amontonamiento de escombros y rocas a la orilla del río, quizá media milla corriente arriba de la valla de alambre de espino que rodeaba el gueto. Allí el río tenía poca profundidad y estaba lleno de rocas, formaba un recodo, de modo que era posible cruzarlo oculto por los árboles y el sotobosque de las dos orillas.

Pero te lo estoy pintando más difícil de lo que era. Un sencillo paseo por un sendero me llevaba a una zona residencial poco poblada en las afueras de la ciudad. Sólo tenía que esperar en una esquina a que llegara el tranvía. Llevaba dinero, una mochila de escolar, sabía lituano, y tenía una tarjeta de identidad falsa con otro nombre. En ninguno de estos viajes estuvieron cerca de descubrirme. Como mucho, algún policía o algún soldado alemán me echó una mirada, aunque las mujeres en edad de ser madres, a medida que me adentraba en el centro de la ciudad, me observaban a veces con curiosidad, incluso con suspicacia. Yo les sonreía alegremente e incluso me tocaba la gorra y les daba los buenos días.

Ése era Yehoshua X, el Chico Misterioso, el Agente Secreto, en acción. Mis excursiones se planeaban para que llegara al centro de la ciudad a última hora de la tarde, cuando había bullicio en las calles. Pero una aplastante revelación me aguardaba cada vez que llegaba. Ciertamente, era una ciudad ocupada en tiempo de guerra, en la que se veían transportes de tropas de un lado a otro de la ciudad, y banderas nazis ondeando en el ayuntamiento, y no es que hubiera exactamente una profusión de bienes y comestibles en los almacenes y tiendas, y tampoco se veía precisamente una población feliz o bien alimentada... Sin embargo, contemplar aquella extensión urbana que me rodeaba, verme asaltado por las vistas y los sonidos de la ciudad en la que había nacido y en la que había ido a la escuela, las calles de bloques de viviendas de piedra con patio, los cables eléctricos, los tranvías, las señales que sobre mi cabeza apuntaban al vasto dominio de los alrededores de la ciudad, recordar que existía una civilización moderna y normal, con su historia, por muy horrible y antisemita que hubiera sido... y compararla con el patético y miserable campamento de esclavos en que vivíamos, con nuestras casuchas rurales, encerrados como animales, y aislados, desplazados, y habituados al terror de no saber si al día siguiente se nos permitiría vivir... era una desgracia para cualquiera, y más si eras un niño, ser perfectamente consciente de todo aquello. Es decir, si no me hubieran asignado el transporte de los documentos de Barbanel, no habría sentido de manera tan aguda la terrible pérdida que padecíamos, ni comprendido con tan cabal conciencia la catástrofe que había ocurrido y seguía ocurriendo.

Mi destino era una pequeña iglesia católica situada en un barrio obrero no lejos de la estación de tren, una iglesia de piedra, con un pequeño cementerio delante. Por desgracia no me acuerdo del nombre. Probablemente no era grande, ni por asomo tan imponente como la catedral que había en la plaza central, pero a mí me parecía bastante formidable, y tengo que decir que el momento en que atravesaba las puertas de roble era siempre el más desasosegante de mi viaje. El interior estaba oscuro, con

hileras de velas titilantes, esas velas votivas que me recordaban el *yahrzeit*, esas velas conmemorativas que, cuando las teníamos, encendíamos en el gueto en memoria de los muertos. No entendía por qué había puertas de hierro, como barras de prisión, para separar el altar de la gente que oraba en los bancos; a veces había algún soldado alemán, pero casi siempre mujeres, mujeres mayores con la cabeza cubierta por un pañuelo. Las mujeres y las velas me parecían algo muy judío, aunque ese pensamiento me dejaba más perplejo que otra cosa, pues allí estaba ese Cristo de yeso, tan realista, clavado al crucifijo, en el ábside situado detrás del altar, con goterones de sangre en la frente, las manos y los pies.

Me habían indicado que debía arrodillarme y santiguarme, y a continuación dirigirme a uno de los confesionarios que había en una nave lateral. Allí había de esperar unos minutos hasta que, tras haber comprobado que no había moros en la costa, un sacerdote, el padre Petrauskas, abría la puerta y me dejaba entrar en la rectoría.

Ese cura era un hombre amable, asentía y sonreía con franca cordialidad al saludarme. Le faltaban algunos dientes. Llevaba la cabeza afeitada, y tenía la cara tan surcada de hendiduras, pliegues y sombras que parecía hecha de pergamino. Los ojos eran una raja en las mejillas. El traje negro que llevaba le quedaba ajustado y se veía muy reluciente. Una vez yo me había quitado la camisa, él me despegaba la cinta adhesiva, teniendo siempre cuidado allí donde tocaba la piel, y aceptaba los paquetes que yo le traía, y cuando yo estaba de nuevo vestido y abrochado, él me daba algo para comer: un trozo de pan con mermelada, un poco de sopa, y se sentaba al otro lado de la mesa y me miraba comer. No es que pretenda injuriar a la iglesia católica, pero a veces he pensado que es posible que ese sacerdote fuera un judío convertido al catolicismo. No sé por qué tengo esa sensación, pues no tengo pruebas de que así fuera. Fuera como fuese, Barbanel lo consideraba un amigo de fiar, y aceptaba ese riesgo por lo que, dadas las exigencias de la época, podía haber parecido una causa casi abstracta, la causa de los documentos históricos, la causa perdida de no aspirar a ninguna reparación exceptuando la de la memoria.

Yo me marchaba, generalmente cuando comenzaba a oscurecer, por donde había venido. Tomaba de nuevo el tranvía hasta las afueras de la ciudad, me apeaba una parada antes o después de mi esquina, y luego tomaba el camino hasta el vado del río. En ese punto me volvía a quitar los zapatos de chaval lituano y reptaba a través del viaducto hasta el gueto. Llegaba eufórico y buscaba al señor Barbanel para informarle de que todo había salido bien, y entonces me ponía de nuevo la ropa como un actor tras su actuación, y me encasquetaba en la cabeza la gorra de mensajero corredor.



Puedes subir a mirar pájaros en el breve verano del ártico canadiense, sobrevolando a poca altura, desde Yellowknife hasta Bathurst, en un DC-3, los sobresaltados rebaños

de caribúes. Allí puedes acampar en lo alto de la impenetrable tundra y salir en fueraborda con los inuits, la tribu que vive allá arriba. En verano, el sur del Ártico es un mar, y los inuits te llevan en sus barcas a una isla donde saben que vive un águila, o un grupo de pollitos de mar rojizos, o un gerifalte blanco que cría un nido de polluelos. En el Ártico no hay muchas cosas, y todo lo que tiene vida se hace notar. La genuina cara de satisfacción de nuestro guía en la barra del timón al señalar a un somormujo superaba en mucho la que pondría un niño. Algunas de estas islas en las que te detienes parecen estar hechas de cáscara de huevo, plumas y guano. Existe otro reino donde la vida nada tiene que ver con la nuestra. Los inuits que no se han ido a vivir a las ciudades, los que prefieren seguir viviendo al viejo estilo —modificado, desde luego, pues en invierno utilizan motonieves para cazar lobos—, cazan y pescan, navegan por estas aguas calculando su posición a partir de alguna montaña lejana, que parece una cara mirando al cielo. La cara es india, la cumbre de la montaña es la nariz, por lo que a estos inuits se los conoce como el «Pueblo de la Nariz».

Pasé medio día esperando debajo del nido del gerifalte y finalmente la vi, vi a la madre, descendiendo hacia el valle con una presa asombrosamente grande en las garras, una ardilla de tierra, que depositaba con un gran batir de alas en el nido que había construido sobre un saliente de la roca. El cielo era de un azul hielo. Es un ave de pecho ancho, no tan alta como un águila. Las crías se ponen a chillar, mis compañeros disparan sus cámaras, y yo siento una inyección de adrenalina y alegría al ver a esta hermosa criatura depredadora que Yeats vio y que me hizo parecer sorprendente que se pudiera vivir de otra manera que no fuera recorriendo los mares árticos a la busca de pájaros.



A medida que la Tierra gira sobre su eje, su planetaria extensión de agua se alza continuamente en mareas alrededor de su periferia, abultándose como la córnea de un ojo hipermetrope. Al mismo tiempo, la rotación de la Tierra hace que las aguas del mar giren en direcciones opuestas, hacia el oeste en el hemisferio Norte, y hacia el este en el hemisferio Sur, de manera que si el agua pudiera hacer trenzas, la Tierra se retorcería en una crizneja azul verdoso. Si por algún motivo la rotación planetaria decreciera lo suficiente, las aguas de la Tierra saldrían volando y cristalizarían en un anillo de hielo azul que con el tiempo se atenuaría y pondría rumbo al espacio, un enorme cometa con todo su plancton, sus cangrejos, peces, bivalvos, ballenas, sifonóforos, rápidamente congelados por toda la eternidad. El restante núcleo del planeta, de roca, mineral y magma derretido, resplandecería un momento como un rescoldo, o como la sección de la mandíbula dentada de una radiante criatura, antes de chocar con la luna, creando una gran masa ardiente y humeante de mineral desintegrado que sería limpiamente absorbido por el sol como camarones dentro de la

boca de una anguila. De modo que dadle gracias a Dios porque este sistema de equilibrio de poderes, por excéntrico que sea, funcione. Y al igual que existen los Alpes y los Himalayas y los Andes y las montañas Rocosas, también hay cordilleras montañosas submarinas aún más vastas. Y al igual que tenemos nuestros cañones iluminados por el sol que discurren sobre los ríos, también el fondo del mar posee sus profundas zanjas. Y al igual que tenemos nuestras llanuras y desiertos, también el fondo del mar se extiende a lo largo de infinitas millas de planicie abisal. Y al igual que tenemos nuestras cabras monteses que permanecen petrificadas de cara al viento sobre los desiguales peñascos de nuestras montañas más altas, el fondo del océano oscuro, sin aire, con sus toneladas de presión por centímetro cuadrado, posee una vida en forma de gusanos y pejesapos, arañas marinas, peces víbora y lirios marinos que se mecen cubiertos de cieno en la negrura silenciosa, con las bocas abiertas y los tentáculos en ristre para atrapar la floculenta materia muerta que cae como nieve desde el océano azul y verde que hay arriba. Criaturas sin nombre compuestas de zarcillos con ventosas en un extremo, tallos con bocas, o gusanos de propulsión a chorro con agujones tóxicos y mecanismos de expulsión de tinta, reciben, como prueba de la prodigalidad de Dios, una perpetua cascada de muerte que los mantiene con vida mientras ellos se dedican a expulsar sus chorros y a retorcerse. Esto es parte del Plan Universal. Nos enseña que la vida no necesita aire ni luz ni calor. Nos enseña que, sean cuales sean las condiciones implantadas por Dios, algún tipo de criatura aparecerá. No hay una morfología fija para las cosas vivas. No hay condiciones necesarias para la vida. Miles de plantas y animales desconocidos viven en los cañones más profundos de las aguas frías y negras, y tienen sus propias películas. Su biomasa excede de largo nuestra vida animal y vegetal iluminada por el sol y nutrida de oxígeno. En el fondo del mar hay emisiones de gases de sulfuro de hidrógeno que las bacterias agradecen para reproducirse. Y alimentándose de éstas hay bivalvos verrugosos y medusas viscosas y pegajosas y anguilas con espinas con la asombrosa capacidad de fosforescer cuando son atacados o necesitan iluminar a su presa. Dios tiene una razón para crear todo esto. Hay un pez, el pez hacha, que merodea en la profunda oscuridad con unos ojos protuberantes en lo alto de la cabeza, que tiene cuernos, y que posee la habilidad de iluminar eléctricamente su ano para cegar a los depredadores que lo persiguen. El ano eléctrico, sin embargo, no es una característica innata. Tiene su origen en una colonia de bacterias fosforescentes que se alojan de manera simbiótica en el agujero del culo del pez. Y también esto tiene un propósito que aún no hemos determinado. Pero si crees en el juicio divino de Dios y contemplas la reencarnación, entonces podría ser razonable suponer que una cierta bacteria que vive en el ano de un pez hacha especialmente primitivo en el fondo del océano es el alma reciclada y plenamente sensitiva de Adolf Hitler, que brilla miserablemente a través de ese estiércol en el que periódicamente es bañado y alimentado.



Por todo Nueva York ruedan películas, y ahora están filmando una escena en mi manzana. Tenía que ocurrir. Una melodía de engruimiento llena el aire. La policía pone barreras para detener el tráfico. Cables, andamios, grúas, pantallas reflectoras. Las estrellas se ocultan en sus rulots. Las multitudes aguardan las interminables decisiones fílmicas para confirmar la existencia de mi calle.

Ahora lo recuerdo. Volvía a casa por la mañana después de haber ido a correr, y me tropecé con dos tipos que sacaban fotos de mi finca. Eso fue hace dos meses. Pensé que eran europeos, de ésos a los que les encantan las largas y estrechas calles del Soho. Las losas del siglo XIX. El angosto callejón para el escuadrón de caballería.

Un hombre disparaba, el otro cargaba las cámaras y llevaba las bolsas. Me sentí propietario. ¿Fotografiarían el viejo garaje del que ningún coche escapa? ¿Cogerían a la prostituta china? ¿Les encantarían los dos árboles consumidos? ¿Percibirían la textura urbana de todos los que vivimos aquí, incluso en la más clara mañana de primavera, con el chorro de agua surgiendo en arco iris de los camiones de riego del Ministerio de Sanidad?

Acababa de amanecer, y la luz, incidiendo en ángulo casi horizontal, resaltaba el sólido volumen geométrico de las fachadas de hierro industriales, las entradas profundamente incrustadas y las ventanas de hondos alféizares.

Volvieron los fotógrafos a última hora de la tarde. La calle, entonces, tiene un aspecto distinto. La luz del sol se pega a la materia agitada por el tráfico de todo el día, de modo que parece flotar, una lenta caída de polvo luminoso que procede del estrecho corredor de los edificios de enfrente, de los barrotes de las escaleras de incendios, que opaca los ventanales de los *lofts*, que ilumina la acera de la manzana belga, y que la llegada de la noche parece escurrir hacia la negrura del viejo garaje y las alcantarillas de las esquinas.

De modo que eso es lo que eran: una patrulla de localización. Y ahora tenemos un ejército en vivac. La furgoneta del catering. Generadores. Retretes portátiles. Todo lo que necesitan las tropas para avanzar. Autosuficientes en una zona en la que no viven, sino que sólo ocupan de vez en cuando.

De repente la calle está iluminada y limpia. Me doy cuenta de que está inundada de luz. Gente de aspecto normal se dedica a sus quehaceres. Se detiene un taxi, un hombre sale de un salto y agarra a una mujer que pasa junto a la entrada de un edificio y le hace dar la vuelta hasta encararse con ella. Es un gesto serio y agresivo, aunque bastante soso para lo que suele salir en las películas. Hablan, y desde cuatro pisos más arriba veo la resistencia de la mujer abordada, se percibe en su pose. Todo esto es la acción, pero luego se alejan, como si tal cosa, en direcciones distintas, como si nada de lo que han dicho importara, y comprendo que la escena acabó antes de que yo me diera cuenta y ahora las luces se apagan y el taxi da marcha atrás por

donde ha venido.

Ahora hay hombres con radiotransmisores por todas partes. Un grupo de trabajadores coloca basura en la calle. En kilómetros a la redonda, la ciudad que no es filmada permanece ajena a su falta de importancia.

Silencio de nuevo, las luces vuelven a encenderse. Un taxi se detiene en un chirrido de neumáticos, la puerta de abre de golpe, un hombre baja de un salto y agarra a una mujer por el hombro.

Las películas están consumiendo las ciudades, los campos, los mares y las montañas. Algún día, cada centímetro del mundo estará en alguna película. El planeta quedará aplanado en un enorme rollo. El cielo nocturno nos hará de pantalla. El repertorio de películas se proyectará hasta el final y quedará vagando y se ondulará, se retorcerá y formará una espiral como la cinta de Moebius a través del universo galáctico. La vida no será simultánea, será secuencial, una historia tras otra, como si todo el ADN de todos los seres vivientes se extendiera sobre una cinta, eslabón tras eslabón, hasta el infinito.

Versión cinematográfica: un tipo vuelve a casa después de haber estado corriendo por la mañana, ve que están rodando una película en su calle. La escena que filman, una mujer que sale de su edificio, un taxi que se detiene, un hombre que se apea de un salto y se le enfrenta, agarrándola por el hombro, ella que retrocede, lo desafía, la rabia de él... todo esto le resulta muy familiar al tipo, como si fuera una escena de su propia vida.

Se pasan la mañana rodando una y otra vez la misma escena. Él mira desde la ventana. Le queda claro que la escena que filman es... exacta. No hay otra manera de expresarlo. A él le ha pasado, ha encontrado a su mujer saliendo de casa en el momento en que él llegaba. El actor que le interpreta es más alto, con una tupida mata de pelo, pero de la misma complexión, con la misma mandíbula alargada y floja. La actriz es idéntica a su esposa: rubia, hermosa, delgada, de caderas cimbreantes.

El tipo no se imagina de qué va el argumento, ni quién hace la película, ni cuál es el guión. ¿Lo ha escrito ella? Pero ¿cómo? Ella vivía fuera de los límites de su propia vida, rebosante de una inquieta integridad animal. Y con un elegante desprecio por cualquier razonable egoísmo. ¿Cuándo ha escrito ella acerca de él, acerca de sus relaciones, de sus relaciones frustradas? ¿Por qué iba ella a molestarse?

El *loft* de él, con sus grandes ventanas sin persianas ni cortinas, fue amueblado sin esfuerzo por el certero impulso de ella. Incluso ahora, la despreocupada perfección con que lo hizo le impide cambiar ningún mueble de sitio. Esa mezcla de inevitabilidad y azar con que está colocado todo le provoca la ilusión de que ella sigue aún allí, de que siguen viviendo juntos. Ella fue quien encontró el apartamento, vivía allí sola, y luego él se mudó y estuvieron juntos. Pero era de ella y sigue siendo de ella, el *loft*, la calle, el barrio, aunque se haya marchado.

Él se pregunta por qué se ha quedado, por qué se arriesga.

El grupo que hay abajo acaba su trabajo, recoge sus cosas, y al final de la tarde la calle queda vacía. Él piensa que quizá, coincidiendo con esa escena, está nervioso y lee demasiado, pero es incapaz de sacársela de la cabeza, pasa los días siguientes verificando la proposición de que es su vida, o la vida de los dos juntos, lo que están filmando. Para su consternación, es capaz de seguir al grupo de filmación por toda la ciudad, adivinando dónde están a partir de las localizaciones que deberían elegir. Los encuentra en la Facultad de Periodismo de Columbia, donde ella estudió la carrera, los ve en un restaurante italiano de la Novena Avenida, con la decoración restaurada tal como estaba antes de que cambiara de propietario. Incluso eligen la misma mesa, la que estaba en una esquina bajo el aplique con la pantalla chamuscada.

Su intento de acercarse al grupo de rodaje es fácilmente frustrado por los ayudantes de dirección con radiotransmisores y los guardas de seguridad. No es que le preocupe llamar la atención. Consigue ver varias veces a la actriz, y le parece que a cada escena se va convirtiendo más y más en su mujer. No sabe qué hacer. Hay jornadas de rodaje en el aeropuerto Kennedy, en el Lincoln Center, en Battery Park. Con el tiempo deja de seguirlos y se retira a su *loft* a esperar. Y tal como sabía que harían, una mañana temprano llaman a su puerta y entran cables, cámaras, luces, reflectores. Él no intenta detenerlos. Colocan las sillas para el director, la *script*, los actores. Todo el mundo parece considerarle el protagonista. Lo maquillan y ocupa su lugar cuando la cámara empieza a filmar: llaman a la puerta. Él abre y se encuentra con dos detectives. Éstos se identifican y quieren hacerle un par de preguntas. ¿Le importaría que entraran?

—Pensaréis que esto es una locura o que estoy loco —dice después, en el plato de los calabozos, donde está sentado en compañía de dos actores que interpretan a unos delincuentes de poca monta que esperan a sus abogados para que los saquen de la cárcel. Se da cuenta de que habla de manera compulsiva, pero no puede parar—. Puede que esté loco, pero os juro que algo está pasando con las películas de un modo que ni siquiera la gente que las rueda llega a comprender. Quiero decir que algo raro ha ocurrido, de manera que estoy convencido de que la gente que en apariencia las hace no son más que instrumentos de las películas mismas, servidores, factótums, y que todo el proceso, desde lanzar una idea hasta obtener financiación y encontrar una estrella, es decir, toda la operación, mientras que parece depender de la participación de directores, productores, distribuidores, etcétera, y a pesar de todas las animosidades y luchas entre ello, las luchas por controlarla, la interferencia de los jefes de los estudios y los profundos dictámenes de los críticos, de hecho toda la floreciente cultura de las películas no es más que ilusión, que es lo que se supone que es una película, una realidad guionizada, mientras que son las películas mismas quienes poseen el control, predestinadas y autogeneradas, como una especie con su propio ADN. Los agentes humanos que las realizan son subsidiarios, como bichos de jardín que sólo existen para polinizar las flores, o esos pájaros que viven sobre el lomo de los rinocerontes africanos y les picotean los piojos.

»Hay más películas que nunca, en esto al menos habéis de estar de acuerdo; son una explosión popular, en salas de exhibición, en televisión, por cable, en vídeo, en disco compacto... están por todas partes, no puedes huir de ellas, las películas son criaturas increíblemente astutas, complejas criaturas que nos convencen de que son manifestaciones de nuestra propia cultura, con identidades individuales pero participando de los géneros, al igual que nosotros somos individuos pero dentro de esquemas étnicos. Pensáis que estoy loco, pero lo que os digo es posible, me refiero a que al menos deberíais considerar esa posibilidad, la de que las películas sean una maligna forma de vida que vino a la Tierra hace unos cien años y que con el tiempo ha llegado a dominar no sólo nuestros sentimientos, sino también nuestros pensamientos, nuestros intelectos. Se alimentan de nosotros. Primero nos obligaron a inventarlas y a proporcionarles existencia material, es decir, el celuloide, o, más recientemente, cinta de vídeo. Quizás os haréis una idea más cabal de lo que estoy diciendo si os las imagináis con el mismo deseo de engullirnos que una tenia en el intestino, una tenia planetaria que vive en los intestinos de la Tierra y que consume las ciudades, los campos, los mares, las montañas.

»Tampoco espero que estéis de acuerdo conmigo, sé lo que estáis pensando, y ni siquiera si os traigo a la memoria esas películas de horror pseudocientíficas en las que una persona, un científico quizá, ve una gran amenaza para la humanidad y es incapaz de convencer al mundo de ello hasta que casi es demasiado tarde (un bicho gigante, o una plaga o una especie alienígena procedente del espacio; lo que estoy describiendo es un desastre a lo King Kong), incluso conociendo esa convención y habiendo visto muchas versiones repetidas veces, no vais a concederme la perspicacia del científico, esa terrible información que sólo se conce de al héroe solitario, quizás a su leal chica o a la propia hija del eminente científico, que morirá durante el transcurso de la película, ¡porque pensáis que he visto demasiadas películas!

»Pero como prueba os ofrezco mi propia vida, que no sé cómo ha llamado la atención de esas criaturas que son las películas, y miradme, sentado en este plato con vosotros, pensáis que soy un actor que lee sus diálogos, que éste es el papel que debo interpretar, pero lo sea o no, puedo dar fe de que siento cómo pierdo dimensión, sustancia moral, complejidad, me vuelvo plano, me convierto en una sombra, y es una terrible sensación percibir que tus sentimientos más íntimos y apasionados son palabras, sospechas, escritas sobre una página para que tú las representes.

»Y soy incapaz de deciros si ésta es la primera vez que digo esto, o la segunda, o la que hace cien. ¿Vosotros lo sabéis? ¿Soy la persona real, o mi imagen en la película? ¿Y vosotros? Simplemente no lo sé. Y ni siquiera cuando acabe este monólogo y el director diga “Corten” lo sabré, porque es posible que él tampoco sea más que una imagen, una sombra, una combinación de unos y ceros transferidos.

¡Corten!, grita una voz en la oscuridad. Y el tipo oye bravos y unos aplausos aislados procedentes de algunos improvisados espectadores que podrían —o no— formar parte de la banda sonora.



El Midrash Jazz Quartet toca temas clásicos

[11]GOOD NIGHT SWEETHEART

*Good night sweetheart,
Till we meet tomorrow,*

(Aplausos)

*Good night sweetheart,
Sleep will banish sorrow,
Tears and parting may make us forlorn
But with the dawn, a new day is born.
So I'll say...
Good night sweetheart
Tho' I'm not beside you
Good night sweetheart
Still my love will guide you
Dreams enfold you, in each one I'll hold you
Good night sweetheart, good night.*

Buenas noches, encanto, buenos días, preciosa,
No puedo creer que duermas sola por muchas mentiras que me
cuentas
De modo que también buenas noches a quien esté contigo
Espero que no te disuada
de que sueñes conmigo
Espero que nos encontremos en la madrugada cuando el nuevo día
amanezca
Los dos tendidos, en pose
No te diré lo que hice contigo por la noche en mi
soñar ebrio
si tú no me dices lo que no hiciste con esa
voz jadeante que tienes, con esa mirada satisfecha
y tu corazón rebosante de felicidad.
Así pues, buenas noches, señorita,
Buenas noches, que el amor sea dolor,
Mi corazón partido, buenas noches.

(Aplausos)

Eh, por fin te he encontrado, he visto mucho pero esto
es algo nuevo, este mantenerse a distancia hasta que llega
el día, y luego sugerirlo con todo tipo de
juegos de palabras, y lo que me rodea no es un colodón de ácido
Sino una cocina de azulejos blancos y tostadas y zumo de naranja...

eres

una mujer inteligente, amor, y me encantan tus juegos,
me encanta abrazarte con el pelo aun mojado
y tu albornoz medio abierto y las gotas de la ducha
aún en tus pechos, me encantan tus exigencias
de que estemos limpios y descansados y desde luego sobrios
cuando hacemos el amor
y que lo hagamos sólo dentro del ámbito de esta
casa.

Así pues, buenas noches, rostro adorado y hermoso y singular
te despertaré de tus sueños al alba
y tendremos una limpia y encantadora conversación
antes de entregarnos a nuestras obligaciones diarias
de ganar un poco de dinero cada uno haciendo lo que sabemos
para poder pagar lo que nos cobran al mes por este lugar,
daremos una nueva capa de pintura
y prepararemos el cuarto del bebé...

Oh, querido Bebé,
sabes que tengo que tener otro amor
a quien darle un besito
cuando me meto en el lechito
¿no es cierto, queridita?
¡Hasta mañana!

(Carcajadas, aplausos)

Estoy de rodillas ante Dios, Dios es mi amor
Pero Él nos dice buenas noches,
Mi amor se marcha
Me dice que duerma
Me lleva hacia pastos desolados
Transido es decir poco para calificar el terror
de mi pesar
Que me sale en lágrimas que me escaldan los ojos.

Qué zozobra, Dios, estoy triste
¿Es que siempre estaré triste?
El sol es lluvia, cerca es lejos, lo alto es bajo,
el día es noche
Todo va mal, todo va mal
¿Quién es este Dios de dulce habla?, ¿qué pretende?
Él sabe que el sueño no borra las penas
sino que las acrecienta más y más
y en la mente entre despierta y dormida
pinta dolores a nuestra vida.
¿Y qué ocurre cuando es el alba de mañana
y nada cambia nunca con cada
nuevo día?
¿Tu amor me guiará?, ¿Tus sueños me rodearán
Cuando te hayas ido y me hayas dejado, Dios,
Y sólo me queden como guías Tus vacías promesas?

(Silencio de perplejidad)

[12] *She's gone. It's done.
You've got no one.
Tho dreams deceive
And sleep consoles you,
At dawn you'll find
No one beside you.
She's gone, it's done,
You're all alone.
The sorrow's yours
She's gone. It's done.*

(Quejas)

Buenas noches, que el amor sea dolor, mi corazón partido, buenas
noches.
Buenas noches, rostro adorado y hermoso y singular.
¿Tu amor me guiará?, ¿Tus sueños me rodearán?
Se ha ido. Ya está. Sólo te queda la soledad.

[13] *Good night sweetheart,
Till we meet tomorrow,
Good night sweetheart,
Sleep will banish sorrow...*



A Pem le ha dado por llevar el pelo recogido en una cola de caballo. Los viernes por la noche voy con él a la calle Cincuenta y nueve, donde Sarah Blumenthal dirige los servicios de la sinagoga del judaísmo evolutivo. No suele haber más de diez o doce fieles, menos de la mitad de los que asistían cuando Joshua Gruen era el rabino que oficiaba.

Como resultado del estudio y la discusión entre los fieles, los servicios del sabbat se han reducido a su esencia básica e indiscutible, y lo componen, por el momento, el shema, la declaración de la unidad de Dios, el principio del monoteísmo abstracto... un *kaddish*, u oración ritual por los muertos, porque es algo que consuela a los que están de luto y hace que recordemos más a los difuntos y les estemos agradecidos... un reconocimiento de la idea del sabbat, en el día elegido para los servicios, y que es una ocasión para reflexionar en estado de libertad... y, en cuanto al resto, un estudio de la Torá a fin de derivar del libro los imperativos que han de completar la reestructuración de los servicios y con el tiempo proporcionar la base teórica de la fe evolucionada.

A Pem le encantan esas veladas, y me sorprende que yo mismo las encuentre tan fascinantes. Entre los miembros de la congregación hay un catedrático de religiones comparadas de la Universidad de Columbia, un juez del Tribunal Supremo del Estado, una joven que va a clases al Actors Studio, una pareja casada, los dos médicos, una estudiante de Barnard y, lo más conmovedor, un anciano de pelo blanco que sube en brazos de su hijo los escalones de piedra rojiza y baja de igual forma al acabar la reunión.

Pem, con su erudición, descubre muchas cosas que le resultan conocidas de su época de estudiante de Teología. Yo, en cambio, me hallo en la posición del que aprende las cosas por primera vez. Poco a poco, los primeros cinco libros de la Biblia, la Torá, se han convertido, en virtud del análisis del grupo, en los textos reunidos de diferentes fuentes históricas, J, E, P y D. Una doctoranda de Harvard comentó una noche la obra de su eminente profesor, J. L. Kugel, que se ha ocupado en detalle de la distinción entre los textos originales y el comentario interpretativo que surgió en los trescientos años anteriores y los cien años posteriores al nacimiento de la era cristiana, que ha creado la Biblia que leemos hoy en día bajo la ilusión de que estamos leyendo las Sagradas Escrituras originales. Desde el principio, los textos bíblicos fueron vistos como algo enigmático, ¿y por qué no iban a serlo, habiendo sido escritos en un idioma sin vocales ni puntuación? Y puesto que se consideraron de origen divino, y por tanto de perfección sobrenatural, los eruditos, sacerdotes y sabios de la Antigüedad se sintieron llamados a explicar las contradicciones, los

sentimientos poco propios de Dios, los párrafos más desagradables y los actos poco nobles de los personajes nobles de las historias, así como cualquier cosa que resultara inmoral... interpretándolos de manera metafórica, o simbólica, o alegórica, o cambiando su sentido por el simple método de añadir la puntuación, o aplicar de manera oportunista énfasis sintácticos, o recreando todo lo que consideraban que necesitaba mejorarse a fin de resultar teológicamente correcto. Aquella noche me alegró conocer el auténtico ancestro de la hermenéutica. Aparte de eso, como escritor, me fascina singularmente el poder de este batiburrillo de crónicas, versos, canciones, parentescos, leyes del universo, pecados, y días del juicio final... este trabajo de recorta y pega que es en su forma original tan lacónico, inconsistente, en claro desafío al sentido común, y crípticamente ajeno a las normales exigencias narrativas como para ser atribuido a un autor divino.

Dios mío, ¿qué he estado haciendo mal todos estos años?

Pero el tipo que estudia religiones comparadas en Columbia tiene la siguiente opinión sobre el asunto: dice que los intérpretes sabían lo que estaban haciendo al no intentar borrar las inconsistencias, pero poniendo un poco de orden. Los sacerdotes y los redactores se convirtieron así en los primeros manipuladores. Jamás consigues acercarte a Dios, lo único que puedes esperar es refinar tu conciencia de él. Las mismas contradicciones, las historias que conviven con sus reescrituras, manifiestan la misma lucha descrita en las narraciones: aprehender y aceptar la abruma dora integridad y creativa totalidad del Innombrable.

Tras estas sesiones, Pem y yo solíamos cenar en un restaurante de Broadway, Amarillo. Alguna vez nos ha acompañado Sarah B. No es una cuestión de decoro rabínico (el *kashruth* no forma parte de lo esencial), pero le preocupa dejar a Angelina sola con los niños, al igual que tampoco le gustaría estar con ellos sin Angelina. Como si, pobrecilla, tras haber perdido a su marido, pudiera perder otra cosa.

Sin embargo, cuando Sarah acepta acompañarnos, me siento como si hiciera de carabina. ¿Por qué debería sentirme así, si no se diera entre ellos una especie de cortejo? A la luz de las velas, sobre los vasos de vino tinto, se miran el uno al otro con una atención de la que no son conscientes. Y cuando yo tengo algo que decir, en la radiante atención que me dispensan al unísono se ve claramente un esfuerzo de sus voluntades. Sin embargo, no quieren ni oír hablar de quedarse a solas. Es algo que los dos temen. Pem porque no quiere rebajarse a importunarla, y ella porque sigue acordándose de su marido, Joshua. Formalmente, el luto de Sarah debería durar un año, pero según el judaísmo evolutivo eso tampoco resulta esencial, basándose en que el período de tiempo que a uno le lleva recordar y conmemorar a los muertos debe salirle del corazón. La idea es que estas cosas hay que dejar que ocurran con una inevitabilidad psicológica. Pero puede que se equivoquen en esto, en la medida en que esta costumbre podría estar más pensada para los vivos que para los muertos. Un punto final, para que puedan seguir adelante: ahora ya hace más de un año que Sarah

perdió a su marido.

Y veo cómo, de manera paulatina, crece la intimidad entre ellos. Y puesto que ella y Pem llevan una vida entregada a la seriedad moral explícita —que es la manera más abstracta que se me ocurre de expresarlo—, su convergencia será algo más que personal. El viernes pasado, el servicio de estudio nocturno de la sinagoga abordó los capítulos 19-24 del Éxodo, la entrega a Moisés del Decálogo. Esa noche, Sarah condujo la discusión de manera muy animada: su voz era fuerte, el reflexionar sobre ese episodio clave pareció animarla, pues no le daba vueltas y vueltas a los párrafos con su habitual expresión de escepticismo y respeto, sino con seguridad, incluso con una seguridad que resultaba sensual. Levantó la cabeza, se pasó los dedos por el pelo, y una hermosa sonrisa le transformó la cara; como la irrupción de la luz del sol, los ojos le brillaron. Era una de esas sonrisas de total vulnerabilidad que, de manera ambigua, a veces preceden al derramamiento de lágrimas. Cito sus palabras de memoria: «Lo que yo entiendo, lo que me transmiten estas palabras, es hasta qué punto estos escritores comprendían la enorme dimensión moral de la vida humana. ¿Os dais cuenta? Proponen una configuración ética de la existencia humana. ¿Quién, antes que ellos, había hecho algo parecido? Estos Mandamientos fueron concebidos por un genio de la escritura humana... Después de todo, podemos defender la presencia de Dios en la Biblia escrita por seres humanos. El Señor, bendito sea Su nombre, como dicen mis colegas ortodoxos [sonríe]... es aquello que nos impulsa a esforzarnos por alcanzar una comprensión histórica y teológica. Las mentes bíblicas que crearon los Diez Mandamientos que han estructurado la civilización... plantearon la posibilidad de una vida concebida éticamente, la conciencia de que vivimos en estados de consecuencia moral que, si no hoy, algún día pueden acercarnos a una unión y a una comprensión del Creador. ¡Qué don, qué gran y profundo don... y qué digno de reverencia!».

Cenando después a solas con Pem, le dije que me parecía que los dos comenzaban a darse cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

—¿De verdad? —dijo—. ¿De verdad? ¡Dime qué has visto, cómo puedes saberlo! —Se le puso la cara más roja de lo normal. No podía haber dicho nada que le hiciera más feliz. Luego, tras un par de vasos de vino más, volvió a poner un semblante triste—. Jamás me aceptará —dijo—. No les gusto a los chicos.

—¿Cómo lo sabes?

—Les traigo juegos, juguetes, juego con ellos, me siento en el suelo. Me tratan como lo que soy... no me ven como un padre.

—No sabía que hubieras llegado tan lejos.

—¿A qué te refieres con «tan lejos»? Tuvo que acompañar a Angelina al hospital no sé por qué. De modo que me quedé con los niños. ¿A qué te refieres con «tan lejos»? ¿Alguna vez te has sentido ofendido por unos niños? ¿Has estado sentado en el suelo como un idiota mientras ellos miran la televisión como si no estuvieras? Creía haber vivido todas las humillaciones posibles. Creía que no había nada más

denigrante que pronunciar un sermón ante tres personas.



Me preguntaste por todo esto una y otra vez mientras te ibas haciendo una mujer y nunca quise contártelo, primero porque eras demasiado joven, y siempre quise que vivieras tu propia vida, y no quería que fuera una vida angustiada, por absurdo que pudiera ser mi deseo... y en segundo lugar, en estos últimos años, por una razón completamente distinta, y es que quería recuperar el diario, el archivo del señor Barbanel; quería encontrarlo y dejar que hablara por mí.

Pero la vida traza sus propios planes. Y aquí estoy contándote todo lo que sé, después de todo... Llegó un momento en que, aunque nada había cambiado especialmente, nuestro ánimo estaba inexplicablemente ensombrecido, y una premonición de desastre absoluto flotaba por todo el gueto. Había una sensación general de fatiga, y nuestra fe en llegar a sobrevivir se debilitaba. Nuestro credo — perdurar, vencer— parecía más insostenible. Se agudizaba el suspense de la imperturbable traición de los alemanes, sobre todo ahora que estaban perdiendo la guerra. Sé que parece paradójico. Pero el frente oriental se estaba derrumbando, retrocedía hacia nosotros, y ya no tenían licencia para ir asesinando con impunidad. Un destacamento de trabajadores había sido asignado al fuerte. Se suponía que no debíamos saber lo que ocurría, pero nos enteramos de que estaban desenterrando a los muertos y quemando los restos. A veces, cuando soplaban viento del oeste, me parecía oler lo que estaba ocurriendo. Y naturalmente, jamás se volvió a ver a los trabajadores destinados al fuerte.

La libertad por la que habíamos estado viviendo, sobreviviendo, parecía ahora una peligrosa perspectiva. Si los muertos eran una prueba de los crímenes de los alemanes, ¿no lo eran acaso los vivos?

Una noche, recibimos la visita clandestina de una delegación de partisanos judíos. La reunión tuvo lugar en una cabaña en la que se almacenaban botes de pintura, bidones de arena, herramientas de carpintería, etcétera. No estaba ni a una manzana de distancia del perímetro. No sé cómo me enteré de que se celebraba la reunión, y Barbanel consideró que sería más seguro que yo estuviera presente, pues la solemnidad de la ocasión me haría tener la boca cerrada. Nos sentamos y esperamos y finalmente, en la quietud de primera hora de la mañana, después de que yo me hubiera adormilado varias veces, oímos la señal, unos golpecitos en la puerta, una vez, y luego otra. Movieron un escritorio y, saliendo de una trampilla que había debajo, entraron en la habitación, trayendo el frío y la oscuridad de donde procedían: eran tres, dos hombres y una mujer. Fue como un alumbramiento. Unas semanas antes había visto nacer un bebé, y fue exactamente igual: primero la cabeza, luego los hombros. Todo igual, excepto por el fusil.

Rechazaron con gestos que los ayudáramos, y por turnos se izaron, quedaron

sentados en el suelo y luego de pie, de cara a nosotros. Tenían la cara y las manos negras de suciedad. Sus fusiles eran como los que llevaban los guardas del puente, y eso me llenó de emoción, pues sabía que cada fusil había sido arrebatado a un soldado alemán. Y al mismo tiempo, sentí miedo. Esas personas no buscaban ayuda de nadie, no le rezaban a nadie. Cada uno de sus gestos era desdeñoso. Sus ojos eran fríos, impacientes, incluso los de la mujer.

Los partisanos eran apenas unos niños. Si pude darme cuenta de ello a mi edad, entonces posiblemente vi lo parecidos que éramos en lo frágil y delgada que era la mujer, en sus ojos donde ya no cabía la aflicción. Cuando me miró a los ojos, leí en su cara la compasión de una hermana mayor; su gesto endurecido la traicionó por un momento, quizá revelando de manera involuntaria su preocupación por un niño, en aquel lugar, bajo el mando de hombres hechos y derechos. Pues después de todo se trataba de una cuestión generacional: los dos hombres que la acompañaban no debían de tener más de veinte o veintiún años, adultos a mis ojos, hombres de cierta fuerza y altura y de barba oscura, aunque de complexión enjuta, el pelo negro y tupido... Uno de ellos, el líder, llevaba unas gafas de montura redonda que le daba un incongruente aspecto de seminarista judío, y el otro tenía la típica cara ancha eslava y hombros anchos, uno de esos brutos de los que yo me había mantenido alejado cuando iba a la escuela.

Sin que supiera exactamente por qué, no eran lo que yo había esperado, pues no se parecían a mis padres, su espíritu era de una categoría distinta, y mientras escuchaba y miraba, comprendí lo que naturalmente siempre había sabido: que mi padre y mi madre jamás se habían contado entre sus filas.

Nadie conocía a aquellos tres a excepción del doctor Koenig, cuya práctica profesional antes de la guerra le había llevado a conocer todas las zonas del barrio. Posiblemente incluso había asistido al parto de al menos uno de ellos, el joven que llevaba la voz cantante, Benno, sobre cuyas gafas las velas brillaron cuando desvió la cabeza y permitió que el doctor le agarrara por los hombros al saludarle:

—¡Mirad qué fuerte está! —susurró el doctor Koenig, en la primera y última de las cortesías de la velada.

Los otros dos se habían colocado junto a la ventana, donde echaron un vistazo a través de las cortinas de saco corridas antes de volver la cara hacia los demás. El que se llamaba Benno se sentó ante la mesa y, colocando el rifle sobre las rodillas sin soltarlo, se dirigió a nosotros en un yiddish fluido y susurrado, un sonido que me pareció como el de un riachuelo discurriendo sobre las rocas. El ejército ruso estaba hace unas horas a ciento ochenta kilómetros. Cuando el frente se desplace un poco más hacia el oeste, dijo, desmantelarán vuestro gueto, y vosotros no correréis mejor suerte, dijo. Cavaréis vuestras propias fosas. Es sólo cuestión de tiempo.

Es posible. Pero ya están intentando destruir las pruebas de sus asesinatos, dijo el doctor Koenig. Tienen miedo de que después de la contienda los juzguen por crímenes de guerra.

No se haga ilusiones. Si no los matan aquí, los llevarán a otra parte y los matarán igualmente.

La propuesta de los partisanos era sacarnos del gueto, a tantos como fuera posible. Podían llevarse a treinta o cuarenta personas cada noche, dijo Benno. Tres unidades de partisanos, una judía y dos rusas, controlaban zonas militarmente seguras tras las líneas alemanas. Su grupo lo formaban ciento cincuenta hombres y mujeres judíos armados y otras doscientas personas de las que cuidaban.

El tercer miembro de la asamblea que estaba presente era el rabino Pomeranz, un hombre de mediana edad muy delgado y menudo, que llevaba un sombrero de fieltro viejo y gastado y cuya barba se había vuelto blanca. Estaba sentado en una silla apoyada contra la pared, y en su regazo mantenía cerrado un libro de oraciones, aunque guardaba el punto con el dedo. Y rezaba en silencio mientras atendía a la conversación, asintiendo con la cabeza y moviendo los labios mientras recitaba para sí las oraciones que se sabía de memoria, aunque sin apartar los ojos del partisano que hablaba.

El rabino dijo: Quizá los partisanos no estaban al corriente de cómo la policía alemana castigaba a los que intentaban escapar: ejecutaban a todo el que cogían.

Bueno, rabino, dijo Benno, míreme, estamos aquí, hablando con usted, ¿no es cierto? ¿Cree que no sabemos lo que hacemos?

Los partisanos de Benno acampaban en el bosque. Para comer requisaban ganado y alimentos de las granjas vecinas. En los pueblos donde había guarniciones alemanas, las atacaban y las destruían, y a los tenderos les pagaban el azúcar, la harina y otros productos con el dinero que encontraban en las cajas de los alemanes. Podían moverse con libertad por la campiña a causa de su reputación, que se la habían ganado vengándose de todos aquellos que les hubieran denunciado a los alemanes, ejecutándolos y quemando sus casas y graneros, por lo que ahora ya nadie los denunciaba. Los escuadrones de ataque llevaban a cabo actos de sabotaje, volaban vías de tren, cortaban las líneas telefónicas. Tendían emboscadas a los pelotones que salían a reparar el daño.

Todo eso me parece muy bien, y que Dios permita que podáis seguir con vuestra labor, dijo el rabino. Pero llega el invierno. ¿Podrán los ancianos soportar esa vida, bajo tales penurias, viviendo al aire libre?

Si no pueden, al menos morirán libres, dijo Benno.

El doctor Koenig dijo que le preocupaba lo que pudiera ocurrirles a los que se quedaran, pues en cuanto los alemanes comenzaran a echar de menos a sus trabajadores tomarían represalias a su manera: haciendo rehenes y ejecutándolos.

Benno respondió que lo harían de todos modos en cuanto la resistencia judía se acercara a la ciudad y la guarnición comenzara a sentir su picadura.

No es una decisión sencilla, les dijo Koenig. Muchas de estas personas han vivido siempre en la ciudad. No sabrían qué hacer fuera de aquí, con vosotros. Aquí obtienen sus escasas calorías y sobreviven un día más.

Pensáis que sólo os creamos problemas, no es eso, dijo Benno. Hace tanto tiempo que vivís como esclavos que ya no sabéis hacer otra cosa.

Barbanel, que hasta ese momento no había dicho nada, se puso en pie de un salto y agarró al joven del cuello. Esto es deleznable, dijo. Tenemos un poco de respeto. Hemos luchado tanto como vosotros. No sabes una mierda de nosotros.

Benno le apartó la mano y les hizo una señal a los otros. Ya habían entregado su mensaje. Se prepararon para marcharse.

Dejando aparte lo que vosotros penséis, le dijo la joven a Barbanel, tenéis el deber moral de informar a los demás de que podemos sacarlos de aquí. No podéis elegir por ellos. Ni siquiera por este chaval. Tenemos con nosotros a niños que son capaces de disparar un arma de fuego. La gente ha de elegir por sí misma. Y si imponéis vuestra autoridad en este asunto, sois tan malos como los nazis.

Oh, Sarah, recuerdo estas palabras como si hubieran sido pronunciadas ayer. Abrieron la trampilla. El más robusto, que no había dicho nada, y la mujer descendieron y desaparecieron. Antes de seguirlos, Benno se llevó al doctor Koenig a un aparte e, imagino, le indicó cómo volver a contactar con ellos. Y antes de bajar por la trampilla se dirigió al rabino Pomeranz: Ya que sus plegarias son tan eficaces y ya han hecho tanto bien, espero que elija quedarse y rezar al Señor su Dios para que salve a su pueblo.

Cuando se hubo marchado y el escritorio volvió a estar en su lugar, el rabino se levantó y se encasquetó el viejo sombrero de fieltro sobre la cabeza mientras se disponía a marcharse. No es para eso por lo que le rezo al Señor, bendito sea Su nombre, dijo sin dirigirse a nadie en particular. Rezo para «hacerLe» existir.

Naturalmente, una vez que la asamblea se reunió en pleno, decidió que no tenía más remedio que informar a la gente de que ahora existía una manera de escapar del gueto. Pero la noticia había que extenderla con gran cautela, no sólo por el obvio peligro de que se enterasen los alemanes, sino a causa de los espías que los alemanes habían introducido entre nosotros, falsos judíos, o simplemente traidores, como eran ya algunos miembros de la policía del gueto. De modo que el procedimiento fue muy concienzudo, uno por uno, y se empezó por las personas que los miembros de la asamblea conocían personalmente. Típico. Quizá de no haber obrado de manera tan concienzuda, se habría podido liberar a más gente. Pero yo tenía una nueva misión: el corredor estrella, con su gorro sin visera, buscaba a las personas seleccionadas a las horas en que estaban disponibles y las convocaba en secreto para que pasasen por las oficinas de la asamblea. A su debido tiempo, el ferrocarril subterráneo, si puedo llamarlo así, comenzó a funcionar. Los partisanos se habían infiltrado fácilmente en la ciudad. Tal como Benno había dicho, realmente sabían lo que se hacían. Eran sorprendentemente eficaces. No estoy seguro de cómo lo hacían, cuál era el medio real de escape. Quizá cambiaba cada noche. Creo que antes de que todo acabara lograron sacar a doscientas cincuenta personas.

La asamblea había dado prioridad a las personas en mejor forma física para que

podieran soportar las dificultades de vivir al aire libre. Y cuando alguien se marchaba, sus tarjetas de identidad y de trabajo pasaban a alguien de la misma edad y género que no tuviera. De este modo se esperaba evitar que los alemanes se dieran cuenta de que cada vez había menos gente.

Una noche, Barbanel nos habló a todos los chicos que estábamos en el dormitorio comunitario. Ni yo ni nadie podemos decirnos qué debéis hacer, dijo. Podéis quedaros o marcharos. No sabemos qué será peor ni mejor. Todo lo que puedo decirnos es que decidáis por vosotros mismos. Las circunstancias os han hecho adultos cuando aún no sois más que unos niños. Ahora sois finalmente responsables de vuestra propia vida.

Sólo dos de los chicos decidieron irse al bosque con los partisanos. Yo creía que acertaban. En cuanto a mí, me di cuenta de que, en todos mis viajes secretos a la ciudad, jamás se me había ocurrido no volver al gueto. Probablemente podría haberme escondido, quizá con la ayuda del sacerdote, y encontrado alguna familia que me acogiera y me librara del destino de un niño judío. Pero jamás se me pasó por la cabeza. También caí en la cuenta de que el doctor Koenig, por razones obvias, no podía marcharse. Y tampoco Barbanel, claro. Los miembros de la asamblea tenían que quedarse y hacer que el gueto siguiera funcionando. Y al igual que éstos no podían pensar en marcharse, tampoco podía Greta Margolin. Ella jamás abandonaría a Barbanel, por no hablar de los niños. No podía confiar a los más pequeños a los partisanos de los inhóspitos bosques. Y yo, aunque ambicionaba aprender a utilizar un fusil, matar alemanes, ser como los héroes partisanos... no podía renunciar al amable carácter de mi difunta madre, que aún pervivía en mí y que se parecía, por lo que podía recordar, al de la señorita Margolin, ni a los fugaces recuerdos de mi difunto padre, el cual, decidí, poseía algo del apasionado y exuberante coraje de Josef Barbanel.

Y ésa fue mi decisión. Y ahora cada nuevo día parecía más y más tenue, pues los alemanes estaban visiblemente alterados, asustados, y eran más y más peligrosos a medida que el frente avanzaba hacia nosotros. Una noche, echado en mi catre, me pareció oír unos retumbos lejanos. Miré por la ventana y vi débiles difusiones de luz que momentáneamente pintaban de gris el cielo estrellado. Por la mañana Barbanel me dijo que lo que había oído era artillería, y que quizá no estaban a más de noventa o cien kilómetros.

Era una época en que se habían suspendido las cuadrillas de trabajadores, que ya no cruzaban el puente rumbo a la ciudad. Ya no salía humo de las chimeneas de las factorías militares. Había guardias alrededor de todo el perímetro del gueto. Y los sistemas de huida ideados por los partisanos eran ya imposibles.

Como es de suponer, mis viajes como correo a través del viejo viaducto resultaban también irrealizables. De hecho, una tarde estaba preparado para salir cuando, estando en compañía de Barbanel junto a la cisterna abierta de la casa de piedra, oí voces alemanas a lo lejos que surgían de las entrañas del viaducto.

—Bueno, se acabó —dijo Barbanel, y volvió a colocar la tapa de la cisterna.

Todos sabíamos que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Y no tardó en llegar el día. De pronto, camiones cargados de tropas cruzaron el puente. Corrí con todas mis fuerzas para informar a la asamblea. Fue mi última misión como mensajero. Y fue innecesaria. La noticia era transmitida por medio de unos altavoces en ese terrible lenguaje burocrático que utilizaban. Nos dieron quince minutos para reunir nuestras pertenencias. Los soldados corrían por las calles, irrumpían en las casas, golpeaban a todo aquel que no se movía lo bastante deprisa. Incendiaron los edificios. Todas estas operaciones las dirigía el comandante Schmitz. Yo oía más de lo que veía. La gente aullaba, chillaba, hubo disparos. Nos condujeron hasta la plaza. La señorita Margolin llevaba dos niños en brazos, los mantenía tapados, la cabeza escondida. La gente se agarraba al doctor Koenig, le pedían que hiciera algo. El pobre hombre mantenía la cabeza alta, su pelo plateado ondeaba al viento, y permanecía allí tan impotente como todos los demás. No veía al señor Barbanel por ninguna parte, y entonces le distinguí, caminando entre la multitud, sosteniendo a un anciano por la cintura.

Nos hicieron desfilar a todos hasta el otro lado del puente, a través de la ciudad, hasta la estación de tren. La ciudadanía lituana nos observaba desde las aceras. Algunos reían, otros nos abucheaban. Y otros seguían con lo suyo, como si fuera un día laborable normal. En medio de los gritos y la confusión, puede que en la calle, mientras evitaba las culatas de los rifles de los soldados, o en la estación de tren, cuando subía al furgón, perdí la gorra de mensajero. Pero no me di cuenta hasta que no se cerraron las puertas del vagón y pasaron los cerrojos y nos dejaron a oscuras. Estaba furioso porque no podía levantar los brazos para comprobar si aún tenía la gorra en la cabeza, aunque sabía que la había perdido. Había visto a algunos conocidos subir al vagón, pero no sabía dónde estaba el señor Barbanel, si estaba o no en el vagón, ni conocía tampoco el paradero de Greta Margolin ni del doctor Koenig ni de ninguno de los demás muchachos. El vagón dio una sacudida y comenzó a moverse. La gente gemía, gritaba. ¿Dónde estás?, se llamaban el uno al otro en la oscuridad, exigiendo saber qué estaba pasando, cuál era el sentido de aquel atropello. Pero yo sí lo sabía. Estaba encerrado en un furgón, en un largo tren de furgones atiborrado de gentes que, de pie, meciéndose, no eran sino muertos en vida. Y yo ya no era el mensajero estrella.



Pem llega a Park Avenue y encuentra a un nuevo portero, un joven hispano que con aire severo coge el teléfono interior...

Antaño fue mi casa. Diez habitaciones en un piso alto al que, no sé cómo, jamás le daba el sol.

Hola, querida.

No tengo mucho tiempo, Pem. ¿Qué quieres?

Mi ropa.

Gracias a Dios.

No toda: el blazer, algunas camisas y corbatas. Algo para ir tirando.

Me gustaría que te llevaras todas tus cosas.

Así pues, el monsieur con el que estás falsificando tu destino, ¿está a punto de llegar?

Eso no es asunto tuyo.

De verdad, Trish, es un *homme* muy afortunado.

Y por supuesto, quieres algo de dinero.

Si eso es lo que hay en tu corazón, querida.

Trish saca uno de esos largos artilugios de señora de la pitillera que hay sobre el aparador. Desde luego, ha ganado peso. Ahora se la ve un poco hippy, aunque aún elegante. Mantiene la mano que sujeta el cigarrillo a la altura del codo. Un hilo de humo azul claro se alza sobre las flores pintadas por Vlaminck.

Mi padre dice que no has contestado a su carta.

Volviendo a los dormitorios: Le contestaré, Trish. De verdad.

Debe de haber existido intimidad si ya no lo recuerdo.



¿Qué queremos decir cuando decimos... «aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo»? ¿Que si el mismísimo señor Einstein hubiera llevado a término con éxito todos sus experimentos, si todas sus brillantes teorías físicas hubieran conseguido demostrarse y no hubiera acabado como un moisés de la ciencia, muriendo antes de alcanzar la Tierra Prometida... estaríamos aún allí donde empezamos?

Así que, *bitte*, ¿cuál es nuestro problema? No la naturaleza del universo, por tanto, sino... ¿qué? ¿La mente reflexionando sobre sí misma? ¿El yo que propone que el mundo es todo lo que es, pero se excluye a sí mismo de esa proposición? ¿El yo o sujeto que teóricamente puede determinar todo lo relacionado con el mundo a excepción de quién o qué es... en cuanto que sujeto de su propio pensamiento? ¿Dónde hemos de encontrarlo? ¿Dónde se localiza? Lo único que puede decirse de él es que se trata meramente de una presunción de la facultad del lenguaje, de una noción sintáctica. Es la observación gramatical del estado de cosas que denomina el mundo. Si deja de elaborar proporciones, si deja de trazar las relaciones del mundo con el lenguaje, ¿cómo podemos saber que existe? Sin embargo, no hay más mundo que el que yo puedo discernir, ¿verdad? Todos nosotros, los innumerables yoes que son meras presunciones fantasmas del lenguaje, no más que eso, contienen sin embargo toda la experiencia del mundo. Busco una imagen apropiada: ¿los espejos de una gigantesca casa de la risa que no tiene salida? ¿Las frases que resuenan una encima de otra eternamente en una cisterna sin fondo? Pero estas imágenes, aunque

espaciales, son insuficientes. La conciencia no existe en el espacio, ni cuando piensa en sí misma posee una dimensión que podamos definir con ningún número conocido. No obstante, todo lo que existe, existe a través de nosotros en formulaciones de nuestros voes que contienen el mundo.

De modo que ése es el problema, la conciencia solipsista sin la cual no hay mundo, y que al mismo tiempo está a rebosar del mundo y por tanto es incapaz de salir del mundo para verse a sí misma en él. Mediante esta paradoja propongo una fusión del mundo real que existe separado de mi percepción de él y del mundo que sólo puede existir como mi percepción mental de él. Y puesto que te concedo también el mando de este reino solipsista de todo lo que es el caso, entonces poseemos la paradoja en tres dimensiones de lo que podríamos denominar «solipsismo democrático», y cada uno de nosotros es un soberano absoluto del mundo que depende de nuestra mente para existir... y ninguno de nosotros es capaz de existir de manera ostensible si no es como sujeto de la conciencia de los demás.

Hay que admitir que surge una idea extraña y aparentemente contradictoria del Wittgenstein que despojó la filosofía de todos sus absurdos sinsentidos metafísicos.

No obstante, sé que vosotros los americanos estáis obsesionados con Dios. Y mediante mis juegos de lenguaje intento deciros algo muy simple: quizá la más poética descripción de nuestra atormentada conciencia humana del mundo —aunque no en el mundo— se halle en el término *pecado original*.

Como ya dije en mi *Tractatus Logico-Philosophicus*... hablando de la idea de la inmortalidad del alma humana...

6.4312. «¿Se resuelve acaso un acertijo porque yo sobreviva eternamente? ¿No es, pues, esta vida eterna, entonces, tan enigmática como la presente? La solución del enigma de la vida en el espacio y el tiempo reside *fuera* del espacio y del tiempo.»

45. «No *cómo* sea el mundo es lo místico sino *que* sea.»

6.52. «Sentimos que aun cuando todas las *posibles* cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo. Por supuesto que entonces no queda pregunta alguna; y esto es precisamente la respuesta.»

Entre paréntesis, os pido que no olvidéis que se trata de la obra de alguien muy joven, escrita en su mayor parte mientras estaba en primera línea con el ejército austríaco durante la primera guerra mundial, donde solicité que me destinaran con la esperanza de morir allí. Las páginas en las que escribí esa obra estaban manchadas de barro y el lápiz me temblaba en la mano. La luz de las bengalas Very y de las explosiones de los obuses me permitía ver lo que escribía. Bajo el fuego, estaba aterrado como un animal, pero en medio de mis temblores definí el valor, y así lo percibí, como la convicción de que la verdadera alma de uno, creadora del mundo y creada por el mundo... es finalmente inviolable por las circunstancias.



Biografía del autor

Everett es un bebé que aparece
En la maternidad no mayor que una piedra arenisca
en la esquina de las avenidas Mt. Edén y Morris
en el barrio del Bronx, la ciudad de Nueva York
en el año 19...
Llegué de nalgas, el primero de los muchos problemas
que le di a mi madre, Ruth, una mujer decidida, una pianista
con talento
que muchos años antes se enamoró de un
soñador
Su primera experiencia con la difícil raza de los hombres,
un individuo impetuoso que hacía el curso de alférez en la Academia
Naval Webb en el río Harlem
mi padre, Ben, que en la primera guerra mundial saltó
una cerca
e irrumpió en la cantina del ejército en la que mi madre
servía café y donuts
a los de infantería, y se arriesgaba a morir presentándose
en aquel uniforme blanco
para vigilar que nadie se metiera con ella.
Eso era amor, aunque un tanto alocado
y siguiendo un modelo establecido anteriormente, cuando los dos
iban juntos al instituto.
Él la veía salir por la tarde con algún chico
a tomar un helado bajo un cielo aún tocado por el sol
azul sobre los árboles en penumbra de Crotona Park
y se acercaba a ellos, y él aún no le había pedido
para salir,
y le plantaba cara al chico y lo amenazaba
si no trataba a mi madre Ruth con respeto
con lo que a mi madre le echaba a perder la tarde
con su impertinente y posesiva actitud
Y eso ocurría en el Bronx a principios de siglo
cuando las calles eran anchas y nuevas y los árboles
jóvenes en los parques

y las casas de apartamentos de ladrillo rojo adornadas con granito
con sus pequeños patios
eran anchas y una redención
para las familias de inmigrantes que habían conseguido huir
de los siniestros edificios del Lower East Side,
Y esa manera de hacer la corte de Ben, mi padre,
no se interpretó aún como un imperativo bio-conductual
para distribuir sus genes
Aunque por supuesto Ruth se casó con él y él se los cedió
a mi hermano Ronald, que apareció en 19...
y a mí ocho años y medio más tarde
uno de los años de la Gran Depresión cuando pocos
podían permitirse tener hijos
y mucho menos Ben y Ruth,
y, pienso ahora, a otros niños entre Ronald y yo
Un niño que nació muerto a finales o mediados de los años veinte
quizás otro hermano
o una hermana, que me habría vigilado en el parque
con la solemne responsabilidad engendrada por mi madre
y me habría levantado hasta la fuente cuando tuviera sed
La niña, diría Ruth durante muchos años incluso después cuando
yo era ya mayor,
que siempre quiso, la hija que mitigara
su soledad en aquella casa de hombres.
Menciono estas cuestiones personales
sólo para que sepáis de qué época y lugar procedo, la tenue
autoridad
que poseo para hablar de este siglo,
Un observador oscuramente situado
Lejos de los inmensos terrores históricos, aunque
siempre estamos a tiempo, no os parece.
Pero ahora confieso que me es difícil imaginar a mi padre como
un chaval incontrolable, atrevido, cabezota,
La infancia era algo que me pertenecía, a mí o a mi
hermano, propiedad nuestra, no suya
y le recuerdo, en cambio,
como un hombre serio y corpulento sentado en una silla junto a la
Radio escuchando las noticias de la segunda guerra mundial
mientras al mismo tiempo leía las noticias de la guerra
que venía en el periódico de la tarde que desplegaba como
una tienda de campaña.

Mi padre lleva ya cuarenta años muerto
Y confieso, abatido, que cuantos más años pasan
 más misterioso se vuelve en mi recuerdo
Su personalidad se desvanece, o se hace más compleja,
nos queda un hecho confirmado pero invisible
un espíritu sin ninguna cualidad falible pero recordado
 como falible
Que hizo algunas cosas buenas y algunas malas
Pero que ahora existe como un alma pura que sufrió la vida
 y al final sucumbió a ella
Aunque yo aprecio las imágenes que guardo de él
 en contra de la triste verdad de su alma sin carácter
 que para mí es un escaso consuelo
 del fracaso de una vida brillante
 a la hora de mantener para siempre su rica especificidad.
Jugaba al tenis con pantalones blancos, conservo una foto
tomada con una de esas Leicas plegables de la época
que extendían sus acordeonadas cajas negras siguiendo dos guías
La frente elevada al rematar un golpe,
el cuerpo apuntando hacia delante,
una camisa blanca de manga larga, pelo oscuro, bigote oscuro
Una figura al otro lado de la red,
 en la foto casi sólo se ve el suelo
Una pista pública de tierra batida, y una espalda anónima
 que pasa por una esquina de la lente en primer plano
Persiguiendo la pelota para siempre, desconocido para siempre
La casa de pisos del Bronx al fondo
Todo ello allá por 1925 y en sepia.
Mi madre también jugaba,
Y así llegamos a los años treinta y seguían jugando
Mientras yo me quedaba detrás de la cerca de alambre
y les daba la tabarra para que me dejaran jugar.
Ella está enterrada al lado de él
en el cementerio Beth-El de Nueva Jersey
Pero como sobrevivió a mi padre treinta y siete años
su personalidad perdura más en mi mente.
En la última fase de su enfermedad, mi madre celebró su cumpleaños
en cuidados intensivos, junto al respirador.
Felicidades, madre, le dije. Hoy cumples
 noventa y cinco.
Levantó una ceja, abrió un ojo, una tenue sonrisa

apareció en su cara casi sin vida:
Noventa y cuatro, dijo.
Fue nuestra última conversación.
Y ahora me llega su muerte, varios años después,
como un silencio inusitado,
el silencio de alguien que debería decirnos
qué piensa de nuestros gustos, de nuestra manera de hacer
las cosas
Mientras proclama que ella nunca opina
a no ser que le pregunten.
El último avance tecnológico, que no entendió y del que desconfió
fue el contestador automático: «Llama a tu madre»,
era todo lo que se permitía decirle
a mi mensaje grabado de que dejaran el nombre, el número,
el recado
De manera clara, sensata, sabía que le estaba hablando a una
máquina, y le hablaba como se le habla a una máquina.
«Llama a tu madre» es lo que esperaba oír hoy
De haberle instalado un teléfono en la tumba.

En 1917 mi padre finalizó su formación en la marina
obtuvo el grado de alférez
y al poco se embarcó como oficial de transmisiones
en un envío de tropas a Europa
Y seguía con aquel uniforme blanco
Entre cubiertas repletas de soldados de infantería con mochilas
y polainas
Y entonces, de manera misteriosa o quizá no tan
misteriosa,
Pues su rango se lo había conferido una institución
que no era la Academia de Annapolis
Fue asignado a servir en las trincheras
como observador naval de comunicaciones terrestres.
Es cierto, las comunicaciones eran su especialidad
igual que han sido la especialidad de todos los hombres de mi familia
al menos desde que mi padre llegó a los Estados Unidos en 1887
y ejerció el oficio de impresor.
Naturalmente conocía las señales luminosas y de semáforo
utilizadas en mar abierto
pero la telegrafía y la telefonía, que eran las utilizadas en tierra,
resultaban totalmente inútiles en las trincheras

donde el bombardeo que precedía a cada ataque alemán
 hacía estallar en un par de descargas
 los cables e hilos
tendidos hasta los cuarteles del batallón con gran dificultad,
Y en el caso de las líneas del telégrafo que colgaban de los postes
siguiendo las carreteras de suministros, y los ramales del ferrocarril,
 más allá de los depósitos de artillería y los hospitales de campaña
desde el regimiento hasta la división,
les bastaba con que un solo poste de pino
 cepillado y con una capa de creosota
 saliera despedido como si lo hubiese lanzado
una granada de un quintal salida de un pesado obús
 y como si fuera una lanza arrojada por Aquiles
 con cintas de cable que pendían como la cola de un cometa
para dejar a un general tan ignorante de la verdad de su
 batalla
como lo estaban los desdichados soldados de infantería
agazapados y solos
 dentro de su uniforme
sólo el prolongado y constante retumbar de un lejano
 bombardeo
como única respuesta en una impenetrable clave de guerra a sus
 preguntas.
Mi padre, observador, lo entendió de inmediato,
No hacía falta ser un Einstein me dijo con una
 risotada,
La guerra era la cualidad sobresaliente del pensamiento humano,
Al igual que la imposibilidad es la cualidad sobresaliente de
 las moléculas del roble.
Respondiendo a las grandes esperanzas que la marina había
 depositado en él,
se cambió de ropa, ataviándose con la túnica caqui y la hojalata
 del fallecido teniente de transmisiones que había sido su
 anfitrión
Y mientras el aire silbaba y sufría sacudidas
 y la tierra que tenía a su alrededor se alzaba y caía
 como el mar más tempestuoso
tomó el mando de los soldados que quedaban de la
 compañía de transmisiones
que con sus carretes gigantes de cable seguía tendiendo
 nuevas líneas de comunicación a medida que las viejas

volaban por los aires
O levantaban las manos y echaban a volar palomas
mensajeras
que regresaban mágicamente en forma de un amasijo de plumas
que descendía en espiral,
Y las volvían a crear en forma de compañía de mensajeros
enviando equipos de dos hombres
que llevaban las noticias del frente al cuartel general
y retornaban con las órdenes del Estado Mayor para el frente,
porque los mensajeros eran lo único que funcionaba,
aunque las noticias que trajeran
pudieran llegar una hora más tarde de que se emprendiera
una acción.

Bueno, pues durante mucho tiempo el general americano Pershing
había mantenido intactos a los flamantes ejércitos bajo su mando
Pero en 1917, cuando la situación empeoró para los aliados
Cuyo número total de víctimas, franceses e ingleses, superaba
los cuatro millones de hombres
casi todos fallecidos en obediencia, jóvenes, atónitos,
y en las filas de los soldados rasos,
elementos del Segundo Ejército Norteamericano, al cual
mi padre había sido destinado como observador naval,
fueron desplegados bajo mando francés
por la zona sur del vasto campo de batalla
que se extendía desde la costa belga del mar del Norte
rumbo al sur en una media luna de devastación
hasta la frontera suiza en Bernevesin.

Así pues me imagino a mi padre en el estado de guerra
un estado que no era ni francés ni alemán ni americano
sino que desafiaba el buen juicio y la sensatez.

Las bengalas Very iluminaban el cielo nocturno de un radiante
mostaza

Los obuses silbaban en crepitantes destellos, como el alumbrado
de tierra

Y en la acre niebla blanca del amanecer del día después
cuando la infantería alemana por fin comenzó a avanzar
tras los estallidos de mortero cada vez más cercanos
y los trozos de tierra que caían

y eran las pisadas de la Muerte acercándose
para los jóvenes que estaban en las trincheras
se encontró mi padre con que era el último mensajero vivo

de la compañía de comunicaciones que había ido sólo a observar
pero a la que había adoptado apasionadamente
El hombre que había a su lado había extendido los brazos
y se había dejado caer de rodillas para rezar su última oración
en su carrera de regreso a campo abierto hasta las trincheras.
No tengo ninguna prueba de ello, pero durante los años que fui
su hijo y estuve en casa con él,
y su hijo Ronald estaba en la guerra mundial
a mi padre le gustaba llevarnos los domingos a los partidos
de fútbol de los New York Giants.
Jugaban en el viejo Polo Grounds de Coogan's Bluff.
Nos sentábamos al sol, yo me comía una bolsa de cacahuets, él
se fumaba un puro.
Y él permanecía en silencio, haciéndose el entendido, entre los
que se hacían los entendidos a gritos.
Me encantaba aquel campo de hierba verde con listas blancas
y el sonido de la patada de despeje que resonaba
a través de todo el estadio
un momento que se prolongaba después de la patada. Yo animaba
a los Giants, siempre, pero a él le gustaban los partidos reñidos
y las jugadas que ridiculizaban al contrario, sin importar quién
las hiciera.
Le encantaban los que corrían mucho, por ejemplo,
en la posguerra, *Crazy Legs* Hirsch de los
Rams de Los Ángeles
que tenía al público rendido de admiración gracias a sus
intercepciones y fintas y giros
y que, saltando sobre quienes se tiraban a placarlo, levantando
mucho las piernas, esquivando con bruscos cambios de ritmo
que te paraban el corazón,
y que sugerían una inteligencia cómica,
hacía que una carrera, por corta que fuera,
durara más de lo que cualquiera tenía derecho a esperar.
Y no tengo pruebas de ello, pero creo que mi padre
recordaba viéndolo sus propias carreras bajo fuego enemigo
como una supervivencia inexplicable
y pretendía mitigar sus terribles remembranzas
con la abstracción estética del fútbol
un juego militar con líneas y reglas y cuyas consecuencias
no eran importantes ni percederas.
En cualquier caso, llegó con las órdenes de retirada

pero se encontró con que se le habían adelantado.
Los soldados se replegaban mientras él avanzaba.
En las trincheras se apiñaban los muertos en montoncitos
como si se consolaran el uno al otro
por el dolor que habían soportado
O permanecían en pie, las bayonetas caladas, ostentosamente alerta
en posición y esperando el ataque
con los órganos internos destrozados
por el estallido de un obús.
Hizo el recorrido transversalmente por las trincheras
en zigzag
buscando a alguien a quien informar
pero sólo encontró ratas retozando en la mierda y el barro
entre las provisiones de galleta y las extremidades arrancadas,
Ratas que como pequeños obuses corrían en todas direcciones
mientras él se acercaba.
Tropezó con un joven soldado tendido en el suelo
que tenía el cañón del fusil en la boca
y la cabeza hundida en una amalgama
de sesos y barro.
Mi padre se detuvo y se agachó y,
por primera vez desde su llegada a Francia,
se sintió lo bastante cerca de alguien como para llorarle.
Aquel muchacho había sido incapaz de soportar
las interminables horas de bombardeo
que mi padre apenas había oído
concentrado como estaba en las urgencias de la batalla.
Pero entonces se le reveló, como si él fuera el heredero de su
camarada,
El terrible estruendo, mecánico aunque con voz, casi humano,
un clamor que le retumbaba en el pecho con una furia
colosal, cruel, brutal, vengativa
que él imaginaba como la conversación primigenia,
cuando de pronto un tanque se cernió sobre él, las llantas flexibles
embarradas y amenazantes al aire,
y en un gran rugido que machacaba y golpeaba
abarcó toda la trinchera y provocó una lluvia de gasolina
en la oscuridad que le cubría.
De acuerdo, amigos, sé que esto es historia antigua
tan antigua como nuestros maestros de escuela
a quienes recordamos con la misma

condescendencia.

Lo sé. Sé que los huesos de la primera guerra mundial
están impresos en las placas tectónicas del continente
bajo el peso de los huesos enterrados encima de ellos.
Que en las playas de Europa hay huesos convertidos en arena
Que los granjeros a veces al arar encuentran en sus campos
columnas vertebrales en espiral
Por la noche los ríos se ven luminosos con los radicales libres
de la calcificación, que suben a la superficie
Y que los arqueólogos de sus ciudades clásicas
encuentran cráneos en las capas que hay bajo las calles.
Pero escuchadme un momento. Toda la historia ha contribuido
a verter esta cerveza en tu vaso,
ha traído a la triste mujer con tejanos que hay en el extremo del bar
unos Marlboros,
dado al espejo que hay detrás de esas botellas
su brillo peculiar,
y, no de manera casual, nos ha iluminado con esta luz azul de neón
de libertad ilusoria.
¿Qué edad tenía mi padre?, ¿veinticuatro, veinticinco?
Ya veis, era marinero, amante del mar,
varado en el estiércol de la tierra,
un joven que defendía un país que no era el suyo,
mensajero que tuvo que tirarse al suelo,
todo lo que quería para sí negado en cierto modo
en pleno apogeo de su juventud
y con un ejército de hunos sorteando su forma
postrada.
Tampoco es que fuera políticamente inocente...
Había aprendido de su padre, mi abuelo Isaac,
el impresor,
los amables valores de la religión civil, el socialismo.
Sabía que los jóvenes alemanes que le matarían si se movía
estaban más próximos a él en lo que tenían
que ganar o perder
que los generales, y que las familias reales
que los mandaban.
Sabía que la sociedad estaba estructurada verticalmente y no
lateralmente
y que un momento antes de que la guerra incendiara
toda Europa

no sólo los artistas e intelectuales de los cafés
de París y Viena y Berlín
que escribían sus manifiestos estéticos en servilletas de tela
y sujetaban sus Gauloises o Navy Cuts
entre el pulgar y el índice,
sino la gente que trabajaba en las fábricas y excavaba
en las minas de carbón para ganar una miseria
y los maestros de escuela, los dependientes y los conductores
de tranvía,
manifestaban que no eran franceses ni alemanes ni italianos
sino miembros de la clase obrera universal
que cruzaba todas las fronteras
y estaba universalmente esclavizada al capitalismo
y a sus marionetas monárquicas
y a todas las ideologías nacionalistas que no eran más que
chorradas.

Y el 28 de junio, un terrible escalofrío recorrió a todos
cuando un serbio, Princip, liquidó
al archiduque Francisco Fernando de los Habsburgo,
pero más desastroso resultó el Partido Socialista Austríaco,
cuyos miembros traicionados pronto se alistaban
junto con todos los demás.

Pero los pensamientos de mi padre en aquella época, diría yo,
eran los siguientes:

su madre, su padre, su amada Ruth,
su hermana Sophie, su hermana Mollie y,
para no hacerle menos humano de lo que era,
la francesa de la población costera de Villedieu
que había ido a sacar agua del pozo
a la plaza en la que él estaba sentado con sus amigos
bajo el toldo del Café Terrasse de la Gare
bebiendo vino blanco y comiendo pan y queso.

Pero ¿qué piensas exactamente cuando piensas en
alguien?

No piensas en fotos, no piensas en imágenes del pasado,
como nos muestran las películas
(¿qué otra cosa pueden hacer?)

A lo mejor ves un gesto que se desvanece antes de aparecer
dejando sólo la intuición de su fidelidad

Si oyes una voz es una muestra, no mucho más real
que el sonido de una naturaleza moral.

El hecho de pensar en alguien es una no del todo visualizada
y casi inaudible
presencia en tu mente
(quizá ni siquiera en tu mente)
de tus propios afectos reunidos
un orden de sensación muy particular,
como una canción sin palabras que cantas para ti
o una ferviente oración que rezas en silencio
en alabanza a la inexpresable especificidad del carácter.
Al pensar en su madre, Ben sintió ni más ni menos que
la irreprimible adoración que le profesaba
Su pequeña mamá, a la que hacía enfadar y con la que bailaba
por la cocina
hasta que cualquier travesura que él hubiera hecho
quedaba olvidada en las risas de ella.
Su callado papá, enjuto y erguido, con un pelo
blanco y fino
y unos pómulos de las estepas siberianas
era su propia formación intelectual
los supuestos que él no consideraba supuestos
que planteaban las preguntas que solía preguntar.
Su amada Ruth era su deseo de vivir
la forma de su dolorosa soledad
La belleza americana
que se erguía como la estatua de la Libertad en su mente
firme, leal, nacida en Manhattan, como él mismo,
configurada como la promesa del nuevo mundo,
y que iba a reemplazar al desastre histórico
que era Europa
de la que sus padres inmigrantes habían acabado desesperando
y donde él yacía ahora apretado contra la pared de la trinchera
con un ejército de hunos sorteando su forma postrada.
Esto debería haber supuesto el final de las relaciones
de nuestra familia con Europa
pues, una vez acabada la ofensiva, llegaron
tropas enemigas de apoyo
buscando entre las trincheras a algún aliado vivo
al que matar
Comida, botas, toda la munición que pudieron recoger,
y mi padre, oyéndoles en el recodo colindante
de la trinchera en zigzag

tuvo un último recuerdo para el viejo mundo
yiddish
que había oído en su infancia en la calle Stanton
un dialecto alemán que suavizaba y susurraba y hacía melódico
ese idioma de metralla expectorada
Y gritó por entre las manos ahuecadas, con la esperanza de haberla
reprusianizado
una orden a los soldados que se acercaban
para que dejaran de fingirse enfermos de una maldita vez
y se fueran antes de que los llevara ante un consejo de guerra,
o algo parecido,
Cosa que ante su asombro aquéllos hicieron. Y luego se quedó
apoyado contra la otra pared de la trinchera cuando a los pocos
minutos
los hunos se batieron en retirada,
se había organizado un contraataque que a medianoche
dejaría las cosas como habían estado antes
exceptuando los millares de recientes
cadáveres,
un hecho que mi padre comprendió cuando, inflamado
por los ingleses y los gabachos,
salió de la trinchera y echó a correr, la bayoneta calada
en medio del infierno sulfuroso y cubierto de cadáveres
de la tierra de nadie
y un grito animal y enloquecido le salió de la garganta
mientras que su mente le aseguraba en silencio que
la verdadera alma
es finalmente inviolable por las circunstancias.



A lo mejor las primeras canciones fueron nanas. Quizá las madres fueron los primeros cantantes. Quizás aprendieron a calmar a sus pequeños simios imitando los sonidos del agua que corre, los gorgoteos, las cascadas, las charcas, las corrientes, las riadas, los chorros, los vertidos, los borbotones, los chapaleos y las absorciones. Quizá sabían que sus pequeños habían nacido del agua. Y el ritmo era el suave mecerse de la hamaca de agua que colgaba entre los árboles pélvicos. Y la melodía era el sonido que el agua hacía cuando el bebé agitaba las extremidades.

Nos deleitan de manera infinita los nuevos seres... y evocan un furor antediluviano en su ciego desamparo de gritos, cacas y pipis. Por eso las canciones, para ellos, tienen dos caras: por una parte los arrulla la suave voz maternal, pero

también poseen esas letras maliciosas y surrealistas. Duérmete niño, duérmete ya, sobre ese arbolito muy bien estarás, el viento vendrá y la rama mecerá, y si se parte la rama la cuna caerá, y al suelo el bebé irá, y la cuna le acompañará... Imaginaos caer de un árbol, con las piernas inmovilizadas y los brazos sujetos a los lados. Imaginaos que caéis dentro del mundo mientras ramas y ramillas tocan los bongos con vuestra cabeza y el xilófono con vuestras orejas. Imaginaos lo que es nacer. Las nanas os instigan a seguir durmiendo al mismo tiempo que os relatan el horror del despertar. De este modo aprendemos por nuestro propio bien que en todo sentimiento está inmanente su opuesto. También la Biblia habla de esto, y lo llama «la Caída».



Cosas de las que Noé tendría que llevarse un par

Escarabajos peloteros. Absolutamente esencial. Veamos... cuarenta días y cuarenta noches de lluvia más ciento cincuenta en los que todo estaría cubierto de agua... en total seis meses y un tercio viviendo a bordo con camellos, caballos, leones, chacales, asnos salvajes, cabras, ovejas, puercoespines, osos, monos, linceos, lobos, jabalíes, jerbos... humm. No serías tan tonto como para tirar todas las heces por la borda, pues cuando las aguas se retiraran necesitarías un poco de mantillo. Y aun con todo, eso es mucho trabajo para sólo dos escarabajos peloteros. Mejor que sean cuatro.



¡Y, Jesucristo, el desierto! Ese sol tan caliente, y ese pantano de después del diluvio que todo lo succiona, grandes rampas placentales de cieno humeante, lodazales, cuencas cóncavas que borbotean en su sumidero, lagos que se quedan empapados de criaturas que nadan, se ahogan, agitándose y retorciéndose hasta morir fosilizados, bandadas de peces muertos alfombrando la tierra, el suelo secándose, endureciéndose, agrietándose, compactándose, y todo ese material posdiluviano cociéndose al sol hasta convertirse en un desierto implacable esparcido de rocas, veteados de *wadis*, y con multitud de criaturas bacterianas que se inventan a sí mismas en los fermentos de las escamas de pescado podridas: éste es el terreno nativo de todos nosotros, la fuente espiritual, no fue en los restos de hielo blanco del Ártico donde el genio de la religión impuso su autoridad, sino aquí, en las planicies de cuarzo reducido a microcristales desparramándose bajo el sol transformado en remolinos de guijarros y tormentas de arena que ennegrecían el cielo, y todo ello dictó una cultura de pastores nómadas, túnicas y telas que cubrían la cabeza. Jesús pasó cuarenta días en el desierto... ¿qué pasa con el número cuarenta?... Moisés y Elías también estuvieron por ahí sus

cuarenta y algo, y todos ellos, con el hatillo auestas, los habiros erraron durante cuarenta años, con la arena caliente del Sahara en la boca, el sol del Negev, la roca roja, y los riscos de arenisca transformados en discos y altares, pináculos y columnas acanaladas, y los patéticos y nimios abrevaderos que rezuman de las rocas, todos los del grupo de Dios bajando a beber y a comer dátiles... nuestro hogar espiritual, cada roca un horno para cocer pan, un terreno que cubre más extensión que toda Europa, un espejo geológico del fondo oscuro y sin oxígeno del mar salobre, con unas cuantas especies adaptables, naturalmente... las artemias cuyos huevos pueden vivir en letargo en la arcilla durante años entre lluvia y lluvia, sus ácaros de arena y sapos, sus queridos escarabajos y preciadas avispa, escorpiones y langostas, serpientes de ojos como abalorios y sapos con cuernos y lagartijas con flecos, sus ratas del desierto, escincos, escincos de cola azul y topos y zorros del desierto. Y todos esos seres sin cerebro que se adaptaron sabían guarecerse del sol del mediodía, excavar madrigueras en la arena, anidar en la raíz de un cactus, y esperar a la noche para ir a buscar comida, atrapar una presa o aplastarla entre sus mandíbulas o clavarle el aguijón hasta matarla, o por la mañana dejaban que el rocío rodara por sus crustáceas espaldas hasta sus bocas repugnantes, todos ellos haciéndole compañía a Cristo en el desierto, mientras quizá por la noche el búho ululaba desde el travesaño más alto de la gruta montañosa con una rata marrón temblando entre sus garras.



Me apreté con fuerza contra la puerta sellada, inhalando en la madera los históricos olores del heno, de la piel de animal, con los labios apretados contra una fina franja de aire que pasaba entre las tablillas, procedente de la tierra vulgar e indiferente que había fuera.

La franja de aire se calentaba con la luz, se enfriaba con el aire, y así fui capaz de contar los días y las noches. Detectaba la primera luz del alba mediante una cambiante sensación en la lengua. A veces también oía algo, como el mugido de una vaca al alba, lejano y casi imperceptible entre los gemidos y oraciones de la gente que me rodeaba.

Puesto que la catástrofe era sólo nuestra, no afectaba a las prácticas tradicionales del transporte por ferrocarril. Periódicamente, el tren se desviaba hacia una vía muerta y permanecía allí horas y horas, sordo a todas nuestras imprecaciones y gritos de desesperación, o avanzaba lentamente y luego volvía hacia atrás para detenerse en medio del silencio de la noche impasible, sólo para volver a emprender la marcha de inmediato, crujiendo y dando sacudidas en las agujas, de nuevo en su vía, donde seguiría avanzando como una bestia estúpida y obstinada del campesinado de *Mitteleuropa*.

Eramos un furgón de un largo tren de furgones de cadáveres apretujados y de pie y meciéndose y vivos y agonizantes y asfixiados. Cada carruaje era el típico y

tradicional vagón de carga, de 7,1 metros de longitud, 3,75 de anchura, con un suelo de tablillas en ligero saledizo para los residuos líquidos, y colocado sobre un chasis de acero de cuatro ruedas de pestaña de Aceros Krupp con el ancho de vía europeo, y con mecanismos de enganche delante y detrás. Algo corriente, absurdamente simple, un tanto sobrecargado, los laterales de madera pintados de color ladrillo o verde oliva, y otros vagones parecidos, erosionados por el tiempo, esperaban en todas las estaciones del continente, o chirriaban y traqueteaban a través de los campos, a través de pueblos a las tres de la mañana bajo una luna fría, temblando, sufriendo las sacudidas de las ráfagas de viento que bajaban de los amplios valles, esos transportes de mercancías de lo más vulgar que despertaban a los flacos perros con las costillas a la vista que dormían en los pueblos, y echaban a correr a nuestro lado y gañían y saltaban y lanzaban sus mandíbulas hacia el hedor que llegaba a sus narices.

Tras el primer o segundo día comencé a roer la ranura del tablón a través de la cual respiraba el aire exterior, el aire que, en mi imaginación, venía de muy lejos, de más allá del horizonte, donde se extendían destinos que no eran el nuestro. No es que albergara ningún propósito: simplemente parecía razonable morder la dura madera hora tras hora sin parar, excepto, naturalmente, cuando perdía el conocimiento y me dormía. Cuando tenía la suerte de tener una astilla en la boca la masticaba como si fuera comida. Para beber me llegó una noche la lluvia arrastrada por el viento, como frías agujas en la punta de la lengua. Mientras roía el tablón, me encontré escuchando el tableteo de las ruedas, les impuse ritmos, creando mentalmente canciones que acompañaran a esos ritmos, pero de algún modo esas canciones estaban en la voz de mi madre, o en la de mi padre, y las voces se hallaban más en la naturaleza de las evanescentes imágenes de mi padre y mi madre, y las imágenes se convirtieron en fugaces sensaciones de su ser, momentáneas percepciones de sus naturalezas morales, lo que me impulsó a llamarlos, como si eso fuera a permitirme verlos con total nitidez. Para mi desgracia, de pronto regresé al indiferente e incesante tableteo de las ruedas del tren. Imaginé que si podía roer una abertura lo suficientemente grande como para escabullirme, se alegrarían de saludarme, esas ruedas de pestaña me pasarían todas y cada una por encima, y mi vida acabaría de una manera rápida y limpia.

Pero entonces, alguien que estaba justo detrás de mí, una niña que había llorado y llorado el primer día hasta dejarme la camisa empapada en lágrimas, pero que desde entonces sólo gimoteaba en un tono muy agudo, como un gato, se me acercó, entre aquellos cuerpos que se movían asfixiados, para rodearme la cintura con los brazos, la mejilla apretada entre mis omóplatos. Aquella niña, sin emitir ningún sonido de advertencia, murió y, mientras el tren doblaba una curva, las piernas le cedieron y sus brazos me resbalaron por las caderas hasta las rodillas, de manera que su peso me hizo agacharme unos pocos centímetros hasta que me encontré mirando por la ranura a través de la cual había respirado el aire exterior.

Una mancha borrosa, maleza, árboles, tan cercanos al terraplén de la estación que

las hojas golpeaban los tabloneros laterales, un bosque tan denso que creaba sombras oscuras como la noche. De pronto, una vista amplia panorámica iluminada por el sol, una granja y una casa a lo lejos.

—¡Una granja! —grité—. Y ahora una carretera. Un caballo y un carromato. —Y así fui retransmitiendo las noticias del mundo a aquellos que me escuchaban. Abedules. Un riachuelo. Mujeres, niños recogiendo patatas. Un río. Un jefe de estación encendiendo su pipa.

Cuando nos habían hecho subir al furgón, había visto subir delante de mí a algunas personas que conocía. Cuando el olor a hollín y la aparición de una estación me hizo intuir que el viaje tocaba a su fin, me pareció importante recordar quiénes eran: el señor y la señora Liebner y su hijo Joseph, que iba a la escuela un año por delante de mí; dos hermanas gemelas y solteras, Chana y Deborah Diamond; el panadero, que se llamaba Licht; un tal doctor Hornfield, que había llegado hacía poco y se había ido a trabajar al pequeño hospital con el doctor Koenig; mi amigo Nicoli, que compartía conmigo sus novelas de vaqueros en alemán; y Sarah Levin, la niña rubia, acompañada de su madre, la hermosa Miriam, la profesora de música, que le había dicho a mi madre que yo le gustaba a Sarah. En aquel momento no los veía. Puede que estuvieran allí conmigo, pero pertenecían al pasado. Aun cuando hubiera podido darme la vuelta y mirar a mi espalda, ¿qué habría podido reconocer de ellos en aquel estado de degradación, cuando, al igual que yo mismo, los habían desprovisto de nombre y su ser estaba deshecho, y todo lo que habían sido se hallaba en proceso de transfiguración industrial; cuando no éramos más que una suspensión de tormentos disyuntivos de aquellos muertos asfixiados y agonizantes que iban dentro de aquel furgón?



Quedamos en encontrarnos para comer en el Luxemburgo, en la calle Setenta Oeste. Por suerte, aquella tarde no había mucha gente. Suele ser un lugar muy ruidoso, con sus bancos *art déco*, sus paredes de espejos y azulejos. Pero allí estaba la atractiva clientela de costumbre, sobre todo los más jóvenes, y llamaban la atención por cuanto era gente a la que a lo mejor no conocías pero que sin embargo te sonaba, como si la conocieras. El asunto es que ella encajaba en aquel ambiente: llevaba un elegante traje gris, una blusa negra, nada al cuello, y el pelo, muy bien cortado, peinado hacia atrás descubriendo las orejas, que son bastante pequeñas, y poseía la misma energía y efervescencia del local, inclinada hacia delante para hablarme más de cerca, sosteniendo el cuchillo y el tenedor por encima del plato mientras hablaba, las mejillas un tanto sonrojadas por efecto del *chardonnay*.

—No sabes el lujo que supone para mí cenar fuera.

—Y la liberación.

—Ahora que los niños están todo el día en la escuela. Pero, de todas maneras, lo

normal es que coma un sándwich sin levantarme de la mesa, o tenga un almuerzo de trabajo rodeada de papeles por todas partes.

Tiene una melódica voz de contralto, una risa encantadora. Ésa fue la primera vez que la vi sin Pem. Le había entregado el material del gueto para que lo leyera y me dijera lo que pensaba. Se la ve un tanto blanda, nada que ver con esta moda del aeróbic, pero resulta muy atractiva: es ella, Sarah, y no oculta esas turgencias, una insinuación de papada, un par de finas líneas alrededor del cuello, un vientre maternal. Y, cuando tenía la cara en reposo o se ponía pensativa, era, Dios me perdone, condenadamente sexy. Esto tenía que ser, en parte, lo que Pem veía en ella, que sea una mujer a la que no afecta lo profano, pero que invita sin demora a una unión sagrada. Desde luego no hay retraimiento en ella. Es directa, franca y, aunque, curiosamente, sus gafas de montura dorada la hacen parecer más joven de lo que es, diría que se acerca a los cuarenta. Es posible que la descripción que Pem hace de su dolor le haga parecer demasiado solemne, pero lo cierto es que me sorprende una y otra vez el asombroso azul de sus ojos y la contagiosa sonrisa que aparece y que, por un instante, sugiere ambiguamente un preludio al llanto. Pienso ahora que ella es, después de todo, la Sarah Blumenthal de los fragmentos que llevan el epígrafe de Atraco.

Quería preguntarle cómo es que una mujer como ella era rabina.

—¿Sí? —Se quedó esperando.

—Da igual —dije.

—No, ¿qué ibas a decir?

—Era una pregunta estúpida.

—Adelante, Everett. —Sonrió—. Me las hacen cada día, generalmente hombres mayores.

—Bueno —dije intentando recuperarme—. La pregunta es si te gusta Frank Sinatra.

Se echó a reír.

—¿Sinatra? ¿De dónde ha salido? Eso no era lo que ibas...

—Claro que sí. Y sé la respuesta. Te gustaba el rock. Tu generación intentó enterrar a Sinatra.

—No, no estaba mal, quizás un poco intrascendente.

—¿Qué escuchabas?

—Grateful Dead. Creedence. Dylan, por supuesto. Pero hace un par de años Joshua trajo a casa algunas de las primeras grabaciones de Sinatra con Tommy Dorsey, y tenía ganas de escucharlos... La verdad es que no me importa responder a tu pregunta.

—Es sexista. Por otro lado, cuando conocí a Pem tampoco me daba la impresión de que fuera clérigo.

—¿Cuáles dirías que son nuestras características como clase?

—Bueno, diría que poseéis cierta seguridad en vosotros mismos, ciertos

conocimientos, y que sabéis cómo orientar las vidas de los demás. Y a menudo es difícil hablar con vosotros de una manera natural, de la manera con que yo hablo con vosotros dos.

—Los rabinos no son sacerdotes ni ministros. Podemos celebrar un servicio religioso, enterrar a los muertos y, entre los ortodoxos, tener autoridad sobre la ley. Pero, esencialmente, un rabino no es más que alguien versado en los textos sagrados.

—Cosa que tú eres.

—Nunca se acaba de aprender...

—Pero no creciste en un ambiente religioso.

—No, mi familia no era practicante. Puede que fuésemos a celebrar la Pascua a casa de alguien. Pero eso era lo más que mi padre toleraba. De vez en cuando a mi madre le entraba cierta nostalgia, pero sabía que no debía sacar el tema.

—¿Y qué ocurrió?

Sarah se aclaró la garganta.

—Bueno, pues que mi madre murió. Fue de repente. En aquella época yo iba al instituto. Vivíamos en Chicago. Mi padre enseñaba literatura comparada en Northwestern, y en los meses posteriores a la muerte de mi madre, asistí a un instituto de la ciudad que enseñaba lengua y literatura yiddish. Mi madre había nacido en los Estados Unidos, pero de pequeña yo la había oído hablar yiddish con su madre... Creo que ahí empezó todo, cuando me dio por hablar yiddish igual que mi madre: quería hablar lo mismo que ella hablaba con su madre.

—¿Tenías hermanos?

Negó con la cabeza.

—Cuando hube aprendido el idioma, me dio por la política, y comencé a recaudar fondos para sacar a los judíos rusos de la Unión Soviética. Luego, cuando cursaba tercero en Harvard, me cambié de especialidad y me pasé a Estudios Judaicos. Luego decidí matricularme en la Facultad de la Unión Hebrea de Cincinnati. Una cosa llevó a la otra, sin que yo lo planeara. Sólo cuando vuelvo la vista atrás me doy cuenta de que todo fue inevitable. Una continua y terca... reafirmación personal.

—Dirigida incluso a tu padre.

—Sin duda. Pero hasta que no conocí a Joshua y comenzamos a hablar no me di cuenta de que la identidad étnica, el incorporar la tradición a tu persona, no es bastante. Que uno puede conocer los textos sagrados y... no haber ni empezado.

Y se quedó en silencio, pensativa, y para no quedarme embobado mirándola, bajé los ojos a la comida que tenía en el plato. Sólo después de un rato de silencio se me ocurrió que se estaba serenando para hablar de mis páginas.

Dije:

—¿Las has...?

—Sí. Estoy muy impresionada.

—¿De verdad? Tenía tanto...

—No, es terriblemente conmovedor. Naturalmente —dijo—, cualquiera que esté

familiarizado con la literatura se dará cuenta de que estás hablando del gueto de Kaunas, ¿del diario de Abraham Tory?

—Sí, saqué mucho de ahí.

—Pero el gueto de Kaunas era mucho más grande de como tú lo presentas.

—Sí, lo he descrito no mucho mayor que un pueblo. Pero quería esa geografía. El puente que lleva a la ciudad. El fuerte.

—Y mi padre no era de Kaunas, desde luego. Era de un pueblo cercano a Polonia. En Polonia la resistencia judía estaba más organizada que en Lituania. Esos resistentes que mencionas, ese Benno y los demás, por su actitud podrían ser polacos.

—Sí.

—Y tengo que decir que debes procurar no simplificar en exceso cómo fueron las cosas. Desde luego, en el gueto de Kaunas se realizaba adiestramiento militar clandestino. Realizaban muchas acciones de rebeldía.

—Sí —dije, y el corazón se me comenzó a encoger.

—Y había un mercado negro de vodka. Los judíos que bebían mucho suponían un peligro para toda la comunidad. Y no mencionas el jabón. Mi padre me contaba que estaban obsesionados con el jabón, pues no había manera de conseguirlo. Arriesgaban la vida para pasarlo clandestinamente. Era tan crucial como la comida.

Vio mi consternación.

—Pero me ha conmovido mucho —dijo—. Puede que sea inexacto, pero es bastante auténtico. No sé cómo, pero has conseguido plasmar la voz de mi padre. —Dejó el tenedor a su lado, cruzó los dedos y se quedó mirando el mantel—. No le nombraron mensajero, como a tu Yehoshua. Fue algo más casual, pues incluso desde antes de quedar huérfano ya ayudaba todo lo que podía. Era muy pequeño y ya iba a todas partes como una flecha. Con el tiempo contaron con él. Y más tarde, cuando le dieron la gorra oficial de mensajero... eso fue hacia el final. Y le salvó la vida. De varias maneras.

—¿Cómo le va ahora?

—Está en una buena residencia, bien atendido, y procuran mantenerle ocupado.

—¿Vive en Chicago?

—Sí. Ya no habla. Naturalmente, la demencia nunca es plato de gusto. Pero cuando pienso en esa prodigiosa inteligencia junto a la que crecí... Y él lo vio venir antes que nadie. Detectó las primeras señales y dimitió de la facultad.

—Lo siento.

—No, escucha, en cierto sentido es una bendición. Para él habría sido demasiado terrible enterarse de la muerte de Joshua. —Bajó los ojos, dio un sorbo de vino—. Jamás le pidió a Josh que hiciera eso, que fuera allí, a encontrar el diario. Pero eso no habría cambiado nada. Él jamás fue capaz de regresar; fue algo superior a sus fuerzas. Quería a mi marido. Y estaba orgulloso de nosotros, de nuestra vocación, como sólo puede estarlo un padre cuyos hijos se adhieren a una fe... que desde su punto de vista no puede tomarse en serio.

—Eso es muy judío.

—¿Verdad? —Apareció su sonrisa.

—Pem le tenía muchísimo aprecio a tu marido. Entiendo por qué congeniaron.

—Si. —Abrió el bolso, que había dejado sobre el banco, y comenzó a hurgar en él—. Personalidades completamente distintas, pero Pem tampoco encaja en el molde... de su tradición, quiero decir. De algún modo, en todo lo que dice deja entrever que lo que esperaba del mundo, o de Dios, no se ha cumplido.

Sacó una carta del bolso.

—Al mismo tiempo, parece estar apelando a algún tribunal para que aún no pronuncie ningún veredicto. *Gottdrunkener mensch* es la expresión que me viene a la cabeza. ¿Cómo la traducirías?

—Embriagado de Dios.

—Servirá. A veces es agotador estar con Pem.

—Y que lo digas.

Nos reímos.

—La verdad es que ha hecho algo totalmente fuera de lugar, si no presuntuoso. Pero es un buen amigo, y le aprecio —dijo, y desplegó la carta de Pem y me la leyó.

Su búsqueda del diario del gueto le había llevado hasta Moscú.



Cuando secularizaron St. Tim's, Pem se quedó sin destino mientras la Sede decidía qué hacer con él. Su primera reacción fue destinarse por su cuenta a un hospital para desahuciados de Roosevelt Island, y hacía el trabajo sucio para los indigentes moribundos como una especie de penitencia autoimpuesta, aunque sin entender del todo de qué se había de arrepentir. Quizá de no ser él quien se estuviera muriendo. Y sin embargo, la muerte poseía una especie de normalidad, era una rutina en la que podía confiar. A algunos pacientes les faltaban semanas, a otros días, o sólo unas horas, y todo seguía un trayecto rectilíneo, igual que las vidas de otros vienen marcadas por bautizos o ceremonias de graduación. Observó que las enfermeras y los celadores iban a trabajar con alegría, como si el tener a todas aquellas personas agonizantes bajo su cuidado fuera la prueba de una economía saludable.

Pem había elegido el hospital para desahuciados que había al otro lado del East River como un final apropiado para su vida profesional. En su mente ya estaba planeando una transición importante; hacia qué era algo que aún no sabía, pero él sentía que estaba cambiando, y si aún le quedaba algo de fe, ésta era su convicción de que cuando la cruz de latón de St. Tim's apareció en el tejado de la sinagoga del judaísmo evolutivo, algo trascendental fue anunciado. Eso era algo que no estaba dispuesto a discutir con nadie. Lamentó mencionármelo porque, por una parte, pertenecía a una manera de pensar característica de las antiguas comunicaciones proféticas que él ya no podía aceptar y, por otra, porque le parecía, y ahí surgía el

asombroso poder de la superstición, que si hablaba de ello o lo comentaba, perdería su luz reveladora. No consideraba que la señal fuese necesariamente sobrenatural, pero sí tan críptica como para que los motivos que habían impulsado a los humanos a dejarla allí no tuvieran la menor importancia.

Esa señal, que bordeaba la sinrazón, y cuya sola mención suponía traicionarla, era un reto a su conducta. Debía seguir su propio consejo, incluso por lo que se refería a Sarah Blumenthal. La señal era ambigua, él la había reconocido por lo que era, pero no por lo que le estaba indicando. Sentía que cuando llegara el momento de confiarse a ella lo haría sin vacilar, pero mientras tanto había de ser paciente y vigilante y concentrarse en su vida, no perder detalle de cuanto ocurría a su alrededor. Tenía la esperanza de que se estuviera fraguando una revelación, de que se trataba de un lento proceso, y que podía llegar a manifestarse en los gemidos de los moribundos. Desde el principio, incluso desde antes de que robaran la cruz, los acontecimientos ocurridos en St. Tim's le habían convertido en una especie de detective, y en eso había decidido, seriamente, convertir su vida, en un acto de detección verdaderamente humilde, obstinado.

Después de oír la carta que Pem le ha enviado a Sarah, me pregunto si la revelación no tendrá poco que ver con una luz que alcanza el ojo, y mucho con una impuesta ordenación de esa parte del yo que se halla tan en nuestro interior que es anónima.



Me hago una idea bastante aproximada de las rutas que sigue Pem en sus paseos; hoy empiezo en Union Square Park: veo, plantadas en la hierba, las señales de raticida y la calavera con los dos huesos cruzados... y en el lado oeste, escaleras abajo, está el parque verdadero, el mercado de los granjeros, con sus hileras de macetas de flores, árboles para oficina, productos hortícolas de Nueva Jersey... campos de vivos colores de peras y manzanas, espinacas, coles rizadas, zanahorias a la luz del sol... en Manhattan todo lo que es orgánico atrae a las multitudes... los intercambios bruscos y carentes de sentimiento entre comprador y vendedor son una puesta al día del primer acto de civilización... y más hacia el oeste, siguiendo por la Catorce, el local donde venden ropa barata que cuelga de tuberías en la acera, con unos grandes carteles hechos a mano en los escaparates, mesas con sombreros y guantes para el próximo invierno; de los techos de las tiendas cuelgan todo tipo de prendas... el tráfico que circula con lentitud, grandes autobuses humeantes, el olor a pizza, incienso de acera gratis para los pulmones... y bajando la Diecisiete las ambulancias aparcadas en doble fila de St. Vincent's, con lejanas sirenas que proclaman la verdad de la emergencia eterna... y, desviándonos hacia el este por Greenwich Village, restaurantes mexicanos e hindúes, cafés de parroquianos habituales... hombres de pelo largo y gris que llevan un perro de una correa, tres niños negros, con sus anchos

tejanos que les resbalan por las caderas, una joven rubia y delgada que se arrodilla para atender a su bebé, dentro de un cochecito, el conductor de un camión atascado en el tráfico que la mira, con el brazo colgando sobre la portezuela... al otro lado de la calle uno de esos jardines comunitarios paranoicamente vallados, tras el cual se elevan las torres neorrománicas color fresa de los juzgados de Jefferson Market, que evocan el siglo pasado, cuando, dado el gran problema de identidad del nuevo mundo, todos los estilos arquitectónicos imaginables se elevaban de las aceras de Nueva York: neorrománico, neogótico, neomudéjar, *belle époque*, típica casa de apartamentos... y cruzando esa arteria que es la Sexta Avenida, siguiendo la triste y miserable calle Dieciocho —antño la gloria de la intelectualidad bohemia, con los mejores libros de Nueva York, y donde ahora se venden zapatos y ropa antigua falsa —, los monovolúmenes con el estéreo a todo trapo procedentes de Nueva Jersey que invaden el bordillo a toda velocidad... más al sur, en la tranquilidad de la Quinta con Washington Square, donde compiten los artistas callejeros, un ágil comediante negro que ha traído su propio sistema de sonido ocupa el círculo central, y en los bordes, diversos clones de Dylan que rasgúan la guitarra y cantan con voz gangosa, cada uno rodeado por su grupo de fieles... y así alternan la claridad y la penumbra de la ciudad, cada barrio tiene su propia verdad, y otro tipo de vida que ofrecerte... y finalmente subimos la Segunda, la típica avenida amplia del East Side, pasamos junto al centro ucraniano, donde giro a la derecha y bajo por esta calle sin sol del East Village para echarle un vistazo a lo que ha sido de la iglesia de St. Timothy's, episcopaliana. Un campanario de piedra rojiza de aspiraciones pías que probablemente era lo más alto del vecindario cuando lo construyeron. Ahora queda empotrada tras su diminuto cementerio, y la ocultan las casas de pisos; en cada extremo, la calle se ve coloreada con las señales de los arrendatarios: tintorería, bodega, bar, se hacen efectivos cheques... las escasas tumbas del césped medio pelado se han combado con los años, como espaldas dobladas por la pena... y todo ello, incluyendo las tumbas, es ahora la sede de una compañía de teatro.

En letras góticas sobre la puerta se lee: Teatro de St. Tim's. Representan *La gaviota*, de Chéjov.

—Bueno, después de todo —recuerdo que dijo Pem—, ¿acaso el teatro no nació de la religión? Salen dioses, entran griegos normales. No hay que menospreciar a los politeístas de los cultos místéricos. Sabían un par de cosas, entre ellas cómo montar un buen espectáculo, con mucha música que acompañara el beber y el joder. Pero a la larga, probablemente nos habría ido mejor con Sócrates.



B., el director de cine de Nueva York, quiere que le escriba un guión. Fuimos a cenar y ésta era la historia que quería que le escribiera: Era, dijo, una historia sacada de la «vida», de hecho de su vida, y por eso le parecía que tenía tanta autoridad: un par de

años antes, había elegido a una actriz para una película en la que era mutilada de mala manera por un psicópata que se movía por el vecindario a través de las escaleras de incendios para atacar a jóvenes hermosas que vivían solas. Mujeres que venían a la gran urbe a encontrar un empleo y ganarse la vida: muchachas tristes y atractivas que dejaban tras de sí una pequeña ciudad de pesar, habiendo perdido quizás a su novio en una guerra, o abandonando a sus padres en la pequeña granja donde vivían... Sea como sea, ahora están en la ciudad, y la película es un homenaje a las películas de serie negra de los cuarenta. B. quería ese blanco y negro muy contrastado de los cuarenta que te revelaba lo sombrío e inhóspito que era el mundo.

Y esta actriz, una muchacha grácil, de largas piernas, casi guapa, un poco despistada de una manera sexy, con una buena mata de pelo, hizo bien la prueba y era barata; acababa de salir de uno de esos cursillos de formación de actores de Nueva York y ésa era su primera película, y el director le dio el papel de la mujer que se salva del asesino y tiene una historia romántica con el detective del caso que la visita en el hospital, etcétera. B. eligió a esta actriz basándose en su instinto, sin hacer caso de consideraciones prácticas; le pareció que encajaba en el papel de una manera que no se molestó en analizar. Nunca ha sido una persona analítica. Y bueno, filman la escena: el psicópata sube por la escalera de incendios y entra por la ventana de la habitación que ella tiene en una casa de huéspedes, porque es una película ambientada en el pasado, cuando había pensiones y las chicas pobres pero limpias alquilaban habitaciones en ellas... y el tipo se acerca a su cama y ella grita de pavor y él no la viola porque en estas películas el sexo no es eso, el sexo es el horror, y él se inclina sobre ella y comienza a morderle la cara con unos dientes grandes y afilados... Un par de tomas y ya está, ha ido estupendamente y no les sobra el presupuesto; B. rueda la película en ocho semanas. Cuando se estrena, los críticos se fijan en la chica, aunque no les entusiasma el trabajo de B.: ha hecho algunas cosas de mérito, le acusan de perder el tiempo.

La actriz colecciona todo lo que de bueno dicen de ella al hablar de esa mala película; puede ir a Nueva York y actuar en algún teatro pequeño de Broadway, pero su agente le dice que se olvide del teatro, que hay trabajo en el cine, en la televisión... De manera que ella se queda, sale con tal tipo o con tal otro, de vez en cuando sale su nombre en la columna de algún periódico, pero va perdiendo una oportunidad tras otra, su carrera no va hacia ninguna parte, su agente no es capaz de conseguirle nada... y una noche vuelve a casa un tanto achispada (tiene un apartamento en West Hollywood), y dentro hay un psicópata que la espera, uno de verdad. La inmoviliza contra la puerta y le arranca la nariz de un mordisco.

—Lo que quiero decirte es que eso no fue una película —me cuenta B.—, ¡es lo que pasó de verdad! Ella chilla, alguien la oye, cogen al tipo, lo apartan de ella, pero la pobre chica jamás recupera la cordura, ¡y hoy en día vive en un manicomio estatal con una nariz ortopédica! —Durante un tiempo la tuvieron en un sanatorio privado, pero el estudio decidió que habían hecho todo lo que podían, y uno de sus abogados

consideró que no eran responsables si algún enfermo veía cómo la mutilaban en una película y decidía que ése era el karma de la chica. Pero, me dice B., y esto es importante, ¡jamás quedó demostrado que el psicópata hubiera visto la película!—. Sabiendo lo que sé ahora —dice—, ¡te garantizo que él no vio la película! ¿O acaso crees que estos tarados son capaces de estarse dos horas sentados sin hacer nada mirando una película? Cada semana le envío flores a la pobre, me preocupo por ella, la cosa aún no ha acabado. Me he enterado de que el tipo se halla en la misma institución, división de psicópatas machos, separado de ella sólo por un dormitorio comunitario rodeado por una valla. Únicamente espera que llegue el momento de volver a atacarla.

»¿Cuál fue, por tanto —me pregunta B.—, el instinto que le impulsó a elegir a la chica para el papel? ¿Una específica vulnerabilidad que ella transmitía? ¿Un genoma de su propia fatalidad? ¿Qué? —Lo que a él le preocupa es que vio en ella algo que ni siquiera se paró a pensar qué era. Al principio de su carrera, B. escogió a un actor cuyo personaje debía morir de un ataque al corazón y en la vida real le pasó lo mismo, y en una ocasión, para un western, una de esas películas de batallas con los indios, seleccionó a un actor para hacer de oficial de caballería que moría ensartado por una lanza india, y luego éste murió empalado por el poste de una verja de hierro delante de su apartamento, tras caerse borracho de la ventana de un tercer piso.

—Debo prever las cosas —me dice B. con ese don para autoungirse sin esfuerzo tan típico de Hollywood—. Debía de haber previsto el destino de esa pobre chica. —Menea la cabeza, se queda mirando el mantel—. Pero ¿cómo? ¿Cuál es mi criterio moral en este asunto? ¿Qué sé y cuándo lo sé?

—Déjame ver si lo he entendido bien —digo—. Quieres hacer una película acerca de un hombre que hace una película con una actriz cuyo destino en la película se repite en la vida real, sólo que su vida real es una película que estás haciendo con otra actriz acerca de cómo tus películas predicen la vida real. ¿Es ésa la idea?

—Es algo realmente misterioso, ¿verdad? Un auténtico misterio. Tal como se proyecta aquí en mi propia alma. No puedo explicarte lo raro que es. Es la película más importante de mi carrera.

—Bueno, podría ser interesante, de acuerdo, pero...

—He acudido directamente a ti. Con tu vena filosófica, ¿en quién más podía pensar?

—Lo siento, no quiero tener nada que ver con esto.

—¿Por qué no?

—¿Y poner otra nariz en peligro?

—Oh. Oh... —cavilando—. Ya entiendo lo que quieres decir. No te preocupes. Encontraré a alguien que no encaje en el papel: procuraré hacer mal el casting.

—Eso es lo que tú crees que harás —le digo.



Vuelvo a mi pueblo junto al mar en el Sound, la luz de finales de septiembre llega al sesgo, una luz dorada y benéfica, plácida, tersa y sin viento, pero como una maduración, con claras insinuaciones del año ahora cosechado, inminente el árido invierno. Una estación triste, los gansos canadienses piensan en volar hacia el sur, se reúnen en graves escuadrones pero dan vueltas indecisos, grazna entre ellos un falso profeta que les hace dar media vuelta e ir a patinar sobre las ensenadas. Cuando son alimentados por gente bien intencionada, se quedan más tiempo del razonable y mueren congelados.

Sobre la playa, innumerables golondrinas oscurecen el cielo, se arremolinan como tormentas de polvo, pero ¿se alimentan mientras vuelan, aspirando el aire lleno de legiones de insectos, tal como hacen los vencejos? Son pequeñas como gorriones, de pecho blanco, plumas azules, las colas son bifurcadas y en flecha, y los extremos de las alas en punta. El espacio es la dimensión de sus vidas, es lo que habitan, como galaxias de pájaros, aunque no, como los vencejos, durante meses, años seguidos sin posarse. Sienten debilidad por los cables telefónicos, no pueden resistir la percha lineal y comunal ahora que, con un cauteloso aterrizaje, algunos les sugieren a los demás una pausa en su migración, hasta que desaparecen del cielo que cubre el largo trecho de carretera enarenada que hay detrás de las dunas y se colocan hombro con hombro sobre el cable telefónico en paréntesis, de poste a poste, de cara al viento oceánico, con las plumas de la cabeza alborotadas; estos pequeños cabrones saben vivir, ahora se despliegan para un concierto celestial que sólo ellos pueden oír.



Lo sabía mientras hacía filosofía a mi manera, de pie delante de los alumnos en estado de abstracción mientras ellos esperaban para anotar lo que decía... Sabía que cuanto más intimidados se sintieran por mí, más se burlarían de mí a mis espaldas. Profesor Ludwig Wienerschnitzel. Discutiendo consigo mismo, de vez en cuando hablando en alemán, oyendo lo que acababa de decir en voz alta como si lo hubiera dicho otra persona, para a continuación disentir con vehemencia. Apareciendo un día con una aseveración deslumbrante tras otra, y borrando cada una con un gesto de rechazo en la mano, una mueca de disgusto. Demostrando el esfuerzo físico del pensamiento auténtico. Horas de... actuación. Finalmente se hundía en una silla, agotado, el pelo enmarañado de sudor. Pero siempre, digo ahora como confesión, siempre con el único propósito de hacer las cosas tan sencillas como el mundo en su aquí y ahora, desnudándolo todo en la medida de lo posible hasta la pureza y desnudez de cómo nos es «dado». El mundo como... todo lo que es, todo lo que es el caso. Yo hice ese arduo trabajo, y resultó infernalmente difícil. Tan difícil que me

llevó a considerar seriamente el suicidio. Pero en cuanto lo consigues, todas las dificultades desaparecen, ¿no es así? Debería haber sido fácil para todo el mundo, y sin embargo... ¡No me comprendieron! Numeré mis pensamientos y los ordené en forma de desarrollo, igual que un estudiante hace un esquema de su lectura. Lo más comprensiblemente que supe. Hice todo lo que pude. Pero cuanto más simplificaba yo la práctica de la filosofía, más difícil resultaba para todo el mundo. ¡No sólo para los estudiantes, sino para mis colegas, mis compañeros filósofos! ¡Los mismísimos hombres que me habían enseñado!

Dios sabe que no buscaba gratitud. Sólo quería que alguien me dijera: «Ludwig, no estás solo». Pero lo único que me decía todo el mundo era: «Por favor, explica esto, dilo de manera que pueda entenderlo». ¿Te das cuenta? No se daban cuenta de que explicarlo era negarlo. Había alcanzado ese punto en que las cosas están tan claras que son inexplicables. El objetivo de mi trabajo es encontrar sólo lo que puede decirse. ¡Y no hay mucha cosa! Les escribí: «De lo que no se puede hablar hay que callar». Les dije: Si entendierais lo que he escrito y leyerais lo que no he escrito, quizás entonces lo entenderíais. Pero eso sólo los desconcertaba más.

Dios mío. Les decía a alguno de esos jóvenes ingleses con los que paseaba o iba al cine tras una agotadora clase: Si vivieras en el verdadero espíritu de la filosofía, no serías filósofo. Bueno, ¿y usted, profesor? Yo ya dejé la filosofía una vez, les digo, y la volveré a dejar antes de que acabe conmigo; cometí un error al volver, les digo. Si has estudiado la carrera de Filosofía, abandónala y trabaja con las manos. Hazte carpintero, enfermero, peón albañil. Algo sencillo y real en el mundo real, algo que se corresponda con el mundo tal como es. Si estás enamorado... les decía a esos jóvenes ingleses, y, dejadme que os diga aquí y ahora que no he encontrado otros jóvenes más encantadores que los ingleses, su color de piel, su reticencia, su capacidad de sometimiento. Dios mío, cómo me atraían; me atraían de manera incesante, incluso hasta hacerme sufrir... Pero si estás enamorado, les decía, a los dos que verdaderamente me amaron, debemos separarnos, porque el amor sólo puede existir en la separación, sólo el rechazo de la carne es el amor en sí mismo, pues de otro modo no podemos fiarnos de que sea incondicional. Y si no es incondicional no es amor. Que es la verdad que practico cuando tengo fuerzas para ello. Toda la civilización, tal como se ha desarrollado, está pensada para mancillar nuestras almas. Si quieres vivir como un hombre has de renunciar a todos los valores de la sociedad. La riqueza es un estado letal. Si eres rico, como yo lo fui —yo era inmensamente rico—, has de volverte pobre, como hice yo. Si amas, alimenta tu amor abandonando a tu amante, como hice yo. Si eres un filósofo académico, deja la filosofía y vive humildemente, como hice yo. Y si tu obsesión es el lenguaje y el pensamiento, ve al cine como hago yo y sumérgete en las imágenes, las luces y las sombras, los lugares y las dulces caras, deja que parpadeen los pictogramas que tienes delante y que son lo opuesto al lenguaje, que no tienen que crear analogías del mundo en forma de proposiciones gramaticales, tal como hace el lenguaje, que no tienen que representar

el mundo con frases sino que ya están ahí, simplemente y sin esfuerzo, en el mundo y del mundo.

Me encantan las películas. Están hechas de materiales reales del mundo. Levantan las apariencias del mundo al igual que con la punta de un cuchillo levantarías la coloración verde azulada del arco iris de la trucha arco iris... dejando la sustancia del mundo inmutable, pero expresándolo en equivalencias homologas exactas de sí mismo. Con las películas te sientas en la oscuridad y aprendes que el mundo es todo lo que es el caso. Y aprendes que cuando has llegado a esa conclusión y las luces se encienden, de lo que no ha sido mostrado no se puede hablar, que más allá de ellas existe un silencio muy adecuado a la infabilidad de lo que no puede expresarse. Y en este punto te vas. De la oscuridad del cine a la oscuridad.

Pero ¿por dónde iba?



El Midrash Jazz Quartet toca temas clásicos

[14]DANCING IN THE DARK

(Aplausos)

*Till the tune ends,
We're dancing in the dark
And it soon ends;
We're waltzing in a wonder
of why we're here.
Time hurries by, we're here and gone.
Looking for the light
of a new love
to brighten up the night,
I have you, love,
And we can face the music together
Dancing in the dark.*

Ni velas, ni fuegos, ni un lumen, de eso hablo,
Ésta es la definitiva oscuridad en la que bailamos,
Mientras meditamos sobre el sentido de nuestra existencia aquí...
Deja que te haga una pregunta igualmente imponderable:

¿Dónde está éste aquí?...

Claro que somos afortunados al tener algo bajo nuestros pies
sobre lo que poder bailar.

Eso ya es algo.

Por otro lado, ¿quién es ese nosotros de que hablo?

Me agarro a ti y bailas bastante bien,
pero no te veo y no has dicho una palabra.

¿De verdad estás aquí?

Si lo estás, lo sabes tan bien como yo
la vida es corta y a medida que el tiempo pasa
nos va dejando atrás.

Los dos buscamos iluminación, ¿me equivoco?

¿Como un amor a primera vista?

Y cuando este amor luminoso llega
sacándonos
de la oscuridad del dónde estamos y quiénes somos

Sabremos lo que pretendemos
lo veremos todo claro

incluyendo la persona con la que bailamos,
sí, nena, la persona con la que bailamos a la luz,
aunque obviamente no será ninguno de nosotros.
Hasta que eso ocurra, si es que llega a ocurrir,
Me agarro a ti y tú te agarras a mí
lo que imagino supone algún consuelo.
Y aun con todo, esta situación no muy prometedora
sugiere
que, brazo con brazo, tendremos que enfrentarnos a la música
Aunque a cuánta música puede uno enfrentarse cuando todo es
oscuridad cualquiera sabe...

(Aplausos)

No puedo permitir que eso quede sin respuesta...
Así es como se halla la mente de mi colega
No es de extrañar que esté en la oscuridad
No es de extrañar que no vea nada.
Iluminando las vueltas y recodos de su cerebro
Con todo el voltaje de un neutrino
Él baila con su sombra
Baila en la oscuridad de su mente.
No veo a ninguna mujer por aquí
¿Cómo iba una mujer a poder bailar con ese ritmo?
Sé lo que es capaz de bailar una mujer
Sé lo que es agarrarse a una mujer que baila
Viva en su movimiento, ágil, poderosa en su ser
aunque sea estrecha de hombros
de cintura fina y pies ligeros
Huelo la dulce limpieza de su pelo
Apoya su sien en mi mejilla.
Siento el pulso en su muñeca,
Siento su confianza mientras se deja llevar
y apoya su cintura en mi mano
Nos balanceamos y giramos y no perdemos el paso
nuestra intimidad canturrea como si fuera otra voz de la música
fluye a través de nosotros como una armonía sobrenatural
Y esa es toda la conversación que necesito de ella
Bailar en la oscuridad con ella.
Bailamos en una bendita oscuridad
que nos otorga mientras dura el baile

un lugar central en el mundo, la magnitud de nuestro
romance
Mientras el sol siga brillando.

(Aplausos)

Aunque veo esta escena en un club nocturno.
Mesas iluminadas con lamparillas de pantalla alrededor
de la pista,
Un tenue resplandor blanco sobre cada mantel
Un fino brillo en los bordes de las copas de vino...
Éste es un club nocturno en el que nunca he tenido la suerte
de tocar,
Tiene una terraza, paredes curvas y mucho espacio
entre las mesas,
Un club restaurante, de hecho, donde la oscuridad es visible
Y los músicos que están en el escenario
Obedecen la batuta de un líder que no toca
Y que sonrío dándoles la espalda y mira
con benevolencia a los dos bailarines.
Todos sonrían en el escenario, les están
pagando
Éste es un club nocturno de Hollywood, fíjate
Todo falso, un club nocturno construido en un plato
Y los dos bailarines son las estrellas de la película
Y ésta es la escena en que descubren que se aman
Mientras yo y el resto de la banda seguimos tocando para ellos
con una gran y estúpida sonrisa en la cara
Porque el bolo vale la pena.
Y a los extras sentados a las mesas del club
con sus corbatas negras y sus trajes de noche
También les pagan.
Todos somos extras en la vida de estos bailarines estelares
Que bailan en la penumbra cuidadosamente iluminada
con el tenue foco sobre cada mantel
y el fino brillo en los bordes de las copas
de vino.
Pero aquí es donde estamos:
Y fuera del club las cosas se han puesto realmente
mal.
El país está en quiebra, nadie tiene trabajo.

Los hombres hacen cola en las frías calles para conseguir comida
Tormentas de arena borran la pintura de viejos vehículos
abandonados en el desierto
Los gusanos corroen los pómulos de los niños
hambrientos de las montañas
No hay nadie que te pueda dar un chavo
Desde luego no en la calle del club
donde los polis abrazan la porra con la mano
y tienen a los mendigos a raya
tras la barrera policial.
Los mendigos esperan a que los dos bailarines acaben
ese baile en la oscuridad.
Y cogen su chal de pieles y su abrigo de lana de cordero del
guardarropa
Y salen a la calle a buscar un taxi
Y arrojan unas cuantas monedas al pasar.
Pero esto no ocurrirá. Los dos bailarines
seguirán bailando
Él lleva su frac negro y el pelo engominado
Ella su vestido plateado de lentejuelas
las tensas nalgas perfectamente delineadas.
Estos bailarines de la pantalla plateada
que dan vueltas y más vueltas por la pista
y fingen que la canción pronto acabará
son en realidad los designados recaudadores de monedas.
Nos hacen abrir las manos, descubren nuestra escasa reserva
de monedas de diez centavos
Recogen las preciadas monedas de
Los mendigos de la calle, los extras de la escena
Nosotros los mendigos y los extras nos sentamos en la oscuridad,
a un lado del baile o al otro
Para que los bailarines puedan iluminar todas nuestras noches
hasta el fin de los días,
Y desaparecemos.

(Algunos aplausos)

[15] *Our life in the dark
Is short as a song
A chorus or two*

*Our time is gone
You and your lover's
Waltz is over.
Darkness has won.
The music goes on
Your dance is done
The music goes on.*

(Aplausos)

Ni velas ni fuegos, ni un lumen, de eso hablo.
Bailamos en una oscuridad iluminada.
Con un fino brillo en los bordes de las copas de vino.
El baile es nuestra vida. Se nos da la oscuridad
para bailar nuestra vida en ella...

*[16] Dancing in the dark
till the tune ends,
We're dancing in the dark
And it soon ends...*

(Aclamación)



El obispo de Peni no es como me lo imaginaba. Un hombre pequeño, casi menudo, de aspecto frágil, con el pelo prematura mente blanco. No es un mal tipo, se muestra generoso con su tiempo, es directo, clericalmente obstinado. Insistió en que esta harto de escritores, sobre todo de reporteros. Le dije que yo también lo estaba. Le aseguré que, aunque no podía negar que era escritor, jamás me rebajaría a hacer de reportero.

—Me alivia oír eso. Los reporteros van detrás de los conflictos, ya sean guerras o divorcios, habitan las luchas intestinas, cuanto más sangrientas, mejor. Y donde hay empatía, la presentan como lo contrario... El padre Pemberton, aunque haya planteado un conflicto, es objeto de nuestra más profunda preocupación e interés. Usted debería saberlo. No es poco lo que está pasando, y su sufrimiento es dolorosamente mencionado en mis oraciones. Por otro lado, debo decir que en gran parte se lo inflige él mismo. Le tengo amor y aprecio como amigo, estuvimos juntos en Yale, pero, y esto se lo he dicho a la cara, nunca ha conseguido dejar atrás los años sesenta. Su absolutismo es típico de la generación que llegó a la mayoría de edad en esa época. Yo soy unos años mayor y conseguí no contraer ese... hábito militante. Pero Pem saltó a las barricadas y ahí ha permanecido. Los problemas han cambiado,

pero la inflexibilidad, el carácter de todo-o-nada de lo que él quiere, de lo que él exige, eso no ha cambiado.

El obispo sonrió.

—Hay algo en el padre Pem que resulta tremendamente evangélico, ¿no cree? Una bromita de Dios.

Ha entrado una mujer con un servicio de té y lo ha colocado sobre el escritorio del obispo. Durante unos momentos ha estado manipulando la tetera.

—¿Dónde está Pem ahora, por cierto? ¿Sabe por qué no contesta a mis llamadas telefónicas?

—Se ha ido a Europa.

—Ajá. Me alegra oírlo. Un cambio de aires.

—De hecho, creo que está intentando localizar un archivo del gueto judío escondido durante la guerra.

—Entiendo. ¿Quiere un poco de té? Aquí tiene limón, leche y azúcar.

—Gracias, está bien así.

—Aunque, pensándolo bien —dijo—, no me sorprende que a Pem le haya dado por ahí, dada su obsesión con el Holocausto. Es crítico con la teología cristiana de posguerra. De hecho, la rechaza. Y eso que nuestra lucha es sincera y evidente para cualquiera que se tome la molestia de verla. A algunos nos molesta su actitud, que se arroge una posición moral que todos compartimos. —Frunció el entrecejo—. Esto nunca está lo bastante caliente. Lo siento.

—No, está bien. De verdad.

—Puede que Tom Pemberton hable del Holocausto, pero lo que tiene en el alma es Vietnam. Ya sabe quién era su padre, claro.

—También miembro del clero...

—Y que lo diga. Su ilustrísima John Pemberton, obispo sufragáneo de Virginia. De los que concedían gran importancia a los rituales, un severo guardián de la fe. Un sacerdote que no deseó tener ningún papel en la escena nacional. Pero a modo de sacrificio, apoyó los cargos de herejía contra otro obispo de la época, James Pike, de California. Y por eso se le recuerda, claro. Encontrará a Pike en el primer párrafo de su obituario.

—Pem me ha hablado del obispo Pike.

—Pem debería... La Sede reconoce el valor de las terapias laicas. He instado a Pem a que acuda a un psicólogo. Puede que tuviera un padre de más.

—No le entiendo.

—Pike fue una influencia destructiva. Estando en el púlpito, puso en duda la Inmaculada Concepción, la Trinidad... era como si la condenada contracultura se hubiera infiltrado por las paredes de la iglesia. Pero logró impresionar a algunos seminaristas. No es imposible que Pem los haya interiorizado, a su padre natural, John, de la Iglesia histórica, y al padre adoptivo y disidente, Jim Pike, y los haya puesto en conflicto dentro de sí. Ésta es su historia, aquí tiene el conflicto que está

buscando. ¿O le parece psicología barata?

—Un poco.

—Le aseguro que no es así. Usted pensará, puesto que nuestro credo insulta a su razón, que Pem debería haber dejado ya la Iglesia. Por otro lado, dada su naturaleza disidente, ¿por qué entró en ella, en primer lugar? Y si no se trata de eso... si no es esa lucha, tendremos que empezar a hablar del mal.

El obispo se levantó y miró por su ventana en saledizo.

—Pero me niego, me niego a admitir que pongo en duda la ingenuidad de Pem. Porque le considero inteligente, y entonces sería una ingenuidad estudiada. ¿No debería saber Pem que la razón y la fe, más que incompatibles, son complementarias? La razón, en no menor grado que la fe, santifica la vida ética. Ambas liberan al hombre de sí mismo. La misma mente que concibe el teorema matemático quiere el orden de un mundo regido por Dios. La razón y la imaginación son caminos paralelos hacia Dios. No tienen por qué intersectar. Uno puede acudir a la perspectiva para imaginar que se cruzan en la experiencia humana... si es que se cruzan a lo lejos.

»Mientras tanto, lo que sí aborrezco es el orgullo, ese pecado tan desastroso, de donde surge el mal, cuando el ser humano se concede tanta importancia a sí mismo que olvida que Jesús, el Cristo, bajó hasta nosotros y en nuestra forma humana fue destrozado en la cruz.

Muy bien, esto es lo que tengo: para empezar era un pijo que jugaba en el equipo de hockey de St. Paul's —un chaval de hombros anchos—, y luego cuatro años en el Trinity de Connecticut. Eran los sesenta en su pleno apogeo: debates, sentadas, marchas, quema ritual de las tarjetas de reclutamiento, y Pem pasa un verano en Misisipí inscribiendo en el censo a votantes negros, le abren la cabeza y, ya con todos los requisitos cumplidos, se une a los hippies que rodean el Pentágono. Y lo que ocurre entonces es que opta por el seminario. El obispo se pregunta por qué. Pero como hijo de un hombre de Iglesia de fe inquebrantable, educado en rectorías desde Seattle hasta Upper East Side, ¿adónde iba a dirigirse Pem si no a su casa?

Al hablar de él escribiré que de joven tenía fe, por imprecisa y heredada que pudiera ser. Puede que hubiera estado confuso, pero empezó a comprender, con toda esa locura del Vietnam y con los sufrimientos de los movimientos por los derechos civiles, que la Iglesia era una institución de verdad y cordura. Había clérigos —no sólo el obispo Pike— que se oponían a la guerra, teólogos de la liberación, ejemplos de desobediencia civil a los que esposaban y metían en la cárcel. Marthin Luther King, los Berrigan... ¿qué les daba tanta fuerza? ¿Qué los impulsaba? La fe era el reducto. Y hacerse oír como fuera era una cuestión de fe. Era, pues, un programa de vida razonable para un chaval de los sesenta: tomaría los Evangelios por lo que eran, un manual revolucionario.

Todos los grados de fe religiosa desde cero hasta trescientos sesenta, la aguja de

mi amigo, el padre Pem, oscilando sin parar: ésta es su verdad.

También es cierto que, después de un año fuera trabajando en una organización de ayuda a los países pobres, acerca de lo cual tendré que contar algo más, vuelve a Yale para acabar los estudios y conoce a la joven con la que se casará, Trish vanden Meer. Guapa, desenvuelta, ha estudiado en Suiza. Especializada en Ciencias Políticas. Firma poniendo un círculo sobre la i. Es la clase de pija que siempre ha evitado, por lo que se enamoran.

A Trish le gusta la voz ronca de barítono que tiene Pem, su cara ancha con ese mechón de pelo siempre sobre la frente, su boca sexy. Pem no mide ni metro ochenta, pero parece más alto, es el tamaño de su fuerte presencia, un estudiante de teología con un buen nombre y sin dinero, y muy viril. Y esa actitud de Pem de no apreciar jamás lo atractivo que es, como un perro grande y lanudo. Lleva unas gafas de montura negra y pesada que le resbalan por el puente de la nariz, siempre se las está colocando, gesto que de algún modo, para Trish, es representativo de un cierto desorden en su vida. Necesitará que le cuiden. Y su vulnerabilidad: cómo una simple idea es capaz de apoderarse de él y afectarlo en lo más hondo, cómo se preocupa de compartir sus pensamientos con ella, aunque Trish piense que más bien necesita a alguien que le escuche mientras lleva a cabo una especie de gimnasia mental. A ella le fascina que un hombre pueda llevar una vida tan dura.

¿Y qué es lo que a Pem le atrae de ella? Trish es una mujer atrevidamente sexual: es rubia y delgada, atlética, juega bien al tenis y habla fluidamente francés e italiano, perteneció a una importante sociedad estudiantil en la universidad y su padre es un pez gordo en la administración Johnson, que Tom Pemberton detesta.



Querido Pemby:

He tenido que sonreír al coger la pluma e imaginar la cara que pondrías cuando encontraras una carta de tu falso papá en el correo. O sea, que ya me has dado una alegría. Hoy en día no abundan, aunque puedo contar con unas pocas cuando salgo a navegar, si el viento coopera y navego de bolina sin tener que hacer mucho más que sujetar la caña del timón y sentir el agua rociándome la cara. He vuelto a sacar la vieja Hereschoff de madera, ¿la recuerdas? ¿La que llevaba aparejado un arpón? No sé por qué. El bao es un poco ancho, no es una embarcación demasiado rápida, pero es bastante guapa y no se da aires, como una buena primera esposa. Puede crear una momentánea ilusión de paz. Oigo el susurro y el suave chapoteo de ir en barca, el silbido de los elementos, como si el viento y la luz y el agua fueran dioses en serena conversación, como si los antiguos politeístas paganos lo hubieran comprendido desde el principio, y te pidieran excusas. Kara vez me alejo más de una milla o dos, y

voy en paralelo a la costa, no sé por qué, a no ser que sienta el fuerte impulso de hacer lo contrario. O puede que sea esta extraña porquería de océano, si quieres saberlo, que cuanto más te alejas más parece basura flotante, marea negra y una indescriptible basura. Y yo soy de los remilgados.

No he ido directamente al grano, ¿verdad? Raro en mí. Pero le aseguro una cosa: no te escribo con la intención de hacerte volver con tu mujer. En primer lugar, no creo que sea posible, conociendoos a ambos, y en segundo, ahora que ya no somos falso lujo y falso padre, te veo bajo una nueva luz más atractiva. Francamente, y para empezar, no puedo imaginarme qué vio cada uno de vosotros en el otro. Esa peculiar institución que fue vuestro matrimonio algún día será digna de estudio, aunque no por mi parte. Tengo otras prioridades que me exigen mucho. Prioridades. Sí, te sorprendería conocer las prioridades, y muy serias, que tiene un anciano como yo.

¿Cuál es esa luz nueva y más atractiva?, te preguntas, fijándote de inmediato en lo que más te interesa. Bueno, en primer lugar, que a pesar de todas las dificultades de tu vida, una de las cuales ha llegado a la prensa, vivas en la inocencia. Éstas son cosas de lo más normales: una familia rota, un crucifijo perdido, gente haciendo cola para obtener una ración de puré de patatas o sea cual sea la actividad a que te dediques hoy en día. Te garantizo que es una especie de inocencia torturada, y no quiero mostrarme condescendiente con esa angustia que tan bien alimentas, pero me cambiaría por ti en este mismo instante. Es una ocupación tan envidiable, la de Dios. No es que no lo haya sabido siempre, pero ahora lo veo bajo esta nueva luz. Dado que estás obligado a decirnos lo que ya sabemos y no queremos oír, asignándote un papel en la vida ineficaz y agotador, he llegado a verte como el sustituto involuntario y perfecto de todas las personas honradas que se han levantado de entre el público y me han pedido una disculpa, o me han escrito una carta manchada de lágrimas acerca del hermano, hijo o marido de cuya muerte yo era responsable, o han colapsado mi correo electrónico de todo tipo de repugnantes imprecaciones, o me han abucheado en algún almuerzo con mis lectores, o se han puesto en pie y me han dado la espalda mientras me concedían algún título honorario. Tú eres su profeta, padre Pemberton. De toda la generación de hippies impenitentes, sin agallas, egoístas, ñoños y cobardes que disfrutaban de la hegemonía norteamericana sin querer soportar sobre sus hombros las cargas que eso conlleva.

Mi razonamiento es el siguiente: si aprendo a comunicarme contigo, a lo mejor podré llegar a los demás. Casi como si fuera un antropólogo haciendo un trabajo de campo, estudiando el idioma y las costumbres de los nativos a fin de ganarme su confianza. ¿Qué me dices? Naturalmente, lo hago pensando en mi país. Y tú, ¿pensarás algún día en tu país? Si es así, aquí tienes nuestro primer problema:

Tengo apostado delante de mi casa de aquí, de Alexandria, a un hombre sin piernas y de pelo largo que va en silla de ruedas. Llega cada mañana en una de esas camionetas de transporte para discapacitados y lo depositan delante del portón de la cerca, donde simplemente se queda sentado, mirando fijamente la casa. Al mediodía

se lo llevan para ir a comer, supongo, pero regresa a primera hora de la tarde, y no se marcha hasta que oscurece. Le he observado desde la ventana del piso de arriba con mis binoculares: la persona que lo deposita y se lo lleva es una joven, hija o esposa, y es evidente que le tiene un gran cariño. El hombre parece gozar de una salud excelente, se le ve fuerte, tiene los hombros anchos, y exhibe el pecho, los bíceps y los tríceps con una camiseta ajustada cuyas mangas lleva enrolladas hasta el hombro. Un macho de clase baja, diría yo. Probablemente, dispone de una buena pensión de discapacidad, que es quizá lo que celebra con una pequeña bandera norteamericana que asoma de su silla de ruedas. Tras un par de semanas viéndole llamé a la policía. Pero cuando le dicen que se marche, él los obedece y se pone a pasear con su silla de ruedas por las serpenteantes calles sombreadas de árboles con el mismo derecho legal que una persona con piernas. Cuando la policía se va, naturalmente él vuelve a su posición. He pensado en hacerle llegar un vaso de limonada, pero se lo podría tomar como una burla, ¿no crees? He pensado en invitarle a entrar, por arriesgado que pueda ser, y en cualquier caso es una estratagema que me guardo hasta que la prensa se entere de su presencia, como sin duda ocurrirá, y comience a aparecer ante mi puerta. He pensado en marcharme, siempre puedo irme al extranjero, pero creo que eso se consideraría una huida. Haga lo que haga, la partida es suya, padre. ¿Cómo abordarías esta situación? ¿Qué consejo puedes darle a un hombre como yo, que tiene sus propias medallas y que es un poco más pobre por haber servido a su país en la posguerra a cambio de una pequeña paga año tras año en interés del bienestar de su país? ¿Me pongo delante de él y le imito? ¿Pido una silla de ruedas para mí y salgo de casa lanza en ristre?

Esperando tener noticias tuyas, y con mis saludos más afectuosos,

como siempre,
Tu Falso Papá



Biografía del autor

Recordáis cómo mi padre, Ben,
un joven oficial de la marina fuera de su elemento
logró sobrevivir a una horrible noche durante la Gran Guerra
gritando órdenes en yiddish,
un idioma creado en desafío a la historia
europea,
a los soldados alemanes que invadían las trincheras.
Eso tuvo agallas, un recurso irónico, puramente americano,

¿no os parece? Le salvó la vida.
Al final de la guerra, embarcó de vuelta a casa con las tropas
de Pershing,
dejó la marina y se casó con su amada Ruth
en Rockaway Beach, Long Island, Nueva York,
y se metió en el negocio de los tocadiscos
como distribuidor de captadores acústicos.
El captador acústico de los tocadiscos a cuerda de la época
era un cilindro chato y descubierto
del diámetro de un dólar de plata
y con un tornillo que sujetaba la aguja de acero
que se bamboleaba a lo largo de los surcos
del disco de setenta y ocho revoluciones por minuto
transmitiendo los impulsos a la membrana de papel
de aceite que resonaba dentro del captador acústico
y reproduciendo las metálicas voces de Ruddy Valle y
Russ Columbo
para que los americanos bailaran.
En 1922 nació mi hermano Ronald
y en 1926 lo sostenían en alto sobre el alféizar de la ventana
de la oficina de mi padre en el edificio Flatiron
para que pudiera ver el desfile de Lindbergh a su paso
por Broadway.
Los gritos de la multitud resonaban
a través de la lluvia de papeles que la gente lanzaba
por las ventanas
Mi hermano de cuatro años se mecía adelante y atrás y se habría
lanzado de cabeza a aquel torbellino
pero las seguras manos de mi padre, que no paraba de reír,
le sujetaban con fuerza y tiraban de él hacia atrás
mientras mi madre, Ruth, que estaba dentro y era muy seria,
se quedaba pálida y casi se desmayaba.
En 193- nació yo
y la familia alcanzó su composición definitiva
Madre, padre y dos hijos
Habitantes de un apartamento en el Bronx durante la Gran
Depresión.
Lo único que diré de esa época es que,
en 1941, mi padre, Ben, que hasta entonces nos había mantenido
con una tienda de radios y discos
que había abierto con un socio,

finalmente tuvo que cerrarla y hacerse vendedor
y trabajar para otras personas.
En 1943 el joven alférez de la primera guerra mundial
era mi preocupado y corpulento padre sentado en una butaca
junto a la radio
escuchando las noticias de la segunda guerra mundial
mientras también leía lo que decía de la guerra
el periódico de la tarde que tenía abierto como si fuera
una tienda de campaña
porque su hijo mayor, mi hermano Ronald,
estaba en algún lugar de Inglaterra
como telegrafista de la fuerza aérea,
Pues a mi familia siempre se le habían dado bien las comunicaciones
y mi hermano desde los cuatro años
había mostrado una disposición a lanzarse a través del aire.
De manera que, hablando en plata,
la familia estaba de nuevo en Europa ayudando a los de allá.
Mi hermano dio vueltas por los cielos de Europa
sentado ante el aparato de radio de un B-17
los así llamados «Fortalezas Volantes»
porque avanzaban lentamente con su cargamento de bombas
torretas de ametralladoras en la cola y en el morro
y una tercera ametralladora en posición dorsal
encima y detrás del piloto.
Con todo ese armamento, según los criterios de hoy día,
no es un avión muy grande
aunque sí lo bastante cuando lo avistaban las baterías
antiaéreas o los Messerschmits los atacaban
volando en círculo a su alrededor.
Posteriormente los B-17 volaron de noche,
Pues no había oscuridad más negra que la de Europa
durante la guerra.
Los iluminaban por abajo los fuegos de sus propias
bombas
tres mil metros más abajo, y atraían proyectiles trazadores
igual que un imán atrae los clavos.
Y aunque existía el terror de descender en la
oscuridad
las tripulaciones se sentían más a salvo volando así
que a plena luz del día,
una opinión que sólo en parte ponían en solfa las muchas bajas

que sufrían.

En los peores momentos, sometidos al fuego antiaéreo
el avión parecía saltar de miedo,
o se oía una especie de resuello procedente de los motores,
y la cabina se llenaba de humo.

Mi hermano sentía un gran aprecio por el equipo que tenía a su
cargo:
los diales numerados, las agujas indicadoras
y, a través de los intersticios de las planchas de metal
negro, el fiable resplandor de los
tubos de la radio.

Una vez lanzadas las bombas el avión parecía ascender
y por el intercomunicador
de camino a casa, estos chicos, el mayor de los cuales tendría
veinticinco años,
hablaban en tono agresivo, rayano en la jactancia, hasta que al
alba
veían el campo de aterrizaje y callaban,
tras haber vuelto con vida un día más.

Después de una docena de misiones, a mi hermano le dieron
un permiso,
un pase de fin de semana, de hecho, que pasó,
—invitado por el cuartel general de su escuadrón
lo que significaba que más o menos era una orden—
en un pequeño castillo inglés en los Costwolds.
Su anfitrión era un general, lord Nosequé
que vivía allí con su hija viuda
y un reducido estado mayor de ancianos que se movían con mucha
lentitud.

Mi hermano le presentó sus credenciales
y una de gran importancia fue que su padre hubiera servido en la
primera guerra mundial,
El general, un hombre frágil de ojos azules de la cosecha de la
Gran Guerra,
respondió con amabilidad llevando a su invitado
a recorrer la galería de retratos de sus antepasados
quitándole importancia muy campechanamente a aquello de lo
que estaba tan orgulloso,
las generaciones de oficiales de bigotes y patillas de boca de hacha
y barba y cubiertos de medallas de los que procedía.
El general mostraba una mancha de yema de huevo seca en la

corbata

Y al afeitarse se había dejado un resto de barba en la mandíbula.
Vaya clase, pensó mi hermano, y ya iba a dar
por perdido el fin de semana
cuando hizo su entrada la hija del general,
una mujer de piel clara, alta, lozana
cuyo marido había sido un comandante de tanques inglés
que había muerto combatiendo contra las tropas de Rommel
en el norte de África.

Mientras mi hermano me hablaba de ella, la llamaba señorita
Manderleigh:

Tenía unos ojos grandes y separados, los labios carnosos y rojos.
Tenía el pelo negro y lo llevaba cortado estilo paje,
lucía una modesta blusa, falda y zapatos de tacón alto.
La mano que estrechó la de mi hermano era suave y cálida,
y su sonriente y desenvuelto hola dejó claro
con pocas palabras
que ella comprendió que mi hermano estaba en una situación
apurada.

Lo dejaron un rato solo y pudo pasear por la casa.
Mi hermano no entendía cómo esas personas
eran capaces de vivir en esa mansión con almenas de piedra
amarilla de Costwold,
al parecer sin advertir que iba a quedar hecha una ruina
por dentro y por fuera.

No estaba pegada a la superficie, ni arraigada
a la tierra
sino puesta encima, sin árboles, sólo matas muertas
dentro de urnas

y un par de animales indolentes
para expresar la distinción del lugar.

Detrás había medio acre tapiado y convertido
en jardín victoriano,

Y más allá un extenso terreno que se elevaba lentamente
y que la señorita Manderleigh señaló al sacar
una cesta de pícnic y una pesada radio portátil

Como anfitriona decidida a procurar
que su invitado se divirtiera.

Mi hermano no tenía ni idea, ni siquiera se le había ocurrido aún,
puede que quizá como fantasía, aunque
fueron los dos solos, me contó mi hermano

quienes subieron el largo sendero de la colina que era como una
nave de iglesia
entre los setos que se inclinaban como cortesanos
deferentes
en medio del viento que se levantaba bruscamente.
Oh, querido, dijo la señorita Manderleigh
El cielo es una extraña bóveda verde, caen las primeras gotas,
Y entonces les cayó encima un vendaval con lluvia,
una tempestad muy poco inglesa
Y para cuando pudieron refugiarse en un granero
estaban totalmente empapados.
El viento había lanzado a los pájaros contra el granero.
Dos o tres revoloteaban en círculos con las alas rotas sobre
la alta hierba atada en haces.
Cuando estuvieron dentro, en la oscuridad, la radio portátil
que mi hermano llevaba como si fuera una maleta
se puso en marcha por sí sola de pronto
Y comenzaron a escuchar un discurso por onda corta de Hitler
Que sonaba como cuando se vierte una caja de herramientas
llena de clavos, tuercas y pernos,
La crisis de la guerra mundial negaba groseramente
cualquier evasión pastoril
y probablemente aceleró el instinto de los dos jóvenes
de hacer el amor mientras aún pudieran.
Ella apagó la radio, él encendió una linterna
y se excitó al ver a la señorita Manderleigh
con su vestido de pícnic color pastel empapado,
y las prendas interiores apretadas como un solo envoltorio
transparente
sobre su persona recién revelada.
Divertida ante su propio desconcierto, Mira, parecía decir ella
Y sus labios se apretaron formando un hoyuelo en las mejillas
en un cómico menosprecio de sí misma, levantó las cejas,
la luz de la linterna brillaba en sus ojos
Esta sorprendente chica así envuelta, de hombros
carnosos y rosáceos
redondeándose más aún cuando cruzaba los brazos
sobre los pechos, una curiosa mirada a su propio pie levantado
en la mano de mi hermano
Como si fuera a otra a la que desvistieran.
No es que mi hermano me contara los detalles

—en cuestiones sexuales suele mostrarse reticente—
Pero yo adorno su narración
con mantas de montar a caballo donde refugiarse
una botella de vino en el cesto,
el *pop* del tapón al abrirse, el vino en dos copas
los sándwiches de pepino y los huevos con salsa picante olvidados
y el viento silbando a través de las rendijas
un par de caballos de la granja en su caballeriza
al parecer contentos de tener compañía
y sus sacudidas y bufidos modificados en la mente de mi hermano
y convertidos en una especie de aprobación animal.
Aquella noche, durante la cena, el general vestido de uniforme
presidía en un extremo de la mesa,
La señorita Manderleigh y mi hermano estaban al otro lado.
Cenaron productos de la huerta
y aves de los campos.
En este país en guerra sabías de dónde venía
todo.
Cuando el general quiso retirarse
murmuró sus mejores deseos para mi hermano
y le estrechó la mano.
Su ayuda de cámara le ayudó a subir la escalinata en curva.
Ronald y la señorita Manderleigh bebieron brandy con soda,
y jugaron a las cartas junto al fuego
Y cuando ella se hubo asegurado de que todos dormían
le llevó a su dormitorio.
Mi hermano me contó que estaba muy borracho pero que recordaba
la cama de ella, los cuatro postes labrados en forma de alfiles.
Me gusta pensar que se mecían en paralelo al moverse la cama,
en rombo hacia el este, en rombo hacia el oeste,
hasta que el pálido amanecer se deslizó bajo los bordes de
las cortinas de las ventanas en tiempo de guerra.
Me gusta pensar que este fin de semana de pragmática
diversión inglesa
era en ese momento una alucinación de su mente hecha realidad.
Que él se imaginaba a los dos corriendo al oír las campanas
de los maitines de la catedral de Costwold,
con monjes en sus celdas que bostezaban al flagelarse,
y las sílabas en latín que se alzaban como nerviosas
golondrinas en la oscura mañana europea.
Y no mucho después ella le decía Adiós sargento.

Con ese sargento lleno de ese tono de patriótico amorío
por un soldado aliado que quizá moriría pronto,
Y todo empapado de esa luz gris,
la piedra manchada de la mansión
con almenas.

El viejo Bentley negro y viejo y lustroso de rocío
la gravilla marronosa bajo sus pies.
Buscó con la mirada el granero que había sobre la lejana colina
tan extrañamente ubicado para matar a los pájaros
arrastrados por el viento.

Los setos castigados ahora quietos, la mañana fría y
serena.

Se quedaron los dos allí sin saber qué decir, no habían
intercambiado sus direcciones.

Mi hermano no percibió entre ellos ninguna intimidad perdurable
Era uno de esos miembros de la raza inglesa que hacen lo que
hay que hacer.

Ahora estaban de capa caída, eran más pobres que las ratas, pero
aún seguían haciendo lo que había que hacer.

Mi hermano era soldado americano y todo eso le era nuevo,
Había muchas cosas de las que no hablarían
Todo lo que hicieran sería una forma de duelo.

La señorita Manderleigh estaba agotada, muerta de sueño,
Qué terrible esfuerzo asomar una sonrisa a sus labios hinchados
aquella mañana llevaba el pelo de cualquier manera
para la ilusoria despedida de una dulce y perdurable
amistad.

Y él jamás olvidaría la triste alma ni de hombre ni de mujer
simplemente humana
que surgió de los ojos de ella,
borrando de su memoria de qué color eran, cuando él le dijo
adiós.
Adiós, señorita Manderleigh, adiós.

Veinticuatro horas después todas las tripulaciones de la escuadrilla
de mi hermano
se pusieron en alerta, y al alba del día siguiente
las Fortalezas Volantes, portadora cada una de dos mil
kilos de bombas
enfilaron la pista de despegue en medio de la niebla de Suffolk.
Un grupo tras otro fue llegando al cielo

de East Anglia
hasta que se hubieron reunido los ciento cuarenta B-17
y los cazas P-47 que los escoltaban.
Las bombas de aquella misión iban destinadas
a las fábricas de rodamientos de bolas
de Schweinfurt, mucho más allá de la frontera alemana.
O quizá a Regensburg donde los alemanes fabricaban
sus cazas
O era Regensfurt o quizá Schweinburg
Tendré que acordarme de preguntárselo a mi hermano
Le gusta tan poco hablar de sus experiencias de guerra
como de sus aventuras amorosas de cuando era joven
Un héroe de familia modesta, ahora ya ha cumplido los setenta
juega al tenis cada día
Y está orgulloso de sus tres hijos ya adultos con los que
le gusta ir a pescar,
Adora a su primera esposa de cuarenta y tantos años
y tomar un martini antes de cenar
Y los rituales de las fiestas judías.
En cualquier caso la misión fue un desastre
Aunque las Fortalezas estaban equipadas
con tanques de combustible de largo alcance,
los P-47 sólo tenían combustible para acompañarlos
hasta la frontera alemana con Holanda y volver
Pero sobrevolaban ya Alemania cuando aparecieron los hunos,
sus escuadrillas de Messerschmitt 109 de morro amarillo
que se lanzaron en picado desde la retaguardia sobre
los bombarderos que volaban en línea recta
manteniendo la formación
en el momento en que fueron barridos por los cañones de ala
de los cazas.
Los llenaron de agujeros, les incendiaron los aparatos
las ametralladoras dobles de calibre 50 de las torretas
prácticamente impotentes ante las furiosas picaduras
de los 109 que se les abalanzaban en rizo y desaparecían.
Por el intercomunicador sólo se oían gritos, órdenes,
a alguien gimiendo.
Los indicadores y luces y tubos incandescentes
de la emisora de Ronald
Parecieron de pronto desmoronarse
como un castillo de arena

Las luces se apagaron, los intercomunicadores quedaron en silencio
Se encontró con una pieza incandescente de metralla
 que le traspasó el guante
El fuselaje que había delante de él era como un ojo
 color azul, el mismo color que los ojos de su madre
El humo llenó de pronto la Fortaleza que no dejaba de vibrar
 y casi tan repentinamente se disipó.
Consiguió salir de donde estaba y corrió hacia delante
sólo porque el avión estaba inclinado
 en esa dirección.
Encontró al copiloto desplomado sobre la palanca de mando,
 y al piloto gesticulando.
Ronald apartó de la silla al chaval muerto
 —tenía la cabeza casi separada del cuerpo—
le colocó suavemente sobre el suelo de la cabina
 y ocupó su lugar.
Se quitó la chaqueta de vuelo y utilizó el forro
 de lana
para limpiar la sangre de la mascarilla de oxígeno
 del copiloto
y luego se la puso.
Limpió las salpicaduras de sangre de las ventanillas.
Una calibrada hilera de luces marcaba la
 trayectoria de los impactos de las balas en el fuselaje.
En cuanto hubieron nivelado el morro del B-17,
le ordenaron que cogiera los mandos
 mientras el piloto, con la cara manchada de sangre
 intentaba quitarse la que tenía en los ojos.
Así que ahí estaba Ronald en su nuevo puesto
Delante de él el cielo estaba lleno de las formaciones
 rotas de las Fortalezas
Y ahora parejas de Focke-Wulfs reemplazaban a los 109
 y se lanzaban en picado desde el sol
 sobre los B-17,
Irrumpiendo en medio de las formaciones,
 las ametralladoras escupiendo fuego
y elevándose con insolencia de inmediato para otro ataque.
Poco parecía importar que algún avión huno
 estallara o cayera dejando un hilo de humo,
Poseían una alegría suicida.
Los bombarderos se incendiaban,

o caían en barrena como una hoja
o giraban sobre sí mismos en las puntas de las alas
o iban lanzados hacia el suelo en línea recta como una flecha.
Estelas de condensación y balas trazadoras surcaban el cielo
indescifrables mensajes
puntuados por las explosiones de los antiaéreos
Pasaban cuerpos volando, paracaidistas atrapados en los torbellinos de las hélices,
trozos de alas, cubiertas de proa, escotillas
un pie descalzo, una cabeza con su casco de cuero,
paneles de los instrumentos, una hélice que giraba lentamente
Todos esos escombros de hombres y máquinas
Mierda celeste que se desperdigaba volando.
No recuerda cuánto duró
parecía que ésa fuera la única vida posible
hasta que finalmente dejaron atrás a los Focke-Wulfs
y lo que quedaba de los escuadrones
quizá sesenta aparatos,
avistó el objetivo.
Sólo tuvieron que atravesar el fuego de los antiaéreos
y ya estaban a punto de cumplir su misión.
Abrieron los compartimentos de las bombas,
las Fortalezas se acercaron al objetivo
e hicieron la primera pasada.
La ciudad que había debajo pareció estallar de repente
Surgió un nuevo sonido bajo el zumbido del motor
el grave retumbo de las explosiones,
acompañado de los bandazos del avión
El avión tomó altura de pronto, Ronald oyó el grito
del bombardero, Bombas fuera
Imputó un antropomórfico sentido del triunfo
al avión
que había entregado ese severo mensaje a los alemanes.
Vámonos de aquí echando hostias, dijo el piloto.
Sólo entonces se dio cuenta de que los mandos no le respondían
Hiciera lo que hiciera, no pasaba nada.
El plan de vuelo exigía evitar a la Luftwaffe
que tanto los había castigado a la ida,
por lo que debían seguir hacia delante, hacia el sur, sobre los Alpes
italianos hasta los aeródromos del norte de África.
Pero la misión los había llevado hacia el oeste, en cielo alemán.
El piloto era incapaz de hacer girar el avión, ni de inclinarlo,

ni de ganar altura ni nada que no fuera
seguir adelante.

Mientras avanzaban sin parar le pareció
que los cables estaban arrancados,
colgaban de un hilo

Y que en cualquier momento todo se le podía desmontar en las
manos.

Oh, mierda, no me hagas esto, le oyó decir Ronald.

Comenzaron a perder altitud
disminuyendo temporalmente la velocidad
y pusieron en bandera dos de los motores.

Hasta que consiguieron volar bastante seguros
evitando ser detectados
a menos de doscientos metros de altura

sobre los sembrados sorprendentemente cuidados y surcados de
setos,

Algunos rebaños de vacas avanzaban en indolente galope
mientras ellos pasaban.

Un anciano señalaba con el dedo, una mujer tendía la ropa
el mozo de una estación de tren agitaba el puño

Un largo tren de mercancías en una vía muerta, los guardas
levantan sus fusiles,

Ronald tiene la impresión de que toda Alemania está ahora alertada
de que esa bestia americana herida sobrevuela
sus campos.

Pero seguían adelante, con sólo tres o cuatro tripulantes vivos
en aquel avión helado y calcinado
solos, sin contacto por radio,

Y el viento silbaba a través de miles
de desgarrones en el fuselaje

y los camaradas muertos estaban desplomados en sus torretas
de ametralladoras hechas trizas...

Amigos, hermanos y hermanas,

¿Qué podemos hacer para que nuestras historias
no tengan el titubeante paso de un desfile de veteranos?

La experiencia de la experiencia no se puede transmitir,

Los niños se encogen de hombros a lo hecho pecho,
y la historia finalmente les enseña

a no estar en el lugar equivocado en el momento equivocado,

Al igual que les ocurrió a treinta millones de personas en la

segunda guerra mundial,
cada uno con su ración de sufrimiento terminal
durante al menos un insoportable momento
y todas las afectuosas estructuras de la conciencia
satánicamente comprimidas a medida que el mundo
llegaba a su fin.
Me pregunto cuántas veces el mundo puede llegar a su fin
antes de que el mundo llegue a su fin.
Sentado entre los escombros de la cabina del piloto
los verdes campos de abajo agrisados por la sangre seca
del cristal de la ventanilla,
Quizá mi hermano Ronald entrevió
más allá de las circunstancias en que se encontraba
Una Europa tan históricamente sumida en la fantasía,
fantasía de rey, fantasía de sacerdote,
que de inmediato se podía considerar una de las causas
de todos esos relatos criminales
Que estaban en boca de los empresarios teatrales más monstruosos
del siglo xx,
los vociferantes psicópatas que siempre sabían
a quién culpar.
O quizás estuvo rumiando que la diferencia entre
la guerra y la paz
es una cuestión de organización, las muertes en época de paz
son comparativamente azarosas, chapuceras, locales
o atenuadas por cosas como la pobreza
mientras que las muertes en época de guerra son una movilización
de masas concertada e infalible.
Lo más probable, sentado allí, helado y en camisa
y luego, igual de incómodo,
en su chaqueta de vuelo cuyo forro de lana
colgaba con las pequeñas estalactitas
de la sangre de los aviadores muertos,
es que pensara en su madre y en su padre, Ruth y Ben,
y aunque no fuera capaz de visualizarlos,
los sentía como una imponente presencia moral
que le daba fuerzas simplemente por el hecho de existir
y ser su padre y su madre.
Y pensó en su hermano pequeño, Everett,
que tan en serio se tomaba
el aprender a lanzar y a recoger una pelota de béisbol,

y sintió que la protegida inocencia de Everett
también le daba fuerzas.

Miró el reloj: en los Estados Unidos
el día estaba en todo su apogeo.

Se juró que algún día reanudaría
su modesta vida de trabajo, escuela y hogar
y que jamás se le olvidaría dar gracias a Dios por la bendición
de esta familia unida.

Mientras tanto había oscurecido, se aproximaba
una tormenta.

Lentamente, el piloto ganó la altitud necesaria
sin saber en qué momento
el aparato dejaría de volar.

Los ingleses llamaban a sus aviones «aparatos»
una expresión demasiado pintoresca para una Fortaleza Volante
en opinión de mi hermano

Pero cada vez que oía temblar las alas
o el petardeo de los motores al estrangularse
le parecía un término de lo más acertado.

Ahora no sé cuándo ni cómo sucedió exactamente
pero a Ronald le ordenaron saltar en paracaídas.

El cielo estaba negro, había estallado una tormenta,
Quizá los relámpagos habían provocado un cortocircuito
en el panel de instrumentos.

Volaban a ciegas, la brújula daba vueltas sin parar,

Las turbulencias eran brutales, los zarandeaban,
Y creo que me contó que el motor exterior de estribor estaba en
llamas.

A la luz de ese fuego vio que el ala
comenzaba a partirse.

El piloto les gritaba que salieran a todos los que estaban vivos,
el avión daba bandazos, botes, se resquebrajaba,

Ronald se fue trastabillando hacia popa y cogió el paracaídas,
Una portezuela estaba abierta, la lluvia les daba en la cara,
los hombres salían arrastrándose delante de él

Y volviendo la vista hacia el piloto
que se levantaba ya de su asiento
y abandonaba el avión a su caída en picado

Ronald saltó hacia aquella oscura y furiosa tormenta.

Camarero, otra cerveza para estos hermanos y hermanas
tienen la boca seca, y otra para mí.
Para ser inmune a las historias criminales y voceadas
hay que contar historias, ¿no os parece?
Una historia sobre una página es como un circuito impreso
a través del cual fluyen nuestras vidas,
Una historia contada apela a nuestra nimia capacidad
de vivir dentro de cuerpos que no son los nuestros.
Querrías que todo el planeta tuviera voz
y que la totalidad de las narraciones humanas
compusieran un himno a la ilustración
si eso fuera posible.
En cualquier caso, aquí está este joven aviador,
de veintidós años
cayendo hacia tierra en paracaídas.
Siente fuertes tirones en los brazos y tiene
los hombros a punto de salirse del sitio
cuando rebota contra las crestas y se hunde en los abismos
de la turbulenta tormenta de aire negro.
Desciende a través de las nubes y sufre una iluminación
momentánea, silenciosa, plena
antes de quedarse a oscuras en la vituperante tormenta.
Ni siquiera oye chocar su avión.
En ese inmenso mar estruendoso de oscuridad
iluminada por los relámpagos,
Más honda que ninguna otra oscuridad que haya conocido
Y con un continente de restos de hueso alzándose para recibirle
No recuerda nada de la señorita Manderleigh
Ni sus palabras, ni sus gritos, ni los íntimos hechos
corporales
ni su forma o tamaño o perfil o sonrisa o tacto
Sino sólo la triste alma ni de hombre ni de mujer
simplemente humana
que surgió de sus ojos apagados por el amor
borrando de su memoria de qué color eran, mientras
le grita al cielo
¡Adiós, señorita Manderleigh, adiós!
Pensó que ése iba a ser su final.
Pero el paracaidista que no toca agua ni tierra
invoca un ámbito de mítica profecía

Como cuando de manera imposible el bosque de Dunsinane
comienza a agitarse aunque no haya viento,
se desarraiga, le salen pies, y empieza a avanzar
para ver de qué pasta está hecho ese pobre cabrón de
Macbeth.

Primero mi hermano pensó que había caído sobre conchas marinas.
a causa del crujir de sus botas al pisar,

Pero fue arrastrado un cierto trecho, rodando y retorciéndose
hasta que logró descargar el viento de su paracaídas,
fue golpeado y aporreado con lo que le parecieron
cayados o mangos de rastrillos.

Pensó que era un comité de recepción de campesinos
que demostraban su patriotismo.

Sólo cuando quedó inmóvil, un tobillo torcido
bajo una rama inamovible,

la xilofónica banda sonora de la acción
le sonó en los oídos

Y en el silencio posterior comprendió
que tenía un cubito en una mano
y una tibia en la otra.

Había llegado a un campo de batalla de la guerra anterior,
reabierto por una granada errante de la actual.

Era una tumba improvisada de viejos huesos
y cráneos

que aún llevaban el elegante casco francés
y el fálico alemán,

los esqueletos de los guerreros de la generación de su padre
enterrados de prisa y corriendo mientras avanzaba la Gran Guerra.

Tenía fundadas esperanzas de estar en Francia

Pero al principio se sintió demasiado aturdido para moverse
y a continuación sintió demasiado dolor

y se quedó toda la noche en aquel campo de huesos.

Allí aprendió que los huesos de cierta edad
están huecos, no pesan, y se agitan con la brisa
como flautas de paja o bambú.

Se mueven, se mecen, golpean suavemente
unos contra otros,

Emiten un chasquido, como vías de tren, tiemblan y se aquietan
como naipes al barajarlos,

Tintinean como campanillas, ululan suavemente como búhos.

Se imaginó unos fantasmas bromistas

que ya ni protestan, ni se enfadan, farfullan atropelladamente.
Pero por la mañana le encontró un auténtico campesino francés.
Escondieron a Ronald en una granja,
le cuidaron, le pusieron el hueso en su sitio, y le sanaron.
Durante esos días montó algunas radios
para la Resistencia de la zona,
y se ganó el afecto de toda una familia
este intrépido muchacho americano del Bronx
con un mechón de pelo que le caía sobre la frente
y al que le gustaba la leche fresca sin pasteurizar
aún caliente del cubo.
Le abrazaron, se despidieron de él y él se marchó
oculto en carros de heno, carretas y camiones
De una casa segura a otra durante semanas hasta
que cruzó clandestinamente el canal en un barco de pesca.
Había sido el único superviviente de la tripulación.
Pero no tardó en volver a volar,
en volver a combatir en las pirotécnicas noches de Europa
Incapaz a veces de saber si el aparato en el que volaba
iba estabilizado o caía en picado
Si los gritos que oía eran del motor
o suyos.
Y así es como quiero dejarle...
En la guerra después de la guerra... antes de la guerra
Antes de que acabara su gira por Europa y volviera a casa.

La rabina me ha mandado por fax el expediente de su padre. No hay gran cosa. Sus cartas al Ministerio de Justicia. Las réplicas burocráticas de éstos. Dos artículos de 1977 aparecidos en *The New York Times*: la vista de la deportación, las conclusiones. Una foto borrosa de la cabeza, un tipo calvo de cara demacrada. Tres personas testifican que el hombre en cuestión era comandante del gueto, un tal Schmitz, pero el abogado de éste rebate su testimonio. Los testigos eran ancianos, fáciles de confundir. El defendido declara que se llama Helmut Preissen, que fue cabo y que sólo ejerció labores de vigilancia en el gueto durante tres meses antes de ser embarcado para luchar en el frente ruso. Es el mismo carnet de identidad que presentó a las autoridades de inmigración después de la guerra. El juez falla a su favor... Se mandan y se reciben cartas del centro Simon Wiesenthal, y el empleado del centro está de acuerdo con el padre de Sarah en que Preissen es sin duda Schmitz, pero a falta de documentación convincente, no hay manera de identificarlo para que se reabra el caso, aunque el expediente siga abierto.

En el Ministerio de Justicia no están tan de acuerdo, y su abogado se muestra un tanto reticente a encargarse del caso.



Un nido de tres crías de halcón peregrino en el alféizar de una ventana de marco de hierro, en el último piso. Quienquiera que viva ahí es sensible a la nidada y mantiene las persianas bajadas. Qué gran privilegio verlos con mis binoculares. Sé cuándo la madre regresa, son como inmóviles bolas de pelo. Entonces, de pronto, y a lo mejor la madre está a varias manzanas de distancia, comienzan a graznar, abren el pico que parece una excavadora, dirigen sus garras al cielo. Y un momento después ella desciende el cañón, lleva un pájaro de ciudad entre las garras, una tórtola. Sin embargo, aterriza, las alas extendidas hacia la excitación de las exigencias de las crías, sujeta la presa con una pata, una lluvia de plumas pectorales y a continuación picotea metódicamente a su víctima, arrancando rojos fragmentos de carne y arrojándolos al interior de esos garras.



Supón que este tipo trabaja para el *The New York Times*, lleva una carrera regular, nunca llega tan alto como cree merecer, se lo puedes ver en el gesto de la boca. A otros les dan el chollo de los destinos en el extranjero, llegan a los puestos más importantes, y con el paso de los años la idea de que han desaprovechado su talento se le va posando sobre la curva de la espalda. Ahora es un hombre corriente de pelo gris, ya cerca de los sesenta, y a lo más que ha llegado es a redactor de las secciones menos importantes.

Lo que finalmente se vuelve intolerable es el juicio de sus colegas: jamás llegará a ser un periodista de élite. Corroído por la amargura, pide la jubilación anticipada.

Durante el primer mes está profundamente aterrado, echa de menos la rutina, su secreta sensación de poseer una parte del periódico, de que era suyo, y también echa de menos las afrentas a la idea que tiene de sí mismo, el maremágnum del chismorreos, las diarias euforias y tristezas de los pequeños triunfos y derrotas. Por encima de todo, echa de menos la sensación de estar dentro.

Pero al mismo tiempo, la perspectiva exterior lo reduce todo a una proporción razonable. El periódico no es el mundo, es un simulacro de la vida del mundo, sus guerras, hambrunas, negocios, el tiempo, la política, el crimen, los deportes, las artes, la ciencia, todo compartimentado y convertido en historias que se estampan sobre papel de prensa doblado. Y lo que él tiene ahora con sólo extender un brazo es todo eso, ¡pero en bruto, sin forma, no escrito! Se ve inmerso en las dimensiones de una realidad sin mediaciones.

Y ahora que ya no es un esclavo del salario, separado de la institución de la que ha vivido para enfrentarse a sí mismo en libertad, este hombre al que jamás han puesto ni una multa de tráfico se comporta de una manera descarada y poco habitual. Deja de afeitarse, se deja crecer el pelo, finge estar loco cuando va por la calle, observa con deleite cómo la gente se aparta a su paso. Les hace comentarios groseros a los hombres de negocios que bajan de sus limusinas a la puerta de los hoteles de Park Avenue, se comporta como un maleducado en las tiendas y se muestra desdeñoso en las galerías de arte. Se pasea por los muelles del West Side por la noche, por las calles oscuras bajo las secciones de los ferrocarriles elevados que no han arrancado, se va con putas de falda ceñida a los garajes de taxis, o folla con ellas en hoteles de mala muerte de West Street. Hace todo lo que se le ocurre para romper con esos sesenta años que ha pasado viviendo según las reglas.

Pero todo esto no le transforma. Se detesta, aún suspira porque le encarguen algún trabajo, por la servidumbre, por el pequeño triunfo del cheque del viernes o la camaradería del bar. Desesperado, empieza una novela pero la abandona después de poco más de diez páginas. Es incapaz de llamar a sus amigos que aún trabajan. Se queda mirando el teléfono esperando a que suene, sabiendo que no lo hará. Mentalmente han escrito su obituario y lo han compuesto, y el día de su muerte no es más que la señal para publicarlo.

Sólo cuando se da cuenta de que está pensando en llamar a su ex mujer se da cuenta de que su vida está pendiente de un hilo. Comienza a pensar en serio. Y al pensar descubre un plan de acción cuya mera contemplación consigue hacerle sentir vivo de nuevo.

Decide que los periódicos cuentan historias que, con pocas excepciones, nunca están completas. La historia del mercado de valores o de la lucha del poder entre las naciones no tiene fin. Esas historias no tienen final, están sometidas a ciclos, ciclos de guerra y paz. Puede que se celebren elecciones, que alguien las gane o las pierda, que los partidos incrementen sus mayorías o pierdan sus mayorías, y todo este flujo, bastante temporal, y los perdurables efectos de la legislación, se ven debilitados con el tiempo por administraciones que no hacen caso de la ley o la desobedecen o la reforman. Los partidos ganadores o perdedores son reemplazados por otros partidos, las temporadas deportivas se diluyen en las últimas ligas que se celebran y en un torbellino de fichajes, los cosmólogos de las páginas científicas definen y redefinen la naturaleza del universo, su tamaño, su dinámica; los geólogos incrementan periódicamente la edad de la Tierra; las empresas se venden y se compran, se saquean y se revenden, se fusionan, se sanean cuando están en bancarrota y se deshacen, se les pone un nuevo nombre, se restauran. La empresa humana sigue adelante, con unas ambiciones que nunca pueden ser satisfechas.

Es cierto que se celebran juicios y que a los acusados se les halla culpables o inocentes. Y naturalmente existe ese canto del cisne que es el obituario. Por otro lado, hay algunos importantes: el del rey Leopoldo, de Hitler, Stalin, Pol Pot, por ejemplo,

que no suponen un final de nada porque los sujetos murieron antes de que se les pudiera juzgar. En tales casos la muerte no es suficiente castigo. La herida no se cierra cuando hombres como éstos mueren de muerte natural sin que se les sentencie de una manera que represente los sacramentos de la ley moral universal. El hecho de su muerte resulta incidental cuando la civilización, con una imponente voz inspirada por Dios, no ha podido acusarles de sus crímenes.

Sin embargo, la ley no podría encontrar un castigo acorde con lo que hicieron esos individuos. Yo mismo los enviaría al círculo inferior del infierno y los instalaría en su núcleo helado, donde serían abrazados por los escamosos brazos de Satán, quien por los siglos de los siglos echaría su aliento repugnante y excoriante sobre sus caras y vomitaría sus residuos vivos con gusanos retorciéndose y escarabajos peloteros encima de ellos mientras, lentamente, célula por célula, todas ellas heladas y exquisitamente ultrajadas, los absorbería en su infame ser...

El ex empleado del *The New York Times* decide que el cinismo de los reporteros está íntimamente relacionado con lo inacabado de sus historias, sobre todo cuando, una y otra vez, la justicia no consigue llegar a tiempo para imponer una conclusión justa.

Decide poner fin a una historia que siempre le ha llamado mucho la atención. Sus oscuros años de trabajo le han otorgado una capacidad moral. Sus años como periodista le han enseñado todos los engaños y racionalizaciones, incluyendo la integridad, para hacer el mal o para encubrirlo. Durante todo el tiempo que ha trabajado en el periódico ha tenido a su cargo las historias que pudieron completarse pero que quedaron inacabadas. ¿Y con qué propósito, sino con el evidente de llevar a cabo su nueva y emocionante misión? Él será el ultimador.

En un estado de solemne alegría y ferviente resolución, llama a sus viejos colegas, quienes, incapaces de detectar en él nada que no sea el individuo gris y aburrido que habían conocido, le conceden la cortesía profesional de acceder a la información de que disponen. En menos de un día ha elegido las historias que va a completar.

La primera es la de un antiguo sargento de las SS que vive en Cincinnati.



Cuando Sarah y Pem llegaron a Vilnius, Joshua Gruen aún vivía, tenía el cráneo fracturado, los dos brazos y varias costillas rotas. Tenía un pulmón inútil, y había contraído neumonía. El encargado de negocios americano los recogió en el aeropuerto y enseguida los llevó al hospital. Sarah inmediatamente puso en duda la eficacia de la atención médica, pero al final estuvo de acuerdo en que Joshua estaba demasiado grave para volar. Se hallaba en coma. Se le pidió permiso para hacerle una trepanación con el fin de aliviarle la presión en el cerebro. Pem se quedó sentado con Sarah Blumenthal en el pasillo, delante del quirófano. Dijo que ella no lloró ni habló.

Simplemente estuvo con la mirada fija en el suelo. Habían volado desde el aeropuerto Kennedy hasta Frankfurt, esperado dos horas para enlazar con otro vuelo, y habían ido directamente desde el aeropuerto de Vilnius al hospital. Pem se decía que el agotamiento le haría de sedante a Sarah. Dijo que cerró los ojos y rezó en silencio para que Joshua se recuperara, pero le pareció que Sarah probablemente no había rezado.

Aquella noche se alojaron en la residencia del embajador. Él y su mujer no podían haber sido más amables. Se encargaron de todo el papeleo para enviar el cadáver a su país. Sarah estaba tan desconsolada que el médico tuvo que atenderla. La sedaron durante veinticuatro horas, durante las cuales Pem se fue al hotel donde se había alojado Joshua y recogió unas cuantas cosas. Me contó que el rabino había estado leyendo la *Cabala* de Gershom Scholem, los *Encuentros entre el judaísmo y la filosofía moderna* de Emil Fackenheim y *El último caso de Trent*, una novela inglesa de misterio con casa de campo de los años treinta escrita por E. C. Bentley. Dijo que imaginaba que Joshua la había releído como si fuera un clásico.

En el hotel también encontró el cuaderno del rabino, en el que había anotado los nombres de todas las personas con las que había hablado acerca del diario del gueto. La iglesia donde lo habían escondido ya no existía, y su lugar lo ocupaba ahora una moderna casa de pisos. Había dos o tres nombres y direcciones más, presumiblemente de gente con la que no había tenido la oportunidad de entrevistarse antes de ser atacado junto a la entrada de la antigua sinagoga de la calle Vokieciu, clausurada con tablones, y a la que ya no asistían fieles, sólo visitantes, como si fuera un cementerio.



Reichsmarschall, tengo el honor de informarle de cómo progresan las obras según las directrices del Reichsleiter, mediante las cuales el Instituto para la Exploración de la Cuestión Judía va a construir y mantener un museo para la adquisición, inventario y exposición de artículos judaicos de interés histórico o antropológico, como bibliotecas, objetos de culto, producciones de arte popular y propiedades personales que posean algún valor.

1. El embalaje y envío a través de transporte militar de todas estas propiedades ocurre de manera simultánea al desalojo de la población judía de cada uno de los ciento cincuenta y tres pueblos, municipios y distritos del gueto del Protectorado (Directrices 1.051, 1.052). Esto nos asegura la exacta atribución del inventario según la región y provincia de cada uno de los objetos de entre los cuales se elegirán los que van a exhibirse, hasta este momento una tarea especialmente compleja dado el volumen creciente, y que aumenta cada día, del material recibido.

2. Le adjunto un manifiesto de las colecciones por categorías, No se adjuntan los números de los objetos al ser sólo provisionales:

Rollos de pergamino manuscritos de la Torá (Pentateuco), mantos de seda para la Torá, mantos de terciopelo para la Tota, vestiduras de plata trabajada y grabada para la Torá, coronas de plata cincelada y grabada con piedras semipreciosas para la Torá, cenefas de seda para la Torá, puntos de plata para la Torá, puntos de plata o madera con la forma de pequeñas manos con el dedo índice extendido para la Torá, florones de plata grabada para la Torá, florones de hoja dorada para la Torá, seda de encuadernación para la Torá, lino de encuadernación para la Torá, cortinas de seda para la Torá, cortina de seda aterciopelada para la Torá, cortinas de terciopelo para la Torá, chales de seda para la oración, chales de lino para la oración, chales de seda bordada en oro para la oración, chales de seda bordada en plata para la oración, devocionarios de uso diario, devocionarios para los días de fiesta, libros del *midrash* (teología), candelabros de plata, candelabros de latón, *mezuzots* (amuletos para las puertas) de madera tallada, *mezuzots* de cuero, lámparas de plata para el *chanuka* (una fiesta), lámparas de peltre para el *chanuka*, lámparas de latón para el *chanuka*, *dreidlach* (peonzas para niño) de madera, plomo de moldes de *dreidlach*, llaves de sinagoga, luces «eternas» de peltre, luces «eternas» de latón, mesas de lectura de roble, mesas de lectura de pino, facistoles de roble, facistoles de pino, peines de sociedades funerarias, jarras de sociedades funerarias, sudarios de tela de sociedades funerarias, uniformes de sociedades funerarias, estandarte de gremios, banderas de gremios, arcas de sinagoga con leones rampantes de madera tallada, arcas de sinagoga con leones rampantes de madera tallada y pintada, alcancías de madera, alcancías de cobre, alcancías chapadas en plata, solideos de terciopelo, solideos de seda, anillos de boda de oro, anillos de compromiso de plata y diamantes, platos nupciales de plata, jarras ceremoniales de plata, bandejas de plata, vajillas de porcelana, vajillas de plata, cuencos de servir, tazas, platillos de loza, ollas de hierro, ollas esmaltadas, hervidores de hierro, sartenes de hierro, cubiertos de acero, herramientas de carpintería, aperos de labranza, retratos de hombres al óleo, retratos de mujeres al óleo, retratos de niños al óleo, escenas campestres al óleo, escenas campestres a la acuarela sobre papel, fotografías de boda coloreadas a mano, fotografías de niños coloreadas a mano, fotografías de familias coloreadas a mano, cámaras, máquinas de escribir, series de libros con la misma cubierta, libros individuales, libros de referencia, libros de arte, partituras encuadernadas, partituras sin encuadernar, instrumentos musicales de cuerda, instrumentos musicales de viento, instrumentos musicales de metal, instrumentos musicales de percusión, instrumental quirúrgico de acero, instrumental quirúrgico de acero cromado, camas de madera, camas de latón, colchones de crin, colchas, edredones, almohadones de plumón, almohadones de algodón, jofainas de cerámica, jofainas de peltre, trajes de noche de hombre, trajes de noche de mujer, sombreros de copa, chaquetas de hombre, chaquetas de mujer, trajes de hombre, vestidos de mujer, carteras de cuero, bolsos de cuero, bolsos de abalorios, uniformes escolares de niño, uniformes escolares de niña, peines, cosméticos, horquillas, pasadores, artículos de mercería, pipas, pitilleras,

cortapuros, zapatos de hombre, zapatos de mujer, zapatos de niño, binoculares, anteojos para la ópera, gafas, relojes de muñeca, relojes de bolsillo, trompetillas, tinteros, plumas de plumilla, plumas estilográficas, artículos de papelería sencillos, artículos de papelería con las iniciales grabadas en relieve, paraguas, bastones de madera, bastones de madera y plata, trebejos de marfil, trebejos de madera, juguetes de tirar de niño, muñecas de niña, juegos de mesa para niños, cochecitos de niño, trineos para la nieve de niño, juegos de pinturas para niños, libros de redacción para niños, cajas de lápices con lápices para niños.



Diré, póstumamente, que Europa es la peor desgracia del mundo, que ustedes los americanos que se han llevado lo mejor que Europa podía ofrecer al tiempo que esperan evitar lo peor están, como suele decirse, «haciéndose los suecos». Todo su pensamiento empapado de Dios es una réplica de las estructuras religiosas elaboradas a partir de la vida alucinatoria del antiguo Oriente Próximo por los clérigos europeos, todas sus fricciones sociales son la herencia de las economías esclavistas coloniales de los hombres de negocios europeos, todos sus galimatías metafísicos se los idearon los intelectuales europeos, y ahora han cruzado el océano para intervenir en dos guerras concebidas por los políticos europeos, y han acabado instalando en su república la mentalidad militarista que ha tenido a nuestras ciudades en llamas desde la época de Adriano.

¿Por qué les cuento todo esto? Mi propio genio, en cuanto que filósofo del lenguaje del siglo xx, en la medida en que ha sido reconocido por aquellas personas de su país capaces de comprenderme, podría considerarse, al igual que el de Ludwig van Beethoven, redentor. Europeos o no, algunos de nosotros hemos hecho un poco de bien. Yo he intentado salvar el lenguaje y el pensamiento de las mentes afásicas de nuestros filósofos. Yo, por ejemplo, he distinguido las «cosas» —que existen de manera inerte o simplemente están ahí—, de los «hechos», que son las proposiciones de las cosas al relacionarse, en gran parte con el mismo espíritu que Flaubert (el cual, aunque francés, merece nuestro respeto) cuando descubrió que en su narrativa las cosas cobraban vida al hacerlas interactuar entre sí. Una rueda es una cosa, no un hecho, y una losa es una cosa, no un hecho, pero si la rueda gira sobre la losa, las dos cobran vida como un hecho. Aun cuando sólo sea un hecho en la mente. *Sol* es sólo un nombre y *ventana* sólo un nombre, pero si el sol brilla a través de la ventana, entran de la mano en la vida proposicional.

Aunque distinguir las cosas de los hechos... puede que a primera vista no parezca gran cosa. Sin embargo, mediante técnicas de análisis parecidas, he puesto límites a lo que el lenguaje puede hacer de manera razonable y, por tanto, he definido todo lo que está más allá de esos límites como algo que responde, tan sólo, a nuestro bobo temor reverencial. Lo que esto significa es que les he liberado de las pesadas cadenas

de la cultura europea. ¿El absurdo idealismo de Kant? ¿Hegel? ¡Liquidados! ¡Kaput! ¿La palabrería metafísica que va desde Plotino a Descartes? A la basura con los demás trastos viejos de la casa. Mi descubrimiento, en beneficio de la naturaleza dada del mundo, es equivalente al de Einstein. Los dos somos revolucionarios, él por haber desmontado la falsa cosmología de Newton, y yo por haberme cargado a Platón y a todos sus descendientes.

Naturalmente, sólo me interesa la verdad, no la gloria. Dejo la gloria a los demás. Pero he de preguntarme por qué, tras haberle devuelto al hombre moderno la serenidad del carpintero en su banco de trabajo o la compostura del granjero en sus campos, no me reconocen los dependientes de las librerías. No le envidio su popularidad a Einstein, era de esperar, dado el ingenuo respeto de nuestro siglo por el pensamiento científico. Pero, a decir verdad, el pensamiento de esa vieja morsa tampoco es tan profundo.

De hecho, dejen que les diga algo acerca de la física teórica no sólo de Einstein, sino de estos otros europeos y americanos que se han elevado a una fama mucho mayor que la mía: Planck, Rutherford, Fermi, deBroglie, Bohr, etcétera... Poseen un método, no hay duda de ello, un honesto empirismo que goza de gran reputación. Pero me ofende que se crean los dueños del universo. Los filósofos de antaño les interesan tan poco como a mí, pero sólo porque ellos presumen de haber ocupado su lugar. Y yo les pregunto: ¿Puede haber algo más básico para el sentido que la proposición de que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo? ¿No es ése el principio de toda lógica?, ¿no expresa de hecho la estructura fundamental de la mente humana? Sin embargo, aquí se hace un experimento para probar que la luz está compuesta de un flujo de paquetes o partículas o cuantos de luz... y a éste le sigue otro experimento que demuestra que las propiedades de éstos cuantos no son las de las partículas, sino las de las ondas. En el ámbito submicroscópico, puedes elegir entre observar o medir la luz, de modo que reacciona como una cosa u otra: ¡la luz comparte estados de existencia mutuamente excluyentes!

Todos estos científicos europeos... —oh, Dios mío, mi mente se rinde ante la idea... esa idea (e insisten en que es un hecho) de que no sólo la luz, sino toda la materia, en su esencia submicroscópica, toda la impasible carpintería de la Tierra, está igualmente indeterminada. El tronco de roble más grueso y más inerte, por ejemplo, es vulnerable al caos de electrones que hay dentro de su materia y, si transcurre el tiempo suficiente, ¡podría penetrarse mediante una suave presión con el dedo!

¿Se trata de magia?, me preguntan, y yo les contesto, con un grito de desesperación, que es algo peor: es ciencia.

A ustedes que estudian los cúmulos de estrellas, las galaxias, los planetas y sus lunas, a ustedes que recorren la Tierra y fechan sus rocas, y que criban las arenas del desierto y sondan las profundidades del océano en busca de las criaturas ciegas que allí viven... les invito, les reto, a que vengan conmigo, al igual que Dante acompañó

a Virgilio: yo soy su guía al infernal caos de la razón humana, a los añicos imposibles de volver a juntar de la conciencia... los escombros de lo real, nuestro arruinado romance con Dios. Este nuevo infierno es donde empieza nuestra investigación.



No me atrevo a invadir la intimidad de Sarah. Quizás es que verla sin Pem me hace sentirme incómodo, como si jugara a dos barajas. He de admitir que la encuentro atractiva, un sentimiento no del todo profesional; hay algo de Pem en mí por lo que se refiere a ese deseo a medias, a esa esperanza con la que me engaño de que ocurra algo que casi con toda seguridad jamás ocurrirá. Ésta es una de las razones.

Me alegraré de que Pem vuelva. Tras haber conseguido la historia del atraco de St. Tim's y haberme hecho amigo del padre, ahora me encuentro a merced de su vida. Lo que Pem hace, y cuándo elige contármelo, me hace ser literariamente dependiente de él. Si abandonara la idea, él probablemente se quedaría aliviado al principio, pero luego se mostraría resentido por ello. Le gusta que le presten atención, aun cuando tema que le esté robando algo: la vida de su mente, su ser.

Es posible.

Pero no hay nada indecoroso en asistir a los servicios nocturnos del viernes de la sinagoga del judaísmo evolutivo. La última vez que estuve, la discusión abordó el concepto de la supervivencia del alma. Fue ese anciano, ese hombre cuyo hijo lo coge en brazos para subir las escaleras y se lo lleva cuando acaba todo, quien sacó el tema. La rabina se acercó adonde él estaba sentado, se sentó a su lado y tomó su mano paralizada entre las suyas. Dijo Sarah:

—Los ortodoxos creen que hay un alma que trasciende la muerte, y que llegará una fecha, «el fin de los días», en que se reunirá con el cuerpo resurrecto. —Sarah miró los ojos del hombre y sonrió mientras él asentía solemnemente, y a continuación ella se levantó y regresó a la parte delantera de la sala.

—La palabra *alma* es hermosa, ¿verdad? —dijo—. Tiene muchas connotaciones, expresa el anhelo de la unión con Dios, de alcanzar una respuesta definitiva a todas nuestras preguntas, la llegada, la profunda paz bendita de la radiante respuesta.

—¿Es sólo una palabra? —dijo alguien.

Sarah cruzó los brazos.

—Es una idea. Probablemente, el primero que la lanzó como propuesta religiosa fue Filón de Alejandría, un judío griego contemporáneo de Jesús. Pero puede que en sus manos fuera más una idea griega, una idea platónica, que una idea judía. La tradición cristiana se entusiasma con ella, la separa claramente del cuerpo, el cuerpo se convierte en polvo, el alma sube al cielo, y uno lleva una vida buena y recta para conseguir esa recompensa que es la unión del alma con Dios. A la tradición judía no le interesan tanto las recompensas, pues uno vive una vida recta como un fin en sí mismo: es un bien intrínseco al que no afectan motivos ulteriores. Y nosotros no

somos, generalmente, tan... pictóricos.

Sarah dirigió una mirada de conmiseración al anciano a fin de suavizar lo que tenía que decir:

—Probablemente porque se trata de una cuestión teológica sin respuesta, algo que no podemos saber, la naturaleza del alma es una idea poética que provoca gran emoción pero ningún conocimiento... El judaísmo reformado, por ejemplo, enseña que hay un alma, pero que no es nada tan literal como creen los ortodoxos. Y finalmente la idea de la Reconstrucción rechaza cualquier probabilidad de que lo que podríamos denominar personalidad individual persista en cualquier otra forma.

»Ya hemos hablado antes del Reconstruccionismo. El rabino Mordecai Kaplan lo concibió como solución a las disputas teológicas y doctrinales acerca de tales cuestiones aduciendo que es algo que no podemos saber. Su doctrina es como la filosofía lingüística: quiere que utilicemos el lenguaje sólo en la medida en que tiene sentido. De modo que la teología, las ideas del alma, etcétera, se consideran provisionales, todos los pronunciamientos acerca de Dios y de la naturaleza de Dios quedan pendientes de nuestro conocimiento progresivo, y mientras tanto nos queda la propia tradición, su folclore, sus medios probados para estructurar la vida en términos morales y proporcionar belleza y consuelo.

Una joven, la que estudia en Barnard, levantó la mano.

—Pero ¿usted qué piensa, rabina?

Sarah estaba de pie detrás de su mesa, en la parte delantera de la sala. La Torá del judaísmo evolutivo, enrollada sobre sus varillas, estaba delante de ella, que estaba envuelta en un sencillo chal de oración o *tallith*. Yo había visto el rollo abierto, sus bordes chamuscados; era uno de los que habían recuperado del Holocausto. Pasó los dedos por el sedoso *tallith* mientras respondía, y no levantó la mirada ni una vez.

—Mi marido, el rabino Gruen, me dijo una vez: «La Reconstrucción es sólo un principio». Quería decir que nos ofrece los medios para examinar cada elemento de la tradición de manera imparcial y decidir de qué prescindir y qué conservar. Pero no sólo para que tenga sentido lingüístico, ni por apreciar la belleza, ni el consuelo, ni para conservar nuestra identidad cultural como un fin en sí mismo, porque todo esto es insuficiente, una teología en punto muerto, que no va a ninguna parte. No, sometes la tradición a tu irreverencia para volver allí donde empezó, sólo eso, de nuevo al nivel más sencillo... temor reverencial sin mediación. Ése es el punto donde empezamos, que es necesariamente el estado de reverencia, la aguda percepción de la presencia de Dios en el hecho de nuestra conciencia... y por tanto en todas partes y en todo... y en todo, es ese constante temor reverencial lo que esperamos, un estado anterior a las Escrituras tan vivo para nosotros como el momento contemporáneo, y que, naturalmente, viene sin la menor garantía. Ahí es donde empezamos...



El ex periodista del *The New York Times* vuela a Cincinnati con un billete de vuelta abierto. Se inscribe en un hotel, el Arms Nosecuantos, en una de las calles residenciales de las colinas que circundan el centro. Alquila un coche, recorre la ciudad para familiarizarse con el lugar. Toda la ciudad huele a cerveza. Mucho ladrillo rojizo, escaleras de granito blancas, el sol que tiñe de bronce el río Ohio al pie de las colinas. Recuerda, de los relatos del secuestro de Eichmann, que el principal problema fue la identificación. Que fuera el tipo que buscaban. Tardaron un poco. El supuesto Eichmann trabajaba con nombre falso. Llevaba unas gruesas gafas de montura negra. A primera vista no causaba muy buena impresión. Vivía en un vecindario no muy elegante, en una casa de tejado plano y cemento en mitad de un descampado vacío en las afueras de Buenos Aires. Casaba muy poco con un hombre de su historial. Por otro lado, con sus pequeñas ventanas a los cuatro lados, era difícil sorprenderle. Podía vigilar todo el descampado. Alquilaban coches, furgonetas, cambiaban constantemente de vehículo para vigilarle. Cada noche el sospechoso llegaba a casa a la misma hora. Durante el día, los que le vigilaban llevaban ropa de trabajo, y en una ocasión llamaron a la puerta principal, hablaron con un joven, uno de los hijos. Qué orgullo familiar. Le sacaron que casi con toda seguridad el nombre de la familia era falso y ocultaba una gran gloria. Decidieron actuar. El secuestro en sí mismo no fue difícil, fue al anochecer, agarraron a Eichmann mientras volvía a casa de la parada del tranvía, lo metieron en un coche a la fuerza, lo hicieron echarse en el suelo y le pusieron los pies encima. No fue un trabajo muy fino, incluso casi la pifian, pero Eichmann no opuso resistencia. Extrañamente resignado, ese Eichmann. Cooperó plenamente mientras le inyectaban algo, le vestían de piloto de El Al y le hacían caminar catatónico por la aduana argentina junto con el resto de la tripulación.

Pero al pensar en ello, el ex periodista del *New York Times* se da cuenta de que él procede de otra cultura. Informar del hecho, obtener la historia. Esa cultura. No cometer errores ortográficos. Es como una bola y una cadena: siempre la arrastras contigo. Es una carga que se hace pesada: una cosa es tener que encontrar el final de una historia y otra hacer que los músculos lo hagan de hecho, hacer que algo suceda en el mundo. Él se ha pasado la vida de mirón. La civilización pagaba a la gente como él para que no hicieran nada. Por vivir subvencionado, igual que le pagan a un agricultor para que no siembre.

Sabe en el fondo de su corazón que lo que más les costó a los israelíes es fácil para él, y, por desgracia, toda su necesaria labor detectivesca se reduce a buscar en la guía de teléfonos del hotel y encontrar el nombre supuesto y la dirección. Así que ha llegado el momento. Debe pasar al otro lado. Debe romper la inercia de su alma. Algo parecido a la transfiguración. Desvanecido su entusiasmo, sólo siente congoja mientras conduce sin rumbo por Cincinnati evitando su destino, sintiéndose como un necio, sintiéndose desdichado. No tiene ni idea de cómo actuar. Observa los estilos de los jardines residenciales, los arbustos podados y esculpidos en forma de triángulo invertido, napiforme, de cuña e incluso de violín. Qué raro se hace ver esas casas

grandes y bien cuidadas alzándose en medio de grandes jardines que rebosan olor a cerveza.

Pasa junto a la dirección del hombre de las SS un par de veces. La casa es igual que las otras que en esta calle en pendiente, aunque un poco más modesta. Decide que no puede conseguir nada desde un coche, que no puede ver nada sólo pasando por delante, aunque detenerse es demasiado peligroso; no hay coches aparcados en la calle, todos los residentes tienen garaje. Sigue conduciendo, desciende junto a las casas adosadas que desembocan a la parte inferior de la ciudad, y en un vecindario junto al río, de casitas bajas con porche y casas de madera, ve que alguien vende cosas usadas en su garaje, y sin saber por qué se detiene y echa un vistazo. Entre las sillas de la cocina medio despintadas y los libros usados y el sofá de muelles rotos y otras porquerías, ve una bicicleta, de ruedas de sesenta centímetros y tres marchas. Sólo funciona la tercera y la rueda de atrás está deshinchada, pero la compra por veinte dólares. Va a un garaje, hincha la rueda, y ya tiene una bicicleta de vigilancia que funciona. Comienza a sentirse como en casa. Vuelve a subir las colinas, aparca en un centro comercial, saca la bici del coche, se quita la chaqueta, la corbata, se arremanga la camisa, los pantalones, y ya está en marcha. Es un hombre de mediana edad, pelo agrisado, sobrado de peso, que hace su ración de ejercicio físico, sube las colinas resoplando, baja a buena velocidad, saluda a los niños que juegan en los jardines. Se imagina que si hace lo mismo cada día, ya nadie se fijará en él. Empieza a pensar en comprar una pistola. Algo que le quepa en el bolsillo. Eso será delicado. Probablemente es mejor que cruce el río y vaya a Kentucky. Sin embargo, hay leyes, las armerías llevan un control. ¿Un cuchillo, entonces? Un cuchillo de caza en alguna tienda de deportes. O uno de esos arpones que utilizan los submarinistas para pescar. Lo llevará en una funda. Caminará hasta la puerta. Y así es como se pone a fantasear, y no sin placer, y se siente mejor consigo mismo mientras se desliza colina abajo en el vecindario adecuado... pero de alguna manera pierde el equilibrio, la bicicleta se bambolea y sólo consigue enderezarse rebotando contra la acera pero al mismo tiempo va más deprisa de lo que debería... y en esto un hombre sale de su casa, coge el caminillo que lleva hasta la calle y llega a la acera sin oír, sin ver, un hombre grueso, ya mayor, que lleva un bastón... y luego el ex periodista del *The New York Times* es incapaz de recordar si gritó Ojo o simplemente gritó, incapaz de comprender cómo alguien, aun siendo tan mayor, podía ir tan distraído, sin ver, sin oír... pero recuerda el catastrófico impacto, y el sombrero de fieltro —el hombre llevaba un sombrero que salió volando—, y el pelo blanco del cuerpo que ya caía pero ahora encarado hacia él, las gafas de montura negra torcidas sobre la barbilla, los ojos lechosos y aterrorizados, una tez clara y estupenda para un hombre tan viejo, quijarudo, rubicundo, sano... pero al mismo tiempo la nuca dio contra el murete que circundaba el propio césped del hombre con un golpe seco, un porrazo burlesco. El cómico cuerpo humano siempre busca la oportunidad de expresarse, y se creó esa repentina y no deseada intimidad cuando él cayó encima del hombre en la acera, le

llegó un olor a cebolla, oyó un siseo procedente de su garganta, sintió el pelo de su jersey de cachemira, y se encontró con la bufanda a cuadros del hombre en la boca... la náusea se hizo más intensa —la náusea de la conmoción pero también del disgusto—, utilizó el cuerpo del hombre para ponerse en pie, apretando los hombros del hombre con la acera, y levantándose, sintiendo el disgusto de la muerte antes de saber que había muerto, porque ahora ahí estaba su bicicleta volcada, con la rueda delantera girando en el aire y el manillar torcido, y se había rascado las palmas de las manos hasta dejáserlas en carne viva, ¡Cristo bendito, menudo viejo bobo!, y ahora se daba cuenta de que los pies del anciano estaban extrañamente inmóviles, de que no había respuesta desde el polo del dolor hasta el polo de la risa, un vacío en la vitalidad del mundo en la forma exacta de aquella carne quieta que yacía delante de él... porque el hombre estaba muerto, repentina e inequívocamente muerto, como si antes de que sucediera nada ya le quedara poca vida; fue todo instantáneo, nada de estertores, ni sangre, ni ojos callados que imploran, sólo un cadáver repentino y boquiabierto... indignado ahora ante este calamitoso idiota. ¿Es que no me viste? ¿No me oíste gritar?, le grita ahora a la forma muerta, agraviado, insultado, temblando de indignación, enderezando la bicicleta, tirando del manillar torcido... y a su alrededor la calle está vacía y silenciosa... y como para castigar al viejo bobo por haber hecho esto, por armar todo ese lío con su intento de disfrazarse, monta en la bicicleta y se aleja bamboleándose colina abajo, y con la rueda rozando a cada rotación contra las horquillas de la bici.

Ésta es la escena. El ex periodista del *The New York Times* llega hasta el centro comercial que hay a unas cuantas manzanas, arroja la bicicleta en el contenedor que hay detrás del A & P y vuelve en coche al hotel. Debería haber pedido ayuda, atender al viejo, pero ¿cómo iba a explicar lo que estaba haciendo, lo que le había llevado hasta ese lugar? Asqueado, acelerado el pulso, se echa en la cama temiendo que le dé un ataque al corazón. Pero lo que hace es quedarse dormido. Se despierta horas después disgustado consigo mismo y decidido a olvidarlo todo. Paga la cuenta y se va al aeropuerto a esperar un vuelo de regreso a Nueva York. Coge un periódico de la tarde y se sienta en el bar. Lee que anda suelto un asesino que atropelló a un hombre con una bici y se dio a la fuga. Unos críos lo vieron todo desde una ventana. La descripción del ciclista es imprecisa, un hombre blanco corpulento. La víctima es un anciano refugiado, de ochenta y un años de edad, que vivía en tal y tal número de tal y tal calle, que durante años estuvo acusado de haber entrado en los Estados Unidos ocultando su actividad durante la guerra como sargento de una sección de ametralladoras a cargo de las ejecuciones en masa de judíos del gueto de Kaunas, Lituania, cargo que posteriormente fue desestimado por falta de pruebas. Los vecinos dicen... era un hombre bueno, amable... que vivía solo desde la muerte de su mujer... poseía esa elegancia del viejo mundo... saludaba a las señoras por la calle levantando el sombrero... por Halloween se sentaba en su porche con puñados de caramelos para los niños.



De las grandes canciones, de las piezas clásicas, los compositores os dirán los principios básicos de la composición: simplicidad. Cuanto más simple, mejor. La intención debe ser que cualquiera lo pueda cantar en la ducha, en la cocina. Procurad que la melodía quede dentro de una octava. Ateneos a los cuatro acordes básicos y evitad ritmos complicados. Estos compositores puede que no sepan que ésta es la estética del himno religioso. Puede que no sepan que los himnos fueron los primeros éxitos. Pero saben que los himnos y su ámbito discursivo ennoblecen o idealizan la vida, expresan sus devociones, y son en sí mismos totalmente adecuados y apropiados para todos los oídos. Y así, las baladas más populares son, en su romanticismo característico, himnos secularizados.

El principio de la simplicidad explica por qué tantas canciones clásicas se parecen. E incluso podríamos decir que para que una canción se convierta en un clásico debe recordar a otros clásicos. Por eso siempre que oímos una nueva canción que es buena parece, en una primera escucha, haber existido siempre. Y en cierto sentido es así. Al igual que nosotros, que en nuestra mente tenemos la impresión de haber existido siempre sea cual sea la fecha de nacimiento, un clásico da la impresión de llevar circulando toda la eternidad, de ser algo otorgado por Dios, y que tan sólo aguarda el momento histórico adecuado para ponerse a disposición de nuestras cuerdas vocales.



El haber encontrado los archivos del gueto de Kaunas parece haber transformado a Pem. Europa del Este le ha adelgazado, pero no ha perdido solidez, y su cuerpo parece más compacto, si no exactamente musculoso; se mueve más ágilmente y se le ve bien vestido, lavado y acicalado, quizá porque se ha cortado el pelo, se ha librado de su cola de caballo, y ahora que tiene menos barriga los pantalones no le cuelgan sobre el empeine del zapato. ¿Le re corre una renovada vitalidad, una euforia mimética? Estoy convencido de que proponerse una búsqueda, marcarse una misión, y tener éxito, puede sorprender a un individuo y sacarle de su humor habitual. ¡Ha hecho algo importante! Esto no se lo mencionaré a ninguno de los dos, pero hay aquí un modelo literario, llámalo caballero cristiano, y el hecho de que su dama sea Sarah Blumenthal, una rabina, una viuda que vive con dos niños en el Upper West Side, es lo que lo hace posible.

También algo más perverso, algo que jamás se permitiría sentir: el haber competido con un muerto y haberle vencido.

Sólo tenía los nombres del cuaderno de Joshua Gruen. Vilnius, antaño Vilna, es una ciudad en su mayor parte reconstruida después de la segunda guerra mundial

acorde con el gusto soviético por los edificios altos. A través de ella serpentea un pintoresco río de riberas cubiertas de hierba. El Neris. El mismo río del que habla mi pequeño mensajero, Yehoshua.

¿Qué sintió Pem al hallarse en esa ciudad cuya historia arquitectónica había sido borrada, pero que aún existía en los huesos enterrados, y en los cerebros de los niños, con su separación étnica retumbando como el ruido de la pelota que los chavales chutaban en el patio de la escuela? Tomó el tranvía que paraba delante de su hotel, sonó la campana y el coche dobló una esquina tras otra y el pantógrafo centelleaba como relámpagos y Pem sintió la amenaza acechando bajo la modernidad de la ciudad: los viejos demonios de la historia con sus horcas afiladas montados en los coches último modelo y asistiendo a almuerzos de negocios en los mejores restaurantes.

Indagó todos los nombres que aparecían en la lista de Joshua —gente que el rabino había visitado y gente a la que finalmente no pudo ver— pero no hizo ningún progreso. La iglesia en la que el padre Petrauskas ocultaba el diario del gueto de Kaunas había desaparecido hacía mucho. El sacerdote tampoco estaba vivo. El solar de la iglesia lo ocupaba ahora una casa de pisos de seis plantas con balcones.

El encargado de negocios de la embajada americana recordaba a Pem y le concertó una cita con un sacerdote en la oficina de la diócesis de Vilna, pero eso tampoco le llevó a ninguna parte. Los rusos habían arrasado la ciudad y a los alemanes que la defendían en 1944, y a su paso no dejaron más que escombros.

Una tarde —no sabía qué podría conseguir con eso—, Pem cogió un taxi y se dirigió a esa pequeña sinagoga quemada que se hallaba en la parte pobre de la ciudad, delante de cuyas puertas le habían dado una fatal paliza al marido de Sarah. La ciudad había conservado esa sinagoga como una atracción turística. Pem habló con la encargada, una lituana bastante mayor que hablaba inglés con mucho acento, y a la que pagó doce litas para poder entrar y contemplar los restos de las mesas de lectura de madera oscura, y los bancos dispuestos en cuadro alrededor de la mesa central. Sobre la sala colgaba una estructura de hierro forjado con apliques. La luz del sol se derramaba a través del techo desmoronado e iluminaba el polvo que flotaba en la atmósfera, inmóvil, como si se hubiera aposentado allí de manera permanente tras el incendio de años atrás.

La anciana recordaba que le habían dado una paliza a un americano a la entrada del edificio. Era de noche, ella estaba en la casita que había detrás de la sinagoga, y oyó gritos y chillidos. Fue ella la que encontró a Joshua sangrando delante del lugar. Llamó a la policía.

Antes de eso había oído cómo alguien llamaba a la puerta de la sinagoga, y si hubieran continuado llamando habría salido de su casa con cierta irritación y se habría dirigido a la entrada del museo —así es como llamaba la sinagoga, el museo judío— y le habría dicho a quien estuviera llamando que habían cerrado. Pero entonces oyó los gritos.

En ese momento, Pem se dio cuenta de que Joshua no había hablado con la anciana, que no había tenido oportunidad de hacerlo. Le dijo que el americano al que habían golpeado era un rabino que había ido a Vilna en busca de unos diarios del gueto que un sacerdote de la ciudad había puesto a buen recaudo para que no los encontraran los alemanes. Sí, dijo la mujer de inmediato, debió de tratarse del padre Petrauskas, el sacerdote de mi parroquia, la iglesia de Santa Teresa de la calle Kaunas, y entonces se santiguó. Todos sabíamos lo que había hecho, dijo. Y no sólo eso. También escondió a algunas personas. Oh sí, amaba a los judíos. Pensaba que lo que hacían con los judíos no estaba bien. Nadie le denunció, era un buen hombre y sus intenciones eran buenas, era mejor sacerdote que la mayoría. El padre sobrevivió a la guerra, pero su iglesia quedó destruida y ya no volvió a ser el mismo. Después de la guerra, de vez en cuando le preparaba algo de comer, y Josip se lo llevaba a su casa.

¿Quién es Josip?, preguntó Pem.

Es mi hijo, es el único hijo que me queda, el pequeño, los demás murieron en la guerra. Él no fue porque era muy pequeño. Era monaguillo del padre.

¿Dónde está ahora Josip?, preguntó Pem.

Dónde cree que está a esta hora, trabajando, es enlosador, si quiere saberlo, el mejor de Vilna.

Y Pem se fue a buscar a Josip, un hombre de unos cincuenta años, quien le contó que los rusos fueron a saquear la iglesia del padre Petrauskas y descubrieron un abollado arcón de madera que el padre guardaba en el armario de su dormitorio en la rectoría. El arcón estaba cerrado con candado, dijo Josip, sellado con cinta aislante y rodeado de gruesas cuerdas. Los soldados, cada uno con una brazada de candelabros y plata, llamaron a un oficial. Vino uno que no era como los soldados, pues parecía muy civilizado. Fumaba con boquilla y tenía el uniforme muy limpio. Josip temía que se llevaran al padre, pero el oficial interrogó al padre con mucha educación y éste le contó la verdad: que lo que había en el arcón eran testimonios escritos de judíos. El oficial, con un lápiz negro, anotó en ruso una descripción del contenido. A continuación estampó su firma y el número de serie en la parte superior del arcón y ordenó a los soldados que se lo llevaran sin tocar el sello y zanjó así el asunto.

—Me fue muy útil mi entrenamiento como detective teólogo —me dijo después Pem—. No hay duda de que quien había interrogado al sacerdote había sido un oficial de inteligencia. Los rusos arramblaban con todo lo que les parecía que podía ser importante, aun cuando noventa y nueve veces de cada cien jamás volvieran a echarle un vistazo. En estos momentos, Moscú es un lugar realmente interesante. Los sótanos de la KGB son como un mercadillo. Han tardado un poco, pero te venden lo que sea si les pagas lo que piden.



A petición de Pem, el arcón queda depositado en el aeropuerto Kennedy hasta que él pueda ponerse en contacto con el Ministerio de Justicia para que uno de sus abogados esté presente cuando lo fueren, condición impuesta por aduanas. Si el archivo incluye pruebas documentales de la identidad del comandante de las SS Schmitz, que estaba al mando del gueto, tendrá que ser presentado como prueba ante un tribunal, por lo que las circunstancias de su apertura tienen que ser irreprochables.

Y ahora, después de casi dos semanas ultimando los detalles, ha llegado el día. Pem y Sarah cogen un taxi para ir al aeropuerto Kennedy. Es un día laborable, última hora de la mañana, y está lloviendo. Van en el taxi en silencio. Sarah llama por el móvil a su asistenta, Angelina, para recordarle que los chicos sólo tienen medio día de clase porque hay un claustro de profesores y que tendrá que recogerlos a la hora de comer. El impermeable de Sarah se ha abierto, ella lleva un traje, y Pem observa lo bien formada que está la pernera del pantalón por encima de la rodilla. Esa íntima observación dirige su mirada a una concentrada lectura, a través de los pequeños regueros de agua de la ventanilla, de las indicaciones en distintos colores que hay en la autopista del aeropuerto.

Esta mañana, Pem no se ve bajo esa luz triunfalista de los últimos días. Tras sus ojos surge la desolación de siempre. No es que Sarah no esté tremendamente impresionada por lo que ha hecho. Al contrario, parece que ahora le vea de una manera totalmente nueva, como si aceptara esa creciente intimidación que está surgiendo entre ambos. Pero Pem se cuestiona sus motivos: si es incapaz de hacer algo que no lleve incluida su propia corrupción. ¿Es posible que todo eso, en el fondo, no sea más que una maniobra de seducción? Pem ha volado a Moscú, ha hecho llamadas telefónicas, hablado como un sacerdote a los sacerdotes, como un diplomático a los agregados, como un timador a los estafadores, ha enseñado su fajo de billetes, actuado con mucha chulería y entrado sin miedo en la KGB. Naturalmente, todos se han portado como pedigüños, con la mano extendida, pero él no sabía que la cosa iría de ese modo, ¿o sí?

Desde luego, como acto de contrición, no ha servido. Ha sido el acto de contrición de un aventurero.

De tan sombrías, las curvas y bifurcaciones y rampas del sistema de carreteras del aeropuerto, y las diversas terminales que se ven en el horizonte, parecen constituir otro tipo de ciudad, una ciudad a escala no terrena cuyos ciudadanos son enormes máquinas voladoras, una de las cuales de repente emerge del cielo nublado y ruge sobre ellos: las ruedas de su tren de aterrizaje parecen garras.

Minutos más tarde, en una pequeña oficina del edificio de llegadas internacionales, Sarah, Pem, una mujer joven de la oficina del Ministerio de Justicia en Nueva York y varios empleados de aduanas, observan cómo un inspector coge un martillo y un cincel y se pone manos a la obra. El arcón reposa sobre una mesa de acero. Es más grande de lo que Sarah había colegido de la descripción de Pem, se lo había imaginado del tamaño de un cofre, pero es más grande, más hondo. Parece de

fabricación casera, y sus partes están unidas con clavos grandes y pesados y con esquinas metálicas. Estaba pintado de blanco, pero allí donde la pintura se ha desprendido asoma la madera.

Sarah se sienta en una de las sillas plegables alineadas en la pared. El empleado de aduanas no encuentra la manera de abrir los candados oxidados y pregunta si puede forzar los cierres haciendo palanca, lo cual, advierte, puede astillar la madera. Casi sin darse cuenta de que, por común acuerdo de los demás, ahora es la propietaria, Sarah asiente con la cabeza. Sin embargo, el sonido de la madera al astillarse le hace torcer el gesto, como si la historia de su padre se derramara por toda la habitación.

Abren los cierres haciendo palanca y cortan la gruesa cuerda.

La abogada saca una pequeña cámara de su bolso y hace tres, cuatro fotos de las palabras en ruso escritas en la parte superior del arcón. A continuación se acercan los inspectores. Con cuidado sacan paquetes de diversos tamaños envueltos en hule. Además, la parte interior del arcón está forrada de hule; no hay duda de que los materiales se han conservado perfectamente, lo que para Sarah es, en sí mismo, un urgente mensaje que le arranca un sollozo de la garganta. Los inspectores abren los paquetes y encuentran fajos de papel envueltos en bramante, folletos, manuales, carpetas, planos enrollados, diagramas, documentos grapados, sobres de varios tamaños, todos clasificados con una pulcra y pequeña letra en yiddish. Abren todos los paquetes, todos los sobres. A continuación, tras haber pasado la mano por la parte interior del arcón, coinciden en que ahí ya no hay nada más que les interese. Lo vuelven a colocar todo más o menos como lo han encontrado y se excusan.

Pem y el abogado se lanzan a por los documentos. En cuadernos, libretas de escolar y páginas sin encuadernar, aparece un diario escrito en una letra que se va haciendo familiar y cubre un periodo de tres años, desde 1941 hasta la fecha de 1944, en la que el gueto es desmantelado y los supervivientes conducidos a la estación. Y hay páginas y páginas de documentación, normas y reglamentos dictados por los alemanes, innumerables órdenes con la firma del comandante Schmitz, confiscando todos los animales domésticos, luego todos los carromatos y, posteriormente, todos los libros, máquinas de escribir, cámaras fotográficas, candelabros, joyas. A los judíos les está prohibido dejarse ver en la calle después de las siete de la tarde, a los judíos les está prohibido poseer aperos de labranza, reunirse más de tres personas, etcétera; todo se lo arrebatan, poco a poco, hasta que sólo les queda la vida. Y luego aparecen declaraciones de testigos contando cómo lo hicieron. Sarah lee algunas declaraciones y hace una traducción resumida que los deja helados. En un paquete separado hay un dossier completo del comandante Schmitz: un currículum con la fecha y el lugar de nacimiento, los nombres de los padres (el nombre de soltera de la madre era Preissen, al parecer el origen del nombre de ese Helmut Preissen que se declara ciudadano americano), estudios, fecha de ingreso en el Partido Nazi, fecha de ingreso en las SS, fecha de su ascenso oficial, y finalmente una foto en blanco y negro bastante nítida

del hombre con toda la parafernalia nazi, de pie, regordete y con cara de santo junto a un cadalso del que pende el cadáver de un bellaco judío. Pero también hay material de otros hombres de las SS, de policías lituanos y conocidos espías de la Gestapo, y la abogada quiere todo el material y pide permiso para llevarse todo el archivo para fotocopiarlo antes de que Sarah tome posesión de él. La abogada procura con todas sus fuerzas mantener la calma, pero apenas puede hablar. También quiere enviar algunos originales a la oficina de crímenes de guerra del Ministerio de Justicia. Está segura de que se reabrirá el procedimiento de deportación contra este Preissen/Schmitz, pero también hay cientos de casos archivados de supuestos criminales nazis que viven en los Estados Unidos, y quizá podría ser importante el resto del material que se halla en el arcón.

La abogada sale para hacer los preparativos pertinentes y Sarah y Pem se quedan solos en esta habitación desnuda iluminada de fluorescentes... el gran arcón blanco está sobre la mesa, con todos los materiales desperdigados a su alrededor e, inesperadamente, a Pem le parece que tienen la textura de una instalación de museo: las entradas de diario en esa diminuta escritura en yiddish sobre un papel tan flexible como los pliegues de un sudario blanco, el arcón de madera abierto y roto, como recipiente donde se guardan unas Sagradas Escrituras. Toda la composición está hecha en tonos de blanco, todo es blanco sobre blanco, incluyendo las paredes color crudo de la sala. No hay ningún Cristo en la imagen, pero en el pecho de Pem surge el mismo instinto de ponerse a rezar que sintió ante las Crucifixiones de Cimabue y Grunewald. Se apodera de él el misterioso sentimiento, como la mareante corriente sanguínea de una enfermedad, de que esa habitación desnuda, sin adornos, de ventanas industriales y luz desagradable es a lo que debe aspirar una nueva Iglesia, aunque no sabe por qué ha pensado en una nueva Iglesia.

Afirmo que en el instante siguiente se da cuenta de que si abre la boca y se lo confía a Sarah, ella se volverá y dictaminará, de manera implacable, desde sus angustiados ojos azules, que para Pem ya no hay redención. Es muy probable que él lo sospeche, y por ello se sienta en la silla que hay junto a ella y calla.

Sarah tiene en sus manos la lista mecanografiada de todos los que murieron en el gueto, y también de aquéllos a quienes se llevaron del gueto y jamás se los volvió a ver. Todos los nombres tienen una fecha y lugar de nacimiento. Y no es infrecuente que figuren en la lista familias completas. Sarah asimila esa información sin tiempo ni distancia; esas páginas no son historia, sino, en su notación simple y exacta, una curva de la luz del universo que relampaguea a través de ella, transformando su conciencia en un láser que incide sobre estas hojas de papel, letra por letra, como si todos acabaran de morir y sus nombres fueran anotados mientras ella lee, con el retumbar de los reactores y el zumbido del tráfico aéreo en sus oídos.

Y ahora Pem le entrega un sobre con fotos prohibidas en blanco y negro... una fila de hombres de camino al trabajo tras las alambradas... un matrimonio y su hijo sentados en un banco mientras les sacan la foto, las estrellas de tela cosidas a los

abrigos... fotos sencillas, caras serenas, sin expresión... una mujer arrodillada en el huerto... los miembros de la asamblea posan vestidos con traje oscuro, también con la estrella cosida... un cuerpo, también con traje oscuro, que cuelga de la horca, la cabeza, torcida, mira al cielo... invierno, todo cubierto de nieve... siete niños delante de una cabaña de madera, de pie en la posición que ellos consideran que es estar firmes, sobre los peldaños de esa cabaña de madera... llevan gorras de la escuela militar y estrellas en el pecho, que posiblemente sean la insignia que llevaban los mensajeros de la asamblea... niños que no sonríen, uno con la espalda encorvada en la postura instintiva de protegerse... o a lo mejor tiene frío... no van muy abrigados, llevan pantalón corto y jersey y chaqueta, todo les queda pequeño... pero todos están en posición de firmes, los pies juntos, los brazos apretados contra los flancos... miran a la cámara con la expresión de quien conoce bien a la muerte. Sarah descubre a su padre en la primera fila.



Después de charlar con el obispo de Pem, investigué al conocido James Pike, obispo de California. Era cierto, Pike era puro años sesenta. Decía que todos los indicios, así como el sentido común teológico, sugerían que José era el padre biológico de Jesús. Decía que no podía aceptar la doctrina de la Santísima Trinidad, que bordeaba el triteísmo. Decía que le costaba creer lo del Segundo Advenimiento. Decía que a pesar de ello no se consideraba un mal sacerdote ni sentía debilitada su fe. Los episcopalianos son interesantes.

Pero cuando saqué a relucir el tema, Pem pareció irritarse. Sí, lo sé, eso es lo que mi obispo ha leído acerca de mí: Pemby, hijo de Pike. No te lo crees, ¿verdad? Bueno, es cierto, el tío tenía agallas, era un liberal del copón, un soplo de aire fresco. Pero también era un poco superficial. Cuando su hijo murió de sobredosis, Pike acudió a un médium para poder charlar con su difunto hijo a través de él. ¿Lo sabías?

No.

Fue trágico, el perder a su hijo... pero ¿que te time un espiritista? Arthur Ford, así se llamaba el tipo, era un médium aplicado, hacía sus deberes, llevaba un archivo de la gente, incluido un grueso dossier sobre la familia Pike. El espiritismo es la demencia de las mentes religiosas. Y sabes cómo murió Pike, ¿verdad?

En Israel.

En Israel. Se fue al desierto a buscar al Jesús histórico. Con una botella de Coca-Cola en la mano.

Pareces un poco nervioso.

No estoy nervioso. Tú eres el que está cabreado.

¿Yo?

Porque no te llamamos para que vinieras al aeropuerto con nosotros.

No, eso no me importa. Sé trabajar con materiales que me llegan de segunda

mano. No me importa.

Es un momento delicado para Sarah. Y para mí también.

No has de disculparte.

No lo hago. Pero cuando me vienes con las chorradas del obispo...

Se me ocurrió que me gustaría ver qué aspecto tenía, eso es todo. Teniendo en cuenta los temas que toco, no suelo conocer a muchos obispos.

¿Le dijiste dónde estaba? ¿Lo que estaba haciendo? ¿Qué le dijiste?

¡Nada!

Vamos...

Bueno, nada importante... Sólo que te habías ido al desierto a buscar al Jesús histórico con una botella de Coca-Cola en la mano.

Esto sí que es gracioso... ¿Así que estoy paranoico?

Sólo un poco.

Y encima Pike se acababa de casar. Otra esposa, joven. La tercera.

¡Señorita! ¿Podemos tomar otra?

Tenían un coche, lo habían alquilado. Cuando habían recorrido un buen trecho, el coche se estropeó y echaron a andar. Al parecer, aquello ni siquiera era una carretera, poco más que una pista de polvo, pero pensaban que los conducía a Belén. ¿Qué habrías hecho tú, comenzar a caminar?

Seguir en la misma dirección.

Muy bien. Eso es lo que haría cualquier persona en su sano juicio en un desierto... no separarse de la carretera. Seguir por la carretera andando hasta Belén. Pero la historia es que estuvieron dando vueltas durante horas por las rocas, los cañones, totalmente perdidos. ¿Cómo ocurrió? ¿Desapareció la carretera? No lo sé. Habían salido sin mapa. ¿Qué les pasaba?

Así que al cabo de un rato, Pike no puede continuar, va por los cincuenta y pico y no está muy en forma. En aquella época, la gente no estaba en forma. De modo que acuerdan seguir adelante, intentar conseguir ayuda. Y lo que yo imagino es que él encuentra un saliente con un poco de sombra, se despiden, y ella echa a andar sola. Cuando ella se ha marchado, Pike se sienta en el desierto, hace mucho calor, se encuentra por fin en la patria de su alma, el desierto rojo y montañoso, ve las grutas de los Rollos, huele la peculiar aberración del Mar Muerto, ese aire salino... la luz resplandece en sus ojos formando ondas, la roca roja le habla de la base pedregosa de su religión. Cerca de su oreja izquierda, una especie de hirsuta araña asciende lentamente por las grietas del saliente en el que se apoya, la sal es tan espesa en el mar lejano que resulta insoluble, el mar es un agente desecante, se entrega a su influencia, su aura, y siente la delicuescencia del sudor en la frente; en la espalda, observa cómo se diluye el color de la cola de la botella, se lleva la botella a los labios, pero antes de que pueda beber, el nivel del líquido incoloro desciende y deja ante su mirada traspuesta una costra de azúcar seco en el fondo de color verde, un residuo ceroso de goma. Y la botella verde se vuelve blanca...

Ante mi asombro, Pem está llorando.

Escucha, padre, estoy preocupado por ti.

Eso es problema mío, Everett, no tuyo. Que no se te olvide. El problema con vosotros los escritores es que no sabéis guardar las distancias.

Se saca un pañuelo, se seca los ojos. Se aclara la garganta.

Yo amaba a Pike porque él sabía que la doctrina acumulada por los años no era creíble. No eran más que fantasías. Chorra das acumuladas a lo largo de la historia. Pero él adoraba a Jesús, el hombre. Quería encontrar al auténtico Jesús. Dejó la Iglesia, lo sabes, nunca le faltaron agallas: él mismo colgó los hábitos y emprendió el viaje a Tierra Santa.

¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Ahora que eres un experto viajero? ¿Colgar los hábitos e irte a Tierra Santa, como Pike, irte a vagar por ahí y morir de agotamiento?

Puede. Me anima hablar contigo, Everett. ¿Otra ronda?

Acabo de pedir una.

Esto nos devuelve al punto donde empezó. Donde la cosa se torció. A ese punto. Antes de la historia. Eso es lo que estaba haciendo. Oh, Dios mío, qué nostalgia. Qué peligrosa. Puede matarte.



Sigue la Bola Que Rebota

El joven científico Louis Slotin estaba experimentando con las dos mitades de la Bola Que Rebota, y utilizaba dos destornilladores sencillos para empujar los dos hemisferios de la esfera sin núcleo, situados sobre una varilla de acero. En cierto punto debía detenerse, y cuando las dos mitades estuvieran a punto de unirse sería señal de que estaba llegando el momento. Ése era el instante de la sinapsis, la exacta medición crítica que buscaba. Era un tipo atrevido, y un brillante biofísico, había volado con la RAF durante la segunda guerra mundial.

Estaba encorvado sobre su aparato, escrutando el diminuto incremento en los indicadores de la varilla de acero, cuando uno de los destornilladores pareció saltar por voluntad propia. Eso fue suficiente para que los dos hemisferios se juntaran de golpe.

En la cama del hospital, Louis Slotin recordaría a través de su desgarrador dolor la intensa luz azul que le había inundado los ojos. En ese momento pensó que los hemisferios, al unirse, producirían un fuerte sonido. Pero lo que oyó fue el terrible susurro de la transfiguración. Con sus manos desnudas, agarró la bola que rebotaba y la partió por la mitad. Y enseguida la luz normal del día llenó la habitación en silencio.

En el desierto, cerca del pueblo de Oscuro, se construyó la plataforma que había

de contener la Bola Que Rebota. Los colegas de Louis Slotin, que llevaban brazaletes negros, se adentraron con sus vehículos en el desierto hasta llegar cerca del pueblo de Oscuro, donde las dos mitades de la Bola Que Rebota, cargadas ahora dentro de su envoltura, iban adosadas a una polea y eran lentamente colocadas en posición en la plataforma.

A una discreta distancia, los colegas de Louis Slotin se agacharon en sus trincheras y esperaron el alba.



Oh, Señor, nuestro Narrador, que hizo el texto de la nada, una vez más me atrevo a hablarte a Ti y de Ti e inevitablemente a partir de Ti en una de Tus invenciones, uno de Tus sistemas de entonación formados de chasqueos, gruñidos, oclusiones glóticas y vibraciones. Pero qué distinto resulta del grito del macaco, de las frondas de anchas hojas rozadas por verdes serpientes, o de las manchas de sol en la orilla del río que son jaguares veloces y esquivos.

Recuerdo la gente de la aldea, sus risas, cómo rellenaban mi calabaza con mandioca fermentada. Conocían mi circunspección de erudito, mi mojigatería, la importancia de mis cuadernos, pero suavemente me llevaban hasta la cabaña de techo de paja donde ella esperaba, cantando de manera infantil, donde ella esperaba para mostrarse seria y atenta. Y los demás bailaban alrededor del campamento, con su innovador sistema de chasqueos y gruñidos y oclusiones guturales y vibraciones: era un lenguaje glorioso, un habla que era canto, un habla que era baile y son de tambor, que te evocaba poderosamente a Ti, mi Señor, chapaleando y arremolinándose como el veloz río mientras yo le quitaba la falda nupcial, la plegaba hasta formar una tela matrimonial cuadrada del mejor tejido, lavada durante generaciones en el dios del río cuando sus aguas están altas, sobre la cual ella se tendía a la manera ritual, sus cuatro extremidades extendiéndose hacia los cuatro puntos de su cielo lateral, y cuando yo le tocaba la parte interior de los muslos su suave piel sentía como un hormigueo, los pies se le arqueaban y tensaba las puntas, los dedos de las manos se curvaban, y cuando olía su piel me llegaba el olor de los tubérculos dulces del plátano tostado, el cacao del barro de las orillas del río, lavado en el agua del pez arco iris. Y sus manos, al posarse en mi espalda, tenían la infinita comprensión de la esposa, y ella era ciega a mí en todo menos en sus manos, yo era ciego a ella en todo menos en mis labios sobre sus labios, la aldea da vueltas en su danza, los dos nos alzamos sobre el sistema de canto de gruñidos y vibraciones, damos vueltas, los grandes árboles se doblan, toda vida se aleja volando hacia las anchas hojas que centellean a través del negro universo celestial: las estrellas que parecen un jaguar, el elefante estrella, el mono que cuelga de los cielos iluminados y cae eternamente hacia fuera, volumenizando la bóveda del universo para siempre... y sin embargo es algo absolutamente fijo, silencioso, pacífico e inmóvil.

Has de comprender mi impertinencia, Señor. Te lo suplico porque nuestras creencias están demasiado ritualizadas: Tú eres algo importante, y pensamos en dirigirnos a Ti de manera especial, a horas prescritas y en estados de ánimo arquitectónicamente inducidos. Por lo general, llevamos nuestra mejor ropa. Cantamos himnos de necesidades apremiantes. Señalamos a uno de nosotros para que Te pida cosas con descaro, de parte de todos los demás. Yo te he pedido cosas desde mi cargo: «hablarTe» desde el púlpito se considera apropiado, mientras que «hablarTe» sin casa, sin afeitado, a una hora mal elegida, mientras todos van a lo suyo, es una lastimera forma de locura. Debemos poseer un título, un púlpito, un día, decirlo en voz alta, mi Señor, «decírTelo» a Ti.

Y meses después la comunidad se reunió para ayudarla a que me amara. Ella se había vuelto introvertida, había perdido vitalidad, como si mi amor por ella fuera un lento veneno. Se pasaba el día sentada, era incapaz de moverse. Su madre vino a estar con ella, su padre, sus tías y tíos. Declararon que la poseía un demonio. No la apartes de ti, es una enfermedad, no es su alma verdadera la que habla. No la apartaré de mí, les aseguré. De hecho, deseaba confesarles la dolorosa veneración que sentía por ella, por cada momento de su existencia, que veneraba todo de ella, que cada momento de su existencia era para mí digno de veneración. Ella era reflexiva, reservada, y también la amaba por eso. Imaginaba la pureza de su pensamiento, sabía que era incapaz de la astucia o de la cólera, estábamos en la estación de las lluvias y yo sabía que su pensamiento era tan fiel como la lluvia. Podía quedarme bajo su pensamiento igual que me quedaba bajo la lluvia. Pero un marido agraviado no hace esas cosas. El marido agraviado cruza los brazos delante del pecho.

Ella no podía amarme, lo intentaba pero para mí estaba seca, era tan pequeña... lloraba, pero su cuerpo café con leche era intransigente, con voluntad propia, y estando enamorado no podías forzarla, no si estabas enamorado y yo la amaba; ella era el remate perfecto a mi vida en el ancho río, nada me importaba tanto: excluía de mi mente a todos los que no vivían en el ancho río, a la sombra de aquellos árboles enormes por donde pasaban familias de monos como ráfagas de viento en las hojas, pasaban como nubes, como chaparrones, y las serpientes abrazaban los árboles, y los pájaros de colores primarios preguntaban, siempre preguntaban, paso a paso: cada rama era una proposición que había que poner a prueba, una duda, hasta que echaban a volar y se me posaban en la mano.

Tenía los ojos oscuros, redondeados hasta el borde con su negrura marrón, maduros como la fruta que espera a ser mordida, probada, pero las sombras se curvaban debajo de ellos y volvían a depositarlos en su frente ancha y atribulada; el pelo le caía lacio. No se lavó el pelo en el río hasta que su madre no la llevó allí, pues prefería ir cada día hasta donde estaban los niños y sentarse con ellos y jugar y cantar sus canciones. Creo que lo que yo más echaba de menos era su risa: ella reía sin poder evitarlo, una risa profundamente melodiosa; su voz se rompía como el agua en las rocas de un arroyo de Nueva Inglaterra.

Por aquella época yo había recibido, de manera misteriosa, una carta de uno de mis profesores en Yale. Hay que ver cómo recorren su trayecto nuestras cartas, manchadas, rotas, arrugadas, perdidas, encontradas y luego entregadas como un cuanto a ocho mil millas de distancia, y la última milla transportadas por la mano de alguien que no lee. Vuelve a casa, todo está olvidado, una broma entre clérigos. Pero la comunidad había estado atareada. En medio de mi tristeza me invitaron a una ceremonia. Ella estaba allí. Se quitó la tela que le ceñía la cintura y bailó a mi alrededor. Tenía los pechos levantados, no había tenido niños, el talle era largo, las pantorrillas redondeadas, y allí donde las partes de ella se unían, como cuando las nalgas se unen a la parte posterior de los muslos, no se veía ninguna arruga. Señor, Señor. Sólo había visto cuerpos como ése en el Hermitage, en las tres Gracias que bailan esculpidas en mármol blanco por Canova, con los brazos entrelazados, sus preciosos brazos formando un lazo, y sus finas manos arqueadas desde las muñecas... Tenía el pelo negro y arreglado, que se balanceaba detrás de ella, los brazos iban por delante, los dedos nadaban dentro de la noche: era un baile escandaloso, un baile de parrandeo en un club nocturno. De pronto me eché a reír: ahora sabía más de ella, sí, ella no era sólo mi esposa niña nativa increíblemente hermosa, sino también divertida; había una madurez moral que yo no había percibido, estaba aprendiendo, el corazón me latía como el tambor y todo el lugar cantaba para devolverle la salud. Y después de todo eso me quitaron los zapatos y los calcetines largos, los pantalones cortos, los calzoncillos, la camisa, el pañuelo, el sombrero, y se pusieron a bailar a mi alrededor, y la leche dulce y fermentada de mandioca de la madre jungla brotaba de las calabazas y ahogaba mi sonrojo y mis protestas. Aparecieron las estrellas sobre el ancho río, la luz de nuestra higuera iluminaba los lados de los grandes árboles, las fibrosas plantas trepadoras subían, bajaban, y, prenda a prenda, ella se puso mi ropa, se pavoneó a mi alrededor con una seguridad cada vez mayor, hasta que finalmente, calzándose mis zapatos para regocijo de todos nosotros, ella fue yo, una caricatura de futuro misionero blanco y mojigato del cuerpo de Paz americano con pretensiones antropológicas; perfecto cada gesto, excoriente y, cuando de manera imperiosa me quitó de la cara mis preciadas gafas y se las colocó sobre la nariz, las lentes posadas sobre sus fosas nasales, la cabeza levantada y las comisuras de la boca en gesto tristón debajo de mi manchado sombrero con cordón, cuando ella se acarició una imaginaria barba roja, unas enormes y ebrias oleadas de revelación me inundaron, avivando las llamas del fuego, y ella cayó sobre mí y me besó en los labios y nos reíamos a través de nuestros besos. Ella se sentía tan aliviada, tan feliz que por fin la conocí, y los dos nos sentamos desnudos el uno junto al otro y con los dedos nos comimos el jabalí asado y la pasta dulce de ñame, nos bebimos el licor de leche de la selva y cantamos su canción de liberación. Y a continuación el chamán levantó el brazo para bendecirnos y declaró que su alma ya no estaba poseída, y le deseó buenas noches a todo el mundo, y todo el mundo le deseó buenas noches, y se retiraron a sus chozas para hacer el amor en una gran cópula comunitaria como los monos

charlatanes del bosque, como las aullantes hienas verdes y la serpiente que se desliza por tu bosque, Señor. Y ella, cuando me deslicé en su interior lúbricamente, sacó mi demonio y me mordió en los labios y tragó mi sangre, me convertí en su demonio convulsivo y chillón, chocamos como guerreros con armadura, yo la maté y ella me mató. Nunca volvimos a ser los que fuimos aquella noche, ni mi amor misionero, iletrado, ni el futuro reverendo Pemberton, licenciado en Teología.

... Oh, Tommy, contar estas historias obscenas, confesar los memorables polvos de mi vida. San Agustín no entra en detalles, pero tenía esa novia de clase baja, su *consuetudo*, la palabra latina que significa costumbre, que era mala para su carrera. El sexo se halla en la disparidad, desde la bailarina esclava de ojos aceitunados del siglo IV hasta las niñas victorianas compradas a las familias obreras y luego arrojadas a la cama de la madame para que les desgarraran el himen mientras sus manos húmedas agarraban los chelines de los caballeros que no se quitaban ni la camisa. Señor, no hay por donde comenzar a narrar Tus injusticias. Los números son exponenciales, los examinamos uno por uno y nos aplastan en oleadas, y si los dejamos que se lancen sobre nosotros aplastándonos con su increíble y asombrosa furia multiplicativa nos encontramos con que sólo podemos comprender uno cada vez mientras estamos allí sentados, callados como tumbas. La cantidad de muerte injusta en la Tierra se ofrece a nuestro estudio. ¿Puede ser todo una ley mecánica tan simple como la que nosotros, en nuestra gran necesidad, te hemos atribuido a Ti: nuestro mejor y más famoso e irreproducible pecado original?

... Ahora ella está realmente poseída; esta historia tiene una especie de moraleja. Tengo delante de mí, sobre el escritorio, su paquete de cartas que se remonta a años atrás, algunas con fotos en color. No asistí a su ordenación. Aquí se la ve vestida de blanco delante del altar de la isla, la cruz de plata sobre el pecho, el collar alrededor del cuello, el pelo corto según el decoro, el pelo negro y reluciente. Su preciosa cara morena, más tosca de lo que recordaba. Serena, extasiada. Lleva gafas sin montura, octogonales, muy a la moda. El muro de la iglesia que hay detrás de ella es el acero curvo y ondulado de una cabaña prefabricada Quonset. Sujeta el báculo en lo alto con Jesús crucificado, mi muchacha nativa, que aceptó todo lo que yo tenía que darle, la reverenda Tonna mBakita, misionera plenipotenciaria de los isleños de Tobokovo que habían sido víctimas de pruebas nucleares, desfigurados y con tumores linfáticos. Me escribe cada Navidad en mi propio idioma: padre Pem, me llama. Querido colega, padre Pem. Miro su letra y pienso en las cartas que envían a las estrellas de música country en las que les preguntan por el sentido de la vida.



Las películas comenzaron en silencio. Los primeros cineastas aprendieron a transmitir significados sin palabras. Los rótulos que se introducían en la escena sólo remachaban la información que se daba al público de manera no verbal. (Ya ha

oscurecido, una joven pareja se mece en el porche. Él se saca un anillo del bolsillo del chaleco. Mira fijamente los ojos de ella. Rótulo: «Milly, ¿quieres ser mi esposa?») Lo mismo podemos decir de las películas sonoras de hoy día, donde el diálogo desempeña el papel de los rótulos, que en realidad sólo se necesitan para acabar de especificar. Cuando llegó el sonoro, en las películas se hablaba mucho. Los guiones procedían en su mayoría del teatro y de las novelas, por eso en las películas de los años treinta y cuarenta, incluso en las de acción, en las de espadachines y en las policíacas, se habla mucho más que en las de ahora, no paran de hablar. Ahora las películas se basan en películas anteriores, contienen referencias a los géneros y, con la posible excepción de las comedias, en ellas se habla menos. Una vez el plato está iluminado, la cámara en posición, los actores han ocupado su lugar, están vestidos y su peinado indica a qué clase económica pertenecen, sus estudios, edad, posición social, virtud o su carencia, ya está: el noventa y cinco por ciento del significado queda establecido antes de que nadie diga una palabra.

De este modo, el término *lenguaje fílmico* es un oxímoron. La experiencia literaria extiende la impresión al discurso. Le llega al pensamiento con nombres, verbos, objetos. Piensa. El film implosiona el discurso, iletra al pensamiento, lo encoge al significado compacto de la impresión o intuición o comprensión preverbal. Recibes lo que ves, no tienes que elaborarlo. Ves esa escena con su iluminación y sus decorados, oyes la música, ves las expresiones faciales, los movimientos corporales y las actitudes de los actores vestidos y peinados... y lo entiendes. Ir al cine es un acto de inferencia. En su más profundo sentido, las películas son sucesos iletrados. Quizá por eso, parte de la prosa más imaginativa que se escribe hoy en día es obra de los críticos de cine, que asiduamente hablan de películas que merecen poquísima atención. ¿Por qué? Tanto da que se trate de la película más horrible y estúpida. El crítico reacciona ante ella con palabras certeras y convincentes. Aunque de manera inconsciente, el crítico defiende la cultura verbal, somete la experiencia preletrada o postletrada de ir al cine a las expansiones del pensamiento sintáctico.

La novela va a todas partes, entra, sale, se detiene, avanza, su acción puede ser mental. Ni tampoco está sometida al tiempo. Las películas son esclavas del tiempo, jamás reflexionan, muestran el exterior de la vida, muestran el comportamiento. Son propensas al razonamiento moral más simple. Los films hechos en Hollywood son lineales. La simplificación narrativa de una realidad de consecuencias morales complejas es siempre la resultante de una película inspirada por un libro. Las novelas pueden hacer cualquier cosa en los oscuros horrores de la conciencia. Las películas muestran primeros planos, coches que llegan, lugares, persecuciones y explosiones.



En el correo electrónico de hoy:

Everett: En lo que Pike se equivocó fue en lo del desierto. Lo que buscaba está

aquí, en Metro-Diáspora. Sea lo que sea, está en este maldito, ruidoso e infestado de ratas y cloaquero complejo de religiones, lugar de piedra y cristal surcado de túneles. ¿No es eso lo que dice la señal? Pero por eso mismo sólo es visible a la mente marginada y sin hogar. O sea, que abandono la Iglesia.

DioStebendiga,
Pem



Dices que toda la historia ha contribuido
a que esta cerveza se vierta en mi vaso
y dado al espejo que hay detrás de esas botellas su
peculiar lustre,
Pero a mí me parece que tus historias de la guerra son
de segunda mano
la biografía de tu padre, la de tu hermano, pero no la tuya.
Eres uno de esos cabrones con suerte que parecen
haberse escapado de la formación
que ha ido a paso de marcha hasta este momento.
Eh, amigo, ¿ves esta silla?
Deja que me acerque...
¿la ves ahora?
He venido aquí a causa de la oscura luz azul,
mañana o mediodía aquí siempre es de noche.
Los habituales, ellos saben qué aspecto tengo,
no se me quedan mirando
No soy más que otro borracho con sus historias.
El barman está acostumbrado a mí
No entra mucha gente que me haga
sentir lástima
me alimento de alcohol y chulería
Y la mujer triste y con tejanos que hay al extremo de la barra
fumando Marlboros,
A ella le importa un cuerno, me sonrío,
Hay veces en que siente
lástima de sí misma
y se baja del taburete
y me empuja la silla hasta esa habitación que hay atrás
y se arrodilla ante mí
y lleva a cabo su deferencia sacramental

tal como lo hacen las mujeres desde tiempo inmemorial.
Y durante unos pocos momentos no hay historia,
sólo piensas
en una serie infinita de antes y después,
como en antes, cuando tenía piernas, y después,
O cuando aún tenía bazo y luego ya no tuve,
Antes de que me pegaran un tiro en el vientre y me dejaran
pudriéndome en mi propia mierda
en medio de la hierba al sol,
y después,
Etcétera, incluyendo cuando tenía ano
y ahora no.
Pero la última vez ella fue amable conmigo
me acordé de las putillas de Saigón
que se reían como si de verdad les gustara ser putas
y que follaban como si les gustara follar
Y a las que considerábamos carne, eran carne,
Carne de guerra, como nosotros.
Y ahora no sé si seguirá funcionando
el acto de gracia de esta mujer en el cuarto de atrás
no más que la morfina cuando ya no puedes pasar sin ella.
Quiero decir que puede que mi historia me haya por fin encontrado
escondido en este bar azul de mi ilusoria
libertad.
Oh tío, quieres una historia de guerra... no sé.
No sé contar historias
Puedo intentar contarte cómo vivíamos allí
pero si lo digo en palabras y frases
mentiré.
Debería hablar muchas lenguas
Para que fuera Dios el que relatara lo que he hecho
y me han hecho a mí.
Quizás Él pueda hacer un relato con ello, quizás Él pueda
convertirlo en Su relato.
Todo sufrimiento es intransferible
No se transmite, no hay sinapsis
de un alma a otra,
Con Cristo o sin Cristo,
Y lo mejor que podemos encontrar es compasión.
A la mierda la compasión.
Sé que la segunda guerra mundial no fue un pícnic

Pero los soldados rasos, los que se llevaron la peor parte,
que se han pasado la vida en hospitales de veteranos
Quizás hayan encontrado solaz, justificación,
al haber luchado por una causa, al haber ganado,
Y eso les permite perdonar
el estado en que se encuentran,
Algo que hoy en día a nadie le importa una mierda.
Pero eso es algo que, como soldado, no puedo encontrar dentro
de mí.
No mi honor, sino mi cordura,
lo que queda de mi mente,
depende de que no perdone.
Creo que odio a los que ahora se disculpan
por haberme enviado allí
Casi tanto como odio a los virtuosos
que no se disculparán
por sus fantasías de *realpolitik*
que me enviaron allí.
Es un error pensar que combatimos en una guerra.
Eso no fue una guerra, no comenzó como empiezan las guerras
no acabó como acaban las guerras
La lógica militar resultaba
irrelevante
Quién vivía, quién moría, quién ganaba o perdía
no cambiaba nada,
No importaba, no había conclusiones
que sacar
Ni victorias que quedaran como victorias
Ni avances a los que se respondiera con retiradas
que no eran avances.
A los días en que más castigaba el tremendo armamento
Seguía un silencio en las colinas marronosas
unas plumas de pájaro de verde y azul fosforescente
se alzaban en el humo
No era guerra, no era una animosidad organizada
de los estados sociales
Éramos sólo unos cuantos de nosotros que pasábamos por ahí
viajeros condescendientes
al reino satánico de la Tierra
Donde los árboles iban armados,
y los mensajeros de las colonias de hormigas

golpeaban la tierra
y los niños desnudos se arrastraban debajo de
los aturdidos búfalos de agua
para beberse la sangre que les goteaba de las tetas.
Disparábamos a los monos, que caían de sus verdes doseles
y como panteras
nos deslizábamos a cuatro patas, la espalda combada,
a través de sus túneles
para pillarlos y matar sus bonitas caras.
Mientras tanto me iban arrancando a tiros partes de mí
y en cuanto un trozo de mi cuerpo
caía al suelo
ya había una rata peluda que le hincaba el diente.
A veces la tierra se hinchaba y llovían
verdes ensaladas de flora tropical
murciélagos y grillos crujientes y cabezas de mantis.
Espumas de arroz amarillo salían disparadas hacia arriba como
fuegos artificiales,
Las radios emitían un habla inteligible llena de interferencias
Yo oía los gritos y balidos y chillidos
y kikirikíes
de depredadores y presas cumpliendo con sus
destinos genéticos
Escarabajos y avispas se posaban sobre la sangre
que se volvía viscosa bajo el sol
y se quedaban pegados a ella
Mariposas del tamaño de pájaros temblaban para despegarse
de los charcos de sangre ennegrecida de los agonizantes
Escuadrillas de chaquetas amarillas frenéticas
con el olor del abono humano rico en sangre
Y, oh, las sanguijuelas, con qué astucia se metían
en las orejas y en la uretra de los que agotados
se dormían durante su guardia en la bendita noche
junto al río,
para criar desde allí.
Hubo uno que se llevó el machete a la polla
Y a otro que tenía un bicho dentro le disparé porque me lo pidió
Yo no era un ángel, muchacho,
Mataba a todo aquel que lo necesitaba
Era un ejecutor, vivía en una dicha satánica,
Podía romper sus escuálidas espaldas con la bota

Podía hacer volar sus ordenadas vidas desde el helicóptero
a trescientos metros de altura, en el cielo azul.

Eso no era la guerra, eso era la propia vida
así es como ha sido y así será

Tal como Dios nos la dio
al igual que nos dio
la araña violín
el jefe arácnido del reino satánico
de la Tierra.

Naturalmente has oído hablar de la araña violín.

Ese tono puramente agudo que emite
mientras va tejiendo una tela
de un calibre particularmente grueso
parecido a las cuerdas de tripa del violín.

Teje su tela entre troncos de árbol y el suelo de la selva
a fin de atrapar no sólo a insectos que vuelan
sino a bichos que reptan y a pequeños animales.

Si un hombre inconscientemente se mete en la red
de una araña violín

se encuentra con que se pliega ante su peso
como haría una hamaca.

Y enseguida tiene a la araña encima,
una criatura peluda con las patas dentadas
que gira a su alrededor a increíble velocidad
y le va rodeando de un hilo muy apretado sobre el cual
extiende al mismo tiempo un empaste pegajoso
que produce en la piel la sensación de una quemadura.

Al cabo de pocos segundos el hombre, por mucho que lo intente,
no puede soltarse,

Aún tiene el arma en la mano
pero no puede apretar
el gatillo

No puede manejar el cuchillo que lleva en la mano
Forcejea desesperado mientras la criatura
se pasea por encima de él, de sus manos y sus muñecas, de la cara
el cuello

Haciendo una especie de reconocimiento militar
antes de elegir el lugar más blando
donde clavar las mandíbulas
y comienza a sorber por su probóscide
la sangre, la comida.

¿Qué dices? ¿Que nunca habías oído hablar
de una araña así?
Explícame entonces lo de esos cuerpos marronosos y desangrados
que me encontré
en el suelo de la selva, deshinchados como vejigas.
¿Habrá un monumento a las víctimas
de las arañas violín del Vietnam?
Cómo lo va a haber... los monumentos son para las guerras
Y eso no fue una guerra, aunque los americanos
pensáramos que lo fue
Sino la vida objetiva, imparcial,
entregándose a todo lo que la exige
desde el lanudo mamut al gusano del sulfuro
que reptaba sobre los depósitos fulminantes
del fondo de los mares más profundos.
Cuando consideramos las variedades de la vida en este
planeta satánico,
su surtido de formas y colores, sus argucias
y abiertas intenciones para sobrevivir,
no podemos congratularnos precisamente por ser
uno de ellos,
¿No te parece, amigo?



Cómo va la cosa, dije.

La pregunta le pareció divertida: Bueno, Everett, es como tú esperabas, lo hacen al amanecer en el patio, tú estás firme, redoblan los tambores, y delante de las hileras de sacerdotes el obispo da un paso al frente, te arranca el crucifijo del cuello, luego el alzacuello, y te dobla los dedos hacia atrás.

Me lo imaginaba.

Es un simple intercambio epistolar. Tú les cuentas lo que hay en tu corazón. Ellos te quitan la licencia.

¿Podré ver esas cartas?

No lo sé. Puede. ¿Por qué no? No hay mucho que ver.

¿Y qué dijiste?

Que todos ya sabían lo que yo sé, que eso ya no se sostiene en pie, que la diferencia es el valor que para ellos tiene el simbolismo y la Iglesia construida alrededor de eso... que eso está ahí, que tiene un componente histórico, que es un sistema que funciona para la gente. Y que para mí ya no es suficiente.

Así que se acabó.

Existe un comité que supuestamente intenta hacerte entrar en razón. Les dije que no se molestaran. Me dieron las gracias... Sé lo que estás pensando, Everett.

¿De verdad?

Te sientes superior. Alguien que leyó a Diderot en la universidad y que opina que todo esto son cuestiones más propias del siglo XVII.

Nunca leí a Diderot en la universidad.

¿No decía que la religión es la ignorancia de las causas convertida en sistema?

¿Eso decía?

Alguien lo dijo... La verdad es que no creo que la vida, como ciudadano normal que soy ahora, resulte tan... enigmática.

El ciudadano Pemberton.

Sí, cuesta acostumbrarse. Hay momentos extraños, problemas curiosos.

¿Como qué?

No sé qué hacer con los hábitos. ¿Los tiro a la basura? ¿Los quemo? ¿Los dejo colgados en el armario? ¿Hago un paquete? ¿Los regalo? No acabo de decidirme. Y los libros. Mis viejos y queridos textos. Me pone nervioso verlos alineados en los estantes donde siempre han estado. Pero son libros, por el amor de Dios, ¿qué es lo que me da miedo? Son esas cosas... Mis cosas.

Tu vida.

Las cosas que forman mi vida. Que la han formado durante treinta años. A veces mi mente no lo tiene muy claro. A veces piensa: ¿Qué he hecho? Porque hay ciertas ventajas que creo que echaré de menos.

¿Como qué?

Bueno, es una credencial. Mediante la cruz, la sociedad te da permiso para interesarte por otro ser humano. Llevas el alzacuello y la gente acepta que te pasees por un hospital para desahuciados. Es algo que puedes hacer sin que nadie empiece a sospechar que eres una especie de fetichista del sufrimiento.

Vamos, Pem...

De verdad. Si eres sacerdote, o rabino, o monja, la gente sabe que has renunciado a la cultura material. Lo aceptan, a lo mejor no creen en lo que dices, ni les importa gran cosa, pero te escuchan, a veces te hablan. Y desde luego hay unos pocos que creen en lo que dices... y éstos son los que no quiero que ahora me vean.

¿Por qué no?

Bueno, es como alguien que siempre lleva gafas, se las saca ¿y qué? Le asoman las orejas, tiene círculos blancos bajo los ojos, parece desnudo. Y naturalmente parpadea, medio ciego. Ése soy yo de seglar. Y este pobre hijo de Dios a las puertas de la muerte se da cuenta de que no valía la pena perder el tiempo con tus promesas.

¿Pobre hijo de Dios?

Supongo que no he conseguido librarme de algunas palabras.

Es natural.

No es que me arrepienta de nada, es sólo que tengo que adaptarme. Y eso lleva

tiempo. Sobre todo para alguien que jamás ha sido capaz de tomar una decisión sin pensárselo todo mil veces. Pero ya sabes que tengo que preguntarme por todos estos años que he ejercido. ¿En qué podía estar pensando? Solemnes procesiones, colores y alzacuellos y pequeños amuletos... ¿Era un anglicano tolerante... o un animista? Cojo mi vieja edición de bolsillo de San Agustín. *La ciudad de Dios*. Todas las páginas están subrayadas casi de arriba abajo.

Bueno, espera un momento, Agustín es un escritor de primera.

Te gustaba, ¿verdad? Con todo su repertorio de trucos de escritor. Todas esas ideas doctrinales tratadas como si existieran, como personajes de una novela de Henry James. La Gracia de Dios es mi favorita. Y esa apasionada retórica... Para conocer a Dios, debes anhelar a Dios. Pero entonces, ¿qué me dices de la Fe? ¿Viene con ese Anhelado, antes o después? Etcétera. La voz lo consigue. ¿No me dijiste en una ocasión que la voz lo es todo?

Te lo dije. Y es verdad.

Confías en esa voz... te habla de lo que conoce. Te absorbe. Incluso a ti, Everett.

Bueno, me confunde cuando dice que los bebés están condenados al infierno a no ser que alguien los rocíe con agua. Ahí no le sigo. Te comprendo.

Pero *La ciudad de Dios* es un buen título. Me gusta la imagen, ¿y a ti?

Desde luego hay algo en ella que ciertamente es muy distinto de los verdes pastos.

Para empezar puedes ir a dar un paseo.

Comprar el periódico y tomar un café en el Coreano.

Ir a ver una peli.

Creo que conservaré ese libro.

¿Por qué no los conservas todos?

Por qué no. Mi colección de historia de la religión. Después de todo, no he renunciado a Dios. Sólo a la Trinidad.



El Midrash Jazz Quartet toca temas clásicos

[17]THE SONG IS YOU

*I hear music when I look at you
A beautiful theme of everything I ever knew
Down deep in my heart I hear it play
I feel it start and melt away...*

*Why can't I let you know
The song my heart would sing
What beautiful rhapsody of love and youth and spring
The music is sweet
the words are true
The song is you!*

EL MIDRASHIM SE HONRA ESTA NOCHE... EN TENER ENTRE EL PÚBLICO A UNA LEYENDA DE ESTE NEGOCIO... DE HECHO LA MAYOR DE TODAS... Y CON ESO SÓLO PUEDO REFERIRME A UNA PERSONA... Y SI LE RECIBEN CON UNA CALUROSA ACOGIDA, ¡QUIZÁ SUBA AQUÍ Y NOS HAGA UNO DE SUS DISCURSOS!

(Sonora y prolongada ovación)

Gracias, bueno, por qué no, lo intentaré...

El tipo que habla mira a la chavala y oye música. Dice que el amor es una canción en su corazón. Qué se puede esperar de alguien que se gana la vida escribiendo canciones.

(Risas)

No se ha estrujado los sesos. ¿Diría un general que oigo música cuando te miro? Eso ya es otra cosa. ¿Y él sólo oye esta canción cuando la mira? ¿Por qué? ¿Qué significa eso, sino que él la ama aun cuando lleve gafas de culo de vaso y tenga el culo como una vaca?

(Silbidos, risas)

Y para colmo está el problema de que no puede hacerle saber lo que siente: ¿Qué pasa, es que es tímido? ¡Tímido! Dime quién en este condenado mundo es tímido. Jóvenes, viejos, cojos y lisia dos. Te arrear en la cabeza con sus sentimientos.

Oh, muchacho, ojalá en toda mi puta y larga vida se me hubiera acercado alguien

que fuera demasiado tímido para decirme lo que pensaba de mí...

(Alegres aplausos de complicidad)

Como Fanny, la madre de todas las chavalas: ¿Qué?, ¿tú que? ¿Que quieres ser cantante de un grupo? Bofetada en toda la oreja. ¿Como esa nenaza que aparece en el cartel? Míralo, con una pipa y ojos con rímel... ¿eso es lo que quieres? ¡Mamá, grito, ese es Bing! Otro sopapo, ahora me silban los dos oídos, esquivo, me cubro, los golpes me impactan en los brazos. ¿Un chico en la banda? ¿Como una de esas pelanduscas que cantan en el coro, que se folla a toda la sección de saxos? Mi madre no tiene sexo. Me arranca a mi héroe de la pared, lo hace trizas. Me coge mis discos de setenta y ocho revoluciones por minuto, uno por uno, y los parte en dos como si fueran galletas.

O mi padre: Jamás he aprendido a leer, dice. ¿Sabes lo que es eso? (Yo sé leer, papá, no me oye.) Como si fueras ciego, llegas a una esquina y un desconocido te guía del brazo. Soy el último en enterarme de todo. ¿Es eso lo que quieres para ti? (¡Sé leer, papá!) ¡No me estás escuchando, jodido crío, vuelve aquí, te pondré el culo como un tomate!

La severa cultura de mi vida en casa, en la calle, es un programa de radio que no puedes apagar. Los sacerdotes son los que más gritan, una Iglesia que no sabe lo que es contenerse, una palabra que repica sobre el vecindario, *bong-bong-bong*, una palabra machacona. Está bien para las señoras de negro, que en su imaginación aún van a misa por la carretera de los olivos; las viudas se santiguan en la votiva oscuridad, se dejan caer sobre sus rodillas hinchadas, los nudillos de sus manos son como nudos de madera. Pero esos olores y campanas no son para mí; pon tu dinero en la alcancía y vete. Las chorradas del padre junto a la pila de agua bendita. Me pregunto qué le ha dado.

Hablo de antes de la guerra, de antes de la guerra después de la guerra, una población a orillas del río, Jersey. Las calles se hundían en las marismas sobre las que fueron construidas. Los postes telefónicos, con unos hilos cada vez menos tensos, cada vez más inclinados. Horizontes de conductos de refinería, aviones de la armada desapareciendo entre las nubes amarillas. Los fuegos químicos de Meadowlands iluminan el cielo nocturno. Y todos los que estábamos allí respirábamos todo eso. Y nos habíamos convertido en lo que éramos en nuestros suburbios de asimilación. Comprábamos en tiendas pequeñas y oscuras: las luces apagadas para ahorrar dinero. Se abrían los monederos para sacar las monedas una por una.

Oh, lo recuerdo, amigos, y no agradezco el recuerdo.

Pero este chaval está saliendo de la Depresión él solo. Mi grueso cráneo es el único hueso fuerte que tengo, es un estudio portátil de sonido, una cámara de resonancia de mi voz. El secreto de mi éxito, mi grueso cráneo. Mi padre me grita:

No te queremos ver más por aquí. Mi madre me grita: Jodido vago inútil. Siempre salía corriendo y dando un portazo. Cuando la cosa se ponía realmente mal me iba a los muelles. Pagabas cinco centavos, el tranvía doblaba las esquinas con estrépito, las calles eran tan estrechas que podías asomarte por la ventanilla y tocar a cada lado las casas donde vivían dos familias. Casas de madera con tejado plano. Los niños miraban desde el porche. Subía y bajaba las calles en cuesta, el río aparecía y desaparecía al tiempo que tú ascendías y caías en picado, las agujas de la ciudad de alabastro que había al otro lado del río subían y bajaban como el escenario de la banda del Paramount, lo que te hacía saber que te hallabas en ninguna parte, que eras un don nadie que vivía en ninguna parte, que la verdadera vida estaba allí, al otro lado. En la última parada todos se bajaban en los muelles llenos de mierda de pájaro junto al río apestoso, un par de negros pescaban con caña esperando coger una perca aceitosa para la cena, y tú. Un chaval sin caderas. Tan flaco que tenía que atarse los pantalones al diafragma. Se sienta en el embarcadero apestoso y astillado y mira la ciudad de piedra blanca que hay al otro lado del río. La hermosa ciudad. Estoy sentado entre salpicaduras de mierda de pato, caparazones de cangrejo vaciados por los pájaros, un crío sin con suelo. Mi pecho es como el plato de las limosnas. Los huesos, tan delgados como las maderas de los cajones de fruta, los cajones con alambres de las naranjas y la uva que puedes retorcer con la mano y partir a lo largo, así es como son sus huesos. ¿Cuántos años tiene?, ¿catorce, quince? Mira a la ciudad que hay al otro lado del río, que resplandece al sol. Oye en el cielo el chasquido de las garras moviéndose de un lado a otro, perros guardianes de la Depresión.

¿Sabéis ahora de quién es la canción?

Un hombre quiere escribir mi autobiografía, ¿qué le cuento? ¿Le cuento que cuando quitaba ceniza de la caldera sólo podía llenar la punta de la pala porque no tenía fuerza para levantar más? ¿Por qué tarda tanto?, la dulce voz de Fanny me llegaba al sótano: ¿Es que te has muerto ahí abajo? El sabor de las cenizas en el sótano, cosas de tu vida que no recuerdas hasta que llega la hora de morir. Esa maldita cosa en mi lengua. Hule con marcas de cuchillo, unas florecidas amarillas sobre la mesa de la cocina. Un motor de aletas redondeadas zumba sobre la nevera, grasa pegada con polvo. E históricas capas de manos de pintura casi blanca en las habitaciones; las paredes no eran rectas, las esquinas no eran cuadradas, las puertas del armario no cerraban. Cosas totalmente absurdas.

Pero había otras cosas que sabías que nunca olvidarías, indelebles cosas secretas que no crecían contigo sino que conservaban el sentimiento original del momento. Fanny en su uniforme de enfermera, la madre bocazas de todas las mujeres, ayudándolas a parir resbaladizos recién nacidos, acogiéndolas cuando les daban una paliza, haciendo abortar a las que no estaban casadas. Sí, la decana auxiliar de St. Francis haciendo esa operación porque no era sólo mi madre sino la madre de todo este mundo de mujeres en mi casa.

De modo que pronto su seguro servidor sabe lo que es una chica: he visto

desvestirse a una a través del ojo de la cerradura, su uniforme escolar cayó en pliegues sobre la silla de madera, un sonido sedoso, y esa chica vulgar en su imponente y dulce y lozana tersura subiéndose a la mesa de la cocina cubierta por el hule con pequeñas flores amarillas... y la chica espera, y llora, tan preciosa desde las plantas de sus pequeños pies, cada centímetro de su blando cuerpo tan lleno de sentido, como si Dios me estuviera mirando y yo dijera: Naturalmente, naturalmente, como si una vez visto no fuera una presentación sino un recuerdo, naturalmente, naturalmente, podría haber sido otra cosa pero esto lo he conocido siempre, tienen pantorrillas y muslos, un culo en curva y coño. Y cuando se tiende, los pechos se remansan y tiemblan, y ella mira la luz del techo y se roza los dientes con los nudillos y grita y está tan asustada que no se la oye. Lo que ahora no recuerdo es su nombre, pero era una chica del barrio, la había visto con las demás con su uniforme escolar, una chica mayor, iba a una clase superior, me sonaba su aspecto con la falda verde oscuro, la blusa blanca, los calcetines hasta las rodillas, y todo ello rodeaba de vulgaridad la maravillosa revelación de unas piernas que se abrían obedeciendo a una orden, las rodillas se levantaban, hasta que la espalda ancha y blanca de Fanny y la sábana que arroja por encima me salvan del desastre.

Y no una canción en el corazón, alfeñique, sino un rugido en el lomo, un chirrido en el cerebro, un cegador atisbo de la obra de Dios, y eso es para ti por los siglos de los siglos, y tú eres suyo.

Pero combatirlo, cometer el mismo error de todos los chavales estúpidos, que se creen que esto es algo que puedes hacerles a las chicas, que así es como has de tratarlas, que así va el mundo. Realmente saber pero no saber lo que es eso dejándolo fuera, el deseo saliendo de él como de la nada, la terrible necesidad que lo arrastra no pegada a él sino como el tiempo que hace, rodeándolo, coloreando el cielo.

Todos mis compañeros eran igual de estúpidos. Por qué se contaban aquellos chistes, por qué el cigarrillo en la comisura de la boca, por qué esas dos manos en la entrepierna, la sonrisa lasciva y las cejas levantadas, el estruendoso aplauso de lo burlesco, pero tragando saliva, la boca seca, y sintiendo el corazón en el pecho de madera de caja de fruta golpeando al ritmo que marca la vampiresa del club nocturno.

Los Necios de la Canción. Ése fue el nombre que nos pusimos. A ciertos oídos les sonaba un poco a chino. Como Tin Pan.^[18] Tin Pan dice que el amor es una canción en el corazón.

¿Qué oportunidades teníamos, qué probabilidades nos habríais dado? Yo, flexionando mi brazo, muestro mi bíceps de *linguine* del número seis, o Vinnie, al que llamamos *Sopapo* porque su cerebro funciona como si le hubiesen dejado KO demasiadas veces, o quizás el impasible Mario, al que llamamos *Ladrillo* o *Váter* porque por su complexión parece un váter de ladrillos de esos que había fuera de las casas, o Aaron, alias *Judío*, uno que no pertenece a nuestro barrio pero que se viene con nosotros porque le gusta nuestro bullanguero estilo italiano. Lo que quiero decir es que no estamos en el campo de deportes de Eton. Llenábamos las bolas de nieve

con piedras. Cantábamos los grandes éxitos en la esquina delante de la tienda de caramelos.

El Judío, cuyo padre lleva la lotería, es el que tiene la pasta para que podamos ir a las sesiones matinales del Union City, se entrena para jugar al frontón tenis, el Judío, y a veces sustituye a su patrón y lleva la bolsa con el dinero, aunque no consigue poseer el crucial don de la presunción, una terrible carencia que significa que jamás triunfará en el mundo de los listillos. Además, sufre un poco de parálisis, arrastra la puntera de un pie, el talón casi no toca el suelo. Le da un andar desequilibrado, como si estuviera a punto de despegar. Lleva unos pantalones de pana raídos, deportivas en invierno y en verano, y los faldones de la camisa vuelan mientras corre por la pista de aterrizaje. Un chaval simpático y tontorrón, una expresión ansiosa, la boca en perpetua sonrisa, grandes incisivos. Y sobre todo, esa risa estúpida y aguda que raya en lo maniaco, y que nos avergonzaba en el cavernoso teatro de nuestros sueños; tan fuerte y penetrante era que la bailarina de striptease, que hacía girar sus tetas adornadas con borlas y que movía y apretaba el culo al ritmo de la batería, se paraba repentinamente y se quedaba mirando hacia donde nos encontrábamos.

Una vez por semana, el autobús para ir al Union City. Una mujer mayor pero aún fértil se pasea por el escenario bajo una luz rosada. El Judío suelta su estridente risa, Mario me golpea el brazo en un momento especialmente exquisito de la coreografía, Sopapo murmura Cristo bendito una y otra vez en una muestra de su capacidad expresiva, y yo me hundo en mi asiento sufriendo un complejo y una excitación ni remotamente placentera. De hecho me preocupa que ella, la bailarina, me vea mirarla. Un gran desprecio femenino me llega del escenario. Y mientras meneaba el culo con tanta pericia, *ba-da-bum, ba-da-bum...* bueno, era de una vulgaridad tal, creedme, que en todos los años que asistí a esos locales, y tras probar la indulgencia de las mujeres, jamás vi nada igual. Era un uso vulgar y asqueroso de la belleza, confirmado por el cretino de traje a cuadros y zapatos flexibles y sombrero hongo que se acerca tambaleándose de entre bastidores con una protuberancia de goma color rosa de setenta centímetros asomando entre sus pantalones. Y al tiempo que me duelen las pelotas de manera nauseabunda, estoy cabreado con la representación de las habilidades de las mujeres que hace esa gorda guarrindonga que baila allá arriba. No quiero que sea así.

Otra que no puedo olvidar era una insulsa y esquelética bailarina tan flaca y sin tetas como un chico, que deambulaba por el escenario en tal estado de estupor inducido por las drogas que ni siquiera Buddy Rich habría podido seguirle el ritmo.

¿Por qué me he puesto a hablar de todo esto? ¿Por qué estoy pensando en todas estas cosas? A lo mejor —y ya han pasado de eso unos setenta años— es que creía que lo que ocurría en un escenario sería distinto de lo que pasaba en la calle. No quiero decir que el chaval que era yo pudiera pensar algo así. Ese chico que no era nada, que no iría ni dos cursos a la secundaria, intenta llevarse bien con los otros Necios de la esquina... ¿decide que la interpretación es un reino distinto? ¿Qué coño

sabía yo del mundo del espectáculo para pensar que me daría algo que no podía encontrar en la calle? Pero juro por Cristo que ésa es la convicción que tenía, como si fuera un estudiante de interpretación, y de dónde procedía, no lo sé.

De modo que, al igual que acostumbramos a dar gracias a uno y a otro cuando nos conceden un premio, le doy gracias al Judío por ayudarme a entrever, por medio de su negativa sordidez, mi propia salida. Y la suya propia, por cierto, no entraré en detalles, sólo diré que fue repentina y prematura, mi pobre compinche con un tendón de Aquiles.

Pero mientras tanto lo intento, ¿entendido? Siempre, no importa lo confuso que esté, navego por la ciudad de alabastro guiándome por la vista. Mucho mejor para mí si era tímido como en la canción, si sólo tímidamente me imaginaba besando a Angela Morelli bajo los tablones del paseo marítimo de Asbury Park. Deslizo la mano bajo su bañador de lana. Ya no puedo seguir siendo tu novia, dice ella. No es que no me gustes, que me gustas, pero no puedo arriesgarme a que pase algo, y es mi vida. Quiero hacer algo con mi vida. Unos ojos oscuros y brillantes, una chica seria y maravillosa. Me aparta la mano: Tú no tienes futuro. Ni trabajo. Has dejado la escuela. ¿No quieres llegar a ser algo? Es como si no tuvieras amor propio: te pasas el día en esa esquina cantando estúpidas canciones con esos que no tienen otra cosa mejor que hacer. ¿Entonces por qué lloras, Angela, si soy yo el que no tiene amor propio? Y dime, ¿qué más dice tu madre? No es sólo lo que diga mi madre, tengo ojos y veo por mí misma que no haces nada. Tengo oídos que no te oyen expresar ninguna ambición.

¿Que no tengo ambiciones, Angela? ¿Que no tengo ambiciones? Tenía la ambición de follar contigo, ¿no debería ser bastante? ¡Tenía la ambición de joderte y al mundo contigo!

¿Crees saber ahora de quién es la canción?

Él fuma cigarrillos de a tres el penique, está en el cuarto de baño haciéndose el tupé y, como dijo la niña, es el líder de los Necios, que cantan los últimos grandes éxitos delante de la tienda de caramelos: Quiero que me ames tú, sólo tú y nadie más que tú. Quiero que me quieras sólo tú, dubidú.

Primer movimiento de mi carrera, un acto para señalarme, cantar en solitario. Ladrillo, tío, tienes el oído de hojalata, por qué no lo dejas, vete a reventar puertas o lo que sea. Y tú, Sopapo, ni siquiera eres capaz de acordarte de la letra. La letra es la canción, capullo, son el significado de las notas, son el tema de la canción. Así es como los trataba; mataba su alegría, que consistía en graznar las canciones de nuestra cultura en la esquina, para que no se les olvidaran a los tipos del viejo mundo que vivían arriba: Aquí estamos, dame algo. Matar todo eso, matar a los Necios de la Canción para siempre. ¿Es que de pronto te has convertido en el director? Crees que lo sabes todo, quién te ha hecho el líder. Chavales, sois una mierda, no sabéis cantar. Puede que no, pero puedo hincharte los putos morros. De modo que arremeto contra Váter, la única salida, esperando que nos separen antes de que me parta en dos.

Y ése es el final. Me quedo solo; únicamente Sopapo permanece a mi lado, me sigue por ahí, me hace recados, manga una radio Philco y me la regala, cosas así. Y ha estado conmigo desde entonces, todos estos años; no es una lumbrera, pero es leal hasta la muerte. Cosa que me gusta. Hemos crecido juntos, mi vida ha sido una épica de cambio, la suya siempre la misma, estrechamente centrada en mí, en mi personalidad, en mi carrera: yo lleno su mente. La de Sopapo es de una amplitud de banda muy estrecha. Si fuera mi esposa, la habría dejado hace mucho tiempo. Consiguió salir del barrio, de todos modos, subiéndose a mi carro, pero consiguió salir, ¿y quién va a decir que podría haber hecho otra cosa? Una vida curiosa, sin embargo. Cuando algo bueno sucede, una distinción, un disco de platino, el presidente me impone una medalla, lo que sea, a Sopapo le gusta creer que es para los dos. ¡Esto merece una copa, jefe, nos lo merecemos, somos los mejores!

Pero no te lo tomes a mal, Sopapo... sabes que te quiero.

A quien oigo en la Philco es a Paul Whiteman, a poco volumen —es de noche, ya tarde—, con la oreja pegada al aparato, y a Rudy Vallee, a Russ Columbo y a Jack Leonard. Sintonizo emisoras tan lejanas como las de Pittsburgh, Billy Wynne y su orquesta tocan *El Salón Pocono del hotel Three Rivers*. No era sólo música, era clase. «Aquí llega el Bailón, Mira cómo va. Abajo sobre los talones, Arriba sobre las puntas. Así es como se baila el Bailón del Estudiante». Rudy Vallee había ido a Yale, y siempre te lo recordaba. Jolson tenía buena voz pero su éxito era exagerado. Tampoco era para tanto. Cantor, un tipo deleznable, un payaso, lo que hacía no era música. No me gustaban los comediantes que también cantaban. Yo quería ver a cantantes que se lo tomaran en serio. Quería que los intérpretes fueran sólo eso y nada más. Me interesaba el estilo, la elegancia, una buena letra que denotara buen gusto y mostrara inteligencia. Lo entendéis, supongo, por medio de esas distinciones, ese don nadie de Nueva Jersey estaba aprendiendo él solo. Copiaba las canciones de Gershwin, las letras de su hermano, llevaba un cuaderno, para mí él era lo más: George, gran estilo, sofisticación; no tenía ni idea de que había nacido en el Lower East Side, un hebreo tan poco aristocrático como yo.

Cuando quería cantar en serio me iba al muelle, pasaba la voz por la nariz, haciendo pruebas, escuchando, descubriendo, siempre mirando la ciudad que había al otro lado del río, cantándole con la resonancia que podía oír en mi cráneo, mi grueso cráneo. Quería que mi voz sobrevolara la ciudad de piedra blanca, entretejer mi voz verso a verso, arriba y abajo, adelante y atrás, envolver esa maldita ciudad dentro de mi voz. Y ahora ya lo sabéis, ¿verdad? La canción eres tú, gran ciudad, tú fuiste siempre mi canción a través del ancho río pringoso, las gaviotas se dejan llevar por el viento, dejando caer los caparzones de cangrejo a mis pies, los negros pescan con eterna paciencia al final del muelle para poder comer.

Aún pasaría otro año antes de que pudiera subirme al transbordador que estaba a una manzana de distancia y cruzar el río. Lo pagué con el salario de un día de trabajo como mensajero en Newark. Y la isla de Manhattan se alzó ante mí como un lugar

humano, apareciendo ante mis ojos: los trasatlánticos del muelle, el humo de las chimeneas, los olores de los corrales del West Side. Bajé la rampa y entré en la vida. Bocinas, semáforos, tranvías, autobuses, camiones, silbatos de la policía, el flujo del caos. ¿Quién lo había organizado, cómo lo hacían para que funcionara? Cómo sabía la gente por qué puerta entrar. Cómo podían sentirse como en casa en edificios de cuarenta pisos. Caminaba por la calles y me entraban ganas de abrazar a las farolas. Me empapaba del ruido, el imponente ruido de la ciudad. Estudiaba a la gente que pasaba, las figuras que me llamaban la atención, hombres y mujeres, la ropa que llevaban. Gentes de todo tipo se juntaban en los semáforos. Aún circulaban caballos. Como si fueras un científico, como experimento, coge un taxi, dile adónde quieres ir, págale el importe y dale la propina que toca, sin delatar que eres un palurdo. Echa un vistazo a esos hoteles donde tocan las bandas. Ten aplomo y entra en uno de ellos por la noche, siéntate a la barra con unos cigarrillos, y pon cara de ser lo bastante mayor. Mira la banda, fíjate en cómo controlan la sala, esa complicidad interpretativa que sólo se consigue a base de muchos años.

Todo eso estaba ahí, y yo no tenía nada. No soy más que un don nadie mirando los escaparates. Pero juré que vencería como fuera, seduciría, conquistaría. ¿Cómo? ¡Con letras de amor! Utilizaría la moneda corriente, la melodía popular. ¿Hay algo mejor que eso? Toda la emancipación del mundo, la educación, el genio, el poder y la política y el dinero, y... ¿y qué? Este chaval es como esa historia del bufón, cantaría con todo mi corazón si alguna vez aprendiera a cantar, y la mismísima Virgen María bajaría a todo color de su pedestal de mármol y me secaría el sudor de la frente con el borde de su túnica. ¿Sabía que había suficiente nostalgia en el mundo como para que eso funcionara? Bisoño, yo era un chaval bisoño, aislado en mi soñado Manhattan mientras que el mundo estallaba en pedazos, los nazis y su paso de la oca sacando a los judíos de sus casas, Stalin congelando a millones en los gulags, los japoneses practicando técnicas de decapitación con los culis chinos, los birmanos abarrotando las carreteras que salían de Rangún con carretas llenas de pertenencias, los italianos bombardeando a los etíopes y éstos arrojando lanzas al cielo, todo el puto mundo mostrando su verdadera humanidad, un bebé que llora junto a la vía del tren, sangre bajando por las montañas, irrigando los desiertos, enrojeciendo los mares. El mundo es un maldito circo de la mutilación humana, con una furia desquiciada y asesina que saca al planeta de su eje... y aquí estoy yo entonando en bel canto:

[19] *Why can't I let her know the song my heart would sing
What beautiful rhapsody of love and youth and spring
The music is sweet, the words are true...
The song is you!*

(Una emocionada y sonora y cariñosa ovación, todos en pie)

El ex periodista del *New York Times*, que ahora se considera un asesino profesional, últimamente va con la cabeza un poco más alta. Más erguido, no mira al suelo al caminar, los hombros se ven más cuadrados. Puedes adivinar si un hombre ha sido derrotado en este mundo por la manera en que camina por las calles de la ciudad. Hay miles de andares de derrota, cada uno adaptado a una morfología específica, pero todos son claramente lo que son. El ex periodista del *New York Times* ya no pertenece a esa categoría de personas que arrastran los pies y que son los descontentos, los despreciados, los traicionados, los amargados o los catatónicos. No es que haya olvidado que fue gracias a un factor accidental como puso fin a la historia del sargento de las SS, pero ahora se atribuye todo el mérito. Quiere hacer creer que había visto al viejo criminal nazi por el rabillo del ojo y lo había reconocido antes de perder el control de la bicicleta y re botar en la acera y atropellarlo. Quiere hacer creer que su cuerpo asumió el control de su mente, que hubo un conflicto resuelto mediante una inversión de los sistemas de control, en virtud de la cual la inteligencia directriz no fue su pensamiento consciente, sino la acumulación eléctrica volitiva de sus sistemas óseo y muscular. Había cruzado la línea, había traspasado el umbral de su libertad, qué hermoso que el momento pudiera ser tan explícito.

El ex periodista del *New York Times* tiene la sensación de que ya no puede hacer nada más, nada tan atrevido, nada tan desmesurado. Lleva el pelo muy corto, se entrena en el gimnasio, se compra ropa nueva y de buen corte. A este tipo que había sido un pringado en los últimos sesenta años se le ve ahora, si no elegante, sí al menos pasable en su atuendo. Se busca a una mujer a la que tratar con viril desconsideración. Es correctora de una editorial, tiene poco más de cuarenta, es rubia y delgada, y con ella tiene en común opiniones prescriptivas acerca del uso de la gramática y una lealtad a la segunda edición del *Gran Diccionario Webster*. Pero aparte de eso, ella muestra una gran credulidad cuando a la hora de la cena a él le da por fantasear y alude a misteriosas relaciones profesionales.

El antiguo comandante de un escuadrón de la muerte en Guatemala, que es el siguiente de la lista, posee un restaurante en un centro comercial de Queens, justo al lado de la carretera de Long Island. Es de presumir que esta historia tenga un desenlace menos chapucero que la anterior, y para llegar al restaurante el ex periodista del *The New York Times* ha de realizar un breve trayecto en taxi desde el final de la línea F de tren, en Queens Plaza. Pero el ex periodista del *The New York Times* está alarmado por la complejidad sociológica visible en un centro comercial de Queens. Se queda de pie delante del restaurante y observa los miles de coches aparcados y que aparcan, las hordas compradoras, las cadenas de megatiendas, oye los gritos de las madres, observa la amarga mirada de los niños que van en cochecito, agarrados a la barra de delante. El aire vibra con el continuo gemido del imparable

tráfico que va en direcciones opuestas por la carretera de Long Island, lo que le sugiere una absurda imitación conductual. Interminables hileras de casas de ladrillo rojo todas iguales llenan el cielo, asquerosas palomas aletean y se posan sobre montañas de comida basura, niños que pasan a toda velocidad en sus monopatines entre los coches aparcados, rebaños de adolescentes vestidos a la moda de tejanos holgados, Air Jordan desatadas y gorras de béisbol puestas al revés... ¿Se puede trazar alguna distinción ética, pueden verse principios sobre los que actuar, en medio de este manicomio de gente libre? No era un lugar apropiado para llevar a cabo nada serio y elevado: nada éticamente importante podría ocurrir aquí.

Pero cuando entra en el restaurante, se le revive el ánimo de inmediato. La sala está iluminada en nocturno permanente. Decorado de hacienda sudamericana, con vanos protegidos por una celosía tras cada banco. Las mesas están tapadas con un mantel blanco y almidonado y en cada cubierto hay un vaso de cristal. Los camareros llevan chaquetilla corta. Un sonido agradable e ilocalizable de agua que cae borra cualquier vestigio de ruido procedente del exterior. Es la hora de comer, y quizás hay dos o tres mesas ocupadas por hombres trajeados; no se ven mujeres ni niños por ninguna parte. Sentado a la barra, charlando con un barman bastante ocioso, un hombre vestido con un blazer azul se vuelve para mirar al ex periodista del *The New York Times* cuando entra: a éste se le acelera el corazón, es el coronel guatemalteco que aparece en las fotos, un hombre de complexión esbelta que luce un buen bronceado, la línea del pelo le empieza cerca de la coronilla, lleva un tupido bigote negro. Al no reconocer al cliente, deja que sea el camarero quien lleve a cabo el ritual de bienvenida y se vuelve a coger el cigarrillo que tiene en el cenicero.

El ex periodista del *The New York Times* siente náuseas, ve en esa mirada la misma arrogancia que se atrevió a diezmar a la clase intelectual de un país por el bien de ese país, mientras que al mismo tiempo arrasaba aldeas enteras masacrando a los campesinos.

Pero ésta es sólo una visita de inspección. Vendrá a comer dos veces más, y cada vez verá allí al restaurador de los escuadrones de la muerte, en la barra, y cada vez sólo obtendrá de él una mirada impasible antes de volverse hacia la barra.

La tercera vez, el ex periodista del *The New York Times* se sienta en la que ahora es su mesa. En el bolsillo interior de la chaqueta lleva un cuchillo de trinchar de acero Carborundum de veinticinco centímetros, comprado en la tienda Hammacher Schlemmer de la calle Cincuenta y siete. Dos tipos jóvenes con trajes oscuros y corbatas de viajante se sientan con él. Unos jóvenes pulcros de pelo corto, las orejas asomando. No tienen ningún acento, le preguntan si es de por aquí, si trabaja o vive en la ciudad. No es asunto vuestro, dice el ex periodista del *The New York Times*. ¿Y quién coño sois vosotros? No recuerdo haberos pedido que os sentarais conmigo. Tenemos credenciales, dice uno de ellos. Vamos a ver vuestras putas credenciales. A su debido tiempo, dice el otro.

Por lo demás, no hay ningún cliente y los camareros han desaparecido. El dueño,

en la barra, aplasta un cigarrillo, se pone en pie, se le acerca despacio y se sienta delante de él, a su mesa. Soy Guillermo, su anfitrión, dice sonriendo, una sonrisa resplandeciente, cegadora, de dientes con funda. Y yo soy el ángel de la venganza, dice el ex periodista del *The New York Times*. Se siente osado, suicida. Los dos jóvenes que trabajan para el gobierno, con aparente parsimonia, están en un instante detrás de él, uno a cada lado. Guillermo se ríe, inclina la silla hacia atrás y la apoya sobre las patas traseras. No eres el primero en decirlo, dice, pero desde luego, de todos ellos, eres el que tiene peor pinta. Le hace mucha gracia su comentario, una genuina carcajada le brota de la boca de blancos dientes. El ex periodista consigue verle el paladar rosado y el carnoso badajillo de la campanilla. No puede agarrar el cuchillo que lleva en el bolsillo interior porque los dos jóvenes le aprietan los hombros hacia abajo. En un estúpido arrebatado de furia intenta ponerse en pie, casi lo consigue, se lanza hacia delante y lanza un escupitajo al famoso comandante del escuadrón de la muerte. Que al instante se echa hacia atrás. Esto le hace caer de espaldas, y por un instante el ex periodista del *The New York Times* ve las suelas nuevas y sin marcas de los zapatos. Cacofonía de la silla al astillarse, gritos. Un cuerpo que expulsa con sonido de bajo el aire de los pulmones. Pero el sonido de un cráneo al partirse contra el suelo de plástico imitación madera que recubre una base de cemento, reflexionaría posteriormente, resuena menos que el sonido de un cráneo al partirse contra un murete de ladrillo que circunda un césped. Son sonidos distintos, de tono distinto. Por supuesto, también debe de influir la calidad del hueso craneal. Pero así como enseguida supo que el hombre de Cincinnati estaba muerto, no supo, mientras corría a través del aparcamiento del centro comercial hacia la carretera de Long Island, que había matado al coronel guatemalteco de un escupitajo. Hasta que a la mañana siguiente no leyó *The New York Times* no se enteró de que había dado otro golpe certero.



Estábamos alineando los libros de Pem, los sacábamos de las cajas de cartón y los colocábamos en las estanterías de la recién acabada biblioteca del piso superior de la sinagoga del judaísmo evolutivo. Casi todos los volúmenes habían permanecido almacenados desde su marcha de St. Tim.

Everett, dijo, procura no leerte todos los libros antes de colocarlos, ¿de acuerdo?

Hay cosas muy buenas. ¿Cómo puedo conseguir el carnet de la biblioteca?

Se echó a reír, últimamente se le ve feliz, pero yo lo decía en serio. Aparté un montón de libros de autores que quería leer: Tillich, Barth, Teilhard, Heschel.

No está mal, dijo al ver lo que había elegido. Pero como verás, todos estos brillantes teólogos acaban reafirmando las tradiciones en que nacieron. Incluso el gran Kierkegaard. ¿Cómo se come eso? Es decir, cuando tu rigurosa búsqueda de Dios acaba llevándote de nuevo a tu bautismo, tu...

Sobre el escenario de la gran sala de baile del Waldorf, esa noche, un actor tras otro ensalzan la vida llena del director de cine que ha ganado todos los galardones. Cómo les enseñó, cómo sacó lo mejor de ellos, cómo cambió sus vidas, etcétera. Sin sorpresas. Los directores eran quienes distribuían los papeles.

Pero dos o tres escritores que hay en el programa aparecen para ensalzar al director de cine que ha ganado todos los galardones, y hablan del arte superior con que extrajo películas llenas de magia de sus humildes libros y guiones. En este caso no funciona el mismo mecanismo que con los actores, pues ¿cuántas veces puede esperar un escritor vender los derechos para el cine a un director en concreto? No, esto es otra cosa, se llama denigración de la literatura. Un sacramento de la cultura cinematográfica, la denigración de lo literario resulta más satisfactoria cuando la llevan a cabo los mismos literatos.

La sala de baile, tenuemente iluminada con arañas de luces, todas resplandecientes. Una velada de etiqueta, con la flor y nata. Tengo suerte de conseguir llamar la atención del camarero antes de que apaguen las luces y proyecten las escenas más famosas...

En los inicios del cine, las películas se exhibían en fachadas, vertederos, pagabas un níquel y te sentabas en un banco. Eran mudas, por supuesto, de un rollo, y todo el mundo las hacía: eran baratas, la gente filmaba sus propias vidas. Contaban historias de sus vidas, la existencia que llevaban en tugurios, casas de pisos, lo mucho que trabajaban por cuatro chavos, que jefes de traje y corbata los despedían del trabajo, que solían despedirlos cuando se hacían viejos, que los despedían si se atrevían a protestar. Mostraban a esos hombres en las esquinas, hablando entre sí, yendo de visita a casas de otros, los mostraban en reuniones públicas en las que elegían a sus líderes sindicales, los mostraban yendo a la huelga, marchando por las calles, llevando pancartas, atropellados y pisoteados por la policía a caballo. Los negros mostraban cómo linchaban a otros negros, las mujeres a otras mujeres maltratadas y derribadas sobre el suelo de sus cocinas, las chicas a otras chicas dando a luz en un callejón, los borrachos aparecían muriendo con el delirium trémens, los bebés muriendo de hambre, los ancianos mostraban cómo los metían en una caja de pino y luego en la fosa. Todos adoraban esas películas acerca de sí mismos y de la verdad de sus vidas. A veces un pianista acompañaba el pase de la película. Pero el público solía hablarle a la pantalla, se ponían en pie para dar consejos, te gritaban que tuvieras cuidado en los momentos de peligro, vitoreaban al que triunfaba sobre la villanía, lloraban cuando los amantes llegaban ante el altar, y todo ello llevado al extremo de que cuando había un poeta entre el público se decía que si pudiera grabar al público hablándole a la pantalla, se podrían hacer nuevas películas en las que el público se vería a sí mismo hablándole a la pantalla y podría hablarse a sí mismo hablando. Y

luego películas sobre esas películas, y así hasta el infinito. Obviamente, había que establecer un orden ontológico, y esto surgió de manera natural a medida que la competencia entre las películas creaba una demanda de películas más largas y complejas. Eso significaba que los cineastas ya no podían costearse las películas, y acudieron a los bancos y a las compañías de seguros para conseguir el dinero. Y éstos se lo concedieron, con lo que los bancos y las compañías de seguros se convirtieron en solemnes jueces que decidían qué películas había que hacer. Y para decidirlo surgió una clase de cineastas profesionales. A los bancos y las compañías de seguros les gustaban las películas que mostraban una coexistencia pacífica entre razas en desigualdad, y obreros felices y capataces sonrientes y niños bien vestidos y bien alimentados y maridos y mujeres monógamos y familias hiperfuncionales donde todo iba como una seda, que asistían a la iglesia y eran saludados y bendecidos por bondadosos pastores de pelo gris. Estas películas mostraban a gente que conducía sus propios coches, maravillándose ante el heroísmo de los vaqueros, mostraban a unos villanos que eran toscos psicópatas que nada tenían que ver con los seres humanos normales y temerosos de Dios, y en ellas el amor aparecía como la fuerza impulsora de toda vida. Descubrieron a unos individuos acrobáticos y ágiles que se daban batacazos y mostraban la comedia de la vida, y mostraban a unas damas pomposas y gruesas que se llevaban su merecido, y a hombres engraidos y gruesos a los que les bajaban los humos, y mostraban a polis bizcos que caían uno encima del otro en sus esfuerzos por apresar a unos chavales con cerbatanas, y mostraban a unos encantadores niños con la cara manchada de chocolate y a los comediantes lanzándose tartas a la cara, y con el tiempo se fue creando un sistema de arquetipos sociales en los que encajaban físicamente las personas adecuadas, a las que rebautizaron como actores, y encontraron un lugar bajo el sol de California desde el que seguir generando películas desde una perspectiva industrial, las cuales, fuera cual fuera el período en que estaban ambientadas, contemporáneo, histórico o futurista, demostraban al público que las contemplaba, sentado ahora en salas enormes y a oscuras construidas con ese fin, que las películas eran una forma de vida a la que la vida debía aspirar, y para ver que ello es así basta mirar a nuestro alrededor.



El domingo pasado, Pem, Sarah y los chicos de Sarah fueron a Central Park para encontrarse conmigo y con una nueva amiga mía, la señorita Warren, bajo un árbol concreto que se encuentra en el borde occidental de Sheep Meadow.

La señorita Warren escribe para diversas revistas, y ha nacido y ha sido educada en Nueva York. En algunos círculos periodísticos es una especie de celebridad. La conocí en una fiesta editorial hace una semana, y no comprendo qué instinto hermosamente torpe me ha empujado a traerla.

Esta tarde, toda Nueva York está en la calle. Paseamos, miramos a unos hombres

jugando al béisbol, encontramos un trozo de hierba para nosotros, desenvolvemos los deliciosos sándwiches que hemos comprado en la charcutería, descorchamos el Snapples, y nos disponemos a disfrutar de uno de esos domingos agradables y ritualmente relajantes en los que en todos los corazones anida una sensación de pérdida y una vaga melancolía parece permear el aire.

Pem les indica a los hijos de Sarah que pueden seguir el movimiento del sol por los destellos en las ventanas de las torres residenciales de la Quinta Avenida. Ellos responden educadamente, pero llevan puestos unos guantes de béisbol y, como han visto jugar a los mayores, están listos para entrar en acción. Pem se arremanga. Muy bien, dice, vamos a lanzar. Los chicos corren hacia sus posiciones imaginarias. Pem no deja de hablar ni un momento. Cada vez que uno de los chicos lanza o atrapa con éxito, recibe de Pem palabras de elogio, y cuando la bola se les cae, Pem los anima. Sarah observa. Jake, el mayor, que ahora tiene nueve años, está más robusto que la última vez que lo vi, tiene el pelo castaño claro como su madre, y la piel clara y los mismos ojos grandes y azules. Ha llegado a esa edad en la que es capaz de recoger la pelota en el aire con su guante y devolvérsela a Pem con la otra mano en un movimiento fluido, en una exhibición sombríamente despreocupada de destreza. Pem, al coger la pelota sin guante, se ve en apuros para seguir sonriendo. El hijo más pequeño de Sarah, Davey, de unos cinco años, tiene el pelo negro, es enjuto y nervudo, la viva imagen de su padre. Sus lanzamientos a veces describen un arco hacia atrás y aterrizan en la hierba que tiene a su espalda, y al recibir, su guante extendido a veces no acaba de coger la pelota. No se inmuta ante su ineptitud, pero de pronto se enfada, lanza el guante al suelo y se sienta mohíno en el regazo de Sarah para que ésta lo consuele.

Mientras todo esto ocurre, la señorita Warren no deja de hablar, en lo que me parece un intento de entablar unos lazos fraternales con una mujer erudita de su misma generación, aunque no muestra la curiosidad que se le supone a una periodista. Lo suyo no es una conversación de preguntas y respuestas, sino más bien un monólogo: *The New Yorker* acaba de aceptar su artículo sobre los extremistas musulmanes de Afganistán. Utilizará el dinero para pagar parte de lo que le debe de su divorcio al abogado, que tampoco se puede decir que se luciera en su caso. ¿Le ofreció saldar su deuda acostándose con él? Su ex marido, menudo error fue eso, es un famoso filólogo que da clases en Princeton, uno de esos tipos obsesivamente pulcros y de culo prieto, maricas en el fondo, que esperaba que ella fuera la perfecta mujercita de un profesor universitario.

—¿Habéis oído cosa igual? —dice.

—Davey —dice Sarah en tono amable, poniendo en pie a su hijo—, te están llamando. Vuelve a jugar, ya verás cómo le coges el tranquillo si sigues intentándolo.

La señorita Warren tiene el pelo de color rubio rojizo, y lo lleva en un moño del que se le han separado numerosos zarcillos. Va siempre vestida igual, día y noche y en todos los continentes: una chaqueta caqui de múltiples bolsillos, camisa suave,

pantalones de faena y botas con cordones. Alrededor del cuello lleva un pañuelo azul de maquinista de tren, anudado de manera descuidada. Fuma sin parar cigarrillos largos y finos. Es alta y de aspecto vulgar, y se sienta sobre sus piernas en posición de loto, y de los bolsillos de su chaqueta asoman el teléfono móvil, el busca, los cigarrillos, blocs de notas y una agenda electrónica Palm III y, por lo que sé, un par de granadas.

En Perú, mientras hacía un reportaje sobre Sendero Luminoso, la señorita Warren se enamoró de uno de sus líderes. Lo mataron en una escaramuza y los nacionalistas le cortaron la picha y se la enviaron a ella dentro de una caja a la escuela de Lima donde había ido a dar una conferencia... En Sicilia fue a escribir un artículo sobre la cultura de la pobreza, se perdió por el camino y la recogieron tres peones que la arrastraron a un granero y se turnaron para follársela. ¿Consiguió escapar? Encontró un pueblo y le contó a una vieja lo que había pasado, y ésta se lo contó al jefe local de la mafia, quien a la mañana siguiente invitó a la señorita Warren a ver cómo ejecutaban a los peones en la plaza del pueblo. ¿Se quedó a verlo?

De vez en cuando, Sarah Blumenthal me lanza una mirada en la que leo la inevitable pregunta: ¿Es realmente esta mujer la mitómana que creo que es? He de admitir que las aventuras de la señorita Warren le dan un toque exótico a un domingo en Central Park. Pero como ya las he oído antes, soy de la opinión de que es posible que hayan ocurrido. Parte del problema reside en su manera de contarlas: su dicción de vestuario de hombres y su tono vivaz sugieren la intrascendencia de los terribles sucesos que narra. De modo que lo importante no es la veracidad o falsedad de esas historias, sino que la señorita Warren invita a la desconfianza.

Ahora nos cuenta que el gerente de su edificio del Soho es un viejo verde y seboso al que le gusta meterse en su *loft* sin previo aviso con la esperanza de verla en ropa interior. En cuanto prospere su solicitud de licencia de armas, sacará la pistola y le dará un susto de cojones, y si eso no funciona le pegará un tiro a ese cabrón.

Sarah tiene los ojos fijos en el suelo, y me imagino que ya no piensa en la mujer que he traído al parque esta tarde, sino en cómo se me puede haber ocurrido esa idea. Buena pregunta. Pem y los chicos van corriendo las bases, gritan y ríen, y él jadea de un lado a otro para evitar que lo eliminen... En esta idílica y brillante escena neoyorquina, Sarah tiene que llegar a comprender que mi vida no sólo consiste en seguir a Pem a todas partes, y que probablemente siento cierta debilidad por los misterios profanos. Percibo un claro espasmo que me vacía el plexo solar. No voy en serio con esta señorita Warren, aunque esta mujer tiene donde agarrarse, y su apetito es honorablemente coherente con la propaganda sexual que hace de sí misma. Pero en lo que queda de tarde, procuraré dar muestras de que me agrada su compañía, sobre todo en vista de la ambigua cortesía que ha inspirado en mis clericales amigos. De hecho le estoy agradecido. Ella me ha servido para entablar una nueva relación claramente filial con Thomas Pemberton y Sarah Blumenthal... como si ellos fueran una pareja que lleva mucho tiempo casada y yo el hijo menor que ha traído a su novia

para que la conozcan. Aunque no me han dicho nada, preveo que pronto se casarán. Hace algún tiempo, Pem me dijo que no me entrometiera. Y eso es lo que estoy decidido a hacer por estos medios tan reveladores y degradantes.



Conocemos la Ciudad Terrenal y la Ciudad de Dios, pero hay una tercera ciudad, la Ciudad de los Pájaros, en Valdemingómez, un enorme vertedero de basura al norte de Madrid. Una vez hayan ido al Prado, vayan a Valdemingómez: es una inmensa pajarera urbana, con su población de cigüeñas, halcones, garcetas, pardillos, milanos, grajillas, cuervos, cóndores y gallinazos, y cuando se les pone nerviosos son capaces de volar en círculo sobre Valdemingómez y, con un soplo de los vientos alisios, extender con su aleteo la miasma de gases sulfurosos hasta Roma. Los pájaros de Valdemingómez no migran, ¿por qué iban a hacerlo? Aquí se quedan, en verano y en invierno. Son unas ciento cincuenta especies, incluso hay algunos tropicales —el albatros, el piquero patiazul— que han venido a echar un vistazo. Ponen los huevos en envases de Big Mac, cubren los nidos con cinta de casete, los pájaros cantores entran y salen de latas oxidadas, los estorninos se apiñan en muebles para el televisor, las gaviotas bombardean viejos sofás con conchas de almejas sacadas de una paella, y cuando las bandadas de tórtolas zurean y picotean los campos de huesos de pollo, los huesos emiten un chasquido como si fueran vías de tren, tiemblan y se aquietan como naipes al barajarlos, tintinean como campanillas, suenan como bongos y congas, y hacen un *chiqui-chic-chic* como una bailonga banda de marimbas. Precios especiales para ornitólogos.



De ese domingo en Central Park, recuerdo también que los chicos descubrieron una población de hormigas marrones en un trozo de tierra que había bajo un árbol, y que yo me agaché con ellos para observar a esas criaturas infinitesimales, de no más de tres milímetros de largo cada una, enfrascadas en la tarea de construir una ciudad subterránea. Del montículo de tierra partían dos o tres senderos en direcciones distintas, y las hormigas que iban y venían se interponían en el camino de las demás, y a veces chocaban. Agitaban sus antenas como si jamás hubieran visto a uno de sus semejantes, aunque estaba claro que no era ése el caso, pues lo que ocurría era que se estaban transmitiendo algún mensaje químico antes de seguir su camino, aunque a veces daban media vuelta y volvían por donde habían venido. Las hormigas no le piden gran cosa a la vida. Puede que su cerebro sea insignificante, pero no existe ser vivo más decidido, disciplinado y con una ética del trabajo más fuerte. Sus vidas son sólo trabajo, incluso la de la reina, quizá sobre todo la de ella, allá bajo el montículo

donde nadie puede verla. Al no tener casi cerebro, las hormigas funcionan por pequeñas simpatías nerviosas genéticamente programadas que les permiten contribuir al bienestar general. Sea cual sea su papel en la sociedad, vigilar los huevos, ser guerreras, guardianas, recolectoras de comida, todas trabajan para la reina, conservándola y protegiéndola en su papel de monarca que pone los huevos y cuya fecundidad determina el futuro de la sociedad. Sin embargo, probablemente casi ninguna de estas hormigas llega a ver a la reina en toda su vida, y aunque llegue a salir del estrecho círculo del hormiguero, ciertamente no recuerda haber conocido a ninguno de sus congéneres. No obstante, hormiga a hormiga, cuerpo a cuerpo, y sin ningún mecanismo central visible de toma de decisiones, parecen darse instrucciones unas a otras, de antena a antena, y sus respuestas son unificadas... casi como procesadores en paralelo, o de hecho como nuestra estructura cortical de neuronas. Cada una posee una célula de un cerebro colectivo, distinto del nuestro, pues es ilocalizable, situado por encima y alrededor de ellas, un órgano invisible de pensamiento que ninguna de ellas puede alcanzar a comprender.

Y son éstas las hormigas más simples, más modestas, les expliqué a los chicos, las hormigas domesticadas de Central Park, que vienen a ser como el gorrión de las hormigas. Hay otras especies de hormigas que habitan en las junglas y las selvas tropicales y las áridas mesetas africanas, hormigas grandes, que construyen puentes con hojas en los árboles, cultivan, flotan sobre los ríos en balsas que han construido ellas, marchan, hacen la guerra, comen carne, pegan unos mordiscos de mil demonios. Son hormigas que poseen un sentido patriótico de su hormiguidad, e incluso un cierto grado de autoestima.

Y entonces todo volvió a su cauce, los adultos se acercaron a ver lo que estábamos mirando y disfrutaron de la conversación.

Pero especulo acerca del órgano invisible de pensamiento colectivo de las hormigas... si, en un parque urbano de vasta extensión, senderos sinuosos, calzadas y lagos, en una cálida y soleada tarde de domingo, puedes llegar a imaginar que ese mismo pensamiento colectivo rige el mismo movimiento azaroso e impredecible de la multitud de seres humanos... si observas a una persona, a una pareja, una familia, un niño, te quedas convencido de que existe una voluntad individual, y no eres capaz de adivinar cuál será el siguiente movimiento. Pero cuando las masas celebran un hermoso día en el parque en una ronda preestablecida de actividades, la lente más amplia del pensamiento no revela nada errante, nada inconstante ni que no sea acorde con la ocasión. Y si alguien actúa como un mutante, de manera antiparque, se pone en marcha la alarma, y así el elemento impredecible, el tironero, el que empuña una pistola, queda aislado, rodeado, rechazado, expulsado como un desperdicio. De manera que, aunque individual y privadamente seamos asincrónicos, nos movamos de maneras distintas, por diferentes propósitos, en direcciones distintas, puede que al mismo tiempo existan en nosotros, aunque no lo sepamos, las células pulsátiles y comunicadoras de un cerebro urbano superior. La intención de ese órgano es la de

disfrutar de una tarde en el parque, como nos gusta hacer a todos los urbanitas de calles mugrientas. Pero en el fondo de nuestras mentes, cuando nos congregamos para días como éstos, ¿lo sabemos? ¿Hasta qué punto nuestro deseo de utilizar el parque no depende del deseo de los demás de hacer lo mismo? ¿Hasta qué punto la idea de un parque se halla en la invitación genética, cuando hace un hermoso día, a reflejar nuestra compleja neuromorfología? No existe un mecanismo de control central que nos diga cuándo y cómo utilizar el parque. Eso es cosa nuestra. Pero cuando lo hacemos, nuestro comportamiento ahí es reflejo, podemos comprender mejor quiénes somos gracias al espacio abierto que se nos otorga, y es posible que dicho espacio sea necesario para entender de una forma simple la identidad corriente que poseemos como cultura multicelular de pensamiento que está siempre ahí, incluso cuando, en la ceguera relativa de nuestro yo personal, nos deslizamos por las calles de noche o nos transportan por debajo de ellas, simultáneamente, como impulsos sinápticos en el cerebro metropolitano.

¿Exagero? Pensad en la mente humana contingente, qué de prisa capta cualquier cosa, qué fácil es introducirle una idea, una imagen que un milisegundo antes no se le habría podido ni siquiera ocurrir... Pensad en cómo la primera línea de un relato coloca la mente en un lugar y una época, en apenas el tiempo que se tarda en leerla. Cómo es posible que encendamos la radio y de pronto estemos inmersos en las noticias, y las oigamos y las conozcamos como una posesión de la propia mente en lo que tarda en activarse una neurona. Cómo, cuando oyes una canción que te resulta conocida, tu mente adopta una actitud ante la vida antes de que acabe el primer compás. Cómo los créditos de una película proporcionan los parámetros de tu vida emocional para las dos horas siguientes... Cómo toda experiencia es instantánea e instantáneamente sentida en la naturaleza de la revelación habitual que invade la mente. La mente permeable, contingentemente predispuesta a la invasión, puede ser totalmente invadida y ocupada por todas las características del mundo, por todo lo que es el caso, y por los pensamientos y proposiciones de todas las mentes que consideran todo lo que es el caso... y de manera instantánea e involuntaria, a medida que los ojos se impregnan de los objetos que pasan ante su línea de visión.

De manera que también nosotros estamos sujetos a esa especie de misterio cuántico, pues lo que nos define en todos nuestros aspectos es la indeterminación...



Con mi nuevo atavío, blazer azul, pantalones negros, jersey de cuello alto gris, zarpo del muelle de cemento por la cuerda floja del funicular de Roosevelt Island que pasa sobre el río. Hace viento, el funicular se mece un poco. ¿Estás ahí arriba, Señor?

Nadie en el vagón abarrotado se da cuenta de que ya no soy sacerdote.

El estuario del East River, la marea está muy alta, tentadora, resplandece a la luz del sol.

¿Por qué hago esto? Al parecer, el domingo sigue sujeto a los viejos impulsos, los sentimientos residuales. Pero sobre todo quería ver a ese enfermo terminal de los pulmones que se llama McIlvaine.

Tampoco ha sido fácil decidirme a venir como seglar.

El asilo, que el ayuntamiento pone a disposición de los indigentes terminales, es un edificio de ladrillo amarillo, de poca altura, que se halla en el extremo sur de la isla.

Las gaviotas se alinean sobre el rompeolas, de cara al viento. Parece imposible nadar en esas fuertes corrientes, que sugieren exilio. Confirmado al ver, al otro lado del río, el inmenso muro que se alza de Manhattan. A sus pies, el tráfico de la autopista es como una hilera de hormigas. Y desde esa posición de privilegio, el puente de la calle Cincuenta y nueve proyecta una amplia sombra sobre el río en dirección a Queens.

En el vestíbulo, la gente saluda con la mano, con la cabeza, como siempre. «Muy elegante, padre», dice un guarda de seguridad. Uno de los auxiliares me pregunta si tengo alguna cita seria.

No hay de qué preocuparse, ¿verdad, Señor? Creen que aún hablamos.

Subo las escaleras hasta la planta que ocupan los hombres, la tercera. El sonido de mis mocasines nuevos, que me he comprado demasiado grandes, me acompaña en los peldaños de la escalera. Y también mi respiración sonora.

Entras en un pabellón donde te encuentras con las genéricas miradas inexpresivas de los que son precadáveres. Gente que muere, absorta en sí misma. Ahora, todo lo que tiene interés en la vida les parece estúpido y absurdo. Todo lo que es vital —el sol en la ventana, el visitante compasivo, las enfermeras que sugieren una vida cotidiana que no se interrumpe— es una cuestión de profunda y analgésica indiferencia.

El viejo McIlvaine era terminal, pero no estaba entre los precadáveres. Tampoco estaba entre los pocos devotos que salían de su ensimismamiento para rezar con el padre, cogiéndolo de la mano.

No este anciano.

Una cama tras otra. Algunas caras nuevas, algunas caras conocidas, algunos que emiten una respiración agrietada, la nariz apuntando hacia arriba, la boca abierta. Señor, no te los llesves, deja que se queden aquí.

El anticlericalismo del anciano era amable. Si yo quería rezar, me decía, adelante, y si quería leer un salmo, me escucharía con una sonrisa. Hacía estas concesiones como si comprendiera de manera instintiva el dilema en que yo me hallaba.

—Eso es muy hermoso, padre... Si usted lo dice, padre... No querría desilusionarlo, padre.

Era periodista, había sido reportero en la ciudad toda su vida laboral, y había ido cambiando de periódico cada vez que cerraban aquél en que trabajaba. *World-Telegram*, *Journal-American*, *Herald-Tribune*, *Daily Mirror*, Dios sabe quiénes,

aparte de los periódicos, se han ido de este mundo con un guión entre sus dos nombres. Se echaba la culpa de que los periódicos cerraran: «Me he convertido en la muerte, en el destructor de las salas de redacción. Esperando esa hora que lleva al desenlace fatal».

La última vez que lo vi estaba en otra cama, así que los cambian de sitio, ¿por qué lo hacen?... y entonces oigo la inconfundible tos del enfermo de los pulmones, que parece proceder del alcantarillado de la ciudad, cavernosa y ahogada, como si fuera a expulsar grava.

Ahí está, la penúltima cama, aún vivo, aunque más demacrado que nunca, la nariz aún más huesuda, los ojos y los pómulos como desagües, el pelo gris peinado hacia atrás y desparramado sobre el almohadón.

—¡Señor McIlvaine!

La mano esquelética se alza para saludar, se lleva un dedo a los labios.

—Estamos cantando nuestros himnos —dice en un vigoroso susurro.

Sólo entonces distingo a la monja que está sentada junto a la cama de McIlvaine, una joven hermana ataviada con un atractivo hábito contemporáneo. Rasguea una guitarra y canta con una fina y bonita voz de soprano:

[20] *Oh, shine on, shine on harvest moon, up in the sky.
I ain't had no lovin' since January, February, June or July...*

Estoy perplejo, estaba tan ensimismado que ni la había visto ni oído. La voz de McIlvaine consigue entonar, se queda mirando el techo y gruñe de esta guisa, le brillan los ojos. En el último verso, sin perder el ritmo, cantan:

[21] *The bells are ringing for me and my gal
the parson's waiting for me and my gal...*

que enlazan con otra canción:

[22] *There's a somebody Vm longing to see.
I hope that he
turns out to be
Someone who'll watch over me...*

No hay duda de que no es la primera vez que cantan juntos. La monja canta con los ojos cerrados: seguro que reza en su fuero interno el avemaría. McIlvaine insiste. En su voz sepulcral hay un humor salvaje. Ahora el dúo interpreta *Viaje sentimental*.

Recorro el pabellón con la mirada y veo en las cabezas que hay sobre las almohadas una atención poco habitual, algo que en nada se parece a las genéricas miradas en blanco de los precadáveres... aquí una mirada que se dirige hacia mí, allí algo parecido a una sonrisa, y en una cama, un cadáver viviente, completamente

inmóvil y que mira sin expresión hacia el techo, pero su mano, levantada por encima de la ropa de cama, se mueve al ritmo de la música...

Señor, ¿qué me has hecho?

Ahora McIlvaine me hace una seña para que cante: Sólo tiene que seguirnos, dice, y como éste es el hombre que he elegido para que oiga mi confesión, le obedezco, añado mi voz de barítono a la soprano y al gruñido, y vamos enlazando clásicos de siempre, y sen timos el mismo amor por Ti, y las lágrimas me brotan calientes en la garganta, como cuando en el púlpito, con mi congregación, yo cantaba a pleno pulmón: «Una poderosa fortaleza es nuestro Dios...».



Así están las cosas en la sinagoga: no hay servicios sociales, ni servicio de guardería, ni escuela hebrea, etcétera, y por el momento, en lo que Joshua Gruen describió como su primera fase, el esfuerzo de enseñanza se dirige hacia los adultos. A los congregantes con niños se los anima a que los inscriban en las clases de la sinagoga de la Reforma para su instrucción religiosa, aunque a Sarah le encanta integrar el servicio de *bar mitzvah* o de *bat mitzvah*^[23] en el encuentro matinal del domingo.

La esencia del enfoque del judaísmo evolutivo consiste en recoger diversos aspectos de las enseñanzas y prácticas judías, considerando sus fuentes u orígenes históricos y su base teológica, y, en la medida de lo posible, enfrentarlos a los estudios modernos y comenzar a separar lo que parece inesencial, o intelectualmente insostenible, o que obedece a pura e irreflexiva costumbre... de lo que es realmente crucial y característico.

En la medida de lo posible, este método se incorpora al servicio semanal del sabbat que se celebra la noche del viernes, y el servicio del domingo por la mañana es más o menos una repetición. La llegada de las diversas fiestas ofrece una oportunidad adicional para seguir estudiando algunos temas. Todos los servicios poseen un inicio y una conclusión que sigue la liturgia tradicional (en inglés, por supuesto), pero se procura examinar lo que queda en medio. No se hace mediante un sermón pronunciado por un rabino, sino a través de una discusión tipo seminario dirigida por la rabina. Lo que me ha parecido más interesante hasta ahora han sido las varias semanas dedicadas a la hipótesis documental de la autoría de la Biblia. Naturalmente, hay listas de lectura proporcionadas por la rabina, y una pequeña, aunque cada vez más abundante, biblioteca para uso de los congregantes, de modo que el radical judaísmo evolutivo es, de manera irónica, una especie de continuación de la academia talmúdica.

Pem y Sarah coinciden en que estos estudios de preconversión deberían ser dirigidos por un rabino que no fuera ella, por lo que Pem se reúne semanalmente con un colega de Sarah del templo Emanuel. Mi amigo está profundamente agradecido por haber sido circuncidado de niño.

—Jesús —me dijo—, eso sí que sería poner a prueba la fe.

Existe otro ritual de conversión seguido de manera menos asidua por el judaísmo reformado —un baño o inmersión ritual en un *mikhav*—,^[24] pero él quiere someterse a él.

—Delante de dos o tres rabinos que hacen de testigos te metes desnudo en la piscina, y cuando sales has renacido como hijo de Abraham. Para alguien que abandona el cristianismo, resulta confortador —dice—. Comparte esa hermosa cualidad del bautismo.

—Pem, dime la verdad. ¿Hasta qué punto esta conversión tiene que ver con el hecho de querer casarte con Sarah?

—¿Cómo puedo responder a eso? Tiene que ver todo. Y también nada. No me gusta la pregunta.

—Tenía que hacértela.

—Es el problema de las mentes laicas. Siempre buscan los porcentajes. La escala de valores, del uno al diez. En primer lugar, me hice religioso por una razón concreta. La posibilidad de un bien indivisible, algo sin partes. Sarah es mi conversión, mi conversión es Sarah. Nos uniremos en santo matrimonio, pero todo esto, para mí, no hace sino prolongar mi tristeza por el hecho de que los seguidores de Jesús nos hayan llevado por el camino equivocado. Un desvío de dos mil años. No me refiero a la belleza de la ética, del hombre. Me refiero a la teología. Me refiero a cuando le ascendieron del rango de profeta. Le dieron vínculos familiares. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Bastante.

—Hoy no te has traído la grabadora.

—Me la he dejado a propósito.

—¿Sabes?, es posible que fuera Isaías quien les dejó la puerta abierta. Debería haber dejado claro que la idea mesiánica era un anhelo, un principio de navegación, redentora en el hecho no de llegar, sino de seguir avanzando siempre. El viejo Isaías no lo dejó claro... Te estoy dando oro puro, Everett.

—Lo recordaré.

—Con Sarah volvemos a eso. Aunque no estoy seguro de que ella se dé cuenta de lo lejos que queda. He estado haciendo mis deberes. Los judíos también divagaron mucho. Nos queda un largo camino a través de un bosque de espinas. Pero al menos conduce al Dios único.



Ayer por la noche, viernes, la sinagoga del judaísmo evolutivo estaba abarrotada, debía de haber treinta personas en la sala; yo llegué tarde, encontré un asiento junto a la ventana salediza.

Sarah vestía de negro rabino, la túnica sobre su ropa de calle. La Torá, con sus

ropajes sencillos, yacía sobre la mesa delante de ella. Busqué a Pem con la mirada y lo vi sentado en primera fila.

Estaban en pleno seminario. El tema de discusión eran los códigos de conducta, el *mitzvoth*, de los que hay unos seiscientos trece. Una mujer de mediana edad, bien vestida, a la que no recordaba haber visto antes, estaba diciendo que aunque el judaísmo reformado había descartado tiempo atrás muchas de esas obligaciones rituales, ahora parecía que cosas como llevar el *yarmulke*, el casquete ritual, u observar las leyes alimentarias y celebrar la liturgia en hebreo fueran a restaurarse. ¿Se había enterado la rabina de ello?

—Oh, sí —dijo Sarah—. Fue una noticia importante.

—Entonces, ¿quiénes somos nosotros para seguir este radicalismo? —dijo la mujer, dirigiéndose a la congregación como si éstos fueran un jurado—. Si incluso los rabinos reformadores vuelven a lo tradicional. —Se sentó y aguardó a que replicara la rabina.

—Bueno, creo que tenemos el mismo derecho que la generación anterior a plantearnos las cosas, incluido el judaísmo reformado, ¿no le parece? ¿Aceptarlo? ¿Rechazarlo? ¿O cambiar de opinión, como han hecho ellos? El esplendor del judaísmo reside en su democracia intelectual, aunque hay quien intentaría negarlo...

—Los ortodoxos —dijo un hombre.

—Prefiero no dar nombres —dijo Sarah, sonriendo.

Ahora que cada vez asistía más gente a los seminarios, las discusiones solían ser reiterativas, pues los recién llegados le pedían a Sarah que explicara dónde se sitúa el judaísmo evolutivo en relación con las ramas establecidas. Se trataba de un problema cada vez más acuciante para la rabina, y no le había hallado solución. Había hecho imprimir unas hojas en las que esbozaba un esquema de los puntos de vista de la sinagoga, pero no todos los asistentes las cogían y las leían, y a veces los que las leían no estaban dispuestos a aceptar esas opiniones sin debatirlas. Sarah recibía con los brazos abiertos a todos los recién llegados, pero, al haber tanta gente, el modelo de seminario era menos funcional que en los días de las familias fundadoras.

La mujer que había hecho la pregunta iba un poco demasiado emperejilada, y sin duda estaba acostumbrada a unos viernes noche de culto más formal, y probablemente había abandonado la versión reformada que acababa de citar. La gente tenía que estar convencida de que estaba haciendo lo correcto cuando subían los peldaños de piedra que conducían a esa inusual sinagoga.

—Estos códigos de conducta —dijo Sarah—, y los comentarios sobre los códigos, y los comentarios rabínicos sobre los comentarios, todo esto es la voz del grupo intentando enunciar a lo largo del tiempo lo que significa ser una persona civilizada... pero la clave de todo esto es «a lo largo del tiempo». Por lo tanto, mi pregunta es: ¿se ha detenido el tiempo?

Sarah extendió las manos como si esperara una respuesta. Lo hacía realmente bien. Era paciente, inteligente y hermosa de una manera rabínica no sexy, y

controlaba la situación.

—Hoy en día no sólo los rabinos son personas instruidas —dijo—. Ése es el punto número uno. El punto número dos es que ya no estamos en la Edad de Bronce. No sé usted, pero yo no me puedo tomar en serio la sagrada obligación de realizar sacrificios rituales de animales para aplacar u honrar a Dios... Otro ejemplo: no creo que en este siglo sea necesario que yo lleve un chal de oraciones con flecos anudados en las esquinas tal como especifica el libro de los Números para que no me olvide de los Diez Mandamientos. Creo que se puede contar no sólo con que los recordaré, sino con que viviré de acuerdo con ellos.

—Puede que la rabina sepa lo que se hace —intervino otro hombre—. Pero ¿qué pasa con la tradición? ¿Dónde trazas la línea? ¿No llega un momento en que ya no queda nada?

Ese hombre tampoco era de los habituales. Oí murmullos de desaprobación. Pero en ese instante añadí al código el *mitzvah* seiscientos catorce, la obligación ritual de interrogar concienzudamente al rabino antes de dignarte unirme a la congregación. Las preguntas ya se habían hecho antes, y las respuestas ya se habían dado; el debate era tan sacramental como la lectura de la Torá, no sólo entre las tres ramas, sino dentro de las congregaciones y dentro de los congregantes. ¿Qué judío practicante no decide personalmente qué obligaciones sagradas va a seguir y de cuáles va a prescindir?

—Hay una línea que hay que trazar, y es la siguiente: a Dios no se le honra adhiriéndose de manera mecánica a todas y cada una de sus regulaciones, sino yendo al meollo de todas ellas, las éticas, y observando éstas como si tu vida dependiera de ello, como bien podría ocurrir. Me refiero a tu vida moral, tu vida trascendente en cuanto que ser humano bueno, reflexivo y compasivo. ¿A eso se refería Hillel? «Lo que es odioso para ti, no se lo hagas a tu vecino. Ahí está toda la Torá», dijo. «El resto no es más que comentario».

El hombre habló:

—Yo, por ejemplo, observo el ritual de bendecir el pan y las velas durante el sabbat. Ésta no es una cuestión ética. Es algo que hacemos. Es la tradición.

Observé cómo un hermoso rubor le ascendía a Sarah desde la garganta hasta las mejillas. Le brillaron los ojos. Cruzó los brazos y pensó en lo que iba a decir. Miré las caras expectantes a mi alrededor: casi toda la congregación, si eso es lo que éramos, esperaba que nuestra rabina replicara con brillantez. Me pregunté si Pem se daba cuenta de lo que estaba pasando. Cada vez que alguien hacía una pregunta, se volvía desde su silla y le lanzaba una mirada hostil.

—Yo también pronuncio la bendición cuando enciendo las velas —dijo Sarah—. Si un ritual nos saca del ámbito ordinario de nuestros sentimientos y hace que reflexionemos acerca de quiénes somos y quiénes esperamos ser, es éticamente significativo y no hay conflicto. Pero deje que le haga una pregunta: ¿a qué nos referimos al hablar de tradición? Nos referimos a las devociones que históricamente han servido para identificarnos entre nosotros y ante los demás. Pero la palabra

tradición nos caracteriza a nosotros, no a Dios. Nuestro anhelo, nuestras obsesiones. Nuestra poesía, la épica de nuestro pueblo, pero no...

Un anciano se levantó de la silla.

—Perdone, rabina —dijo—. Yo estoy casi por completo de su parte. ¿Pero la épica? ¡La épica es para los griegos!

Esto provocó risas, y un par de personas aplaudieron. El perplejo anciano miró a su alrededor con una sonrisa y, envalentonado, se mantuvo en sus trece.

—¿Sabe?, me di cuenta de que esto era una sinagoga hace unos meses, mientras paseaba. Entré, me gustó lo que encontré, una rabina moderna que no tenía miedo a hacer preguntas, a la discusión intelectual de esto y lo otro, y que celebraba un breve servicio religioso, aunque hay cosas a las que uno tarda en acostumbrarse. Por ejemplo, no me gustaba mucho que el quorum de diez adultos para celebrar el servicio fuera mixto, pero pasémoslo por alto. Ésta es una pequeña congregación, nada ostentoso, nadie se da aires. Y nadie me perseguía para que donara fondos para el edificio. De modo que si las personas que han venido nuevas están interesadas, estupendo, les recomiendo este lugar... Pero, por favor, rabina —dijo volviéndose hacia Sarah—, ¿me equivoco si digo que hay cosas que no debemos cuestionar? Por ejemplo, que la Torá nos fue dada por el Creador, bendito sea Su nombre. Que aceptamos el yugo del Reino de los Cielos. Sin esto, tanto da que no haya tradición... es que no hay religión. Nada.

Vi que Pem se hundía en su silla y se llevaba las manos a la cabeza. Era el momento —lo sabía muy bien— en que el racionalismo pierde la partida.

El hombrecillo recibía palabras de elogio por parte de los que estaban sentados a su lado. ¿Fue un espejismo, o en ese momento me pareció que los ojos de Sarah Blumenthal anhelaban la resurrección de su marido? Tuve que preguntarme, no sin cierto enojo conmigo mismo, si había necesitado a Joshua para defender su teología, si era capaz de sacar adelante sus ideas.

Pero en aquel momento se levantó un hombre recio, un acto que, dado el tamaño del hombre, llamó la atención de todos, pues las patas de la silla rozaron el suelo y casi la vuelca, y la gente que estaba junto a él se hizo a un lado. Le dijo a la rabina:

—Las devociones ortodoxas que no dejan entrar la luz del conocimiento moderno no son más que una forma de devoción por los ancestros.

Se hizo un silencio en la sala.

—Dice usted —se volvió hacia el hombrecillo— que los antiguos tenían una comunicación más estrecha con el Creador que nosotros. Que sabían más, que comprendían todo lo que había que comprender. Y ahora todo es fijo e inmutable. ¿No significa eso que estamos venerando algo o a alguien entre nosotros y Dios?

El hombre hablaba con autoridad, tenía la cabeza grande y cubierta de un pelo negro y gris, y unos rasgos asombrosamente toscos: las cejas pobladas, párpados gruesos y caídos, unas profundas arrugas que le bajaban desde las comisuras de su prominente nariz, una boca inmensa y unas mejillas que le colgaban. Tenía la voz

profunda:

—En la religión shinto de Japón, venerar a los ancestros es devoción. Yo pensaba que en la sinagoga era lo contrario.

Sus palabras habían hecho ponerse en pie a Pem, o mejor dicho, le habían hecho volverse y, con una rodilla apoyada en la silla, medio levantarse para ver quién era. Al entrar, el hombre me había llamado la atención: una figura de anchas espaldas encorvada como el pensador de Rodin, aunque menos reflexivo que impaciente. Me sonaba, pero era incapaz de ubicarlo. Ahora, mientras hablaba, de pronto lo reconocí.

—El antiguo Israel no era un mundo precisamente grande —decía sin dirigirse a nadie en particular—. Los hebreos concebían un Dios cósmico, un Dios único y magnífico del universo, pero naturalmente en términos de su tierra, sus cosechas y sus guerras tribales, y las conflictivas relaciones de ese Dios con ellos. De modo que en gran medida ese Creador estaba localizado, y le aplicaban los títulos de Señor o Rey. Todo muy comprensible.

El orador levantó la cabeza y se dirigió a la sala.

—Pero si se toman la molestia de pensar en lo que sabemos hoy del universo... que tiene unos quince mil millones de años, que de pronto se hinchó y que desde entonces se ha estado expandiendo, que el espacio es ineluctablemente tiempo, que la gravedad puede doblarlo, que hay otra fuerza en el espacio que contrarresta la gravedad para que el universo no se desplome sobre sí mismo... que el universo, en su velocidad de expansión quizá creciente, aloja no sólo galaxias, las cuales contienen millones de estrellas, sino también múltiples cúmulos de galaxias que a su vez son parte de cúmulos de cúmulos... y toda esa materia oscura que aún no comprendemos... bueno, yo diría que el Creador que originó el universo, o lo que puede que sean un cierto número de universos de los cuales éste es el único que somos capaces de percibir... el Creador, bendito sea Su nombre, capaz de crear la sólida realidad, o lo que percibimos como realidad, a partir de funciones de onda/partícula indeterminadas e impredecibles... o quizá de crear todo lo que nuestros sentidos perciben y nuestras mentes deducen... a partir de lo que finalmente puede que sea la vibración de frecuencias de cuerdas cósmicas... que todo eso que procede de Él, de Ella o de Ello, que es por definición más vasto y más inmenso que todo esto... que les ha dado a los seres vivos formas que evolucionan y a la especie humana una conciencia que evoluciona lentamente y que apenas comienza a apreciar la magnitud de lo que se le revela... Bueno, esto me obliga a preguntarles a los tradicionalistas que hay entre nosotros si no creen que no alabamos lo suficiente a nuestro Creador, de bendito nombre, al aplicarle sólo los títulos de Señor o Rey, por no hablar de Padre y Pastor...

El hombre se sentó. Hubo un largo silencio. La rabina se aclaró la garganta.

—¿Les parece que iniciemos el *kaddish*?



—Everett, ¿quién era ése?

—Tiene que ser Seligman. Más grueso, más recio, y ahora se peina. Pero es Seligman, desde luego. Cristo. Me alegro de que no me viera.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—Seligman era un gilipollas, se pegaba a todo el mundo. Nunca tenía dinero para el almuerzo. Nunca prestaba atención en clase. Tuve que contarle el argumento de *Macbeth*.

—¿Cuándo fue eso?

—En el Instituto de Ciencias. Se colocaba a mi lado en la sala de estudio para copiarse mis deberes de álgebra.

—¿Dónde dices?

—En el Instituto de Ciencias del Bronx. Ahí es donde hice el bachillerato.

—Espera un momento... ¡No te referirás a Murray Seligman!

—Jamás se ataba los cordones de los zapatos. Tenía los dientes verdes.

—Murray Seligman... ¿El Nobel de Física?

—Ése.

Pem me mira fijamente a los ojos. Esboza una sonrisa que se ensancha lentamente.

—Vaya... no sé...

—¿Qué quieres decir con vaya, no sé?

—¿Quién le habló del judaísmo evolutivo? ¿Simplemente entró un día en la sinagoga, sin más?

—¿Cómo voy a saberlo? Pregúntaselo a Sarah.

—Probablemente tampoco lo sabrá. De todos modos, tampoco importa.

Se inclina sobre la mesa, me pone la mano en la nuca y me besa la frente.

—Los caminos de Dios son inescrutables. Tendrás que aceptar mi palabra. Ahora estás hablando con el detective teólogo.

—Pem...

—Lo que ha ocurrido esta noche ha sido una señal.

—Muy bien. Murray, el gilipollas que casi hizo volar el laboratorio de química. Era tan manazas que ni siquiera le permitían hacer experimentos. ¡No me vengas con eso!

—¿Que no te venga con qué? No le atribuyo nada al manazas. Lo atribuyo a las circunstancias. Te diré una cosa, Everett. Como laico que eres, no lo entiendes: si hay un intermediario religioso en nuestras vidas, tiene que aparecer acorde con estos tiempos. No desde lo alto, sino como una revelación que se oculta en nuestra cultura, al nivel del suelo, en la calle, bajará la avenida en medio del tráfico, será difícil distinguirlo de los demás. Será críptico, sólo se le distinguirá con el tiempo, paso a

paso, y al final todos lo comprenderán como si fuera una ley científica.

—Sí, lo pondrán en un chip de silicio.

—¡Deberías avergonzarte! Éstos son tiempos democráticos, Everett. Vivimos en una democracia postmoderna. ¿Crees que Dios no lo sabe?

—Necesito una copa.

—¡Camarero, otra ronda!... ¿Por qué estás tan disgustado?

—No lo sé.

—Estás disgustado porque te sientes implicado.

—No me agobies.

Pem inicia una carcajada, una carcajada sonora, de barítono, que le llena el pecho.

—¡Estás disgustado porque llega a través de ti! Al igual que la cruz que apareció en el tejado de la sinagoga, al igual que el hecho de que me enamorara de Sarah Blumenthal, al igual que este físico ganador del Premio Nobel que apareció esta noche y que resulta ser el capullo que copiaba de tus deberes en el instituto... ¡y tú, errónea y maravillosamente, supusiste que podías escribir un libro acerca de todo eso!



Discurso de Sarah Blumenthal en el Congreso de Estudios Religiosos Americanos, Washington, D. C.

En este siglo xx que está a punto de terminar, el gran civilizador de la Tierra parece que ha sido la duda. La duda, la constantemente debatida incertidumbre religiosa y su flexible estado interno, el deseo de creer contrarrestado por un escepticismo triste, atribulado, nervioso, parece haber tenido a la gente esclavizada a un comportamiento ético, mientras que los auténticos creyentes, de todo cuño, religioso o político-religioso, se han dedicado al asesinato. El impulso de excomulgar, satanizar, erradicar, limpiar étnicamente, es un impulso religioso. En la práctica y política de la religión, Dios siempre ha tenido licencia para matar. Pero mantener en estado de suspenso e irresolución cualquier firme convicción de Dios, o de otra vida con él, te garantiza que, de algún modo, caminas en Su espíritu. Y entre los doctrinarios religiosos, me doy cuenta de que confío en aquellos que tienden hacia el consuelo simbólico más que en aquellos que consolidan las garantías históricas. Los profesionales religiosos en quienes confío son esos incómodos promulgadores de la religión tradicional y establecida que no se muestran rígidos con sus costumbres y prácticas, o los que se irritan ante los pronunciamientos doctrinales, o pierden su congregación ante carismáticos comediantes de la conversión de esos que llenan estadios. También confío en los fieles que leen las Sagradas Escrituras tal como Coleridge definía el acto de leer poesía y narrativa, es decir, con una «voluntaria suspensión de la fe».

Sin embargo, deben ser fieles a sí mismos y darse cuenta de que la suya es una fe comprometida. Se les exige algo más. Algo más...

Mi pregunta es: ¿Es posible que los mandamientos religiosos, su precipitado ético o sus valores sociales positivos, se mantengan sin referencia a la autoridad de Dios? En el seminario sobre metafísica al que asistí en Harvard, el profesor dijo que no puede existir ningún «debería», ningún imperativo categórico en términos kantianos, ninguna acción provocada por una irresistible conciencia sin una autoridad suprema. Pero no es ése el meollo del asunto. Yo pregunto si después de abandonar los elementos exclusivos, sacramentales, rituales y simplemente fantásticos de la religión, ¿se puede mantener una ética universalista... «en su numinosidad»? Hasta cierto punto, en las democracias industriales avanzadas, dicho comportamiento ya está codificado con referencia a una autoridad que no es ni más ni menos que la ley civil. Si nuestra Constitución no sólo separaba Iglesia y Estado, sino que adaptaba como base de la ley civil parte de la mejor esencia del sistema ético judeo-cristiano, ¿no había, además de una separación, una apropiación, que nuestros más apasionados predicadores pasan más bien por alto?

Supongamos entonces que en un contexto de secularismo sagrado, la idea de Dios pueda ser reconocida como Algo Evolutivo, al igual que la civilización ha evolucionado. Que Dios pueda ser redefinido, reformulado, a medida que la raza humana alcanza un grado cada vez mayor de sofisticación metafísica y científica. Comprendiendo, en otras palabras, que la historia humana muestra al menos una pauta de metáforas progresivamente sofisticadas. De modo que perseguimos una teología que, en un universo tan vasto como el cosmos que percibimos, y tan infinitesimal como una partícula subatómica, sólo nos ha dado la indicación sustantiva de sí mismo: que nuestra vida, en cuanto que seres humanos, tiene una trascendencia moral.

Desde este punto de vista, la autoridad suprema no es Dios, que está sacramentalizado, al que rezamos, suplicamos, retratamos, textualizamos o damos voz, coro o paredes del templo, pero Dios es imperceptible, inefable, excepto... para nuestra idea moral evolucionada de nosotros mismos.

Los estudiosos de la Constitución tienen la costumbre de hablar de la religión civil americana. Pero a lo mejor hace más o menos doscientos años, algo ocurrió, en términos no de la historia nacional, sino de la historia humana, algo que aún no se ha comprendido. Y entenderlo puede que sea la tarea actual de nuestros teólogos. Aunque eso implica la expansión de la obligación ética de modo que abarque democráticamente todo nuestro entorno, no sólo a quienes comparten nuestra fe, a fin de que sea una veneración diariamente indiscriminada y práctica de los derechos humanos, y tan espontánea como un apretón de manos. ¿Nos atrevemos a esperar que los teólogos se emancipen, a fin de articular o percibir otra posibilidad para nosotros en nuestra búsqueda de lo sagrado? ¿No sólo un nuevo capítulo, sino una nueva historia?

Puede que no haya mucho tiempo. Si los demógrafos aciertan, diez mil millones de personas habitarán la Tierra a mitad del próximo siglo. Por todo el planeta habrá inmensas megaciudades de gente luchando por sus recursos. Y quizá sólo tendrán de su lado la política de Dios, corroborada por el tiempo, para salir adelante. Bajo tales circunstancias, las oraciones de la raza humana sonarán en el cielo como chillidos. Y nuestras esperanzas se verán sacudidas y maltratadas, y harán del siglo xx un paraíso perdido.

Gracias.



Pájaros cantores: Petirrojo Rojo Rojo... El Pájaro Azul de la Felicidad...



Naturalmente, hoy día las películas ya no precisan película. Se graban y se mantienen en suspensión digital en forma de unos y ceros. De modo que en el momento en que la última pieza que queda del mundo sea iluminada y filmada para una película, habrá otro Big Bang... y las multitudes de unos y ceros se extenderán por todo el universo como partículas que se comportan como ondas... hasta que, sacudidas por vientos boreales o encendidas por llamas solares o magnetizadas por esta o aquella señal celestial, formen brillantes constelaciones que brillen a todo color a través del cielo nocturno de un remoto planeta... donde una reverenda e irreconocible forma de vida levantará la mirada de los tejados y la dirigirá a las caras de Randolph Scott, Gail Russell, George Brent, Linda Darnell... por nombrar tan sólo a unas pocas estrellas.



Preveo que no me invitarán a la boda. Por lo que he oído comentar a Pem, creo que será una simple ceremonia de cinco minutos en el ayuntamiento. Flores del vendedor ambulante que hay en la acera. Pisadas en pasillos de mármol que son como catacumbas. Carnet de identidad y licencia de matrimonio en una mano, los papeles de divorcio en la otra. Oficina del Ministerio: sala sin ventanas con reproducciones de vitrales colgadas de la pared.

Antes lo sacaban regularmente en los periódicos: amantes que forjaban su destino con la bendición civil. Una foto de una hilera de parejas y sus testigos elegidos, apuestos antillanos, chavales de dieciocho años asustados y pálidos de Queens, latinos jóvenes y robustos vestidos con colores tropicales, elegantes, muchas risas, a punto para ponerse a bailar, una pareja mayor que se da la mano... Pem y Sarah. Ésta es la decisión que han tomado por principios: el sacramento municipal.

Puede que Seligman sea su testigo.

Ahora pienso en la noche de bodas. Es desagradable imaginar a dos personas que conoces haciendo el amor, pero a mí no me supone ningún problema, es algo tan puro, una promesa tan solemne, que no hay nada pornográfico en ello. Pem descende su torpe y adorante ser sobre Sarah, las manos de ella se demoran sobre su espalda como los dedos aprendices de un invidente, él prácticamente llora de alegría, él aparta un mechón del pelo de Sarah y se lo coloca detrás de la oreja, al igual que hace ella cuando está agachada sobre la Torá, él le toca la boca, y cuando se besan la mente de él está en blanco, ningún comentario, el ser indisoluble se ha disuelto. Digo que es de noche, tarde, los chicos duermen en el piso de abajo, pero una tenuísima luz procedente de la calle toca los ojos de ella, que emiten un brillo oscuro como de ciruela. Soy incapaz de imaginar lo que ella siente, pero cuando ella le guía, le abraza, él se sumerge en un reconocimiento total, como si hubieran hecho el amor desde siempre, como si llevaran ya tiempo siendo marido y mujer. No tienen la impresión de descubrir nada, de conocer algo nuevo, y las peculiaridades de la carne y los huesos de ella se transforman al instante en la única forma y estructura que puede tener una mujer...

Pem no ha completado sus estudios de conversión, pero no creo que esperen para casarse, pues Sarah, con lo progresista que es, saldrá a buscarlo a medio camino, por así decir. Pem me dijo el otro día que nunca se había sentido tan completa y plenamente cristiano como ahora que se prepara para ser judío.

Pem, le dije, quizá sea mejor que esto no se lo repitas a nadie.

¿Por qué? Es la verdad.

¿Estás seguro de que ves las cosas de manera correcta?

Bueno, admito que en parte mi intención es hacer algunas reparaciones espirituales, por así decir. Quizás es ahí donde todo empezó. Pero es más que eso. Me siento liberado, mi mente está recuperada, mi intelecto ha sido admitido en mi fe. Todo se funde ahora, todo es muy lógico. Nunca me he sentido tan honesto, sin celos en mi fe en el Creador. Nada tiene que ver con la mitología. Carece de imágenes. Supuestamente hay mucha morralla pseudohistórica en el judaísmo, pero para eso Sarah y Joshua fundaron el judaísmo evolutivo, para volver a las cosas primeras y esenciales. Y eso es lo que haremos. Para mí, el judaísmo es ahora el cristianismo sin Cristo, y mi corazón está lleno de alegría.

Un corazón lleno de alegría. Me gusta eso.

Es más que una maldita frase, Everett. Es un sentimiento auténtico.

Muy bien.

Dios mío, hay algo en el desdén secular que es realmente horrible.

Yo no muestro ningún desdén secular.

Más te valdría tener un corazón lleno de alegría que tu desdén secular.

Me va bien. Me gustan los pájaros, me gustan las mujeres, me gusta el lenguaje. Son cosas estúpidas que alegran el corazón.

¿Sabes lo que es el principio antrópico, Everett? Es muy sencillo: que nuestro universo, tras haber cobrado existencia tras una explosión a una velocidad inflacionaria, y tras pasar miles de millones de años envuelto en una opacidad de gases antes de que los fotones trajeran la luz y el espacio se enfriara...

Espera un momento, ¿de qué me estás hablando ahora?

Seligman me lo contó: después de que los fotones iluminaran las cosas lo suficiente para crear los hornos de estrellas en sus galaxias y el polvo estelar y la materia oscura... bueno, pues de toda esa perturbación se crearon justo los elementos que permitían la aparición de la vida humana. Ése es el principio antrópico. Sea lo que sea lo que compone el universo, al parecer ha hecho posible nuestra existencia.

¿Seligman te contó eso?

Es una idea a la que los cosmólogos le están dando vueltas.

¿Y esto es todo lo que se les ha ocurrido? ¿El perogrullesco principio antrópico?

Bueno, les resulta útil, soluciona algunos de sus problemas. Les solventará la papeleta en caso de que haya otros universos además de éste en los que a lo mejor no se hallan los componentes necesarios de la conciencia humana.

¿Como qué?

Como el hidrógeno, el carbón, el espacio, el tiempo, etcétera.

Ya veo.

Pero el nuestro posee estas cosas que nos permiten tener esta conversación. Sólo te lo cuento para que veas que hay algunos seculares que no comparten el desdén secular.



Un pequeño experimento mental: si fuésemos a construir un cohete espacial y a enviarlo al espacio, y este cohete espacial estuviera equipado para hacer que uno se sintiera como en casa, con calles y casas, sillas de jardín, videocasetes, Kmart, campos de fútbol y guerras... el viajero espacial, al despertarse, sería incapaz de decir si se halla en la Tierra, en su órbita habitual o vagando eternamente, irrevocablemente y sin remedio, a través del universo antrópico. ¿Os dais cuenta de lo simple que es?



Ya está hecho, se casaron en el centro, a mitad de semana, y no me equivoqué al intuir que no iba a ser el padrino; no hubo padrino, sino una madrina, la hermana de Joshua Gruen. Lo entiendo, entiendo por qué Sarah hizo esa elección, lo pensada que fue, el hecho de que reconociera, en medio de su dicha, la pérdida que sufrió, la pérdida que fue para ambas. Una elección generosa y significativa que da fe de la impecable ética de Sarah.

La hermana del difunto Joshua Gruen se llama Judy, es asistente social psiquiátrica, debe de andar por los treinta y cinco, es una mujer menuda de pelo negro y lleva un ramillete que le adorna el vestido, una figura pequeña y esbelta, muy simpática, un poco llorosa cuando, ese domingo por la tarde, nos sentamos en la sala Senado del hotel residencial Jefferson de la calle Setenta y dos este.

—Me alegro por Sarah —dice Judy—. Es una persona estupenda. Ella y mi hermano formaban una pareja maravillosa. Pero después de todo lo que ella ha pasado, se merece ser feliz. Creo que también es bueno para los niños.

El marido de Judy, Al Nosequé, da clases de inglés en un centro para adultos de New Jersey, y él no está tan convencido. Lleva una barba entrecana, que se acaricia mientras observa a Pem, que en ese momento baila y charla con una señora mayor de pelo blanco.

—No creo en la conversión —dice Al—. No creo que sea posible. ¿Qué nombre le das a un marrano cristiano?

En torno a la pista de baile hay varias mesas con manteles blancos a las que se sientan los invitados mientras picotean en tremeses fríos y calientes. A un lado hay un bar, pero el camarero no tiene mucho trabajo: los invitados son gentes de jerez y refrescos. Me acerco a la barra, y cuando pido un vodka doble con hielo la cara del camarero se ilumina.

Debe de haber cincuenta, sesenta personas, de las que conozco a muy pocas; son la parentela de Pem y Sarah. Tardaré un rato, pero acabaré dándome cuenta de que a un lado se sientan los Pem y al otro los Sarah; no es una combinación que vaya a acabar en juerga, nada de horas bailando en la pista, aunque el combo toca música de baile, un lento swing, suave: piano, saxo, guitarra, bajo. No son malos. Pero con estos invitados, cuando alguien se levanta para bailar todo el mundo se lo queda mirando.

En estas ocasiones siempre surge una tensión entre los protagonistas, tus amigos, y los parientes y amigos de su pasado. Otro mundo. Tienes la sensación de que los invitados a una boda son aquellas personas de las que el novio y la novia han intentado escapar durante toda su vida. Me sorprenden dos cosas: una, que hayan celebrado una recepción después de la boda, y dos, que hayan elegido este hotel tan rancio. Pero aquí es donde vive Myrna Fein, la tía viuda de Sarah, la hermana de su difunta madre. Al verla dando órdenes a uno de los camareros, me doy cuenta de que ella es la organizadora.

Ahora que lo pienso, no sé cómo Sarah ha sido capaz de mantener la sinagoga y la casa. A cuánto ascendía el seguro de Joshua, si la familia de éste tenía dinero, si la sinagoga estaba hipotecada... El dinero no parecer ser problema. Sé que Pem está sin blanca, pero no me parece que ella esté igual. Su padre, tras haber sido toda la vida profesor universitario, no creo que estuviera forrado. Y los asilos son caros. ¿Cómo se puede escribir una novela de verdad sin hablar de dinero?

Judy y su marido se levantan para ir a bailar. Saludan a Pem y a Sarah, que están juntos en la pista. Las dos parejas bailan un fox-trot en una especie de medio abrazo

mientras hablan. Pem gesticula con la mano que tiene libre. Todos ríen, incluso el escéptico marido de Judy.

Sarah lleva un traje color marfil con una blusa de seda color bronce que le refleja las luces en el pelo. Ahora lleva el pelo más largo y atado detrás de la nuca, al estilo de uno de los soldados de la guerra de Independencia americana. No lleva pendientes. Me doy cuenta de que se ha quitado las gafas para la ocasión; por un momento, su mirada, de lejos, se posa en la mía, pero comprendo que es demasiado miope, demasiado hermosa y radiantemente miope para verme.

Y aquí está Myrna Fein, la anfitriona, que se acerca rápidamente a cualquier invitado que se encuentre solo. Se deja caer en una silla junto a la mía. Una mujer corpulenta, una cara hermosa y redonda, muy maquillada. Resopla para recobrar el aliento, se queda mirándome todo el rato.

—Así que es usted el escritor...

—Sí.

—¿Está casado? No veo que traiga esposa.

—No.

—¿Divorciado?

—Soy un solterón redomado.

—No es algo de lo que estar orgulloso. Mis ojos me dicen que se acerca usted a esa edad en la que más le vale encontrar a una mujer que le cuide. Si espera demasiado, ¿qué mujer va a querer esa tarea?

—Gracias por un consejo tan bueno, Myrna.

—No me trate con condescendencia. Cuando mi marido murió, hace diez años, me hice cargo de su negocio. Suministramos piezas a la General Motors. Lo vendí el año pasado por cuarenta y cinco millones de dólares. Y hágame caso, no querrá ser usted el que siempre está de más en la mesa de Sarah.

Chúpate ésa.

—A mí no me engaña —dice—. Tengo ojos. No soy tan estúpida como cree.

Al otro lado de la sala, me reúno con el menudo obispo. Vestido de calle parece más viejo y más pequeño. Verme le produce un alivio.

—No sé muy bien qué hacer —dice—. ¿Sabe si alguien va a pronunciar una bendición?

Miro a Pem, que sigue en la pista de baile. Tiene una copa en la mano. Con un brazo rodea la cintura de Sarah y se bambolea al ritmo de la música mientras habla con dos chicas jóvenes, que guardan un curioso parecido con él.

—Creo que Pem pronunciará unas palabras.

—Entonces esperaré. Francamente, no me parece apropiado. Es un hombre lleno de sorpresas. Llevo viendo a este hombre cuarenta años y aún me sorprende. Pero la novia es una mujer guapa. Muy atractiva, de hecho. —Sonríe—. Los rabinos no suelen ser tan guapos.

Veo que Pem me saluda con la mano. Me acerco y me presenta a las dos jóvenes.

Son sus hijas: Kimberly y Pamela. Kim y Pam. Ahora veo la semejanza: las dos tienen la mandíbula Pemberton, la cabeza grande, lo que en los grandes almacenes llaman talla extra grande, Kim es la rubia, Pam la morena. Sonríen ampliamente, muestran dos hileras de relucientes dientes blancos. Unos niños aparecen corriendo entre nosotros, uno es de Kim, el otro de Pam, se alejan y se pierden entre la gente antes de que puedan presentármelos, todos ríen y las madres menean la cabeza con falsa resignación. Pem me echa un brazo por los hombros.

—Éste es el hombre que está escribiendo mi biografía espiritual. Va a hacerme famoso —les dice—. Vuestro padre aparecerá en todos los programas de entrevistas de la tele.

—Venga, papá, no exageres.

—Aún conseguiré que estéis orgullosas de mí.

—Oh, papá, ya estamos orgullosas de ti —dice la rubia, y de repente parece muy desdichada.

Cuando las chicas se van, Pem me coge del brazo y me lleva a un extremo de la sala.

—Ayer averiguamos que el hijo de puta murió hace dos meses.

—¿Qué hijo de puta?

—Schmid, Schmitz, fuera cual fuera su nombre de los cojones. El nazi que estaba al mando del gueto. Murió en la cama. Mientras dormía. Tenía una casa en Yonkers. Le teníamos bien pillado. ¡Maldita sea!

—Bueno, sea como sea, está muerto.

—Se ha evitado tener que aparecer en un tribunal y que todo el mundo supiera lo que era.

—Sí, bueno, para eso inventó Dante el infierno.

—Dante no inventó el infierno. Lo amuebló. Tienes la copa vacía, ven conmigo. Y luego, debidamente armado, conocerás a algunos miembros de mi clan familiar de Virginia.

Mi amigo el barman me pone una copa, pero cuando me doy la vuelta Pem se ha marchado. Alrededor de la mesa donde han colocado los regalos se ha reunido un grupo de niños y algunas chicas preadolescentes, desgarbadas y poco acostumbradas a los vestidos y a las medias. Todos los regalos están hermosamente envueltos y sin abrir, pero sólo el pensar que son regalos es suficiente para atraer a los niños. Se quedan mirándolos e intercambian susurros. Entre ellos veo a los dos hijos de Sarah, Jake y Davey, y la atención que dedican a esa pila de cajas blancas y brillantes con cintas blancas es más de posesión que de curiosidad. No quieren que los demás toquen nada.

Cuando yo aparezco, todos se marchan. Sobre la mesa, entre los regalos, hay elaborados cestos de flores. Miro las tarjetas: uno lo envía un rabino y señora, otro lo mandan las enfermeras del hospital de enfermos terminales de Roosevelt Island, otro Trish vanden Meer («Enhorabuena a los dos», un mensaje que le sale del corazón). El

mayor de todos, una elaborada herradura con un banderín impreso con las palabras «Dios bendiga al Padre y a la señora del Padre» y está firmado «De todos tus amigos de la iglesia de la Dulce Visión».

Tengo calor, la calefacción está demasiado alta, me acerco a una ventana pero no se puede abrir. Hay escarcha en los cristales, ha llegado el invierno. En cuanto acabe mi copa me iré. Me molesta que Pem y Sarah hayan tenido una vida y unas relaciones distintas de su vida y su relación conmigo. Me pregunto si es que ya no sé aguantar la bebida.

Pero pocos momentos después, las cosas vuelven a su cauce, Sarah me coge del brazo y me lleva a la pista de baile. El combo toca *My Blue Heaven* a un tempo vivo, jamás había tocado a esta mujer como no fuera para estrecharle la mano, y ahora nos damos la mano, le pongo la mía en la cintura, estoy conectado con su ser, en la otra mano tengo su mano con el anillo, siento su calor, la felicidad la tiene ruborizada, de su pelo me llega un limpio olor a hierbas, ella se ríe de mi solemne y lenta manera de bailar mientras la banda toca a ritmo rápido, pero es lo que yo quiero, quiero esa solemnidad, ella lo entiende y aprieta su mejilla contra la mía, y casi se me doblan las rodillas.

—Siempre serás nuestro amigo, Everett —me dice al oído, y estoy a punto de decir algo espectacularmente estúpido cuando, por suerte, su condenado hijo mayor me da un golpe en el codo para interrumpir. Le hago una reverencia. Y Sarah baila con su hijo, que lleva una camisa blanca y almidonada y una corbata roja y el pelo desacostumbradamente bien peinado, ella tiene los brazos estirados, y mira la solemnidad de la concentración de su hijo con la curativa satisfacción de su sereno amor.

Intento recordar todo lo que dijo Pem cuando se puso en pie y cogió el micrófono inalámbrico. El grupo dejó de tocar y él se quedó allí de pie, bamboleándose ligeramente mientras la sala se iba quedando en silencio. Llevaba desabrochado su blazer cruzada, la corbata aflojada, y en la frente el triunfante remolino de pelo.

—Amigos —dijo—, no hablaré de mi felicidad, de mis oraciones de agradecimiento al Señor, bendito sea Su nombre, porque mi querida amada Sarah Blumenthal me haya encontrado digno de su atención. Podéis creer que viviré apasionadamente lo que me queda de vida para merecer lo que me ha dado. Pronto seré judío. Encontraré la alegría de una vida santificada a su lado observando los Mandamientos y llevando a cabo los sencillos rituales concebidos por los antiguos para incitar nuestra humildad e instarnos a percibir lo sagrado. Intento decir todo esto sin utilizar la palabra *comunión* —dijo sonriendo tímidamente, y unas cuantas personas rieron.

»Puesto que técnicamente aún soy cristiano, supongo que por el momento estoy con un pie en cada tradición... aunque las tradiciones no son lugares, ¿verdad? ¿Con

un pie en cada bando? Eso tampoco es cierto, bandos, lados opuestos, nada más alejado de mi mente ecuménicamente correcta...

Hizo una pausa, abstraído. La gente se agitaba, parecía recelosa. Sarah no. Estaba fascinada, miraba fijamente a Pem con los dos chicos en sus brazos, reclinados hacia atrás, sentada a la mesa con los parientes de su marido.

—En cualquier caso, el juicio que casi soy me dice que una vez mi conversión sea ratificada por el rabinato, ya no tengo por qué seguir cargando con la idea del milenio, que es el concepto cronológico de la tradición cristiana... quiero decir, como un acontecimiento importante en la historia, un momento crucial, un medio simbólico, al menos, de volver la vista atrás, o hacia arriba, y de hacer inventario. Me encontraré con una serie de números totalmente distinta, un número igual de arbitrario, pero con una carga mitológica menor y menos manoseado por los medios de comunicación.

»De modo que el hecho de que mi querida Sarah y yo nos casemos al final del último siglo del milenio cristiano puede que no tenga la menor trascendencia, excepto en la medida en que nos hace reflexionar y recordar que nos unimos, de una manera bienaventurada, con un cierto eco moral, hasta el punto, quizá, de proceder llevados por un imperativo misterioso, debido a que... Digo que no puedo evitar reflexionar que nuestra unión se origina en la continuada catástrofe de nuestras generaciones, la crisis de nuestra época y de la época de nuestros padres y abuelos, y que podría no haber ocurrido de no haber sido a consecuencia de varias muertes, la muerte de la infancia del padre de Sarah, la muerte de su querida, intrépida e inteligente pareja rabínica, Joshua, padre de Jacob y David... y, no de manera imposible, de la muerte de la redención, de la esperanza, para toda la especie.

»Teniendo, pues, todo esto en mente, puede que no sea inapropiada una oración que refresque nuestra conciencia numérica. Quiero pronunciar esta oración o petición como mi último acto como cristiano y ex sacerdote cristiano. No hace falta que inclinéis la cabeza...

»Dios Todopoderoso, bendito sea Tu nombre, te hablo en uno de los sistemas de entonación de chasquidos y gruñidos, oclusiones glóticas y vibraciones. En las generaciones de todos los adultos que se hallan en esta sala han existido mortificadores monstruosamente pérfidos de la humanidad, en nuestras vidas y en las vidas de nuestras madres y padres, abuelos y abuelas... Pérfidos corruptores de la vida humana han sido responsables, de manera colectiva, de la esclavitud y horrible muerte de docenas de millones de seres humanos. Ha venido ocurriendo un asesinato exponencial de almas, una tortura y sufrimiento demoledores, en guerras, genocidios, con multitudes de seres muertos de manera violenta consignados por sus mismos números a las listas de un olvido anónimo. Y no se les puede resucitar, no pueden ni van a resucitar ni en la imaginación de vuestra fe cristiana.

»No voy a abordar la cuestión de cómo un Dios supuestamente omnisciente como Tú iba a permitir que ocurrieran dichas catástrofes, aunque tus antecedentes

anteriores al inicio de este siglo tampoco han sido dignos de alabanza, pero te diré que... las implacables e inimaginables crueldades genocidas que han estremecido el mundo en este siglo Te han desacreditado, y la degradación sin límites de la idea de la vida nos ha llevado a algunos a la desesperación de maldecir Tu nombre y poner en entredicho Tu existencia.

»Incluso entre aquéllos de nosotros que siguen “queriéndote” y sienten una irreprimible nostalgia de Ti... existe la creciente sospecha de que Tú eres parte del problema. Los hombres Te utilizan para los fines más repugnantes. Al parecer no opones resistencia, cualquiera que Te desea, por cualquier razón asquerosa o criminal, Te consigue. Te compran y te abrazan como a la más vil y patética prostituta callejera. Y el mundo que has creado, o que has utilizado para “crearTe”, padece no sólo a los peores asesinos del siglo, los desdeñosos gobernantes de tribus y naciones, sino también a ese tropel de seres miserables y desdichados que somos todos los demás, que habitamos la trastienda del mundo y trabajamos en una simbólica emulación de su espíritu, poniendo todo nuestro empeño en enriquecernos a costa de los demás, de manera que incluso en las democracias industriales más avanzadas la vida es confrontación, y el contrato social se rompe continuamente, como si nuestro destino no fuese ser naciones gobernadas justamente sino confederaciones de glotones asesinos.

»Y considero que los peores asesinos del siglo son los dictadores, los déspotas, los tribalistas asesinos, los generales, los coroneles y los ministros de la virtud, reyes y revolucionarios que han asesinado sin remordimiento nuestras almas y nos han arrebatado nuestras vidas... Dentro de mi corazón pecador, y en las profundidades de mi cobarde ser, sé que ellos también proceden del molde humano, que son de mi misma especie... que comparten mi código genético... y que poseen un parecido familiar tan inconfundible que me provoca ganas de llorar de terror y desesperación.

»¿No te parece que todo esto hace que nos planteemos seriamente tu existencia, Señor, el hecho de que nos hagamos estas cosas los unos a los otros? ¿Que a pesar de todas nuestras excusas teológicas, y a pesar de las luchas morales y de los avances intelectuales y técnicos de la historia humana, vivamos furiosos, de manera callada o explosiva, pero siempre codiciosamente furiosos? ¿No te parece que es un imperdonable fallo Tuyo que después de todos estos miles de años nos resultes tan inexplicable como nosotros mismos?

Hizo una pausa, y en medio del silencio Pem se volvió y cogió un vaso de la mesa que había detrás de él y bebió. ¿El qué? ¿Agua? ¿Vodka? No lo sé. Pero se tomó todo el tiempo del mundo. El público estaba conmovido: después de todo, él había hablado desde el púlpito durante años y sabía lo que hacía. Pero yo jamás le había oído pronunciar un sermón y estaba tan asombrado como todos los demás. Conseguí distinguir al obispo, que se había quedado pálido y estaba sentado en su silla como si lo hubieran atado.

—Señor, si fueras la prueba de que existe un infierno real —dijo Pem—, no una

invención de las imaginaciones inflamadas, sino uno de verdad, con gente dentro, me harías concebir alguna esperanza de Tu existencia tal como has sido tradicionalmente concebido... Si fueras a provocar que el odioso monstruo de Satanás floreciera en el averno del universo de las supercuerdas tal como antaño creimos que florecía en las profundidades de nuestra propia genealogía, y concebirle con esa masa, tan frío e inmenso y con tanta gravedad que nada de lo que atrajera pudiera escapar de él, como si fuera uno de los agujeros negros del universo... y si fueras a permitirle que, de manera angustiada, estuviera hecho de contradicción física, de hielo y llamas, que fuera un crustáceo pero que también tuviera una piel pulposa y, digamos —en este punto lanzó una mirada al grupo de niños que había a un lado de la sala— con múltiples ojos afectados de cataratas de sangre coagulada y garras viscosas y peludas al final de todas sus extremidades, todas ellas apestosas y repelentes... y si fueras a mostrarnos a los peores asesinos de nuestro siglo, a los criminales gobernantes de tribus y naciones, aglutinados en su abrazo mientras a lo largo de miles de millones de años les lanzaba su aliento pestífero y excoriante a sus caras, y vomitaba sus asquerosas heces vivas con larvas serpenteantes y escarabajos peloteros sobre ellos mientras lentamente los absorbía en su hediondo ser... y si fueras a hacer que se tomara un interés especial en esa chorrada de religión nacional alemana de trabalenguas, ojos saltones y dientes rechinantes, y en esa bobalicona religión revolucionaria rusa férrea, de ojos rasgados y campesina, y en ese cabrón de rey exterminador y colonialista de los civilizados belgas, y en ese cretino criminal de cara pétrea y mejillas rojas de las junglas del sudeste asiático... por no hablar de los torturadores de las repúblicas bananeras, los tiranos de las islas caribeñas y de los mares del Pacífico, esos mentecatos de las tribus de África, y los memos de las limpiezas étnicas de los Balcanes... y no estaría mal que también incluyeras a los banqueros y traficantes de armas, y a sus leales legiones de violadores, empaladores, decapitadores, aporreadores, bayoneteros, ametralladores, macheteadores, secuestradores de los escuadrones de la muerte, diseñadores de hornos crematorios, administradores de campos de esclavos... y si permitieras que las repugnantes poluciones de esos seres actuaran como agujijones y alérgenos para atormentar a Satanás hasta el punto de que intentara con su ardiente y hediondo aliento derretir el torturante hielo de que está compuesto y apartarlos de sí... y que éstos a su vez se aferraran más perversamente a su piel supurante y sufrieran de manera más dolorosa y creciente lentísimos tormentos... y a lo largo de miles de milenios fueran asimilados por sus entrañas heladas, vivos y aullando en el infierno de su ser negro y helado por los siglos de los siglos... pues bien, Señor, pues bien, creo que en ese caso podría seguir siendo sacerdote...

Pem se sacó un pañuelo y se secó la frente. Dijo casi en un susurro:

—Pero tal como están las cosas, creo que debemos «crearTe» de nuevo. Si hemos de crearnos de nuevo a nosotros, también hemos de «crearTe» de nuevo a Ti, Señor. Necesitamos pisar suelo firme. Los componentes de esta civilización somos débiles,

enclenques, inseguros... Nuestro amor al prójimo se aplica sólo a nuestra posición en la vida, a nuestro matrimonio, a los niños que tenemos en brazos, no es más que esta titubeante sensación, que va y viene, lo que justifica nuestra conciencia y nos impide salirnos del universo. No basta. No es bastante. Necesitamos pisar suelo firme.

»Pido una razón que me haga concebir esperanzas de que estas penalidades de nuestras almas vayan a encontrar su resolución en Ti, Señor, Tú el de Bendito Nombre. Te lo pido por todos los que habitamos este pequeño planeta. Amén.

Pem le devolvió el micrófono al líder del grupo. Sarah se levantó de su silla, cruzó la pista, se acercó a Pem y le abrazó, le besó, y mientras él le rodeaba la cintura a Sarah, ésta se inclinó hacia atrás en sus brazos y le apartó el pelo de la frente.



En una galería del sur de Broadway, el artista ha instalado un tren de juguete en el que los vagones dan vueltas sin parar, y en el que el motor va soldado a un yelmo con visera procedente de una armadura medieval. De modo que una máscara de hierro carente de expresión es lo que guía al tren en sus vueltas perpetuas. El problema es que el tren descarrila continuamente, y que la preciosa joven que está a cargo de la galería tiene que arrodillarse y, con los tacones de aguja oscilando al agacharse, y con la falda apretada marcándole el bien torneado culo a la vista de todo el que visite la exposición, volver a poner el tren sobre los rieles... y como esto ocurre tres o cuatro veces mientras intento mirar otras extravagantes instalaciones de la galería, debo preguntarme si ella no forma parte también de la intención del artista. Eso espero.

En medio de la vulgaridad del arte de nuestro tiempo, hay unos cuantos artistas que hacen cosas maravillosamente despreocupadas y encantadoras como por error. Me gusta ese tipo que va por el mundo envolviendo todo lo que le cae en las manos... el Reichstag de Berlín parece un paquete sorprendentemente grande entregado por el United Post Service... o, en un parque suizo, mete un bosquecillo dentro de una gran bolsa de poliéster... o recubre el Pont Neuf de seda azafrán, y se ven esas gasas ondulantes y relucientes que dejan pasar la luz, revelando los contornos... Colocó miles de paraguas a lo largo de la costa de California y quiere venir a Central Park y encerrarlo con hileras de puertas de acero y faldones de nailon dorado ondeando al viento. Que venga, alcalde. Que venga, comisionados. Me gusta la idea de un arte desmesurado que sea una ocupación del mundo, un abrazo planetario, me gustan las relaciones inversas de tales proyectos, la frialdad de los años de planificación, las enormes cantidades de dinero... para un resultado caprichoso, un espacio público repentinamente reconformado y apropiado de una manera salvaje. Me gusta la extravagancia de hacer un arte efímero de la ciudad, la tierra.

Otro inolvidable artista se ha paseado por las ciudades de Europa proyectando espectrales fotografías de los muertos en los mismos edificios y en las mismas ventanas y en las mismas aceras donde vivieron. En un portal de Berlín, un anciano

erudito judío está de pie con sus libros; en otra calle, una familia posa delante de la casa de pisos de la que serán deportados; en Ámsterdam, una compañía de soldados alemanes marcando el paso se refleja en una ventana... todas estas imágenes espectrales les llegan de noche a los coches que pasan, a los transeúntes, que se alejan apresuradamente de ellas, estremecidos, mientras el pasado se funde con el presente y el tiempo y el espacio se comprimen en un punto.

¡Traed también a este artista a Nueva York! Sacad el arte del armario, llevadlo a la calle, traed de nuevo a los artistas que se pintan con spray y se cuelgan dentro de un marco, dejad que ese artista al que le gusta atarse dentro de una bolsa de tela y echarse delante del tráfico se ate dentro de una bolsa de tela y se eche delante del tráfico... ¿Y dónde está John Cage cuando le necesitamos?, ¿o todavía está aquí, con su música sin *copyright* de los sonidos del mundo, los motores que runrunen, las llamadas de los pájaros, los latidos del corazón... y con cada momento de aparente silencio, el arte realizado de su conciencia?

Pido un cabaret en el que se hablen todas las lenguas... una sinfonía gigante hecha con todas las canciones de Irving Berlín... que los estudios Disney hagan una alegre producción en dibujos animados del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein. Necesitamos todo esto, creo que es algo que debe ocurrir, necesitamos que todo esto ocurra aquí, en nuestra ciudad.



En cada ciudad hay un museo, un parque, una iglesia con campanario, un sistema de enseñanza público y un equipo de béisbol. Toda ciudad tiene su banco. Toda ciudad tiene su palacio de justicia y su cárcel. Toda ciudad tiene su hospital. Las grandes ciudades lo tienen por partida múltiple. Las grandes ciudades tienen carreteras que las atraviesan. Tienen ríos con puentes sobre los ríos y túneles bajo los ríos. Tienen metro, trenes elevados y tranvías, rascacielos en el centro, cines y salas de ópera, y vecindarios de domicilios elegantes, menos elegantes y nada elegantes. Poseen barrios periféricos con almacenes y fábricas y zonas de carga, aeropuertos, centrales eléctricas, sistemas de abastecimiento de agua y plantas de tratamiento de las aguas residuales. Tienen suburbios. Poseen sistemas de conducción invisibles —ondas de radio, señales de televisión, redes de teléfonos móviles— que comunican a las poblaciones y les permiten hacer sus negocios.

Ha costado tiempo, y la torpe sabiduría y la anárquica codicia de nuestros ancestros, construir la moderna ciudad y sus instituciones consolidadas. Es una gran creación histórica común. Si sobrevuelas una ciudad por la noche, es la maravilla enjorada del universo, flota como un trasatlántico gigante sobre un mar de oscuridad. Es elegante, perfecta, sofisticada, sobrecogedoramente hermosa. Brilla y centellea tal como brillan y centellean todas las cosas frágiles. Te asombra lo mucho que Dios tiene que ver con esto, hasta qué punto el esplendor y la insolencia de la ciudad

moderna, creativamente construida a partir de las dispares intenciones de generaciones de hombres, procede de la inspiración de Dios. Porque ésta es la ciudad del Dios que pasa desapercibido, el Dios pasajero, el Dios de la historia.

La película que podemos hacer con esto: cada vez más gente nace dentro de la ciudad. Los parias de la Tierra acuden en tropel. Y enseguida su espacio se hace exiguo. Su economía es insuficiente. Cada vez es más difícil dar empleo, cobijo y alimento a las multitudes que se desperdigan por las calles. A medida que la polución aumenta y el calentamiento global provoca intolerables olas de calor, sequías, huracanes y monumentales nevadas, se hacen añicos los rituales que sostienen la sociedad y se erosionan las ideas de la vida cotidiana normal. La ciudad comienza a perder su forma, sus contornos se desdibujan y sus barrios se expanden, y las distinciones de clase de sus vecinos ya no son perceptibles. Aumentan los delitos contra la propiedad. Las provisiones se agotan a veces, los apagones ocurren con más frecuencia, el agua llega contaminada, la policía va armada como si fuera el ejército, y la inflación hace que el dinero no sirva de nada. Surgen profetas ataviados con túnicas que hablan del mal, de la irreverencia y la blasfemia. Anuncian que la cólera de Dios ha llegado a esta ciudad de orgullo contra natura, la ciudad terrenal. Invitan a los devotos a destruir la ciudad. Y el Dios que pasa desapercibido, el Dios efímero, vive de nuevo, resucitado en toda su furia.

Surgen políticos que deciden que la ciudad puede adaptarse a cualquier abstracción política que se le quiera imponer. Aparecen extrañas enfermedades para las que los médicos no encuentran remedio. Se cierran las escuelas. Se convierten en el arsenal del vecindario. Se declaran epidemias, los pasillos de los hospitales se convierten en depósitos de cadáveres, los líderes electos declaran la ley marcial, hay soldados por todas partes, y los mugrientos barrios de chabolas que han surgido en las periferias metropolitanas son periódicamente barridos por fuego de ametralladora. Cuando las turbas empobrecidas y empapadas de Dios irrumpen en la ciudad, las masacran. Los militares montan un golpe de estado, los líderes electos que les pidieron ayuda son encarcelados, una junta militar cierra las emisoras de radio y televisión, los ordenadores personales se declaran ilegales, y alrededor de los enclaves sitiados de los ricos se construyen altos muros con torres de vigilancia.

Se convierte en un tópico político —al que ni siquiera contradicen los teóricos de la izquierda democrática— afirmar que la gestión totalitaria, los procedimientos de esterilización forzosa, el que sólo se autorice a engendrar a los padres genéticamente aprobados, y un espíritu de selección natural a la hora de asistir a los enfermos sean la única esperanza para el futuro de la civilización.

En este punto se nos presenta al héroe y a la heroína de la película, una pareja vitalmente religiosa que está al frente de una sinagoga progresista en el Upper West Side.

Agradecimientos

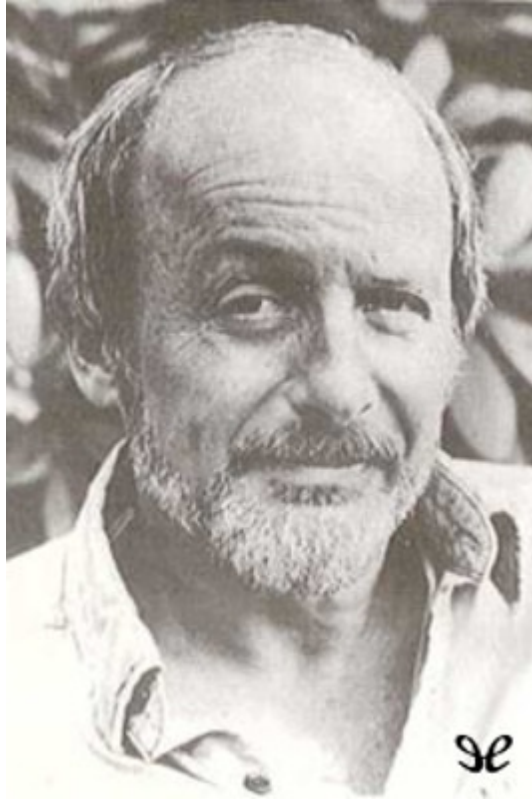
Mi más sincero agradecimiento a las compañías que aparecen a continuación por otorgarme el permiso para reproducir material ya publicado:

BOURNE COMPANY: Extracto de *Me and My Shadow*, letra de Billy Rose, música de Al Jolson y Dave Dryer. Copyright © Bourne Co. y Larry Spier, Inc., 1927. Copyright renovado. Todos los derechos reservados. Copyright internacional asegurado. Reproducido bajo licencia.

WARNER BROS, PUBLICATIONS U. S., INC.: Extracto de *Dancing in the Dark* de Howard Dietz y Arthur Schwartz. Copyright © (renovado) Warner Bros. Inc., 1931. Derechos de renovación en los Estados Unidos controlados por Warner Bros. Inc. Y Arthur Schwartz Music; extracto de *For Me and My Gal* de Geo. W. Meyer, Edgar Leslie y E. Ray Goetz. Copyright © (renovado) EMI Mills Music Inc., 1917; extracto de *Good Night Sweetheart* de Ray Noble, Jimmy Campbell y Reg Connelly. Copyright © Campbell, Connelly & Co., Ltd. (Londres), 1931. Copyright renovado. Derechos en América del Norte controlados por EMI Robbins Catalog Inc.; extracto de *I Wanna Be Loved by You* de Bert Kalmar, Herbert Stothart y Harry Ruby. Copyright © (renovado) Warner Bros. Inc., 1928. Derechos de renovación en Estados Unidos controlados por Warner Bros. Inc., Harry Ruby Music y Edwin H. Morris & Company; extracto de *Shine On Harvest Moon* de Nora Bayes y Jack Norworth. Copyright © (renovado) Warner Bros. Inc. (ASCAP), 1907; extracto de *Someone to Watch Over Me* de George Gershwin e Ira Gershwin. Copyright © (renovado) WB Music Corp., 1926; extracto de *Star Dust* de Hoagy Carmichael y Mitchell Parish. Copyright © (renovado) EMI Mills Music, Inc. y Hoagy Publishing Company en Estados Unidos, 1929. Derechos fuera de Estados Unidos controlados por EMI Mills Music, Inc.; extracto de *Varsity Drag* de B. G. DeSylva, Lew Brown y Ray Henderson. Copyright © (renovado) DeSylva, Brown & Henderson Inc., 1927. Derechos para renovación en Estados Unidos controlados por Ray Henderson Music Company, Chappell & Co. Y Stephen Ballentine Music. Derechos para el resto del mundo controlados por Chappell & Co. Todos los derechos reservados. Reproducido bajo licencia de Warner Bros. Publications U. S., Inc., Miami, FL 33014.

UNIVERSAL-POLYGRAM INTERNATIONAL PUBLISHING, INC.: Extracto de *The Song Is You*,

letra y música de Jerome Kern y Oscar Hammerstein II. Copyright © Universal-Polygram International Publishing, Inc., una división de Universal Studios, Inc. (ASCAP), 1932. Copyright renovado. Todos los derechos reservados. Reproducido bajo licencia de Universal-Polygram International Publishing, Inc.



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931) ha sido durante los últimos veinticinco años una de las voces prominentes en el panorama de la literatura norteamericana contemporánea.

Su obra ha merecido los premios literarios más importantes de su país, el reconocimiento unánime de la crítica y el favor del público, que convierte en un *best-seller* literario cada nueva novela del autor.

Notas

[1] Mantenemos la abreviatura inglesa de *weakly interactive massive particles* porque *wimp* se refiere a una persona débil, inútil o estúpida. En cuanto a lo de macho, es la abreviatura inglesa de *massive compact halo object*. (N. del T.). <<

[2] yo y mi sombra. Yo y Mi sombra, / Bajamos por la avenida. / Yo y mi sombra / Ni un alma a quien contar nuestros pesares... / Y cuando dan las doce / Subimos las escaleras / Nunca llamamos / Porque ahí nunca hay nadie. / Sólo yo y mi sombra / Solitarios y tristes. (*N. del T.*). <<

[3] Ensombrecerme a mí, / ensombrecerte a ti, / es lo que hará / esta sombra...
Alargada al alba, / se esconde al mediodía, / llega la noche / y entonces la Luna / Va y
desaparece, / sigilosamente, / se acaba el duelo, / la sombra se fue. (N. del T.) <<

[4] Yo y Mi sombra, / Bajamos por la avenida. / Yo y mi sombra / Ni un alma a quien contar nuestros pesares... (N. del T.) <<

[5] En inglés, para sustantivar el adjetivo «viejo» han de añadir el sustantivo «uno». Es decir que el Viejo es *The Old One*. Por ello justifica el autor que sea «viejo» y «uno». (N. del T.) <<

[6] Buena obra realizada como deber religioso. (*N. del T.*) <<

[7] polvo de estrellas. A veces me pregunto por qué / paso las noches solo / soñando con una canción. / La melodía persigue mi ensueño, / Y vuelvo a estar contigo / Como cuando nos enamoramos / y cada beso era una inspiración, / Pero eso fue hace mucho tiempo: mi consuelo ahora / es el polvo de estrellas de una canción. / Junto a la tapia de un jardín, donde las estrellas brillan, / te tenga en mis brazos. / El ruiseñor canta su cuento de hadas / del paraíso, donde crecen las rosas. / Aunque sueño en vano / En mi corazón permanecerá: / Mi melodía como polvo de estrellas, / El recuerdo de un estribillo de amor. *(N. del T.) <<*

[8] Entonamos tristes canciones / Inventamos palabras / Para imitar / El canto de los pájaros / En el jardín de la Adición, / Viven Pares y Nones / Él no la tiene en sus brazos, / Los dos buscan a Dios / Una noche llena de estrellas, / Se convierte en polvo / Y aquí estoy yo, / En el Paraíso perdido. (N. del T.) <<

[9] A veces me pregunto por qué / paso las noches solo / soñando con una canción. /
La melodía persigue mi ensueño, / Y vuelvo a estar contigo / Como cuando nos
enamoramamos / y cada beso era una inspiración... (N. del T.) <<

[10] Brindis en hebreo que significa «Por la vida». (N. del T.) <<

[11] buenas noches, amor. Buenas noches, amor, / Hasta mañana, / Buenas noches, amor, / El sueño borrará las penas, / Lágrimas y adioses nos entristecen / Pero al alba nace un nuevo día. / Por eso te digo... / Buenas noches, amor, / Aunque no esté a tu lado / Buenas noches, amor, / Aún mi amor te guía / Los sueños te rodean, en cada uno yo te abrazo / Buenas noches, amor, buenas noches. (*N. del T.*) <<

[12] Ella se fue. Ya está. / A nadie tienes ya. / Aunque engañan los sueños / Y el dormir son consuelos, / Al alba a tu lado / A nadie has encontrado. / Ella se fue, ya está, / Sólo te queda la soledad. / Tuya es la amargura / Ella se fue. No hay duda. (*N. del T.*) <<

[13] Buenas noches, amor, / Hasta mañana, / Buenas noches, amor, / El sueño borrará las penas... (N. del T.) <<

[14] bailando en la oscuridad. Hasta que acaba la melodía, / Bailamos en la oscuridad / Y pronto acaba; / Bailamos un vals asombrados / de por qué estamos aquí. / Qué de prisa pasa el tiempo, ahora estamos aquí y ahora ya no. / Busco la luz / de un nuevo amor / que ilumine la noche, / Te tengo, amor, / Y podemos enfrentarnos a la música juntos / Bailando en la oscuridad. (*N. de T.*) <<

[15] Nuestra vida en la oscuridad / Es breve como una canción / Un par de estribillos / Y acaban nuestros días / Acaba el vals que bailabais / Tu amante y tú. / La oscuridad ha vencido. / La música sigue / Tu baile acaba / Y la música sigue. (*N. del T.*) <<

[16] Bailamos en la oscuridad / hasta que acaba la melodía / Bailamos en la oscuridad
/ Y pronto acaba... (N. del T.) <<

[17] la canción eres tú. Oigo música cuando te miro / Un hermoso tema de todo lo que conocí / Lo oigo en lo más hondo de mi corazón / Siento que empieza y se disipa... / Por qué no puedo hacer que conozcas / La canción que cantaba mi corazón / Esa hermosa rapsodia de amor y juventud y / primavera / Dulce es la música / ciertas las palabras / ¡La canción eres tú! (N. del T.) <<

[18] Tin Pan Alley es el distrito de Nueva York donde se publica casi toda la música popular. Se refiere, por extensión, a ese tipo de música. (N. del T.) <<

[19] Por qué no puedo hacer que conozcas la canción que cantaba mi corazón / Esa hermosa rapsodia de amor y juventud y / primavera / Dulce es la música, ciertas las palabras... / ¡La canción eres tú! (*N. del T.*) <<

[20] Oh, brilla, brilla sobre la luna de otoño, allá en el cielo. / Nadie me ha amado desde enero, febrero, junio / o julio... (*N. del T.*) <<

[21] Suenan las campanas por mí y por mi amor, / el párroco nos espera, a mí y a mi amor... (N. del T.) <<

[22] Hay alguien a quien deseo ver. / Espero que él / acabe siendo / alguien que vele por mí. (N. del T.) <<

[23] El *bar mitzvah* es la ceremonia masculina equivalente a la confirmación católica y tiene lugar a los trece años. La femenina es el *bat mitzvah*, y tiene lugar a los doce años. (N. del T.) <<

[24] Literalmente, en hebreo, es un estanque o piscina, pero se refiere también al ritual que se relata. (N. del T.) <<